

ALICIA KOZAMEH

ANTOLOGÍA PERSONAL

María A. Semilla Durán (ed.)





ALICIA KOZAMEH
ANTOLOGÍA PERSONAL

María A. Semilla Durán (ed.)

di/segni

Dipartimento di Lingue e Letterature Straniere
Facoltà di Studi Umanistici
Università degli Studi di Milano

Ledizioni

© 2019 Alicia Kozameh
ISBN 978-88-6705-952-2

ILLUSTRAZIONE DI COPERTINA:
Foto di Rita Davis

n°28
Collana sottoposta a double blind peer review
ISSN: 2282-2097

Grafica:
Raúl Díaz Rosales

Composizione:
Ledizioni

Disegno del logo:
Paola Turino

STAMPATO A MILANO
NEL MESE DI MAGGIO 2019

www.ledizioni.it
www.ledipublishing.com
info@ledizioni.it
Via Alamanni 11 – 20141 Milano

Tutti i diritti d'autore e connessi sulla presente opera appartengono all'autore.
L'opera per volontà dell'autore e dell'editore è rilasciata nei termini della licenza
Creative Commons 3.0, il cui testo integrale è disponibile alla pagina web
<http://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/it/legalcode>



Condirettori

Monica Barsi e Danilo Manera

Comitato scientifico

Nicoletta Brazzelli Francesca Orestano
Marco Castellari Carlo Pagetti
Laura Scarabelli Nicoletta Vallorani
Andrea Meregalli Raffaella Vassena
Giovanni Iamartino

Comitato scientifico internazionale

Albert Meier Sabine Lardon
(Christian-Albrechts-Universität zu Kiel) (Université Jean Moulin Lyon 3)
Luis Beltrán Almería Aleksandr Ospovat - Александр Осповат
(Universidad de Zaragoza) (Высшая Школа Экономики – Москва)
Patrick J. Parrinder
(Emeritus, University of Reading, UK)

Comitato di redazione

Sara Sullam Simone Cattaneo
Valentina Crestani Elisa Alberani
Nataliya Stoyanova Angela Andreani

Índice

| | |
|--|-----|
| <i>Estudio preliminar</i> | II |
| MARÍA A. SEMILLA DURÁN | |
| <i>La autobiografía y su correspondiente imposible</i> | 57 |
| ALICIA KOZAMEH | |
| NOVELAS..... | 59 |
| PASOS BAJO EL AGUA..... | 61 |
| A modo de regreso..... | 62 |
| Sara, ¿qué es para vos una campera?..... | 66 |
| Carta a Aubervilliers | 74 |
| PATAS DE AVESTRUZ..... | 81 |
| 259 SALTOS, UNO INMORTAL..... | 97 |
| BASSE DANSE | 119 |
| NATATIO AETERNA..... | 165 |
| ENI FURTADO NO HA DEJADO DE CORRER..... | 205 |
| BRUNO REGRESA DESCALZO..... | 223 |
| CUENTOS Y RELATOS..... | 257 |
| ACUMULACIÓN | 259 |
| BOSQUEJO DE ALTURAS | 261 |

| | |
|--|-----|
| DOS DÍAS EN LA RELACIÓN DE MI CUÑADA INÉS CON ESTE MUNDO PERENTORIO..... | 275 |
| MUNGOS MUNGO | 287 |
| POESÍA | |
| MANO EN VUELO | 297 |
| ORIENTACIONES PEDAGÓGICAS DE LECTURA | 3II |

ESTUDIO PRELIMINAR

María A. Semilla Durán

Ante el desafío de proponer una *Antología personal*, el autor se ve en la necesidad de elegir, entre sus propios textos –es decir, entre diferentes parcelas de sí mismo, puestas en escena en la escritura a lo largo de la construcción de una obra– algunos en los que el sentido global de su trabajo, su concepción de la literatura y sus opciones estéticas deberían articularse de la manera más eficaz –o más satisfactoria– según la mirada que él mismo proyecta sobre su escritura. Dicho de otra manera, la dificultad del ejercicio no sólo tiene que ver con la selección, de por sí dolorosa, de algunos de sus vástagos en detrimento de otros, sino también con las razones profundas, explícitas o no, de esa jerarquización más o menos legítima, y con el hecho de que toda antología personal o ‘auto-antología’ procede de una relectura de los propios textos –una relectura ‘mediatizada’ de sí mismo– y por lo tanto distorsiona la relación de origen entre el escritor y el texto. Releer para seleccionar no es lo mismo que releer para corregir. Hay allí una bisagra, una mediación imprevista, una exigencia de extraer los textos de la interioridad que los produjo y juzgarlos, casi como si fueran de algún otro. Un pliegue suplementario, que por un lado aleja el texto al convertirlo en objeto de evaluación –y ello requiere sin duda ciertos criterios más o menos precisos– y por otro se lo reapropia, desde una relectura que persigue objetivos diferentes a los de la escritura. Podríamos quizás sintetizar esta paradoja diciendo que se trata de un doble movimiento: de distanciamiento y de recuperación, de extrañamiento y de reconocimiento. Podemos suponer, desde nuestro lugar de crítico, que esa tarea se complica aún más cuando la obra presenta un componente autobiográfico considerable, como es el caso en la obra de Alicia Kozameh, quien no cesa de reelaborar a través de la ficción secuencias de su experiencia personal o de perpetuar los ecos de sus combates ideológicos del pasado y del presente.

Desde nuestra perspectiva, no sólo tendríamos que prestar especial atención a los fragmentos que han sido retenidos para formar parte de esta antología, sino también interrogarnos sobre lo que ha sido excluido, lo que no

se actualiza con la lectura re-contextualizada que en el presente puede hacer el lector del conjunto de la producción.

Y por otra parte, lo que también debería orientar un estudio en profundidad, es el nuevo texto producido por la selección; es decir, los efectos que produce esta contigüidad, esta ‘promiscuidad’ entre miembros extirpados de sus contextos textuales y reunidos para formar un nuevo cuerpo, discontinuo quizás, pero particularmente apto para permitirnos percibir a la vez la coherencia del conjunto y las posibles evoluciones.

Para responder a tales objetivos necesitaríamos sin duda un trabajo mucho más extenso que el que este estudio preliminar autoriza. Intentaremos de todos modos ir trazando las líneas que pueden conducir a esas reflexiones, que dejamos planteadas como un horizonte para el lector.

Nos encontramos entonces frente a una especie de corte transversal de una obra que, afortunadamente, ‘sigue haciéndose’, corte que nos deja ver cada uno de los estratos que la componen, pero condensados en unas pocas páginas que ofician a la vez como síntoma y como cifra –en el sentido borgiano del término– de la totalidad.

No pretendemos en este estudio preliminar hablar en lugar de Alicia Kozameh; seguramente ni nosotros ni ella sabremos nunca las verdaderas razones de su selección. Pero la confrontación entre lo seleccionado y lo que no, así como la idea de una cierta historicización de los textos en tanto tales, me parece una tarea no sólo necesaria, sino estimulante. Trataremos pues de abordarla con la mayor modestia y precisión posibles, y no sin agradecer antes profundamente a Alicia el habernos dado esta oportunidad, así como una amistad que comenzó por la lectura de sus libros, siguió por un entrañable intercambio de mensajes antes de que nos conociéramos personalmente, y se prolonga con mi reflexión sobre su escritura, de la que este estudio formará parte. Gracias a ella por la confianza, gracias por representarnos con su palabra, y por no haber cejado nunca en el ejercicio cotidiano de la resistencia.

La *Antología personal* arranca necesariamente por el más literal de los comienzos: las primeras páginas de *Pasos bajo el agua*, primer texto publicado de Alicia Kozameh, texto crucial de su producción, en la medida en que prácticamente todas las líneas de su obra están ya presentes, desarrolladas o incipientes, en este libro. Y, lo que es más, obra en la que se define de manera unívoca el tipo de relación que la autora mantendrá a partir de entonces con la materia de su escritura, que es a menudo la materia de su propia vida. Como ella misma lo ha declarado en numerosas ocasiones su obra, compuesta en buena parte por historias concretas vividas o presenciadas por ella o por personas cercanas, no constituye una serie de reconstrucciones más o menos objetivas que articulen una versión autobiográfica; ni siquiera, en el caso de los textos que dan cuenta de su experiencia de la prisión y

del exilio, testimonios en el sentido tradicional del término, sino ficciones, tramas lingüístico-poéticas, tejidas en torno a hechos reales. La diferencia entre la última opción y las anteriores no sólo está dada por la libertad de la invención, que abre la posibilidad de jugar con los contenidos, de hacerlos desplazarse, mutar o combinarse de maneras imprevistas; de someter la narración a ritmos irregulares o a temporalidades dislocadas; sino que expresa también una posición ética que se rehúsa a toda pasividad elegíaca, a toda aceptación acrítica.

Sin ninguna duda, la experiencia de la cárcel ha sido crucial en su vida y en su obra. Sin duda, la figura semántica del encierro es una constante de su escritura, que libro tras libro irá desplegando todas sus variantes; pero también son constantes las estrategias para resistirla, horadarla o desmontarla. Ahora bien, el discurso no se propone sólo confrontar los adentros y los afueras, los espacios físicos o mentales, los movimientos impedidos o liberados, sino también el sentido, el alcance, la labilidad de esa pareja conceptual antitética que opone la prisión –sea cual sea la manera, real o metafórica, en que se manifiesta– a la libertad. Lo que implica un examen crítico implacable de todo sentido común, de tantas certidumbres instaladas por la costumbre y dinamitadas por la experiencia. Una prueba de ello entre otras son esas primeras páginas de *Pasos bajo el agua* (2002) que abren también esta *Antología personal*, y que son justamente las que relatan, no la vida en la prisión, sino el momento en el cual, habiendo recuperado latitud de movimiento al volver a casa, el personaje de la narradora comprende hasta qué punto el encierro puede trascender los barrotes de la cárcel, y hasta qué punto la verdadera libertad es independiente de los condicionamientos espaciales. Hasta que comprende cuán prisionera se está de la familia, la sociedad, los recuerdos, las sensaciones, los tiempos no compartidos, las obsesiones de la infancia. El fin de la experiencia carcelaria implica así una total redefinición de la vida, del cuerpo, de las expectativas alimentadas durante ese, a la vez atroz y entrañable, tiempo de la clausura (reclusión). Si la detención la arrancó de una existencia y de una pertenencia, la libertad la extirpa de otra, la del gran cuerpo colectivo, la de la solidaridad con las co-detenidoas, la de las complicidades sin las cuales sobrevivir hubiera sido imposible. La libertad se parece entonces mucho más a una mutilación que a una liberación, más a un aprendizaje que a un reencuentro. Ese mismo ‘salto’¹ de un interior con visos infernales a un exterior poblado de presencias amenazantes –reales o simbólicas, materiales o alucinatorias– obliga a reconsiderar otras cuestiones esenciales, como la de los límites inciertos entre la realidad y la representación, la sensación y la figuración. Y también la delicada relación entre el cuerpo y el mundo, cuerpo que ahora no sólo percibe lo que ve, sino también lo que recuerda y lo que sabe, las obsesiones del

¹ Recordemos la definición de Florinda Goldberg (2013: 38): «la manera de mantener el equilibrio es el salto».

acoso y las terquedades de la resistencia. La huída, horizonte imposible del espacio carcelario, se vuelve ahora intento frustrado de dejar atrás una libertad vivida como simulacro: «En todo caso ella huye, ya metida en la tarea del reconocimiento físico, pero con pocos recaudos: su circo también se esfuma y no puede hacer más que detenerse en las baldosas, en la canilla que sale de la pared como una cabeza de víbora. En la manguera» (Kozameh 2002: 6).

Los lugares conocidos y practicados desde siempre devienen entidades monstruosas, y la inquietud que provocan se enlaza y confunde con tantos miedos sedimentados. Los relieves de lo real son hostiles, y la irrupción de ‘eso otro’ tanto tiempo ausente exige una reapropiación del espacio. Nuevas estrategias de resistencia –esta vez contra la propia alteración subjetiva– deberán paliar el inesperado desarraigo, esa nueva forma del abandono: la voz reflexiva, perfectamente alerta ante las trampas que la conciencia se tiende a sí misma, trata de in-fundar el deseo de evasión. El discurso, por su lado, recoge la paradoja esencial del movimiento compulsivo, del simulacro de ascenso y descenso en el cual lo real presente –la libertad recién recuperada– se sitúa abajo, al cabo de la escalera, en un ‘pozo’. Fatal circularidad del dispositivo narrativo –el libro comienza y termina en el mismo momento temporal– y del paradigma de la memoria, que gira en torno a sus ‘agujeros negros’: el pozo del primer encierro se confunde con el del retorno.

Lo que Sara comprende a medida que se organizan los tiempos del exterior es la esencial fragilidad de lo real, la relatividad de la existencia del mundo, su ‘intermitencia’. Y es por ello que recurre a la valorización de la función testimonial: nada existe si no se lo percibe, y todo lo percibido es equívoco.

Además no hay respuesta para nada en lo que no se haya estado.

Hay que ver, y entonces sí.

Qué hago aquí, con el cuerpo como pegado a esta terraza, a esta canilla, a este geranio, a este cielo azul tan de río que tanto se esmeran en convencerme de que son verdad, mientras yo sé que es posible borrarlos por años. Suprimirlos. (*Ibidem*)

Pero si hubo alguna vez una forma ‘normal’ –¿inocente?– de percibir el mundo, ahora lo que se impone es el registro de las anomalías en el seno de la normalidad, los huecos y las anfractuosidades que deforman espacios, objetos, gestos. La conciencia se halla desgarrada entre la alegría de estar fuera y la angustia de ya no saber cómo estar. Más fuera de lugar que nunca, ‘abandonada’ en el mundo y ‘habiendo abandonado’ a sus compañeras, la culpa pesa y la libertad se convierte en un exilio.

Lo cotidiano ha sido des-domesticado por la ausencia, y la nueva vulnerabilidad reclama una suerte de reeducación para la libertad, obstaculizada por la persistencia perversa de la persecución, que no sólo se refiere

a aquello que se lleva del adentro al afuera, sino también a las amenazas palpables que instalan en el afuera los que tienen el poder de imponer su propia ley. O sea que hay finalmente una continuidad entre el encierro y la libertad, entre la celda y la calle, entre el (los) pasado(s) y el presente, cuya figuración radical está dada sin duda por la sucesión de visiones de gatos muertos, símbolos, según numerosos críticos², del trauma; reverberación de cuerpos muertos y despedazados, que evoca al mismo tiempo las violencias de la cárcel y la otra, que las anunciaba, ejercida sobre el tío asesinado por los paramilitares. En esa cadena de analogías se condensan los castigos del tiempo y el saber de la muerte: se pasa de la idea a su materialización en la experiencia; de la figuración del horror al rechazo y la paranoia. El cuerpo histerizado no es finalmente sino un eco del cuerpo torturado del animal, y este una imagen especular de los otros, los humanos.

Un círculo, decíamos. Del cual no se puede salir del todo, en el interior del cual se mide la dimensión de un desvalimiento infantil, de una inadecuación radical, de un desconocimiento del mundo que debería conducir al reconocimiento que no llega. Esa nueva falla que fisura la representación y exige otras formas de desciframiento corresponde al excedente de significación que la experiencia traumática imprime sobre el mundo: detrás de las atroces visiones de los gatos «amontonados, enfermos, colgando, aferrados a las barandas, blandos o endurecidos como goma seca» (infra: 65) está todo aquello que sólo ella puede ver: las presencias ausentes, los pozos interiores. El sentido común se ha trizado, acosado por los nuevos embates de la oscuridad, y la tentativa de supervivencia requiere un ajuste entre ambos, una reconfiguración del tiempo y del espacio, la ‘responsabilidad’ de una mirada que integre las memorias, los tiempos y las violencias en el ahora y abarque un futuro reconfigurado pero siempre abierto: «Para mi padre un gato es un gato. Para mí hoy es una mueca reverencial que me hace la libertad. Hacerse cargo» (*Ibidem*). No sólo se vuelve a mirar lo que durante tanto tiempo no se pudo ver, sino que se empieza a ver lo que durante tanto tiempo no se había mirado: el lado oscuro de lo real cotidiano, la implementación perversa de los objetos, la adherencia de las vivencias traumáticas que, como otras tantas pieles, revisten la materialidad del mundo. Es ese ‘espesor’ del sentido lo que acaba por articular momentos, recuerdos y símbolos en una serie cuyo centro de irradiación es la campera de Hugo, que ya no lo cubre a él sino a uno de los esbirros de la dictadura, y que aparece como la figuración más eficaz del proceso que tratamos de describir. Así,

2 Ver, por ejemplo, los artículos *Un análisis de Pasos bajo el agua* y *Una sola muerte numerosa de Nora Strojilevich desde la perspectiva del género fantástico*, de Victoria Cox (2013: 112): «Sara relaciona los gatos con los presos políticos que fueron torturados con la picana y sus cuerpos eliminados como si fueran basura»; *Los pasos imposibles o el retorno a la libertad* de Eduarne Portela (2013: 147): «Sara convierte el espacio que anteriormente le era conocido [...] en un escenario irreal donde todo refiere al horror y la muerte. Sara articula este horror a través de imágenes recurrentes de gatos enfermos y muertos», y otros.

la campera resulta ‘contaminada’ por el asesino que la porta, y la presencia continua del gesto represivo ligada al individuo acaba revistiendo la prenda, que deviene a su vez en refinado instrumento de tortura, tanto para quien la ve como para quien ignora que ha sido reapropiada: «Usurpando ese lugar. Rellenando, invadiendo el espacio que no le pertenecía. Casi como haberle arrancado la piel a Hugo y haberse cubierto con ella» (69). Re-significada en función de la sustitución de un cuerpo-querido-ausente por un cuerpo-odia-do-presente —«Hubo que ser capaz de decirse a uno mismo “esa campera ya no es lo que fue”. Como tener que arrancarse un crecimiento cancerígeno a los tirones y con las propias uñas.» (*Ibidem*)— la prenda irradia su potencia de alarma hasta ‘ocupar’ el tiempo y el espacio. Ya en libertad, empeñada en la tarea de la supervivencia, Sara medita sobre las usurpaciones y los abusos sufridos, evoca la cadena de camperas que remiten a distintos momentos de la vida y culminan en la campera degradada de Hugo, convertida en vector de dolor constantemente reactivado. Entonces advertimos que el procedimiento retórico utilizado es el mismo que ya habíamos percibido en la cadena metafórica de los gatos: dos significantes del espanto, dos series que reproducen la repetición como signo del trauma y saturan el horizonte existencial.

Allí reside el núcleo siempre tenso de la experiencia del afuera: en ese extrañamiento que desarticula cualquier idea de pertenencia o reconocimiento y la deja a merced del poder omnímodo de su torturador, sumida en la paranoia y el desarraigo. El mundo exterior a la prisión es sólo una prolongación del espacio carcelario: las citas del comando, las apariciones del tipo con la campera, la persistencia del riesgo de desaparición y del miedo a la muerte, la desposesión de la propia vida sometida al *bon vouloir* de la policía, son todas ‘privaciones de la libertad en libertad’. La campera, finalmente devuelta pero ya definitivamente ajena luego de haber recubierto el cuerpo monstruoso del torturador, es también el nudo metafórico que ata la memoria de la cárcel al simulacro de libertad de Rosario y a la opción desgarradora del exilio.

Entre tanto, el nuevo espacio de comunión y de resistencia es el círculo íntimo de las compañeras liberadas, las únicas, entrañables presencias que permiten anclar en la nueva realidad de libertad vigilada y perplejo desarraigo. El núcleo compacto del cuerpo múltiple construido en la cárcel se reduce y se recompone, pero subsiste. Y en cuanto a las que están libres pero lejos, sus voces se cuelan constantemente en el discurso, ya sea por la transcripción de conversaciones puntuales o de cartas, en una estructura dialógica que inscribe la pluralidad de perspectivas: «Estoy tratando de ubicarme en el punto de fuga de todas las visiones posibles, para arrancar con un cuento en el que el eje sea el traslado del sótano de Rosario a Villa Devoto» (75). Esa polifonía, tan perceptible a lo largo de toda la novela, permite a la vez la incorporación de discursos genéricos específicos, como la

carta, y la reflexión metaliteraria, en la medida en que la preocupación por incluir ‘todas las voces posibles’ determina las estrategias narrativas y subyace a los intercambios. En el capítulo “Carta a Aubervilliers”, Sara explicita su plan de escritura y solicita no sólo el apoyo de otras voces, sino también de otras memorias que permitan colmar los huecos del olvido, completar el testimonio, erigir síntesis imposibles entre el pasado y el presente, entre los afueras cercanos y los afueras distantes. Ya se trate de reconocer las calles soleadas de una Santa Bárbara ‘salvaje’ o de vivir el exilio en un suburbio parisino, todas ellas, ex prisioneras literales, son ahora prisioneras simbólicas, subjetividades mutantes que intentan sostener el mundo más allá de sus fisuras: «A las otras calles de París deben salpicarlas llantos de pájaros, cervezas rotas, lluvias incestuosas y enredadas. Y también un poco del Paraná, estoy segura. Colaborá conmigo y confirmámelo» (*Ibidem*).

De eso se trata: de juntar los pedazos de la propia historia, de los lugares perdidos, del cuerpo ahora en movimiento, de las identidades resquebrajadas primero por la tortura y después por el destierro. De reconstruir uno de los primeros, angustiosos tránsitos: el traslado –que por suerte en esos años no era todavía sinónimo de ejecución– del ‘pozo’ de la Jefatura de Rosario a la cárcel porteña de Villa Devoto. La literatura es ya una presencia crucial representada en el texto, un programa de reidentificación en marcha. Pero también un riesgo doble: el de afrontar el ‘agujero negro’ del infierno carcelario y del poder totalitario, por una parte; el de producir revelaciones disruptivas, por otra: «Me siento como si estuviese muy concentrada en meter un dedo en algún agujero» (76). Porque allí donde se hurga es también en las propias contradicciones, las eventuales debilidades, los roles a los que adecuarse o no, las entrañas de la experiencia y de la memoria, los yo(es) que se han sido y que se entretejen sin pausa, engendrando a cada paso otros nuevos. Y ya aparece aquí, en la carta a Aubervilliers de *Pasos bajo el agua*, esa especie de definición a la vez poética y existencial que podremos rastrear luego a lo largo de toda la obra: el dinamismo radical del ‘salto’: «Acordate del futuro cuento. Estoy abriendo el primer agujero. Aunque también podría estar trabajándome algo referido a dar un salto» (*Ibidem*). El agujero como espacio tenebroso a explorar, el salto como estrategia a la vez de resistencia y de libertad; la literatura como dispositivo que autoriza el re-agenciamiento de la experiencia y la reparación de las pérdidas: sobre esa tríada y sus múltiples combinaciones se eleva la arquitectura textual, modulada en cada texto pero constante en su potencia articuladora.

La misma voluntad de reunir los fragmentos –del recuerdo, de los cuerpos, de las voces, de las palabras– se manifiesta en el segundo libro de Alicia Kozameh, *Patatas de avestruz*, de 2003, referido al pasado más lejano pero no menos opresivo de la infancia. Según sus propias declaraciones, la pulsión de la escritura procedería precisamente de un clima familiar vivido como otra forma del encierro:

Sí sé que yo escribía para no andar llorando por los rincones. Para poder jugar con algo que no fuera lo que tenía más a mano, que no era algo sino alguien: mi hermana, que en realidad no podía jugar. Las palabras eran unos pedacitos de expresión que yo podía dominar, dirigir, ordenar, controlar, modificar. De las palabras podía ser la dueña³.

Como en la carta a Aubervilliers, donde refiriéndose a la lógica interna de la memoria la narradora dice: «Algunos recuerdos están amputados. Pero no me cuesta nada provocarme un efecto de neuronas. Reponer imágenes, y las sensaciones vuelven intactas» (infra: 78)⁴, en *Patas de avestruz* se explicitan programáticamente las colisiones temporales: «Debo pensarlo ahora y sentirlo antes y ahora» (82). Se trata de un procedimiento de rescate de la vivencia, de la sensación, que pueden ser restituidas a partir de la imagen o el pensamiento, y colonizar el momento presente, en una suerte de *revival* voluntarista que captura el momento perdido al mismo tiempo que lo transforma en substancia del ahora, en material absolutizado del relato.

Esa tensión entre los tiempos no sólo es propia de toda narración personal –como ya hemos podido verlo en la evocación del pasado de reclusión en *Pasos bajo el agua*, evocación que, a *posteriori*, permite revelar las zonas antes ignoradas de lo real y rediseñar la percepción del mundo– sino que es un eje constructivo de *Patas de avestruz*, en cuyo caso la relectura es aún más intensa y correctora, porque confronta una conciencia infantil y una conciencia adulta. Los saberes incorporados desde la niñez funcionan como destellos que iluminan los puntos ciegos de la historia, y contribuyen al desciframiento del archivo de la memoria: desde la perspectiva escrutadora de la escritura se accede paulatinamente a todo aquello que Alcira niña no veía ni sabía, y es por medio de una intrincación virtuosa de la palabra infantil y de la palabra adulta como esos hechos se escenifican y se interpretan. Porque ahora hay una competencia lingüística y existencial que antes faltaba; porque se pueden reconocer e identificar pulsiones que antes no tenían nombre; porque las escenas del cuerpo ‘hablaban’ un lenguaje que hoy tiene ‘sentido’ y en las del imaginario germinaba ya el oficio futuro de escribir lo que la vida estaba inscribiendo. Recordemos a ese respecto la esclarecedora reflexión de Roberto Retamoso:

Los actos, los gestos, y por supuesto los dichos, pueden constituir inscripciones que los sujetos trazan sobre la superficie infinita del mundo. El Mundo (y la Historia) se configuran como texto, no en el sentido de un estructuralismo que pretendiera convertir

³ Ver Reina Roffé (2013: 39), *Conversación entre amigas*, entrevista a Alicia Kozameh. El subrayado es nuestro.

⁴ El subrayado es nuestro.

la irreductible realidad de las cosas en un sistema de signos, sino al revés, cuando por efecto de la escritura, el núcleo duro de lo real admite ser escrito por el trazo material que sobre él operan las acciones significantes de los sujetos.

Podemos, en consecuencia, sostener que la vida, la historia y el mundo se escriben no sólo como representación literal sino como la forma misma de lo representado. La escritura desborda y depone la oposición representante/representado en un movimiento que funde ambos términos: se escribe para significar lo real en la medida en que lo real nunca cesa de ser conformado por la materialidad de los trazos que lo constituyen. (Retamoso 2013: 325-326)

Tiempo, cuerpo y palabra son los tres ejes estructurales y semánticos en torno a los cuales se organiza el texto, y cuyas combinaciones, entretejidos, colisiones e incongruencias trabajan la materia misma del discurso. Algo esencial se insinúa en las impotencias del lenguaje y en las de los cuerpos, en esas fallas del decir o del hablar, del moverse o del hacer; y todo ello en una escala que admite gradaciones y pactos secretos. El lenguaje herido, inaudible o agujereado de Mariana, en el que habría que restituir los sonidos que faltan, atenuar las sibilantes fuera de lugar, separar las palabras que se encastran las unas en las otras, responder a los énfasis propios y al ritmo de las repeticiones, enderezar los desvíos. Lenguaje averiado que tropieza con las erres, esas «letras ausentes» (infra: 81), las deforma o las expulsa: poesía de una otredad 'siempre solicitante' que es doble y espejo:

Fío la baldoza. Zuelo.

Alzida, Alzi, bolzo dojo dame. Dame dame.

Hambe. Banana pué. Dulzelete.

Alzi quiede peine papa-papaá. Alzi peine, bdazo papá.

Papá le duele bdazo. Gdita, papá. Le duele. (86)

Lenguaje inseparable del otro, vacilante e impedido, el del cuerpo encarcelado en la discapacidad.

Alcira niña es, en la escena familiar, el ojo que observa, el pensamiento que atraviesa los dobles, la imaginación que potencia los monstruos. Su percepción a la vez mágica y obsesiva de los miembros de la familia no sólo define las afinidades o los resentimientos, sino que pone en perspectiva las otras discapacidades y los otros encierros. La histeria de la madre, el autoritarismo del padre, las pesadillas amenazadoras de Alcira niña. Su encierro en el seno de una familia que la asfixia y con cuyas lógicas internas no comulga; el de la madre en el paradigma de la construcción social ama-de-casa-de-clase-media, con todo lo que ello representa de represión y falsas

apariencias; el del padre detrás de la máscara viril, que no por asumida es menos monstruosa. Cada uno de ellos alimenta el trabajo de una imaginación desbordante, donde ya apuntan, si consideramos que el personaje de Alcira es un doble análogo, alter ego o proyección de la autora, las premisas de la escritura. Y ello no sólo porque, según las declaraciones de la misma autora, escribir era una manera de evadirse de la opresiva atmósfera familiar, sino también porque en las percepciones restituidas de la infancia emerge ya, de manera contundente, la importancia superlativa del cuerpo que teñirá toda la literatura de Kozameh. Cuerpos como espacio, como superficie, como lenguaje; cuerpos como energía dinámica, continentes de deseos y rechazos, fuentes de tensiones, terrores y fluidos; cuerpos parlantes cuyas oquedades se abren o se cierran según las circunstancias y los estímulos; cuerpos textuales.

Alcira es el ejemplo flagrante de esa percepción múltiple, que va de la concentración abismática en el propio cuerpo, al acecho de cada sensación, de cada movimiento interior, de cada resonancia; a la observación minuciosa y obsesiva del brazo del padre o las ultranzas de la voz de la madre, concebida como metonimia corporal, y la contemplación empática y perpleja del cuerpo desarticulado de Mariana, el ángulo de sus rodillas, la baba que desborda de su boca, sus cabellos. Hasta esa confrontación, decisiva, con el cuerpo erotizado del otro, vista a la vez desde la perspectiva de la niña abusada pero deseante, y del niño vecino, en cuya mirada podría atisbarse el abusador del futuro.

Recordemos que los capítulos elegidos despliegan esa «polifonía ternaria», según la expresión de Erna Pfeiffer (2013: 164), constituida por las voces alternadas de Alcira, Mariana y Jorge, de las cuales la primera y la última aparecen ya claramente como voces de género, mientras que la de Mariana instalaría la dimensión de una exterioridad asexual. Como en los relatos de la prisión, detrás de esa multiplicidad de voces suele haber un encadenamiento de los cuerpos y de las secuencias narrativas. En algún análisis anterior yo hacía hincapié en esa «compacidad de un cuerpo único» y en la «cadena, [la] secuencia, [el] dispositivo» (Semilla Durán 2013: 220) que recusaba el paradigma del sistema carcelario y lo desmontaba. En el caso de *Patas de avestruz*, la ‘cadena de cuerpos’ es la que liga biológicamente los de Alcira, Mariana y la madre, es decir, el linaje femenino de la familia: «Debo decirme y no, quizás en aquel tiempo no, pero ahora me lo digo, que haber sido despedidas por las mismas caderas nos hace iguales, nos hace la misma» (infra: 82) y que, con todas sus fragilidades, sirve para oponer esas variantes de la femineidad a otra línea de continuidad que podría trazarse entre el padre y Jorge, el vecinito, ambos depositarios de concepciones machistas de la mujer y de la autoridad, y cuya extrema aunque no automáticamente consecuente expresión sería la figura del tío/padre de Graciela, el pedófilo abusador. Y si se nos permite una mirada que abarque la totalidad

de la obra, partiendo de la indubitable pertinencia de las observaciones de Erna Pfeiffer al comparar *Patas de avestruz* y *Natatio aeterna*, y establecer entre ambas novelas una continuidad organizativa que no excluye la creciente complejización; podríamos ver la culminación de esa potencialidad genérica masculina que tendría como horizonte necesario la práctica de la violación, en la figura del padre retomada y escrutada más allá de toda reticencia en *Eni Furtado no ha dejado de correr* (Kozameh 2013).

Volvamos sobre esa focalización en lo corporal y sus correspondencias genéricas a través de la selección operada por la autora en *Patas de avestruz*, donde a lo explícito observable se suma la profundidad de la configuración simbólica, presente hasta la saturación. Sin intención de caer en ninguna simplificación psicoanalítica, no podemos no considerar el vínculo textual entre la evocación de la figura del padre y el ‘clavo’. Aludido en principio como un mero objeto de lo cotidiano que representa un criterio de orden paternal y como tal debe ser respetado, el clavo va extendiendo su esfera de significación, desborda su función originaria y proyecta su sombra amenazante sobre las dos hermanas en la escena imaginaria de Alcira: «enterrando el clavo, enterrándome. A mí y a Mariana» (82). Poco más adelante, el elemento figurativo escogido para referirse al cuerpo paterno y, más precisamente, a su brazo, es el del ciempiés gigante, figura ligeramente monstruosa y repulsiva, amenazante, que acaba por abarcar la totalidad de la superficie corporal: «El brazo de mi papá es un ciempiés gigante, y su otro brazo, y sus piernas también porque también son peludas, y al final, entonces, mi papá es un conjunto de ciempiés gigantes todos unidos por las puntas» (84).

Y es justamente sobre esa superficie que Alcira quiere imponer ‘su’ orden, contrariando el de la autoridad paterna —«Porque el otro día, cuando le pasaba el peine, le molestaba y protestaba» (*Ibidem*)—, peinándolo, amansándolo. Sólo que la niña teme la reacción violenta del padre, y al mismo tiempo el discurso —preñado de implícitas, oscuras alusiones sexuales— va tejiendo una trama ominosa en torno a la figura del progenitor, comparada a los ‘bichos’, lo que justifica el miedo pero también la resistencia. El gesto violento es sentido, presenciado, imaginado; pero no es exclusivo al espacio de la masculinidad. La madre también irrumpe de manera agresiva en su retiro en el cuarto de baño, y si la toma de distancia respecto del padre se explica por la posibilidad del golpe —«cada vez que se mueve yo creo que me está por pegar» (85)—, la intervención materna vehicula sobre todo la violencia verbal. Ambas figuras polemizan de alguna manera con la libertad que la niña se fabrica sentada en el inodoro, mientras prescinde de las prendas íntimas y se reconcilia con su propio cuerpo, se reconoce en él. Este encierro buscado es más una liberación que una condena, y el ensimismamiento de la niña en diálogo con su cuerpo es un refugio que separa y, fugazmente, aísla de las voces, los sonidos y los desplazamientos de la casa. El ensueño

diurno, la reflexión sobre las palabras, la escritura temprana: en su entrevista con Esther Andradi (2013: 352), Alicia Kozameh afirma, refiriéndose a su vocación poética: «La cuestión es que la poesía –el tono poético, melancólico– apareció en reemplazo de ausencias, faltas, y como recurso de supervivencia». Y más adelante, recordando una tentativa muy precoz: «Escribí los primeros capítulos –y sólo los primeros, claro– de una supuesta novela a los diez años. Huía, me escapaba, del dolor» (*Ibidem*). A la vez exorcismo ante una realidad hostil y catarsis producida por experiencias de intensidad extrema, la necesidad compulsiva de la escritura está ligada a una suerte de excedente de dolor somatizado, que deviene en el texto adulto una «interpretación llevada a cabo por la vulnerabilidad de un cuerpo» (361).

Esa actitud de rechazo o denegación de una realidad indeseada es canalizada por las múltiples formas de encerramiento en sí misma: ver para adentro, oír para adentro, gritar por dentro. Alcira cierra los ojos para no ver: «Camino con los párpados muy apretados, los ojos metidos contra la nuca» (infra: 90), y avanza bordeando el abismo, sorteando los peligros que acechan: los ‘ojos’ del papel violeta tirado en la calle, el cuchillo –metafórico– de Jorgito, las tijeras de la madre, los ‘juegos’ del tío de Graciela en el garaje.

La aproximación a los vértigos de la sexualidad es paulatina: va del juego de atracción-repulsión que la vincula con el padre, a la mirada precozmente perversa de Jorgito, cuyas fantasías respecto a la vecinita a la que nunca puede alcanzar:

Todo el trabajo que me había dado entrar en la cocina, abrir el cajón de los cubiertos mientras mi madre removía un cóctel imprevisible de verduras en la gran olla enlosada y azul, extraer una cuchilla, la más grande, la más filosa, y salir desesperado para no ser descubierto, a operarte. A abrirte alguna herida. Y vos que tenías miedo, y vos que huías de mi cuchilla [...]. (86)

oscilan entre el realismo delirante y la operación metafórica, retomando y reconfigurando una simbología fálica transparente, en la que *voyeurisme*, erotización y pulsión violatoria se entremezclan y alternan. Se entrevistó ya en la mirada de Jorgito y en algunas de sus alusiones que la perversión imaginaria de la infancia puede haberse convertido en perversión ejercida en la vida adulta; así como la actitud a la vez de provocación y de rechazo que Alcira despliega, y que no excluye una dosis de seducción.

Esa progresión hacia lo abominable es posible gracias a nuevas cadenas o ‘encadenamientos’: por asociación de ideas –caminar en una pierna como el avestruz-Mariana-piernas flacas-patas de avestruz–; por contigüidad física: papel violeta/ojos del papel violeta/tío blanco/ojos del tío; por la lógica fatal de la trampa: las letras encadenadas de su nombre en la boca del vecino que la llama para jugar. La obscenidad de la experiencia que se desarrolla en el

encierro del garaje es registrada desde una perspectiva infantil que no es de azoramiento ni de terror ni de rechazo, sino más bien de fascinación: «yo sé que quiere que meta mi mano, que ahora no tiene tierra, en el pantalón gris para que le toque lo que tiene adentro» (93). Hay una inmediata comprensión de la pulsión, un juego que se juega a dos, y donde la niña es una interlocutora deseante: tocar, ver, oler, «yo sé que quiero abrir la boca, abrir la boca, quiero» (*Ibidem*). La revelación, cruda pero no violenta en apariencia, de la sexualidad desencadena un torrente de sensaciones; el misterio recién descubierto permanece como un ritual secreto, aún presente en la imagen y en el cuerpo. Extraerse de esa experiencia y retomar el contacto con el mundo de lo real-cotidiano sin solución de continuidad ya no es un encadenamiento, sino un ‘salto’: «tengo que saltar del pantalón caliente a la saliva fría de mi hermana» (94), y el contraste entre ambos revela una existencia desgarrada entre dos planos contradictorios, a la vez que una afirmación salvaje de lo que ella sí puede ser y hacer, por oposición a la permanente vulnerabilidad de Mariana. Mariana, que durante todo el capítulo es una suerte de testigo inoperante pero ineludible, uno de los polos entre los cuales discurre el mundo exuberante de la infancia, la deficiencia que da su medida a los excesos.

El recorrido textual –y sexual– que va del ciempiés intimidatorio, pasando por el cuchillo del deseo, hasta lo que no se nombra pero vive y crece en el pantalón del tío/padre de Graciela: esa misteriosa carne furtiva que se oculta y se muestra, responde a un procedimiento comparable al que se utiliza para construir la figura de la enfermedad de Mariana, nunca nombrada, pero siempre presente, aludida, contrariada. Lo potencialmente monstruoso late detrás de las palabras, pero el llamado de la sexualidad y el de la hermana se sitúan en universos contradictorios aun si, para Jorge, el vínculo entre las salivas de ambas, que «contienen todas las salivas del mundo» (88) es un signo de continuidad. Alcira y Mariana son, a su manera, las precursoras de los siameses de *Basse danse*, aunque su gemelidad simbólica sea menos conflictiva, y la fusión se articule en una colaboración de dos cuerpos cercanos y no en la prisión de la unicidad forzada. Podríamos seguir trabajando, si tuviésemos espacio, esas configuraciones y esos ritmos, hechos de dualidades y de tríadas –madre-Alcira-Mariana, padre-Alcira-Mariana, padre-Alcira-madre, Jorge-Alcira-Mariana, tío de Graciela-Alcira-Graciela, tío de Graciela-Alcira-Mariana, etc.– que hacen de las tramas corporales y afectivas una combinatoria infinita de desafíos y resistencias. Son esas tramas las que van construyendo las instancias sucesivas de la subjetividad, tensionadas por la violencia sorda de las demandas sociales y familiares por una parte, y las pulsiones del deseo y las insolencias de la libertad por la otra. Recordemos la definición de subjetividad que produce la filósofa italiana Rosi Braidotti (2000: 39):

El sujeto es un proceso hecho de desplazamientos y negociaciones constantes entre diferentes niveles de poder y de deseo, es decir entre las elecciones voluntarias e impulsos inconscientes. Toda posible apariencia de unidad no responde a una esencia otorgada por Dios, sino más exactamente, a la coreografía ficticia de múltiples niveles de un yo socialmente operativo. Esto implica que todo el proceso de devenir sujeto se sostiene sobre la voluntad de saber, el deseo de decir, el deseo de hablar: un deseo fundacional, primario, vital, necesario, y por lo tanto, original de ‘devenir’.

Alcira, gracias a ese ensamblaje de potencialidades, pulsiones e intercambios, realiza lo que podríamos llamar un ‘aprendizaje de sí’; y el discurso que lo narra está marcado –no en función de la experiencia del personaje sino de la de la autora– por la impronta inmediatamente reconocible de la ‘sobreviviente’, que viene a teñir retrospectivamente la vivencia infantil: «De eso se trata: de esos poros agigantados en la piel que te cubre. Que absorben las oscuridades y las sudan en luces de Bengala porque hay que vivir, porque hay que permanecer vivos» (infra: 94)⁵.

Toda coincidencia con aquel párrafo que relata, en “Bosquejo de alturas”, la clausura de las prisioneras por la instalación de una plancha de metal que las sustrae radicalmente al mundo, creando una prisión dentro de la prisión, es, por supuesto, todo menos casual:

Fulgores, estallidos, activados en zonas ocultas. Nada de intentar encontrarlos en un cielo azul, ni siquiera combinado con rojos o púrpuras de ciertos atardeceres. Sólo en sótanos. En espacios donde el aire es oscuro, y tan espeso que transmite las ondas de los crujidos, las pisadas de los borceguíes. De los grandes zapatos que golpean contra el piso superior. Sobre las cabezas aquí, sobre las cabezas allá, las cabezas y los extremos de los dedos. Que echan luz. (261)

«Permanecer vivos» impone mutaciones, rupturas, ‘saltos’, a veces olvidos. Esa dialéctica es profusamente desplegada, justamente, en *259 saltos, uno inmortal* (2001), la novela del exilio. Esta vez el dilema no consiste sólo en saber dónde está alguien que quizás ha dejado de ser, y quién es éste que está aquí, bajo la nueva luz de un espacio otro; sino también en hacer un lugar a todos los que, faltando, la acompañan: «¿Qué es haber dejado de estar en calidad de lo que se fue, de lo que se hizo? ¿Qué es haber sido parte de las formas y de los contenidos y haber dejado de serlo? ¿Quién estaba y quién ya no está? ¿Quiénes estaban y quiénes ya no están? ¿Cuántos estaban y cuántos ya no están?» (100).

5 El énfasis es nuestro.

El exilio es sin duda desterritorialización, patente en las maneras de mirar lo que no se ha visto antes; pero también es apropiación de un territorio nuevo, y en ese territorio hay que hacerles un lugar a los que están sin estar y se cuelan por todos los resquicios de una realidad aún indescifrable: los presos políticos que siguen habitando las cárceles argentinas donde una parte de ella misma se ha quedado: «Se los ve asomarse por todos los agujeritos de los rulos que se ponen los que eligen enlaciarse o enrularse el pelo. Y se los ve, también, asomarse por todos los demás orificios existentes en esta ciudad. [...] Se los ve. Sí que se los ve» (*Ibidem*).

El nuevo espacio será así, en primer lugar, el escenario de profundos conflictos identitarios y de desacuerdos con la Historia y sus ritmos, pero será también el lugar del retorno a la vida y del advenimiento de otras subjetividades que, sumándose a las precedentes, remodelarán la percepción del mundo y harán posible que la ya proverbial aptitud para la resistencia devenga en afirmación vital: «Porque eso de morir, no. De eso, basta. Ya hemos muerto demasiado» (102). Si la adaptación imposible a la vida en la cárcel había significado buscar y encontrar nuevas maneras de articulación entre el cuerpo y el espacio, inéditas fusiones en la corporeidad colectiva, ritmos compartidos de los órganos y las voces; si en la infancia aprender –y, por ende, crecer– implicaba un trabajo cotidiano de ajuste y negociación con los cuerpos y las voces circundantes, una exploración riesgosa de las trastiendas de la casa y de las almas y una potente actividad onírica y catártica; aprender el exilio pasa por atreverse a ejercer nuevas formas de libertad. Para ello será necesario examinar la propia capacidad de decidir –«¿Desde qué instante siento que navego en mi propia nave?» (103)–, interrogarse sobre las formas de la propia existencia antes y ahora, indagar el pasado buscando las claves del presente, redescubrir la luz, los objetos y sus texturas; combatir el extrañamiento con la reflexión y rediseñar el mundo, creando una nueva cartografía forzosamente inacabada: «La facilidad con que vemos lo que queremos ver, no vemos lo que queremos ver, vemos lo que no queremos ver, no vemos lo que no queremos ver. Y el verde de los cielos» (*Ibidem*).

Buscar y construir respuestas para todas las preguntas, darle al tiempo la forma de la espera, despertar y reconocer fantasmas, fuerzas y deseos, ‘ponerse a andar’ otra vez, de eso se trata:

Qué rugido interior nos despertó y nos encontró dispuestos a asumir el sobresalto histórico y bailar en él, sacudirnos en él, besarnos unos a otros en él? ¿Qué pregunta, rugido, no tiene todavía respuesta? De a poco. Ir definiendo. Ir estableciendo las similitudes entre la naturaleza de lo que emite el llamado y la materia, la carne en que se clava. (104)

Poco a poco se restauran armonías olvidadas, sabiendo que no hay reconciliación posible con la Historia, pero también que el ‘sobresalto’ histórico vivido inscribe el ‘salto’ del exilio en una trama vital, responsablemente asumida, finalmente abierta, pero con toda la pena intacta. El diálogo fantasmático con el escritor que se entera en el exilio de que su hijo ha desaparecido en la Argentina de la dictadura condensa todos esos itinerarios del dolor y la supervivencia:

Exilio es el renacimiento de la palabra que fue un día concebida, ¿te acordás?, mirada con afecto, acariciada, besada en los dientes, chupada, destrozada a besos, violada sucesivamente, asesinada y depositada, al fin, sobre la tradicional blancura antes libre de culpas y de penas, antes ingenua, virgen, antes sin signos de demencia, sin vestigios de sombras ni de amores. Exilio es, también, y más que nada, la reaparición de la palabra dibujada con todos esos líquidos del cuerpo.

Exilio es la vida entera. Cada palabra que nos ha habitado, que nos consume, que nos dispersa en el mundo y que nos acumula en el enorme recipiente de los grandes deseos y que nos vierte, de a poco, en los vasos de diferentes cristales, diseños desde los que iremos siendo consumidos. (106-107)

El pensamiento se interna así en una suerte de ontología del exilio, que no es ajena a la gran tradición exiliar judía, y toda la ambivalencia propia a esa fisura existencial, que a la vez quita la vida y la devuelve, será absolutizada en la medida en que la vida misma –toda la vida, la vida de todos– se asimila a la experiencia del destierro. La novedad reside en que Alicia Kozameh propone una suerte de ecuación simbólica, otra negociación –¿u otro ‘salto’?–, una transacción curativa: perder el territorio implica, en este caso, recuperar la palabra encarnada, «dibujada con todos esos líquidos del cuerpo» (*Ibidem*). Como dice Guillermo Saccomano (2006) en una semblanza del mismo Viñas: «no se le puede discutir al cuerpo. En consecuencia, difícil separar la marca en el cuerpo de la marca en el papel». La palabra es, en este caso, la historia, la memoria, los actos y afectos que quedan por inscribir, un futuro posible; la palabra es la escritura, este cuerpo textual que ‘ingerimos’ como lectores, haciendo nuestra su substancia y su potencia. Pero la escritura es también la escena en la que se representa el duelo entre olvido y memoria, y en la que se intentan colmar los huecos de lo ido. El recuerdo no es entonces una iluminación fortuita, sino una disciplina implacable que se impone «la búsqueda del nombre de los hechos» (*infra*: 108).

La condición exiliar no alude sólo a la herida infligida por la extirpación forzada del cuerpo de la comunidad de origen, que vacía en parte una subjetividad profundamente ligada a ella, sino que es también la escena de una

extirpación de sí misma, que hace imposible todo reconocimiento del yo en el yo. Se convive cotidianamente con los fantasmas que perduran de ese tiempo-espacio del allí y el ayer, y la silueta de los que ya no son está más presente que ninguna otra. Pero al mismo tiempo el primer retorno al país natal no es una experiencia de reencuentro, sino por el contrario la constatación de otra fractura, de otra distancia. ‘De un estar fuera de lugar en el hoy, aquí y allá’. La identidad se ha vuelto inasible, la subjetividad mutante. Los discursos y los gestos que la sostenían han sido destituidos por la Historia y la conciencia, y evocarlos es en vano:

Qué me pasa con mi país. Dónde están los símbolos. Busco los ademanes que me pautaron, los caracteres que se iban encendiendo para despabilar el camino por el que me había acercado a mí misma. Busco la gran metáfora, la gigantesca palabra que me tradujo el mensaje de la vida. No hay. No hay más, pareciera. O lo que está me es inaccesible. Se me esconde. Parece querer, no sé, burlarse. Dónde estoy. No sé dónde estoy. [...] Acá no estoy. (113)

Buscarse es buscar la palabra, y la palabra no puede ser sino desligada de la doble negación que deconstruye el yo y suelta sus amarras. La perplejidad de la exterioridad radical erosiona los fundamentos mismos del ‘ser estando’:

Aquí, donde nací, donde fui quien soy, de donde me fui y a donde he vuelto, no estoy. Aquí, donde trabajo para sobrevivir, donde escribo, donde crío a mi hija, donde quiero, de algún modo, a un hombre, donde está por publicarse mi primera novela, donde como, donde mi hija come, donde orino con el particular sonido de mi orina, donde me reúno con mis amigos, los viejos amigos que han esquivado la muerte, los nuevos amigos, no estoy. Tampoco estoy, tampoco estoy, tampoco estoy, aclaremos, caminando por las festoneadas orillas del océano, apretando las plantas de los pies, jugando a dejar una huella ineficaz contra las arenas húmedas y calientes de las playas que le dan forma al oeste de la extendida ciudad de Los Ángeles. Y qué se hace para estar donde se está. (113-114)

Como sostiene J.L. Molinuevo (2009: 152), «la extranjería, tal como viene del romanticismo, tiene una doble condición: extranjero en y para el mundo y extranjero en y para sí mismo». La fractura no se refiere solamente, entonces, a la que separa el territorio de allá y el de aquí; ni a la que escinde el mundo interior del exterior, sino y quizás esencialmente, a la que desajusta el cuerpo y la mente, la que disocia la voz y el lenguaje. Frente a

una subjetividad despedazada, definitivamente privada de su ilusoria unidad y confrontada con el surgimiento de subjetividades alternativas, nacidas como resultado de una negociación entre los diversos estratos en conflicto, la supervivencia va de la mano de la reparación y la sutura: «Costuras con alambres. Que sujeten. Que afirmen la mente y el cuerpo en sus respectivos lugares. Evitar la diversificación. La disolución» (infra: 114), pero también del cuestionamiento del concepto mismo de identidad: «Cuáles son los respectivos lugares. Qué espacio les corresponde. Qué es espacio, qué es lugar. Qué significa que a algo le corresponda un sitio» (*Ibidem*). Asistimos así a lo que bien podríamos denominar como un proceso deliberativo, que se libera de las ataduras territoriales de la nacionalidad y de la dictadura metafísica de la unicidad, para consentir una nueva representación de sí que incorpore como propia la figura inarmónica de una subjetividad zurcida, recompuesta, proliferante, desmembrada. Memoria, deseos inconscientes, mutaciones políticas se combinan en nuevas estructuras dinámicas y, en última instancia, son dos las materialidades que las sostienen: la del cuerpo, la corporeización del sujeto, entendida como la intersección, el encuentro, la superposición de lo físico, lo simbólico y lo sociológico (Femenías – Ruiz 2014: 8) y el cuerpo de la escritura, el cuerpo textual, territorio en el cual la palabra teje y vuelve a tejer la trama del yo. Sin desprenderse realmente de nada, sin renunciar a los dolores que la han construido ni sustraerse a los laberintos en los que puede perderse; ensamblando en un montaje complejo la revolucionaria, la exilada, la mujer, la escritora, con todas sus fidelidades a cuestas: «Con una mano se sostiene el mundo y con la otra se van empujando hacia adentro las puntas blancas de los huesos que asoman por las aberturas, las heridas infligidas a lo largo de los años, de la historia, de la sucesión y de las acumulaciones» (infra: 116).

Se ha dicho que el inmigrante y el narrador comparten un trabajo común: ambos tienen que reconstruir una vida (Mora 2011: 52). Tanto más cuanto que, como en este caso, se suman una modalidad dramática de la inmigración y una narradora que es, a la vez, la versión ficcional de la autora; es decir, una escritora y una escritura ‘exiladas’.

‘Saltos’ que llevan de un territorio a otro, vaivén que busca lo que está ya definitivamente perdido. Irse para seguir siendo, volver para no encontrarse, zambullirse en la luz nueva, proteger el tesoro de la lengua de las contaminaciones, navegar por la escritura para salir del espanto aunque antes haya que hundirse en él y revivirlo. Saltos que instalan discontinuidades y fragmentaciones, subjetividades incipientes y gestos reiterados desde siempre. Saltos que no dejan de sobresaltar, y sin embargo son contrapesados por otros encadenamientos, estructurales o retóricos, que el cuerpo del texto recrea también aquí, desde el exilio, para conservar las coherencias debidas: de la orina de los cuatro años en la que un yo balbuciente reconoce las latitudes del cuerpo propio a la de la exilada adulta que la recuerda para

reencarnarla; del bidet de la infancia y la juventud argentina a su privación en la cárcel literal y en la cárcel del exilio, o a la manera de referirse a los compañeros exilados por el mundo y «enhebrados como collares» (infra: 104), el trabajo silencioso de erotización del mundo –en cuanto dispositivo que liga, reúne, anuda– erige un equilibrio inestable, un sistema de tensiones controladas, que se construye a partir de los saltos, pero que no olvida ninguno de sus márgenes: «Mientras vamos recreando, reinventando el salto. La acrobacia. La pirueta. En el centro del equilibrio. En el cruce de las coordenadas que encuentran a la vez, el silencio y la estridencia. Punto en el que el aire se decide a ser inmortal» (117).

Esas recurrentes tensiones entre lo uno y lo múltiple alcanzan en *Basse danse* (2007) el nivel de la paradoja, en la medida en que Alicia Kozameh halla la figura ideal para representrarlas: la de los dos hermanos siameses condenados a habitar un cuerpo único, a compartir sus órganos y sus movimientos, por una parte; y sus aspiraciones frustradas, deseos y fantasías por otro. La dualidad interdependiente de «Los mandatos. Los requerimientos. Las insinuaciones» (119), que ya se había esbozado en la relación de Alcira y Mariana en *Patás de avestruz*; la dualidad de un yo escindido que constituía la experiencia del exilio en *259 saltos, uno inmortal*, llegan aquí al paroxismo. Y ello no sólo porque Ancón y Tofé están material e inseparablemente unidos en su condición de hermanos siameses –que no se nombra nunca pero se sugiere hasta instalarse insidiosamente en cada intersticio del texto– sino porque a esa doble vida encerrada en un cuerpo único se suman: la doble asignación sexual, las voces desdobladas cuyo discurso se declina entre lo proferido y lo silenciado, lo dicho y lo no dicho, aunque tome cuerpo en la escritura; la convivencia de las criaturas inquietantes del subconsciente, el sueño o las ficciones inventadas para construir las historias que se cuentan; y la materia, no menos inquietante, de una realidad corporal cerrada sobre sí misma, de un espacio infranqueable. Vemos entonces cómo se instala el vertiginoso dispositivo de la proliferación y la puesta en abismo, que va produciendo capas superpuestas y polémicas, dobles de dobles, agónicas contradicciones y múltiples voces que pugnan por hacerse oír, por crearse una existencia autónoma, por vaciar sus pesadillas en el flujo de narraciones infinitamente interrumpidas y recomenzadas. Alguna reminiscencia del Manuel Puig de *El beso de la mujer araña* puede atisbarse en ese dúo improbable, en el que la celda de la cárcel ha sido reducida a la superficie de un cuerpo disforme, casi monstruoso, y en el que un heterosexual y un homosexual se disputan interminablemente, fuera del tiempo y casi sin espacio; pero también donde uno de ellos le cuenta historias –sueños– al otro, remedando así la dialéctica del psicoanalista y del psicoanalizado –pero también del dominador y el dominado– en un duelo incierto que no excluye la negociación.

Si desde *Pasos bajo el agua* hemos insistido en el carácter polifónico de la literatura de Alicia Kozameh, *Basse danse* condensa las voces en un circuito dialógico obsesivo, en el que poco a poco se van vertiendo las pulsiones violentas, las obsesiones, los monstruos del imaginario, a la manera de un encadenamiento catártico que buscara crear las condiciones de un equilibrio inestable.

Pulsión de vida –Tofé– y pulsión de muerte –Ancón– actúan en el escenario del cuerpo compartido el drama elemental de la existencia, el sexo, la conciencia, la palabra. La puesta en escena de ese drama incluye una dramaturgia que es tributaria tanto del conflicto como del juego, dos estrategias que ponen en circulación una variedad creciente de roles o de identidades, ficticias o no. Entre el pesimismo radical de Ancón –«Miedo, me das. Tu interés por permanecer en lo cotidiano me da miedo. Sobrevivir a qué. A quién. Con qué motivo» (129)– y el esfuerzo de Tofé por producir sentidos –«quiero ver algo terminado, la cabeza empieza a dolerme, ayúdame, no me dejes solo en medio de lo fragmentario, de lo inacabado» (130)–, se despliega la batalla por el ‘ser’: «Es difícil salirse de este círculo. Estamos hundidos en este barro» (131). No hay liberación posible del cerco del cuerpo que los encierra; de allí la necesidad de diferenciarse, de individualizarse, de construir una o más subjetividades propias, que salven imaginariamente el obstáculo de la unicidad. La oralidad y la ficción son los únicos instrumentos susceptibles de fisurar el cerco y de cuestionar o construir los sentidos. Si en *Patas de avestruz* la hermana disminuida carece del lenguaje normalizado y para darle voz hay que inventarle otro, en *Basse danse* uno de los siameses, Tofé, habla demasiado y dice lo que el otro quisiera que se callase. Si antes hablábamos de una circunstancia dialógica que reproducía las condiciones del intercambio terapéutico entre paciente y analista, ahora podemos señalar que el diálogo entre los hermanos es a su vez una teatralización de las relaciones entre la conciencia y el subconsciente, la verbalización y la censura, y ello no sólo en el ámbito compartido de la palabra proferida, sino también en el del pensamiento, que retiene lo que no puede decirse y de alguna manera obra así, oblicuamente, en aras de una conciliación posible. El texto como escena dramática en la que se explicitan y/o se sustraen las verdades subjetivas, las tensiones intersubjetivas y las deliberaciones identitarias es a la vez el espacio de ‘lo sensible’, a veces exacerbado a causa de los límites estrechos e irrevocables del cuerpo compartido: «Compartimos el oxígeno, el alboroto y los silencios de las moléculas, compartimos. El aire de nuestro espacio, nuestro aire, que entra por tu nariz y sale por la mía con la energía y el desgano de la sobrevivencia» (136). Hay pues en la trama lingüística una ‘trama orgánica’ omnipresente, que subyace a la dialéctica de la tensión ‘dicha’, sea o no ficcionalizada; y que la contradice en la medida en que, si las subjetividades y las palabras dibujan un paradigma polémico, diver-

gente, la corporalidad entreteje ritmos internos, miembros y órganos que convergen necesariamente en la tarea de la supervivencia y la adecuación:

Una ameba, somos. Una indefinición de balanceos, una simultaneidad de circulaciones sanguíneas, una forma acompasada de latidos y de ritmos. Un conjunto de porosidades y de líquidos entrando y siendo despedidos por los poros. [...] Una incógnita. Y otra incógnita. Y una incógnita más, somos. (137)

Ese dispositivo de coacción material del cuerpo como continente es así el marco en el interior del cual debe decidirse el indecible drama de la subjetividad doble y autónoma, el duelo entre el desesperado nihilismo de Ancón, el moralista, y la fantasía proliferante de Tofé, el poeta; entre una filosofía que asume entera y descarnadamente lo real y una aspiración imaginaria que lo reescribe; entre, finalmente, la radicalidad violenta del individuo y el gesto conciliador de lo común:

Tanto esfuerzo te he visto hacer en años, tanto enojo contra todo te he visto desplegar en función de conseguir para tu mente esa forma independiente, de concebirte libre de cualquier imagen unitaria del mundo, de nuestro mundo. Tanta lucha por llegar a construir para vos una consciencia de ese yo tuyo que te resistís a que sea nuestro. Tanta búsqueda de la abstracción, de la emancipación de tu propia imagen y de tu movimiento. Y yo, que me siento tan en conjunto. Tan en grupo con el mundo. Tan en sociedad con vos y con la humanidad. [...] Viviría yo más tranquilo, es cierto, si fuera posible para mí estar convencido, descansar sobre la convicción de que viene con vos, con tu mente, de que es inherente a tu naturaleza, una cierta idea de conjunto. (164)

Posicionamientos opuestos, agónicos, y sin embargo complementarios, que se definen recíprocamente y traman en el dolor y el deseo los caminos de una libertad prohibida. Hacer frente o evadirse, pensar o soñar, optar por sexualidades más o menos transgresivas, dividirse para acabar uniéndose en una reformulación paródica del hermafrodita platónico, cuestionar las palabras o enhebrarlas, encerrarse en la idea de la muerte o detectar los intersticios por los que la vida se infiltra: el cuerpo único cuya sangre alimenta a dos hombres es el laboratorio de una comunidad inédita, inconclusa, deforme, pero 'resistente': «Somos lo que llegó y nunca decidió irse. Lo que sigue siendo esperado. Lo que nunca fue» (141).

A nivel del funcionamiento textual, a la fragmentación de las historias inventadas y a menudo inacabadas responde el inagotable 'encadenamien-

to' de los diálogos, a la dispersión las obsesiones, a la multiplicación de las búsquedas, el horizonte furtivo de totalidades –a la manera borgiana, memorias a la Funes o misteriosos Aleph– presentidas, construidas, transmitidas. En 259 *saltos* se percibían ya los signos del horror desperdigados en el espacio material de la ciudad: «Por entre las ranuras de los bajorrelieves, de las molduras minuciosamente trabajadas alrededor de las ventanas. Los vestigios de la sangre, los restos de sudores, las partículas adheridas a las sombras» (112), recubriéndolo todo y ‘actualizándolo’ todo. Al comienzo de *Basse danse* Alicia Kozameh rediseña un Aleph propio y desgarrado, en el que la visión omniperceptiva deviene en símbolo paradójico, en una especie de sol negro arltiano:

Y el sol, pretencioso y siniestro, arrastrando hacia los inicios del milenio todos los brillos acumulados, todas las guerras iluminadas, todas las inundaciones recalentadas, todas las explosiones volcánicas encendidas, todos los cadáveres humanos calcinados, todas las fotosíntesis diseminadas por los bosques, todas las oscuridades alumbradas, todos los secretos aclarados, todas las mentiras puestas en evidencia, todos los pormenores descubiertos, todas las voces, los coros y los ecos abriéndose como las colas de un ejército de pavos reales ante la entrada, ante la presencia de la luz. Ante el inevitable, el flagrante fenómeno de la luz. (120)

y en el que todos los crímenes ocultos son violentamente revelados. Lo que conduce más adelante, al final de la selección de secuencias de *Basse danse*, a una última totalización ética que reclama, anudando las exigencias de reconocimiento y de memoria, la presencia de ‘todas las voces’ que hacen la Historia:

Que cada detalle de esa historia está registrado en las líneas que quedan en el aire producto del movimiento de las manos que apilan los ladrillos. Y que esparcen el cemento. Y que revocan. Y que pintan. Que las paredes son la historia, y que no hay nada en ningún lado que no esté también allí, empotrado, incorporado. Ningún concepto. Ninguna ideología. Ninguna convicción. Ninguna posición política. Ninguna forma de lucha interna o externa en beneficio de nadie: ni de los indigentes ni de los poderosos. Ningún sufrimiento, falta allí, sufrimientos de los que fueron afectados por las decisiones de otros. De los muertos en las guerras. De los torturados y de los lentamente asesinados. De los que resistieron y no delataron. De los que delataron y viven el doble dolor merecido. Que no falta ninguna de las voces de

los que se reunieron a discutir dictámenes, sentencias, decretos, acuerdos, determinaciones de trascendencia, y también de las otras. (148-149)

El mismo objetivo se manifiesta en la construcción narrativa de *Natatio aeterna* (2011), que en su deliberada complejidad suma voces y subjetividades entrelazadas y ‘encadenadas’, y donde, justamente, el eslabón que liga las secuencias es salto y puente a la vez. Salto, porque el desplazamiento de narradores y personajes se efectúa sin transición y sin aviso para el lector, quien debe seguir el flujo verbal con extrema atención para no dejarse sumergir por él. Puente, porque cada vez que una voz cede su lugar a otra hay un elemento –signo lingüístico, palabra con doble valencia, objeto recurrente– que liga lo disjunto y anuda los fragmentos. A ello corresponde, a nivel de la construcción de sentido, un juego dialéctico entre las voces individuales y su integración en dispositivos colectivos, que reproduce la tensión entre la fragmentación y la unidad; y un ‘objeto-símbolo migrante’, que reaparece en manos de los distintos narradores: la valija que encierra una maquinita de afeitar, un reloj despertador y una corona. Valija que ‘salta’ de una a otra situación, de uno a otro personaje, homogeneizando lo disímil, uniendo lo fragmentado, ‘encadenando’ las individualidades polémicas a las mismas búsquedas y a los mismos deseos. Ya se trate de la joven bailarina sometida a la presión materna, del músico de rock que ha abandonado el consumo de drogas, de los ex militantes que dialogan en torno a la palabra ‘derrota’; del viejo austríaco Krampus, que desempeña una vez al año el rol ritual del diablo; de Lucrecia, la niña que ve monstruos en las bocas de las personas; del cirujano tentado de estropear el cerebro del paciente al que opera; de la rana que se metamorfosea en gato; de Alberta/Pinina, la niña violada por su padre; del homosexual seropositivo o del percusionista negro que cierra la serie con una magistral lección ética, todos ellos dibujan un paradigma común. Todos se debaten en y llevan consigo las propias prisiones, están encerrados en dilemas familiares, existenciales o vocacionales; todos ellos buscan equilibrios internos en los grupos a los que pertenecen, aunque las relaciones puedan ser tensas o peligrosas; todos ellos ‘ponen el cuerpo’ para que el terror, la ambición, la memoria, el propio saber –ciencia o arte– o los propios deseos lo atraviesen; para que defiendan, al ritmo de los órganos y los fluidos ocultos, una libertad –quizás eventual, quizás ilusoria– que no deja de espejear en cada gesto, en cada miembro.

Ése es el valor en nombre del cual cada uno introduce una forma propia de desajuste en el mecanismo de lo convencional cotidiano; ése es el valor que ilumina los parentescos secretos y organiza los paradigmas subyacentes. La tensión entre lo que se quiere/puede hacer y lo que se debe o no hacer; la diferencia entre el deber colectivo y el deber ‘se’ individual, los deseos personales y las expectativas comunes, constituyen a la vez el horizonte de

libertad posible a conquistar y el límite que lo real se empeña en oponerle. Pero aún los más asociales, como Krampus, cuya violencia no es sino la máscara del miedo, reconocen que si hay un sentido de la existencia hay que buscarlo en la cohesión del grupo:

A mí, por ejemplo, me gustaría saber por qué siempre somos los mismos. Por qué no busco otros amigos para esta tarea, para salir a la calle una vez al año a sentirme poderoso y a conseguir cerveza gratis. No creo que podría. Sin ustedes cinco sentiría que salgo sin brazos, sin piernas, sin cabeza. (Kozameh 2011: 21)

Razón de más para que Martín, el ex militante político, afirme: «Y esos otros eran parte de mí tanto como yo era parte de ellos» (infra: 195).

Entre lo que los otros quieren hacer de nosotros —«Las piernas de la hija amasadas por las yemas, por los huesos de los dedos de las manos de esa madre. Músculos con forma de madre. Tendones madreados. Nervios amadrados» (167)— y lo que nosotros queremos ser; entre los abusos que nos infligen y aquellos a los que nosotros mismos nos sometemos —«Aunque, es cierto, hay dependencias y dependencias. A una ya me la saqué de encima. La que creía que significaba libertad. Y que en realidad me mandó de esclavo. La que se hizo cargo de mis líquidos. De mi sangre. De mi pis. De ésa, ya estoy libre» (179)—, lo que se debate es justamente el sentido de la libertad, la fuerza del deseo, los límites de la identidad y su necesaria hibridez: ser lo que soy es también ser lo que me han dado, hecho, exigido; ser es

Ser lo que se es: se es esa fuerza. Ésa con la que se es lo que se es, con la que se entiende que se es eso y ninguna otra variante, que se es parte de algo y de nada más, con la que se duda sobre lo que se es, con la que se niega a los pataleos y a los gritos lo que se cree no ser, con la que se demuestra que negarse a ser parte es ser parte. Con la que se prueba que declararse ajeno es pertenecer⁶. (178)

En la difícil tarea de la autoconstrucción cada uno explora sus miedos, designa sus chivos expiatorios y elabora sus escenas sacrificiales, sus modelos, sus servidumbres. Dice Eddy, el músico de rock: «Quizá estupidez sea esto de no estar dispuesto a renunciar a la esclavitud. Esto de querer siempre ser esclavo de los propios deseos. De las propias obsesiones. Como, por ejemplo, la de hacerse famoso» (182). Dice Martín, el militante político, hablando de su Comandante: «Sí, está bien, él es el ejemplo a imitar. Él es el paso a seguir. Él es el espejo en el cual mirarse, el libro en el cual leerse y entenderse, aprenderse y construirse. Reconstruirse. Siempre y a pesar de todo» (190).

⁶ El subrayado es nuestro.

La deliberación gira siempre en torno a un mismo eje: la libertad; eje que se enriquece paulatinamente cuando se reflexiona sobre la relación de la libertad con las palabras, las cadenas mentales o verbales, las cadenas imaginarias, las cadenas persistentes y ocultas. Romper la esclavitud de las palabras es una manera de ‘desencadenarse’, y sin duda la única modalidad eficaz para lograr ese objetivo es el ‘compromiso radical’ cuya sede es antes que nada el cuerpo: miembros, entrañas, secreciones en acción para librar la batalla con la Historia: «Pero acá, querido, acá hay que arremangarse y hundirse hasta las pelotas a rescatar lo rescataable, sin olvidarnos de poner los ojos en lo que viene detrás. Enseñarles a los pibes lo que se les negó. Hablarles de lo que no les permitieron ver» (199).

De allí la importancia crucial de indagar los sentidos y las perversiones de la palabra ‘derrota’; de allí la necesidad del incesante trabajo de la memoria. Liberarse del miedo –de los miedos– pasa por hacer frente a la realidad y aceptarla en cuanto tal, lo que no significa someterse a sus mandatos ni renunciar a transformarla. Se trata de una aceptación lúcida, en la que cada intersticio ha sido analizado y en la cual se observa con una actitud alerta, capaz de captar en cada pliegue la cara oscura de lo visible. Como dice Ancón, con acentos casi cortazarianos:

Pero la realidad es real, Beatriz, aunque la reiteración le quite contundencia. Nos baila, ejerce una danza múltiple que nos envuelve y nos va descubriendo poco a poco sus zonas ocultas, tramposas, traicioneras, que atacan de pronto desde un plato de galletitas de chocolate en la mesa de una fiesta de cumpleaños, o desde detrás del telón de un teatro, o desde el fondo de una planta de lechuga mientras se la está cortando para la ensalada del almuerzo. O desde las letras de la mejor página del libro que más le gusta, Beatriz. Es la realidad, y es omnipotente. No es posible ignorarla. (160)

Lo cotidiano, despojado de los velos de la banalidad, muestra la emergencia de lo ominoso; los objetos se cargan de una desmesurada potencia simbólica, la realidad remodela la percepción y nos descoloca, obligándonos a ‘pensar otra vez’.

Volver a pensar el pasado, la identidad, la lucha. Sin disimulos, sin mentiras, sin excusas. Pero también, y sobre todo, sin renunciamientos. La lucidez, «la blessure la plus proche du soleil», según las palabras de René Char (2007: nota 169) es capaz de restaurar la ‘cadena’ quebrada de la Historia y de anudar una vez más, más allá del tiempo y de la muerte, los que ya no están y los que aún los viven «dándole a esa lluvia la tarea militante, la responsabilidad de que transportara nuestra desazón a través de la tierra, que la ayudara a penetrar, a entrar en apretado contacto con los

huesos de nuestros compañeros asesinados» (infra: 202-203).

En el origen de todas las indagaciones hay una irrenunciable vocación de verdad, que implica no sólo sacar a la luz los secretos más escondidos, sino comprender sus mecanismos y sus lógicas, y utilizar para ello un lenguaje igualmente develador, tan agresivo como irreverente, tan dolorosamente concreto como preciso, que no desdeña ninguna substancia o materia, que no censura ninguna acción o delirio, que transgrede en conciencia toda regla políticamente correcta y trasciende las máscaras hasta pulverizarlas. Teñido de oralidad, a veces prosaico y otras de un lirismo alucinado; secretado al ritmo de las pulsaciones del cuerpo como uno más de sus fluidos; tenso y pronto a liberar estallidos de violencia o delicadísimas percepciones, el lenguaje de Alicia Kozameh es en sí marca y rúbrica. Inconfundible y sin duda inimitable, el mejor instrumento para explicarlo todo, aun aquello que hubiésemos preferido permaneciese inexplicable.

Ese mismo impulso de desnudar lo real hasta el hueso inspira sin duda una novela como *Eni Furtado no ha dejado de correr* (2013), en la que, una vez más, los episodios oscuros de lo vivido durante la infancia, aquellos que no se llegaba a comprender y que sólo se volverán visibles con el tiempo y las revelaciones consentidas de los que han construido el silencio en su torno, serán exhumados, verbalizados hasta la exacerbación, expuestos con las entrañas al aire, releídos desde todos los ángulos. Y ello no sólo por obsesión de saber, de horadar el núcleo ciego del mal, sino y sobre todo por exigencia de justicia y de reconocimiento de quienes han sufrido sus embates, de las subjetividades femeninas instrumentalizadas y de sus cuerpos abusados, que sin embargo han logrado reconstruir sus universos y, como los ex militantes políticos, sobrevivir: no en calidad de víctimas, sino de resistentes.

Desanudar «los nudos acumulados, los nudos de las cosas que nos han pasado en la vida» (206), según la expresión de la misma Eni, viene a constituirse en objetivo del libro todo. Distintas voces, distintos interlocutores que separan las aguas y definen cuáles son las confianzas compartibles y cuáles necesitan de un tú ausente o mudo para poder ser proferidas, se suceden a un ritmo perfectamente organizado, que a veces expone –‘pone fuera’– los profundos interrogantes íntimos –es el caso de Eni, obligada a la rememoración de sus heridas–; o bien trata de infiltrarse, cuando la voz real ya no es posible, en las sensaciones y dilemas que cercaran al padre, sometiéndolo a sus frustraciones y a sus imperativos machistas. El leit-motiv del encierro es omnipresente, y cada uno de los protagonistas lo experimenta a su manera: de los ‘círculos’ que cercan a Eni⁷ y la obligan a replegarse en su propio miedo,

7 «Y me hacía la pregunta de cuántos círculos más habría alrededor de nosotros, del auto, y si no sería que las vacas y los caballos que veíamos cuando había sol estarían bailando entre el horizonte y la lluvia, agarrados de las manos, en una ronda, contentos de la ducha que se estaban dando, o tratando de disimular el miedo por no tener una casa donde meterse con tanta agua cayendo. Al final uno se pasa la vida tratando de disimular el miedo» (infra: 208).

pasando por la conciencia de la estrechez de la propia vida y los mandatos de género que expresa Julio, el padre, calificándolos de ‘infierno’ del que no se puede salir: «Porque, te guste o no, sos éste que está aquí. Un momento: ¿estás seguro de que sos éste que está aquí? ¿Aquí dónde? Éste. El que va caminando, taconeando, porque es macho, por el pasillo interminable de esta casa de departamentos que alquila para vivir con la familia» (210); sin olvidar la ‘esclavitud’ de la madre —«Qué se puede decir. Qué se puede hacer. Soy una esclava. Una esclava de él, una esclava de la chiquita. Una esclava de mí misma» (212)—, amarrada a su función de ama de casa y sometida a la dominación del marido y a sus propios prejuicios; ni la ‘asfixia’ que embarga a Alcira desde que se entera de la verdad acerca de Eni y su padre: «Un círculo. Una asfixia desde el momento en que escuché ese relato de mi madre» (Kozameh 2013: 64), o el miedo al fantasma del incesto que no llega a formularse. En cada uno de los casos, y sin hablar de ‘la chiquita’, encerrada en su propia incapacidad de vivir el mundo, las instancias del encierro son al menos dobles: las que relevan de las propias falencias, las cobardías o los simulacros; las que proceden de los roles sociales, los preconceptos o los estereotipos. Y cada uno de ellos sabe, en el fondo de sí mismo, cómo funcionan esos mecanismos y posee o no la fuerza necesaria para resistirlos. La dialéctica misma del diseño narrativo reproduce esas fracturas, en la medida en que alterna monólogos interiores en los que se discurre sobre las propias carencias con diálogos en los que las palabras resultan a menudo incapaces de decir lo que debe ser dicho. Los dos polos de esa oscilación existencial, recurrentes, obsesivos, inconciliables, son: el miedo por una parte —que no sólo es un componente preponderante de la experiencia de cada uno de los personajes, sino que se expresa en ellos con las mismas palabras que vuelven de manera intermitente— «tratando de disimular el miedo» (208) —y la verdad por la otra—. Verdad y miedo que son a la vez indisolubles y opuestos: capaces de engendrarse recíprocamente, la restitución de la una implica la liberación del otro. Liberación que pasa entonces por una forma verbal de la catarsis, lo que significa no sólo un ‘vaciamiento emocional’ purificador sino una acción resistente: «Uno se salva en la lucha, a uno lo salva el traqueteo de la lucha» (Kozameh 2013: 65).

Esas tensiones se materializan de manera aguda en la construcción textual del cuerpo —de los cuerpos— sea en el plano de lo real o del imaginario: rupturas, cicatrices, desmembramientos, fragmentaciones, pulsiones y expulsiones: cada episodio de la existencia tiene una resonancia interna, visceral; los órganos laten y se retuercen en las cavidades, los conductos se obstruyen, la respiración falla. Los desajustes entre el yo y el mundo, o bien aquellos entre el yo y el yo, hallan un eco en esas alteraciones de la mecánica corporal, en las contrariadas redes de los nervios. Simétricamente, otras tensiones se manifiestan de manera cada vez más explícita y coordinada en la trama textual. Proliferan las imágenes de sí a través de la construcción de dobles, invertidos o no: Eni y Alcira funcionan como una especie de

desdoblamiento incontrolable y polémico de una perdida unidad original, de un cuerpo único y múltiple a la vez del cual también formaba parte ‘la chiquita’, la hermana menor muerta. Ya habíamos señalado más arriba una especie de acoplamiento funcional entre Alcira y Mariana; en *Eni Furtado no ha dejado de correr* se suma Eni, la amiga de la infancia, a esa constelación. Gemelidades de *Patás de Avestruz* que reúnen dos cuerpos separados y complementarios; hermanos siameses en *Basse danse* que encierran en un mismo cuerpo dos subjetividades encontradas; tres cuerpos desgajados por los tropiezos de la existencia en *Eni Furtado...*, de los cuales dos vuelven a reunirse para restituir la imagen depredadora del genitor, aun cuando para lograrlo haya que poner en escena un duelo agónico, un robo edípico que Eni expresa con crudeza en uno de sus diálogos imaginarios con la chiquita, que no figura en la selección de esta *Antología*:

Lo arranca y se lo roba. Se lo lleva y se lo roba, como si nada fuera. ¿Y todo para qué? ¿Para qué? Ya te avivaste, ¿no? Por las dudas, te lo digo: para quedarse con lo que no es de ella. [...] para quedarse con cachos del padre, que no están en ella. Es en mí, que están, chiquita, le guste a ella o no. En mí. Yo creo que ya te lo dije muchas veces. Y también te dije, me parece, que lo que es mío, es mío. Mí-o. Y no se lo doy a nadie. Lamento mucho si a ella le faltan pedazos, en la vida. [...] Pero yo no pienso arrancarme mis pedazos para que ella se los enchufe en sus agujeros. [...] Lo que te quiero decir es que tu hermana, al final, así va a quedar. Ni ella va a saber quién es. Toda llena de parches, de cachos agregados, de costuras todas hechas con agujas de colchonero. (Kozameh 2013: 303)

Si en *Basse danse* Ancón representaba el papel del psicoanalista en el diálogo con Tofé, cuyos sueños interpretaba, Eni hace lo propio cuando, en sus diálogos imaginarios con la chiquita, aquel espacio privado y confesional donde todo puede decirse, interpreta los actos de Alcira a la búsqueda de la verdad; lo que en este caso vendría a significar a la búsqueda del Padre. La escena terapéutica inicial, definida por el intercambio oral y ‘cuerpo a cuerpo’ –¿cuerpo en cuerpo?–, a la que son constreñidos los siameses, es alterada por la mediación imaginaria y la persistencia de una presencia ausente –la chiquita– que desvía la práctica analítica y la proyecta en una suerte de pantalla reflexiva. Se introduce así otra forma de desdoblamiento, que habilita en este caso preciso estrategias de censura y preservación del núcleo más íntimo de la subjetividad, que es el del trauma. Los distintos planos posibles de la indagación, la confidencia, el proferimiento, el silencio apelan a otras tantas capas o gradaciones de la consciencia, y es en los pliegues o las inadecuaciones que los separan donde se juegan las apuestas de la palabra y, a veces, de la comprensión o del pacto.

Todas estas instancias vuelven a plantear la ya apuntada dialéctica de la fragmentación y la unidad, del desmembramiento y la recomposición, de la ruptura y el encadenamiento, que se va enriqueciendo con nuevas variantes. Entre ellas, las genealogías materialmente o fantasmáticamente recuperadas: la ‘absorción’, lindante con el canibalismo ritual, de los huesitos de su padre por parte de Eni; la recuperación, vampirismo simbólico, de su padre por Alcira a través de la memoria de Eni. Ambas estrategias son cabales ejemplos de un ‘trabajo’ de composición y recomposición que remite por una parte a los ‘agujeros’ de la transmisión y por otra a los misterios de la subjetividad, a la potencia del secreto. También podemos incluir en esa serie las subjetividades múltiples que cada sujeto despliega y alimenta, sumadas a las que quienes lo perciben le atribuyen o inventan: «es como si una persona estuviera desperdigada en la cabeza de la gente» (Kozameh 2013: 229), dice Eni al indagar esos misterios, para concluir más tarde: «Lo que sí creo es que en algún momento hay que volver a ser una sola» (*Ibidem*). Cuerpos individuales, cuerpos familiares, cuerpos sociales son desorganizados por la fragmentación: dice Eni, refiriéndose al estallido del grupo familiar que ha integrado en casa de Alcira, después del descubrimiento de la violación: «Todo se había roto como si alguien hubiera agarrado a hachazos una cadena y hubiera destrozado los eslabones» (125). Y Alcira, cuarenta años más tarde, buscará, sean cuales fueren sus motivaciones reales, ‘juntar los pedazos’, reunirse con su doble partido. El esqueleto del padre de Eni es reducido a un montoncito de huesos astillados por el sepulturero, de los cuales la hija sustrae dos que harán las veces de ‘puente’ entre el cuerpo muerto y el cuerpo vivo, restaurando así la ‘cadena’ de la filiación: «Yo digo: en ese huesito debe haber algo. Debe estar ahí metido todo ese amor que él sentía. Y debe ir derritiéndose de a poquito, con mi saliva, y espero que me vaya entrando en la sangre» (234).

Se trata, en un caso como el otro, de ‘rescatar los pedacitos’, pero con plena conciencia de que la comunidad original no era ideal, y la que pueda recomponerse será imperfecta. Queda el vínculo y, sobre todo, quedan las interrogaciones, los ‘cómo’ y los ‘por qué’ que la literatura no sólo no cancela, sino que vuelve a plantear una y otra vez. Porque ser es también rehacerse; pensarse es deconstruirse y volver a buscar una forma que nos corresponda, aquí y ahora; hacer memoria es ‘seguir el hilo’ de las historias para anudarlas; contar es recontarse. En “Acumulación”, relato contenido en la colección *Ofrenda de propia piel* (2004), la narradora se refiere a ese trabajo constante de indagación de sí diciendo: «[...] he aquí el collar que soy. Las cuentas de las que estoy hecho. De las que me confecciono» (infra: 259). Contra la segmentación desintegradora, la sucesión acumulativa. Contra el miedo, la aspiración incansable a la fosforescencia, el centelleo, el brillo que espejea entre las cosas, y que encuadrará retóricamente “Bosquejo de alturas”: «Fulgores, estallidos, activados en zonas ocultas» (261).

Esa será básicamente la estrategia de los relatos, algunos de cuyos fragmentos forman parte necesaria de la selección antológica. Asistiremos entonces primero a la constitución y luego a la restauración del cuerpo colectivo de las prisioneras políticas, en la medida en que se produzca el tránsito de la cárcel a la libertad, y ello al ritmo de las respiraciones multiplicadas, los cuerpos unánimes, los dolores compartidos, la resistencia cotidiana. Como ya hemos señalado en alguna oportunidad, esa profusión «ilustra la compacidad de un cuerpo único y establece una cadena, una secuencia» (Semilla Durán 2013: 220): otro collar, hecho esta vez de treinta eslabones indisociables que generan el gran cuerpo metafórico de la militancia: «[...] treinta mujeres vibrando y comunicándose, debatiéndose en una estrechez de espacio intransgredible, como glóbulos a lo largo de un vaso sanguíneo» (infra: 261). Una sola lógica entrelaza gestos, palabras, voces; los papelitos y los relatos que circulan de una a otra, las vaginas que los albergan, los rituales de la comida en los que «una cadena de manos [da] forma al aire, [moldea] el recorrido vertical hacia las bocas» (267); los cigarrillos que pasan de boca en boca, los fulgores que viajan por las miradas. La vida intensa de la celda teje las tramas de la supervivencia mientras las noticias que llegan del exterior dan cuenta de la muerte constante, y finalmente la clausura total viene a castigar la voluntad conjunta de no ceder al disciplinamiento. El resultado es una fusión radical, que no admite fisuras, e incluye todas las intensidades visibles y subterráneas, todos los latidos, la carne y las voces de la resistencia:

Somos este sótano, este nudo apretado de la historia, somos la fuerza y el ingenio con que nos desatamos. Somos la soldadura y cada chispa. El cuerpo de todas, somos. El gran cuerpo completo. Todo el cuerpo. Su sangre, somos, y los huesos. La piel y la respiración. La vagina del mundo, somos. La gran vagina. [...] Somos esa gran máquina de soldar. Esa gran chispa. Y somos la armadura. El ristre cómodo. La lanza. La ropa que nos cubre. Siempre puesta. (273)

En la misma línea de resistencia se inscribe otro diálogo analítico: el que instala la alternancia entre la interpretación analítica que la narradora de “Dos días en la relación de mi cuñada Inés con este mundo perentorio” produce respecto del comportamiento de su cuñada, y el monólogo interior que esta última despliega a lo largo del relato. El efecto dialógico es creado por el montaje pendular entre ambos discursos, enunciados en primera persona del singular, aunque el de la narradora está claramente dirigido a un ‘tú’ que representa a Inés, mientras que el de Inés es un discurso cerrado sobre sí mismo. El contrapunto de las voces –tipográficamente diferenciadas– va dibujando las opciones de supervivencia o de autodestrucción derivadas de la difícil situación del exilio. En la tensión entre ambas visiones y comporta-

mientos se decidiría toda posible continuidad de la existencia, así como toda transformación de la representación del espacio y la pertenencia. Las perspectivas de los dos personajes confrontan espacios interiores y exteriores, reflexiones y actos; algunas se despliegan paralelamente a ciertas construcciones topográficas que denotan una ‘intervención’ sobre el mundo físico exterior, la necesidad de Inés de modificar el color del mar —«Era negro, el mar. Necesito que sea negro. Para que se establezca la diferencia. Para que garantice mi sobrevivencia. Para que cumpla con mis reglas. Las reglas de mi juego. Para poder considerarlo parte de mí. Mío.» (276)—, de interpretar el trazado de las calles o los gestos de los caminantes, la ‘disputa’ con la luz, o bien la fijación sobre el mapa, representación abstracta del espacio, en la que se abisma, contemplando una ajenidad sin remedio a la que quiere volver, desde la clausura del espacio interior. La imagen del espacio perdido sobrevuela los pasos del destierro, la mirada dirigida a lo inmediatamente presente exorciza la evocación de las ausencias que no se colmarán. El acto ritual de Inés: adquirir un globo terráqueo —objeto intermedio entre el espacio real y su representación abstracta, entre tierra y mapa—, que encarna su «ignominiosa representación de la existencia» (284), y sacrificarlo en la hoguera da cuenta del conflicto insalvable y de la negación de la circunstancia presente, pero también puede ser un intento de exorcizar la propia condición del desarraigo. Como en casos anteriores, hay otra voz mediadora, la de la hija de Inés. Si Sara expresa la voluntad de rearmarse después de la tragedia, y su voz interpreta las razones y los efectos del duelo incurable de Inés, la hija es tanto su interlocutora inmediata como su contrincante. Lo que está en juego es la continuidad de la vida, pero también, sin duda, la imposibilidad de recuperar la unidad perdida. Sara encuentra en la memoria de lo vivido la razón para continuar resistiendo; Inés hace de ella la razón de hundirse en el duelo. Pero al final del relato, todos los mapas, todos los espacios representados en el globo terráqueo y en el mapamundi son eliminados por el fuego, y el signo es ambiguo: ¿supresión simbólica del mundo o liberación de una obsesión a través de sus síntomas? Sara enuncia su propia lectura de ese acto:

¿qué te ha persuadido de que debías optar por exterminar todo mapa, todo globo terráqueo circulante, o cualquier representación de este mundo, de este espacio que nos ha tocado en suerte en lugar de algún otro pedacito de tierra en cualquier otra galaxia, en vez de exterminarte a vos misma? (285)

Si lo que está en juego finalmente es la capacidad de resiliencia de ambas mujeres, hay una diferencia importante entre ellas: Sara cuenta con un instrumento esencial que le permite indagar su circunstancia y transformarla: la escritura: «Quiero decir, yo escribo para investigar, para entender,

para inventar, para proporcionarme respuestas» (*Ibidem*). Profesión de fe repetida una y otra vez al hilo de los textos, la puesta en discurso del trauma objetiva, ex-prime, organiza, sublima, repara. De allí la escena de la hoguera y el consiguiente sacrificio del globo terráqueo, esa condensación de todos los espacios donde no hay un lugar propio, ese «sofocado hijo de destinos inciertos» (284) en el que la misma Inés parece inmolarse simbólicamente. Ante la pulsión de muerte que pretende borrar la historia, Sara propone la letra, el nombre del dolor, el hueso de la experiencia hecho escritura: «Y si es que estás tan resuelta a no hablar, quizá aceptes escribirlo» (286). Porque el fuego es impotente frente al trauma: las ‘cenizas’ quedan –«decime, Inés, ¿qué creés que vas a hacer con todas y cada una de las tantas, las tan volátiles, inasibles, cenizas?» (*Ibidem*)– y volverán a acosarla. La escena que construye Alicia Kozameh es, una vez más, del orden de lo psicoanalítico: la verbalización ex-trae el dolor de la clausura y permite ‘pensarlo’, organiza los sentidos y los asigna, reúne los fragmentos y hace lugar a la pulsión de vida. ‘Encadenar’ las palabras en la escritura suturaría las cicatrices, y crearía las condiciones para dar el ‘salto’ de la obsesión mortífera a la resiliencia.

Las reiteradas exhortaciones de Sara a reanudar la vida podrían dirigirse también al personaje de “Mungos mungo” (*Cárceles complementarias*), sumido en una suerte de auto-encierro radical, escindido del mundo y del Otro, abismado en la introspección y la observación del propio cuerpo. Contrariamente a la Sara del relato precedente, el protagonista de “Mungos mungo” no sólo rehúsa interactuar en el mundo, sino que ha renunciado a la búsqueda de respuestas: «Ya no investigo» (288), lo que no le impide interrogarse con respecto a la propia entidad y las consecuencias de la clausura: «Acá, desde acá, me hago todas las preguntas y me doy el regalo de las respuestas, cuando las encuentro. Cuando no, nada» (288-289). La reducción a una existencia estática, en un espacio reducido y fuera del tiempo, configura un universo alternativo al de la vida exterior y cristaliza el rechazo a las dinámicas de intercambio. Las funciones vitales elementales –comer pochoclo, masturbarse– se reiteran mecánicamente, encuadrando un dispositivo en circuito cerrado, condenado a la circularidad. La crítica del sistema que rige el funcionamiento del mundo circundante –«En el final rudimentario de la consumición, de ser consumido, reside el propósito de todo» (289)– es a la vez el fundamento y la excusa de la reclusión, lo que no impide que pueda ser leída como una forma más de resistencia radical al capitalismo. A ello se suma la constatación de la ausencia de pensamiento crítico: «En realidad todo está algo así como establecido. Nadie cuestiona la naturaleza de los hechos ni sus transcurso [...] nadie se cuestiona ni eso ni nada» (288). Si la disquisición, la pretensión de pensar el mundo, es ajena al ritmo de las prácticas sociales, la única manera de conservar esa facultad es la de abandonar el mundo y remitirse a la propia subjetividad. Así como el ciclo ingestión-digestión-expulsión –o bien excitación-mastur-

bación-eyaculación– instaura el principio secuencial de una repetición sin fin, del orden de lo biológicamente dado, la actividad del pensamiento parece ceñirse también a ese esquema reiterativo que se realimenta sin cesar, pero en el que quizás falte la instancia final de la expulsión o el desahogo, la cual parece ser reemplazada por un ejercicio diferido del imaginario. Los ciclos biológicos se cumplen y recomienzan, los del pensamiento parecen perpetuar la suspensión de una comprensión inaccesible: «Acá, desde acá, me hago todas las preguntas y me doy el regalo de las respuestas, cuando las encuentro. Cuando no, nada. Cuando no aparece esa satisfacción, me imagino que queda pendiente para un después que no sé cuál ni cuándo será [...]» (288-289).

Instalado en un mundo paralelo, el narrador hace de su propia coherencia una apuesta ética: ese ‘permanecer fiel a sí mismo’ lo aísla y lo protege al mismo tiempo. Pero la disociación no es posible, en la medida en que la subjetividad de cada uno está determinada por las construcciones culturales y los contextos en que éstas se han diseñado. Optar por la clausura no basta para despojarse de los miedos, las incertidumbres, las repeticiones traumáticas, las adversidades, la falta de sentido, las pesadillas, puesto que esa es la materia que nos constituye. El aislamiento acaba por remitir, entonces, a la extrema vulnerabilidad, a la precariedad de una subsistencia herida, al exilio como paradoja: «Tan desprovisto de todo, se está. Se vive, se está, tan como si no se viviera. Tan como si se fuera flotando entre nebulosas de barro. De una negrura masiva y homogénea y virtual. Tan despojados de todo, estamos, permanecemos» (291).

La sofisticada constelación metafórica que reduplica los gestos y los sentidos de la masturbación con las alusiones al combate de la mangosta y la cobra funciona como una nueva puesta en abismo de la gran ‘imposibilidad’ de romper el círculo, a la vez que como el escenario en el cual se representa una y otra vez la escena personal, el «espectáculo de mi vida y de mi muerte» (290).

La supervivencia, en esas condiciones, parece reducirse a una obstinada permanencia que impugna el mundo y enaltece la ausencia, sometida al ritmo inalterable del eterno retorno y el despilfarro⁸ de una sexualidad estéril y autoerótica. La única posibilidad de romper el aislamiento sería una sexualidad compartida, la irrupción del otro que quebrara el círculo. El dilema parece ser concentración o diseminación: «Es necesario concentrarse en los puntos de partida. Porque, de otro modo, dónde y de qué manera va a producirse el encuentro entre los elementos, el encuentro que nos devuelva a los Yo, orígenes, que nos reinstale en lo que somos, en lo que creemos ser» (292).

Rizar el rizo del auto-reconocimiento portaría la promesa de restablecer la coherencia amenazada; es decir, la unidad perdida. Entre tanto, se suspende

8 Ver George Bataille (2007).

la opción, se interrumpe el gesto y se instala un tiempo diferido. Tiempo para ‘digerir’, no ya el pochoclo, sino la condición exiliar. Ese «aquí me quedo» (294) final, que constituye a pesar de todo una amarra en el espacio, un punto de observación de sí, inmóvil y desafiante, se opone de manera radical al ‘vuelo’ (¿al salto?) de *Mano en vuelo* (2009), el poema dedicado a un niño iraquí muerto en un bombardeo y cuya mano, desprendida del cuerpo, se eleva en el espacio antes de caer. En él se alternan las perspectivas del yo, observador estático, y la de la mano en movimiento; y en las cuales, de alguna manera, cada uno es testigo del otro. Estamos en este caso ante una puesta en abismo de perspectivas, dado que la mano sería un testigo del testigo, que a su vez se desdobra en: «miren lo que soy, no claven la mirada en lo que he sido» (297), un antes y un después, una vida trunca y una consciencia mágicamente sobreviviente. Mano separada del cuerpo, cuerpo fragmentado cuya integridad nunca será recuperada: «No vuelvo. / No vuelvo. / No me reúno con la vena. / Con el hueso» (298).

La incongruencia de la circunstancia está sintácticamente figurada por la identificación negativa –lo que no se es, lo que no se hace– y la exhortación a no mirar, no interrogar, no interpretar lo que no es pensable, es decir, el desmembramiento de un cuerpo infantil. Como apunta Ester Gimbernat González (2013: 273), «Esa mano diminuta está encargada en su metonimia –“signo de evocación, signo de / toda la presencia» (32)– de enfrentarse en diálogo improbable con la voz del testigo y construir su discurso de la negación». Tales procedimientos van en el sentido de figurar lo infigurable, es decir, la ‘desaparición’ de un todo fragmentado del cual sólo sería perceptible –pero la percepción, es decir, la mirada, es denegada– un segmento proyectado a la distancia, un residuo de carne y de palabras que dice ‘no’:

No veo. No veo nada más que
 lo que me ve
 y nada me ve, nada
 ve el tendón que se asoma, el músculo contraído que va des-
 prendiéndose
 de lo que no se adhiere, ya, más que al pensamiento. (infra: 298)

Si en “Mungos mungo” el despilfarro de energía vital construía una puesta en abismo metafórica desplegada en varios planos sucesivos y que escenificaba las paradojas del exilio, en *Mano en vuelo* es el despilfarro de una palabra incapaz de nombrar el espanto que viene a erosionar los fundamentos mismos del poema: «No me llamen. No malgasten palabra, rugido, resonancia. / Tanto despilfarro será castigado un día con / la permanencia del silencio» (301).

La estructura de las estrofas es homogénea: a cada secuencia de negaciones o de exhortaciones negativas se adosa una cruda alusión a la descom-

posición del cuerpo al que la mano pertenecía. Y ambos registros: el de la acción no autorizada y, por lo tanto, abortada; el de la precisión casi clínica del desmembramiento persiguen el mismo objetivo: decir la desaparición:

protéjense los ojos, les digo, que voy cayendo, protéjense que
un golpe inesperado de mano diminuta
con tendones abiertos por la historia,
de uñas invisibles, de dedos
rígidos, azules. (305)

Pero al mismo tiempo, esa avería del lenguaje que trabaja profundamente el poema, declinando todas las variantes posibles de la orden negativa, de la exhortación a la suspensión de todo acto de palabra, de rebeldía o de duelo; esa interdicción de la palabra impotente para nombrar el hiperbólico horror de 'la mano en vuelo', acaba revirtiéndose en un gesto radical de afirmación que sobrepasa toda modalidad de lo expresivo para condensarse en una secuencia sublimada, aquella en la que la negación reiterada sirve para afirmar la no-muerte, la no-derrota, la resistente supervivencia:

No habrá funerales ni llantos ni manos hacia el cielo
ni reverencias al gran soberano de los médanos
imperecederos, porque
no he muerto. Ni habré muerto
en este futuro ni en otro,
porque no hay muerte que me abarque
no hay muerte en la que quepan mis cinco dedos de miniatura
mis cinco uñas translúcidas apenas acaecidas
mi palma abierta como estrella fijada
en el guiño inicial. (301-302)

Demasiado enorme, esta muerte, para caber en la idea de la muerte. Por el contrario, escapa a toda determinación y a todo ritual, a toda formalización codificada. Esta muerte perfora el universo, desarregla los gestos fúnebres, se reinventa: «No hay muerte»; se transmuta en epifanía, en –otra vez– Aleph totalizador:

Y no hay otro punto, no hay
otro punto en la existencia desde el que
todo pueda ser percibido en su versión más diáfana, con mayor
esplendor,
con el esplendor, digo, de la verdad viva,
no hay mejor punto de visión
que éste que habito, del que de pronto he quedado suspendida

y desde el que me apropio de una visibilidad
de náufrago que
no ha conocido embarcación⁹. (302)

El vuelo ya no es entonces el de la muerte sino el de una forma de la sabiduría que no sólo percibe la verdad del mundo en el punto más elevado –y más fugitivo– de su trayectoria ascendente, sino que también ratifica la plenitud de cada vida. Contra toda ciega contabilidad estadística, contra toda lógica de daños colaterales, contra toda condena previa a la in-existencia, contra toda, en suma, ‘desaparición’ programada, el derecho a ser se afirma:

el derrame de
todo lo que hemos sido
y que no hay quien pueda decidir que
dejemos de ser. (302-303)

Hasta que el signo de la prohibición que constituye la orden negativa muta en una afirmación potenciada que se proyecta hasta el futuro y recupera la dimensión temporal para la construcción de la memoria:

No oigan
no dejen de oír, de percibir cada temblor del aire
que acarree signos y señales
presten a mi reiteración, a mi mensaje nuevo y repetido
toda la atención humana y la que resta
y cuelga de todos los silencios y los gritos. (303)

Del «no oigan» como interdicción, que alude irónicamente a la indiferencia occidental ante esas muertes distantes que no dejan huellas, pero apunta también a excluir a aquellos que ‘no saben oír o ver’ las sombras de la propia imagen, el poema ‘da el salto’ hacia el «no dejen de oír», que no solo invierte –da vuelta– el sentido, reemplazando la ausencia o abstención por el ejercicio permanente de la acción antes negada, sino que la instala en una suerte de eternidad alerta, capaz de repertoriar y repercutir indefinidamente los hechos y su relato, en un espacio condensado de memoria y de lenguaje.

El discurso deviene así no solo el ámbito de reconstrucción de los fragmentos dispersos sino también el lugar en que esos fragmentos recuperan su materialidad inmediata, sus nombres y sus contingencias. Individuación tardía pero necesaria, deber del poeta y del testigo que devuelve, con infinita ternura, su humanidad ignorada al niño: el gesto discursivo rescata la tensión ineludible entre la percepción apocalíptica del mundo y la frágil resistencia del grito residual:

9 El subrayado es nuestro.

cabeza movediza
cubierta de dos círculos oscuros intranquilos como
los del muñeco de trapo y plástico que no duerme junto al cuerpo
que tuve, cubierta del agujero a través del que ese cuerpo
gritó necesidades humanas,
ínfimo pene ignorado hacia el futuro
pies todavía sin arcos que acaban de burlar la ley, que han abandonado
el peso atávico, la labor de sustentar el paso, el recorrido
a través de los tiempos que se nos acercan, que se nos avecinan
abusivos, impunes. (299-300)

Entre el «no oigan» y el «quiero oír» se juega todo el drama de la impunidad, el reclamo de sentido, la inexplicable diferencia entre las vidas que valen y las que no. Es a partir de ese quiebre de la razón cuando la ascensión se transforma en caída, la ley de la gravedad y la de muerte se alían para completar el ciclo de la destrucción, y la exhortación que lanza *La mano en vuelo* a los eventuales testigos para que se protejan, para que cubran ojos y oídos no es sino la designación de los responsables, la advertencia de la víctima a los victimarios, el eventual revés de alguna justicia posible:

protéjanse que
un golpe inesperado de mano diminuta
con tendones abiertos por la historia,
de uñas invisibles, de dedos
rígidos, azules, podría dejarlos
ciegos y girando como trompos en la desolación
de la búsqueda sin forma, jamás
interrumpida.

Protéjanse del impacto, que el desamparo
no perdona. Que el abandono
no perdona ni olvida. (305)

Es inevitable escuchar en esos versos el eco de la consigna tantas veces proferida por las Madres de Plaza de Mayo: ni olvido ni perdón. Alicia Kozameh la hace extensiva a todos los desamparados, los mutilados, los ejecutados por los poderes de siempre, esos «pájaros de la tierra» que intentan aniquilar los cuerpos y ahogar las subjetividades diversas, y a los cuales la mano solitaria desafía aunque sepa que no hay remedio a su abandono: «Nadie me obliga a ser lo que no habría sido, ni seré / lo que estaba dispuesta a ser (307)». Lo único que queda entonces es apelar a la responsabilidad de algún Otro que pueda, si no hablar en su lugar, hablar a través de la perpleja percepción del horror: el testigo, el poeta: «Que responda / el testigo.

Que responda el lisiado, / que tanto dice saber. Que tanto sabe. Que ha visto» (308).

Alicia Kozameh releva el desafío, cumple con el mandato, aunque se le rehúse toda tregua. O porque no concibe la tregua. Más allá de la sinrazón o, quizás, más allá de la razón abyecta, la escritura recoge voces. Y el grito, esta vez, resuena en la conciencia del lector si no está, ella también, ‘clausurada’.

El trabajo sobre las conciencias, o más precisamente, sobre una conciencia, la conciencia propia, es por otra parte uno de los ejes que estructuran la última novela de Alicia Kozameh: *Bruno regresa descalzo* (2016)¹⁰. A manera de diálogo largamente diferido con las primeras obras a las que nos hemos referido, y en las cuales se pone en escena, ficcionalizada, la experiencia de la prisión vivida junto a las compañeras; en este caso lo que se indaga –lo que se piensa imaginando, con una suerte de empática ironía que no excluye el dolor lacerante– es su reverso: la prisión de los compañeros, la manera en la que los militantes hombres vivieron y sufrieron el encierro, la tortura, y a veces la muerte. Martin Pietelli, alias Bruno, el protagonista, es un ex preso político que luego de ser liberado ha partido al exilio en Roma, exilio del que ha vuelto años más tarde. Una de las tensiones presentes en la novela es la que se plantea entre la supuesta jerarquía ‘moral’ de los que sufrieron en sus cuerpos y en sus almas la acción destructora de los torturadores, y la culpa que sienten quienes han conservado la libertad, por no haberlos acompañado en esas experiencias extremas. Esas dos posiciones trazan líneas divisorias, redistribuyen las afinidades, autorizan un entrecruzamiento de solidaridades y funcionan como un mecanismo de exclusión –o de autoexclusión– para los unos o los otros. Haber estado preso o no se convierte así en una categoría re-ordenadora del mundo, en un extrañamiento que a la vez consagra y separa, enaltece y condena. Más de treinta y cinco años después de los acontecimientos Bruno se hunde en la depresión, reproduce la experiencia de la celda de castigo imponiéndose no solo la reclusión en su habitación, sino la inmovilidad y el castigo de pasar sus días acostado en el piso de madera, dialogando a su manera con sus recuerdos, con las propias culpas aún no develadas y la memoria del espanto, en lo que se refiere a los procesos internos; y con una mancha que lo convoca obsesivamente desde una cortina, con el poder hipnótico del símbolo. Esta situación se prolonga, y ni las exhortaciones de su amigo Gustavo ni la tristeza que su actitud provoca en las dos mujeres que lo aman bastan para romper la coraza de falso cinismo y humor corrosivo con que se recubre/encubre. *Bruno regresa descalzo* es entonces, una vez más, la historia de un encierro,

10 Algunos de los conceptos aquí vertidos han sido expresados en la presentación de la novela en el Centro Cultural de la Cooperación en Buenos Aires, el 28 de abril de 2016; otros, en la ponencia intitulada *Memoria, conciencia y crítica en Bruno regresa descalzo, de Alicia Kozameh* leída en la École Normale Supérieure de Lyon, el 6 de enero de 2017, en el marco de la Jornada de Estudios ¡Hasta la Victoria...! Insubordinación, Transformaciones y Violencia en el Cono Sud (1964-1976).

esta vez auto-impuesto, que repite o reproduce el primero en cuanto a la puesta en escena, pero también gracias a la permanente rememoración de la escena primitiva del castigo; lo que solo puede explicarse si su actualización responde a otra expiación, secreta pero no por ello menos necesaria. Estamos entonces frente a un relato que sólo narra la escena del pensamiento, que recorre sin cesar los laberintos de una conciencia rumiante, que no deja de recrear las condiciones del duelo por los compañeros muertos, y que prescinde casi de toda acción en el sentido tradicional del término. Es el relato de una parálisis simbólica inducida por una culpa lacerante y acallada, del descenso al abismo ético; y a la vez de un rescate, de un salvataje operado por la amistad, la apelación a un sentido distinto de la responsabilidad, y la ruptura del encierro egotístico. Y esa mano tendida del amigo que es, por sobre todo, el compañero, el 'compa', el otro yo, funciona como el puente amoroso que supera la división entre los que estuvieron presos y los que no, demostrando que ninguna supuesta jerarquía salva del dolor ni basta para afincarse en la existencia sin un proyecto de acción. Como en la mayoría de sus textos anteriores, *Bruno regresa descalzo* alterna la forma monológica –preponderante– y el diálogo para abrirse camino entre los meandros de la memoria, la culpa y la nostalgia de la utopía, auscultarse desde el fondo de las entrañas, dando entidad a cada una de las células del cuerpo, y desplegar la crítica de las lecturas históricas y las palabras utilizadas para enunciarlas. Contemplación impiadosa de sí, auto-disección, exposición acerba de los propios límites; formas disfrazadas del suicidio, alcoholismo, fragilidades inconfesables, fortalezas remanentes... Todo se despliega sobre el tapiz, se escruta, se palpa, se desnuda.

En el capítulo incluido en esta antología vemos desplegarse esa dinámica, en un entramado complejo de acciones, tiempos y reflexión que combina a la vez la memoria, el imaginario y el símbolo. La colisión de imágenes y de planos superpuestos se organiza a veces por asociación, a veces por interferencia; e instala una suerte de 'lógica emocional', que al destituir el orden de la lógica racional, se consolida en el terreno de lo simbólico. Prueba de ello es la importancia que adquieren algunas imágenes-símbolo, como la de la mancha en la cortina, el aptérix, la gallina con las patas cubiertas de plumas, las calaveras, que constituyen todos núcleos metafóricos de los miedos internos –«esas específicas formas del terror sin las que no se sobrevive» (243)–, de las pesadillas persistentes –«Uno va juntado pesadillas» (242)–. Con ellas se cohabita para siempre, con ellas se debate el imaginario para contenerlas o potenciarlas, según el momento y el peso de las obsesiones.

El diálogo del personaje consigo mismo, desdoblado en la identidad del derrotado del presente –Martín– y el militante del pasado –Bruno–, entre nombre propio y nombre falso, es así la 'escena' en la que la ventanita de la cárcel, evocada desde un presente neurótico; la figura de la Consu, la esposa que no ha conocido la prisión; y las calaveras del Tirol se enlazan solidaria-

mente para rendir cuenta de sus obsesiones, pero también para explorar los límites de la razón. Y es justamente en esa falla donde pueden escrutarse las estrategias de la supervivencia:

Hay gente que se siente en armonía con su propia cotidianidad solamente cuando la vida no le ofrece más que la obligación de mantenerse sobre ascuas. Siempre dando saltos de distintas longitudes y de distintas alturas para terminar chamuscado lo menos posible. Esa sí que es una meta con sentido. Vale la pena invertir la primera mitad de la vida en aprender alguna coreografía que ayude a evitar los constantes fuegos con que nos sorprende el camino. Y durante la segunda mitad, dedicarse a menear el esqueleto, carajo. A saltar. A esquivar. A eludir, a soslayar, a sortear. [...] No existe el tiempo. No existe la certeza. No existe el equilibrio. No existe la conciencia. No existe el libre albedrío. Para qué tengo que existir yo, entonces. (224-225)

El indispensable armazón de certezas que ha vertebrado la vida del militante y sostenido su resistencia al poder opresor se ha resquebrajado, en la medida en que el presente no ofrece asidero a la utopía y ante la imposibilidad de cerrar el duelo de los compañeros desaparecidos o asesinados. La figura del 'salto' vuelve a emerger y se multiplica, tanto a nivel del sentido como del diseño textual.

Alicia Kozameh opera en este caso un salto múltiple, para retomar una constante ya señalada: de la experiencia femenina de los personajes, que es a la vez la propia, se pasa a una experiencia masculina, lo que implica imaginar una relación 'otra' con el cuerpo; y del relato de la prisión literal y actualizada por la escritura, se pasa al de una prisión metafórica, a la neurosis remanente que aquella experiencia inicial ha producido. Pero también se opera el salto de la convicción –¿la fe?– a la duda, de la nostalgia de lo perdido a la precariedad de lo posible. En el doble esfuerzo por representar una corporeidad conjetural y una subjetividad cercada por el acoso de la locura y el drama del desencanto, los ejes de la literatura de Alicia Kozameh se exacerbaban, y con ellos los procedimientos. El monólogo de Martín, que a menudo toma la forma de un diálogo consigo mismo en el que Bruno –el militante que fue– y Martín –el sobreviviente que no quiere serlo– se confrontan, deviene un espacio deliberativo en el que se debaten tanto los conceptos como las vivencias, y donde al principio parece imposible reanudar el hilo que enhebra pasado y presente con la coherencia necesaria para 'no dejar de ser', pero también para 'seguir siendo'.

Las componentes de la configuración simbólica ocupan, según el caso, distintos posicionamientos relativos: se desplazan, invisten significantes variables, se encadenan según órdenes específicos. De la mancha como vacío central, que constituye transitoriamente la única amarra de la consciencia

en un mundo en crisis; al mundo como pelota de trapo que gira a ciegas, la secuencia culmina, en función de analogías formales, en la evocación de «las cabezas envueltas en tela y puestas sobre un almohadón mullido» (226) observadas en la capilla de las reliquias de santos. Esta presencia explícita de una muerte ritualizada no solo contamina el espacio del imaginario, sino que constituye un nuevo desafío a la razón y el obligado término de comparación con otras muertes, privadas de todo reconocimiento y honra: la de los compañeros asesinados y desaparecidos. Una retórica clásica de luces y sombras encuadra ese duelo entre sacralidades fraudulentas y cultos íntimos, entre calaveras preciosamente conservadas y cuerpos sin nombre amontonados en fosas comunes. La culpa de estar vivos transfigura el mundo y deviene a su vez una cárcel imaginaria, un memorial del que es muy difícil extraerse:

Pero ahí estábamos, encerrados en una especie de habitación mental de cuatro paredes, un techo y un piso, cubiertos en su totalidad de imágenes a veces móviles, a veces paralizadas, que se percibían como montañas de cadáveres, como piernas rígidas que se asomaban a través de una puerta semiabierta, como bulbos alargados envueltos en una lona de color indefinido, siendo transportados entre varios brazos, como bocas retorciéndose en un gemido o congeladas en el gesto de un insulto. (227)

La luz del recuerdo de los años militantes no basta para neutralizar las tinieblas del duelo; la memoria acosa y no hay caminos válidos de evasión, no hay respiro. Exilios, silencios, miedos definen el perfil de los días; y la comunión del alcohol compartido es a la vez ritual y huída; pero también trampa, remanso de mala fe, excusa:

Pero brindar repetidamente por nuestra gente querida y en muy serios problemas, y brindar por la prolongación de esa fortaleza casi legendaria tan propia de quienes somos [...] nos mantenía en ese recorrido a través del largo puente que nos unía a todos los exiliados, que nos fusionaba con nuestros compañeros presos y en campos de concentración y, sobre todo, que lograba aferrarnos, muy en la fundación de nuestro ser, a nosotros mismos, a la certeza de ser los mismos que siempre habíamos sido. (231)

El fracaso de la utopía revolucionaria erosiona las certidumbres, las palabras y la praxis. La experiencia de la cárcel y la tortura divide las aguas, las huellas siguen doliendo en el cuerpo y en la memoria. Las ventanas de la celda del pasado se confunden con las de la celda del presente, y entre ambas el tiempo se detiene. Martín no logra aceptar que la potencia de entrega militante haya sido insuficiente para cambiar el mundo; que tanto impulso

vital y amoroso —«Éramos ese lujo de la Historia. Esa fuerza. Esa flecha múltiple.» (227)— se haya agotado en el sacrificio ejemplificador de los que ya no están. Pero así como niega inteligibilidad a la Historia y sentido al presente, censura sus propios sentimientos ante los compañeros que han permanecido en vida: «Sentí el golpe de la sangre que me llenó el pecho al ver vivo a ese compañero después de haber sabido de la muerte de tantos, y no pude. No pude reconocer que sabía quién era» (236). En los primeros tiempos del exilio el comportamiento se ciñe todavía a los duros preceptos de la moral revolucionaria, a la necesidad de autocontrol y al prestigio que conlleva la calidad de ex preso político; pero finalmente lo que prima, en un reflejo de virilidad distorsionada, es la vergüenza de manifestar las emociones, como si en el reconocimiento gozoso del compañero anidara alguna imperdonable fragilidad. Si el modelo del militante sin fallas puebla la memoria con nombres que no se olvidan, el trabajo de la conciencia rumiante de Martín, sea por la vía reflexiva o por medio de la ironía, sí abre brechas en las subjetividades individuales, y sobre todo en la propia.

En cuanto a las diversas modalidades de la evasión o la denegación que se oponen intermitentemente a la labor reflexiva de la conciencia, éstas pueden asumir diversas formas: renuencia a formar parte de un mundo privado de todo estímulo para la regresión del personaje, abuso de digresiones auto-céntricas, opción por un tiempo circular y por ende detenido, silencios que tratan de esquivar la verdad dolorosa de la propia responsabilidad. Y, sobre todo, el alcoholismo en el que se ahoga el antiguo acoso de la culpa. Martín no se engaña a sí mismo: sabe que el recurso al vino que obtiene en sus incursiones clandestinas a la cocina es una manera de hacerse trampas, y también de traicionar al Bruno que ha sido, aun cuando recuperarlo sería la ocasión de reunirse consigo mismo, de reconocerse y reconciliarse. Se huye de la culpa, pero también del frío del calabozo definitivamente instalado en los huesos, del fracaso que no se puede elaborar, de la duda que amenaza con infiltrarse y erosionar el edificio de la memoria, del pasado que anida en el presente y no deja respiro.

Quizás la escena más elocuente del poder remanente del trauma es la del ‘encuentro’ con las incongruentes calaveras de los santos, escena que se impone al narrador con la fuerza de lo ineludible, y que resulta ininteligible para quienes lo acompañan. Esa imposibilidad es una de las tantas marcas que distinguen a los que han estado presos de los que no, en la medida en que dicha experiencia es por definición intransferible; y si por un lado puede crear alianzas indestructibles entre quienes la compartieron, por otro segrega a los que quedaron del otro lado de las rejas. Y la consecuencia de ese ‘no reconocimiento’ remite también a la dialéctica interna del pensamiento en soledad, del autoanálisis: «El pensamiento. Esa luz. Ese destello acosado por los tantos perfiles entre los que se oculta la obstinada, la siempre re-

incidente oscuridad» (251)¹¹ y de la palabra proferida en un diálogo no por absurdo menos expresivo. Al espectáculo de esa muerte del pasado expuesta en vitrinas rituales se opone la invisibilidad de las muertes escamoteadas del presente, que se despliegan en filigrana, ausentes/presentes, y se condensan en otro objeto-símbolo que recorre toda la obra de Alicia Kozameh: la del hueso¹²:

Huesos no son los de antes sino los de ahora. [...] A los huesos actuales no hay que adornarlos con nada porque cuentan con los brillos propios de su naturaleza. La luz que generan nuestros huesos atraviesa los metros y metros de tierra que los tapa en las fosas comunes, y atraviesa las masas de agua de los océanos a que fueron arrojados los cuerpos vivos con los que ahora no cuentan. Y surge, estimados santitos de cuarta, surge como rayos vivientes. Dije vi-vien-tes, reales, inobjetables, iluminando la existencia de la cual unos cuantos torturadores y asesinos quisieron eliminarla. Es una luz que surge como la lava de un volcán activo constante y eterno. Así que olvídense. No hay cómo competir. (*Ibidem*)

La analogía entre las «celdas individuales» de las calaveras, reunidas todas en un mismo espacio –un mismo ‘pabellón’– y las memorias del espacio carcelario es, por si hiciera falta, una prueba más de que la experiencia en cuestión se ha convertido en el cristal a través del cual se lee el mundo, el marco en el cual toda percepción se encuadra y se organiza. Pero también, desde el punto de vista de la estrategia narrativa, ese paralelismo autoriza la emergencia, en el territorio de la memoria, de la figura del comandante y conduce, por asociación de formas y de sentidos en torno a la palabra ‘pelotas’, al libro *Compendio de fugas*, que cumplirá una función crucial en la resolución de los conflictos internos de Martín. Esta ilación de metáforas provee al texto de una estructura simbólica que lo atraviesa y lo sostiene, proliferante y precisa, del principio al fin, hasta volverse apodo, nombre, cuerpo vuelto del pasado en la persona de Pelotita, la hija del compañero desaparecido a la que conociera de niña y que surge de pronto, inesperadamente, para cerrar el círculo y estrecharlo en ese abrazo «[lo] que salva. [Lo] que tiene la intención de proteger de un dolor que no deja que se le escape la presa» (255-256). Del calabozo al exilio, del exilio a la capilla de las calaveras de santos, de esos muertos a ‘nuestros’ muertos, de una celda a la otra, del compañero desaparecido a su hija reconocida; del pasado heroico y mortífero al presente de fidelidades y reencuentros... La memoria se sostiene –como la existencia– en la indestruc-

¹¹ El subrayado es nuestro.

¹² Recordemos que la figura del ‘huesito’ es también un componente esencial de la retórica poética de Juan Gelman.

tible alianza de los afectos militantes y las convicciones preservadas; alianza que, por otra parte, reúne a Bruno y a Martín en un mismo gesto de apertura al mundo y al futuro. El trabajo introspectivo no entierra a los muertos, pero despierta a los vivos. Y alimenta una esperanza y una plegaria que no cesan: las que se expresarán en el capítulo 11:

[...] el sufrimiento de un brillo, de esa luminosidad apareciendo desde la tierra muy mojada, porque hay huesos en todos lados, vos sabés, en todos los jardines [...] seguramente hay huesos, huesos y huesitos, calaveras y calaveritas, manos y manitas de niños, [...] los huesos fosforescentes de mi generación [...] los huesos amados, y la esperanza es que de la tierra surja esa luz, que de la luz surjan los ojos, que los ojos floten en la luz, y que nos miren así, de frente, como yo estoy de frente al jardín y a lo que el jardín puede traer a mis días, a mis noches, a mi necesidad. Y no logro ver ese brillo, todavía. Está, está allí. Lo único que falta es que se haga visible. [...] ahora que la tierra está blanda, ahora que puede ser fácilmente atravesada, salgan, salgan, anímense, muéstrense, aquí los espero, aquí los recibo, aquí los abrazo, aquí los cubro, aquí los protejo. (Kozameh 2016: 316-317)

Para cerrar esta indagación, que ha privilegiado ciertos ejes persistentes y estructurantes en los capítulos seleccionados por Alicia Kozameh para la confección de esta *Antología personal* –dada la evidente imposibilidad, en el espacio de este estudio preliminar, de abordar todos los aspectos de una obra múltiple y proliferante–, podemos afirmar que, desde las primeras páginas testimoniales de *Pasos bajo el agua* hasta el circuito reflexivo de *Bruno regresa descalzo*, pasando por cada una de las obras que hemos evocado en estas páginas –y sin que ello implique desconocer la presencia de otras perspectivas– Alicia Kozameh avanza *salto a salto*, en la delicada orfebrería de la letra exigida por la construcción de un sueño: el del reencuentro con los que ya no están, el de la unión de todos los que estuvieron.

Referencias bibliográficas

- Andradi E., 2013, *La escritura en danza*, en E. Pfeiffer (ed.), *Alicia Kozameh: Ética, estética y las acrobacias de la palabra escrita*, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, University of Pittsburg: 347-364.
- Bataille G., 2007, *El erotismo*, Madrid, Tusquets Editores.
- Braidotti R., 2000, *Sujetos nómades*, Buenos Aires, Paidós-Ibérica.
- Char R., 2007, *Feuillets d'Hygnos*, M.-F. Delecroix-A. Jobert (eds.), Paris, Gallimard, (1946).
- Femenías M^a L.– Ruíz M^a de los Á., 2004, *Rosi Braidotti: de la diferencia sexual a la condición nómada*, «Revista Escuela de Historia» 13.
- Gimbernat González E., 2013, *El sublime intento de la negación: Mano en vuelo de Alicia Kozameh*, en E. Pfeiffer (ed.), *Alicia Kozameh. Ética, estética y las acrobacias de la palabra escrita*, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, University of Pittsburg: 268-284.
- Goldberg Florinda F., 2013, “Estar completos donde estamos”. *Identidad y territorio en la narrativa de Alicia Kozameh*, en E. Pfeiffer (ed.), *Alicia Kozameh. Ética, estética y las acrobacias de la palabra escrita*, Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana: 29-44.
- Kozameh A., 2002, *Pasos bajo el agua*, Córdoba, Alción Editora (1987, Buenos Aires, Contrapunto).
- , 2001, *259 saltos, uno inmortal*, Córdoba, Narvaja Editor (2012, Córdoba, Alción Editora).
- , 2003, *Patas de avestruz*, Córdoba, Alción Editora.
- , 2004, *Ofrenda de propia piel*, Córdoba, Alción Editora.
- , 2007, *Basse danse*, Córdoba, Alción Editora.
- , 2011, *Natatio Aeterna*, Córdoba, Alción Editora.
- , 2013, *Eni Furtado no ha dejado de correr*, Córdoba, Alción Editora.
- , 2009, *Mano en vuelo*, Córdoba, Alción Editora
- , 2016, *Bruno regresa descalzo*, Córdoba, Alción Editora.
- Molinuevo J.L., 2009, *Magnífica miseria. Dialéctica del Romanticismo*, Murcia, CENDEAC.
- Mora V.L., 2011, *La identidad migrante y su reflejo literario en libros sobre inmigración en los Estados Unidos*, «Impossibilia» 2: 48-62, https://www.academia.edu/2524557/La_identidad_migrante_y_su_reflejo_literario_en_libros_sobre_inmigraci%C3%B3n_en_los_Estados_Unidos (última consulta: 25/10/2018).
- Pfeiffer E., 2013, *Patas de avestruz: una novela precursora con recepción retrasada*, en E. Pfeiffer (ed.), *Alicia Kozameh: Ética, estética y las acrobacias de la palabra escrita*, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, University of Pittsburg: 161-178.
- Retamoso R., 2013, *Inscripciones de una vida*, en E. Pfeiffer (ed.), *Alicia Kozameh: ética, estética y la acrobacia de la palabra escrita*, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, University of Pittsburg: 325-332.

Saccomano G., 2006, *Poner el cuerpo*, «Suplemento Radar», «Página 12», 09/07/2006, <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-3106-2006-07-09.html> (última consulta: 25/10/2018).

Semilla Durán M^a A., 2013, *Cuerpo individual y cuerpo colectivo : la materia de la resistencia en “Bosquejo de alturas”, de Alicia Kozameh*, en E. Pfeiffer (ed.), *Alicia Kozameh: Ética, estética y las acrobacias de la palabra escrita*, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, University of Pittsburg: 217-232.

LA AUTOBIOGRAFÍA Y SU CORRESPONDIENTE IMPOSIBLE

Alicia Kozameh

Me senté con cuaderno y lapicera de tinta anaranjada a hacerme cargo del pedido de Emilia: un par de páginas de autobiografía –con tono literario, había agregado– que completara los contenidos de esta antología personal. Cuando ella me lo planteó estábamos caminando entre objetos llenos de belleza mientras íbamos atravesando la Casa de las Artesanías, en la ciudad de Morelia, Michoacán, hacia el final del II Congreso de Literatura y Derechos Humanos que se celebraba a pocas cuadras de la exhibición artesanal. Sé que sentí una especie de extrañamiento, pero no tuve en ese momento claridad sobre la razón. Así que asumí que se trataba de una acumulación de cansancio. Con un acento puesto en la vocal de la resignación le dije que lo haría, y continuamos admirando sillas, mesas, aros y almohadones. Con el paso de los días, y ya a mi regreso, decidí comenzar a escribir el texto autobiográfico. Y lo que sucedió fue que no logré esbozar más que una respuesta a mi propia pregunta de por qué me estaba resultando tan dificultoso, tan lleno de obstáculos. Que es ésta: la imposibilidad aparece frente a la falta de personaje. Realmente su ausencia se establece como falta. Asusta (y esto incluso podría considerarse literal) que entre los elementos con que cuento para construir esta pequeña colina no exista un personaje que me separe de todos los horrores y que me salve. Que absorba el impacto de los golpes y proteja de los hematomas. Que mire a los ojos desde el silencio o la locuacidad de la página e indique lo que debiera ser hecho, dicho. Que opere con eficacia e imparta todas las órdenes. No logro pasear por dentro de mí misma suelta, sin mantenerme aferrada a la mano –o a los empujones– con que los personajes protegen de la soledad. Allí, en los interiores, percibo los conflictos entre muertes y supervivencias. Vivo a corta distancia de la conflagración entre las especies. Quedo ubicada directamente debajo de los vómitos de sol contra los océanos. En el centro de la indecisión del soberano entre asesinar o alimentar a sus súbditos. Siento oscurecerse el ámbito de lo ignorado y escondido, que ya reside en las sombras. Oigo, entre la base del

estómago y los intestinos, el ir y venir de mis ratas personales tratando de huir de algún tipo de encerrona.

En este intento necesito –y de hecho me faltan– las tormentas, aliadas del sueño, que divagan desde la voz del personaje que me ahoga. Que me ahorca. Que me cuelga del cuello minuciosamente y retira la piedra sobre la que, hasta ahora, se apoyan mis pies. Sin personaje quedo a expensas de ataques múltiples y diversos, y soy abandonada en estado de coma al costado de un camino inexistente. Soy vapuleada por el viento congelado de estepas que he visitado y de las que jamás he visto.

Tampoco estoy provista de los conductos que debieran crear en mi garganta las voces necesarias para pronunciar la palabra que soy. Para contar, en voz alta y con un volumen audible, las tachuelas que me recorren y me dan forma desde las venas. Ni me dan las rodillas, con todas sus anomalías, para que se encarguen de transportar mi mente hasta los interiores de mí misma.

Tan rodeada de espejos no logro cachetear a mis fantasmas. Ni siquiera me queda un resquicio para asomar la mano. Espejos, sí: a mis costados, flanqueándome, vigilándome, controlándome, simulando protegerme. Pero de frente, frente a mí, necesito el oxígeno del espacio abierto. También es probable que, a más oxígeno, menos energías existan para el recorrido. Es posible. Aunque eso deberá seguir siendo explorado. Hay cabezas que se definen por los golpes recibidos. Algunos de esos golpes les permiten fortalecer el cuello y mantenerse firmes sobre él. Otros contribuyen al desprendimiento. Y tantas veces se las ha visto, y se las ve, rodar.

Quién sabe cuál haya sido el año en que nací. Quién sabe cuánto importa. Tampoco parecería que fuera relevante el lugar. Araño la tierra, descubro la lombriz desorientada y asomando esos ojos mínimos a veces verdes y brillantes, rojizos otras, en dirección a los estallidos del amanecer. Remuevo con las yemas de los dedos, con las uñas, el agua que surge de las grietas entre terrones humedecidos, mezclo el agua con la tierra y con el cuerpo vulnerable de la lombriz, y me pregunto quién podría aseverar que yo no habría hecho lo mismo de haber nacido en las afueras de El Cairo, o de Alepo o de Beirut, sabiendo que de las arenas del desierto suele surgir tanta más agua que de las supuestas tierras húmedas.

¿Cómo cristalizar una autobiografía? Quizá una noche. Quizá una noche me entere de cómo, dónde y cuándo fue que aparecí en este mundo que habitamos. Quizá una noche la mirada que me recorre por dentro, que me raspa con sus texturas las debilidades internas, ya no provoque iluminaciones ni tinieblas. Quizá no impulse ya la huida de mis ratas invisibles. Quizá no me hunda en el hielo de las lejanas, íntimas, indispensables estepas. Quizá esa mirada tan temible un día adquiriera el don de la palabra y sea capaz de asestar al personaje y a su terco protagonismo un único golpe seco y letal. Quizá. En ese momento, entonces, podré cumplir con mi amiga Emilia.

Diciembre 8 de 2017, en Los Ángeles

NOVELAS

PASOS BAJO EL AGUA

Buenos Aires, Contrapunto, 1987; Córdoba, Alción Editora, 2002; segunda edición, 2006

Un prólogo para esta novela me parece reiterativo. De manera que voy a esforzarme en encontrar mi huidiza capacidad de síntesis, para decir: fui apresada, con un par de horas de diferencia con el que en ese momento era mi compañero, el 24 de septiembre de 1975. Liberada con libertad vigilada —otra forma de arresto— el 24 de diciembre de 1978.

En abril de 1980 logré que, finalmente y después de imaginables peripecias y acorralamientos, me fuera entregado el pasaporte tramitado ocho meses antes. Y en los primeros días de junio de ese año me fui al exilio. California y México.

Regresé a Argentina en junio de 1984.

Esto fue escrito para que los episodios de los que me ocupo sean conocidos.

Lo sustancial de cada uno es verdadero, sucedió, lo viví yo misma o lo vivieron otras compañeras y yo lo supe, aunque he reemplazado nombres o quizá detalles que para nada cambian, de hecho, la esencia de la cosa.

No creo que haga falta decir mucho más.

Que está dedicado, por supuesto y desde siempre, a todas las compañeras que han pasado por la Alcaldía de Mujeres de la Jefatura de Policía de Rosario: el 'sótano'. A las que anduvieron por Devoto. A todos los compañeros. A los muertos, los desaparecidos, y a los que pudieron preservarse durante años escondidos, esperando. Y al grupo de los que todavía permanecen en sus celdas.

A.K., 1985

Este libro fue publicado en Buenos Aires en junio de 1987.

Desde 1984 no había, prácticamente, desapariciones y muertes indiscriminadas. El gobierno era civil.

Pero el poder permanecía en manos de los militares, con todo lo que eso implica.

Tuve satisfacciones, relacionadas con mi hija y con la literatura.

Pero durante esos años experimenté dolor, impotencia, ansiedad.

Después de la publicación de esta novela fui amenazada por miembros de la policía de Buenos Aires.

En julio de 1988 me fui de Buenos Aires para volver a residir en Los Ángeles.

A.K., 1993

A MODO DE REGRESO

Sara sube, sube las escaleras corriendo y desde el escalón más alto mira, hacia abajo, el patio de la casa de sus padres. Y, hacia adelante, la terraza. Es todo entre rígido y escurridizo, y está ahí y se esfuma. Es más fácil convertirlo en algo muy mentiroso: un circo, por ejemplo. Opta por el nuevo espacio con elefantes, ecuyeres. Se los imagina y duda sobre si comerían geranios o si tomarían sol como ella años atrás, allí mismo.

Puede ser que esta vez su huida no le haya resultado. Huir es complejo. Por más experto que uno sea en ese campo, cuántas veces se falla. Escaparse escaleras arriba es chocarse con la incógnita de cómo bajar. En todo caso ella huye, ya metida en la tarea del reconocimiento físico, pero con pocos recaudos: su circo también se esfuma y no puede hacer más que detenerse en las baldosas, en la canilla que sale de la pared como una cabeza de víbora. En la manguera.

Cuántas pisadas, se pregunta, en cuántos milímetros los pies de su madre han disminuido el espesor de las baldosas en esos tres años y medio. Cuántos insectos han sido incorporados a la porosidad del suelo a fuerza de pisotones allí mismo, día a día. Saberlo sería ilustrativo. Preguntar, preguntar qué; para qué computar estupideces: me cansan de sólo imaginar que se trata de una cifra. Además no hay respuesta para nada en lo que no se haya estado. Hay que ver, y entonces sí.

Qué hago aquí, con el cuerpo como pegado a esta terraza, a esta canilla, a este geranio, a este cielo azul tan de río que tanto se esmeran en convencerme de que son verdad, mientras yo sé que es posible borrarlos por años. Suprimirlos.

Y ahora qué. Tratar de ejercitar la imaginación estrechada por la ausencia. Rever la forma de aparecer en el mundo.

Nadie me preguntó en este auto, en este trayecto hacia esta terraza, qué me parecían el sol y la calle. La luz o el ritmo de los pies de la gente caminando. Qué me provocaban en el alma los ruidos de las motos, tan actualizadas en ciertas cabezas ahora. Yo sí me pregunto qué pensarían mi padre y mi madre sobre lo que empezaba a circularme por el cerebro y por la sangre. Qué imaginarán sobre lo que es recuperarlo todo de golpe; ocupar las oquedades con sonidos que nunca han sido olvidados. Deben suponer que no hay nada nuevo en eso. Mejor dicho: deben sentir algo como que no se recupera lo que nunca se perdió. No creen que hubo tanto peligro de quedar sin nada. Tampoco podrían creer que me resisto. Que me resisto, porque esto que me rodea desde hace unos minutos me ahoga de alegría y me duerme de angustia.

Y el tipo. Era el mismo. A eso tampoco lo entenderían. Era el mismo, con el pelo distinto. No por pura casualidad pasó por esa puerta. En verano, con la campera de Hugo. Puesta. Todos ellos saben quiénes van siendo liberados. Y no se olvidan de nadie, aunque cada uno tenga mil en su haber. El tipo ni me miró, pero salió con la campera para que yo lo viera. Y mis padres no creen, no entienden lo que eso significa. No quieren reconocer que la vulnerabilidad es un hecho cotidiano. Y que no es fácil neutralizarla. Defenderse.

Pero no hay nada que explicar. Lo que tengo adentro es mío. Y me eleva a una soledad que no persigo pero que no impido.

Sara camina hasta la cornisa y se asoma y ve la calle. Colectivos, gente adentro. A dónde irán. Cuántas veces habrán subido al mismo micro durante mi ausencia. Otra vez las cifras. Además qué importa.

Se da vuelta. Quiere abarcar la extensión de la terraza. Por qué me parece tan chica, insiste en las preguntas. Mi vista está acostumbrada a otros espacios. Tampoco interesa.

Ése es el instante en que escucha un maullido y los nervios se le electrizan. No grita: no puede.

Un gato. Dónde estará. Ahora qué hago, dónde me escondo. En qué lugar. Mira a su alrededor con los ojos entrecerrados. Para qué descubrir.

Hay un rincón de la terraza donde el sol no llega; se ven las dos paredes amarillentas y en ángulo, las baldosas rojizas y una maceta con geranios; se sienta en el borde de la maceta. Me voy a ensuciar los pantalones; qué importa: ahora voy a tratar de pensar en los gatos. Cada vez dudo menos de que existen.

Eran suaves. Ahora también deben serlo. Tibios, raros. Tenían una cola movediza. Poner uno en una caja y observarlo. Vigilarle cada reacción. Debo tener los pantalones llenos de tierra. Recién empiezo a calmarme un poco. Un mástil. Siempre alargado hacia arriba, con unos ojos como bandera flotando en la cabeza. Viven, se mueren y resucitan. O no se mueren y se

salvan de casi todos los peligros. Casi. Porque yo he visto gatos muertos. Son el horror.

Aquella primera vez, cuando papá me llevaba sentada delante de él en la sillita que había instalado en su bicicleta. Yo no pasaba de los tres años. Íbamos a Alberdi, a la casa de su hermano, que estaba muy vivo y no se imaginaba que iba a morir veinte años después en la calle, como muchos gatos, pero de balas paramilitares. Pasábamos frente a la usina eléctrica y yo vi algo oscuro moviéndose en medio de la calle. Le pregunté a mi padre qué sería eso y me dijo que dos gatos recién nacidos, enfermos o muriéndose. Quise, entonces, que la bicicleta anduviera a velocidad de muerte. Me invadió ese horror por primera vez en mi vida. O la primera fue la del pichón de gorrión en la cuadra de mi casa, por esa misma época. No sé.

Y aquel otro blanco, en la puerta de la carnicería que estaba en camino del conservatorio de piano en Laboulaye. Inmaculado. Yo tendría siete u ocho años. Era invierno. El hocico abierto. Corrí con desesperación. Me daba vuelta a cada trecho para asegurarme de que me había alejado lo suficiente como para no verlo. En esa clase toqué el piano con bastante locura, y me peleé con la profesora porque me sometía al escarnio de las partituras y yo *quiero inventar*, le decía; *quiero tocar lo que me sale, anoche inventé una canción y quiero tocarla*. Y la vieja desgraciada me gritó. Y yo me levanté de la banqueta y me sentó de un empujón.

Hace calor, aquí. Esta terraza arde. Pero ya va a empezar a anochecer. Estos geranios son matizados. No sabía que estaban. Los rojos sí. De esos y de los blancos me acuerdo.

Y aquel de la cuadra del correo. Los ojos saltados. Grande y amarillo. Lo vi y no lo aguanté. Sentí la náusea y me caí. Las viejas que me ayudaron deben haber pensado que desmayarse por ver un animal muerto es cosa de idiotas. Qué pueden saber dos viejas sobre qué se moviliza dentro de un cadáver de gato. Llegué a casa y tenía la garganta hinchada como si allí estuviera instalado el cuerpo muerto, gordo y amarillo. Entre la lengua y el esófago. Me metí en el baño, directo a vomitar.

Tantos años cambian las dimensiones, incorporan fraudes a la imaginación, colaboran con el olvido. Bueno, con ciertos olvidos. Quisiera recordar por dónde andan los gatos, además de las terrazas.

Qué diferencia habrá entre lo que siente un milico al ver un gato y lo que yo siento ahora con sus maullidos. Quizá una enciclopedia me ayude. Tengo que averiguar algo sobre gatos; volver a enterarme, aprender.

Y el otro con el agujero en el vientre lleno de hormigas. Sentí un millón de agujas clavándoseme en la cabeza. Bueno basta, basta.

Un gato es como una orquesta: se presenta, otorga una música y desaparece. Hay que sobrevivir a esos golpes. Acomodarse. Tengo que ir asimilan-

do de a poco cada intensidad. Con cuidado. El que no entienda por qué estoy aquí entre geranios y gatos tiene derecho a expresar sorpresa, a gesticular, a abrir la boca, los ojos, los brazos, a quedarse ahí parado como un imbécil tratando de desentrañar.

Ya sonó el timbre varias veces. Deben estar llegando los amigos.

Es yo creo que excesivo en este momento descubrir que existen las terrazas y todos sus elementos. La luna. Empieza a verse la luna. Hay que atreverse a mirarla. Resulta difícil, cuando es imposible compartirla con los que todavía no la tienen a mano. La luna y los gatos.

Sara tiene la luna en la cabeza. Los ojos clavados en el piso. Y entonces un gato cruza la terraza, y ella pierde la respiración y después grita, y los alaridos llegan hasta abajo.

Un gato, papá. Un gato. Quiere tirárseme encima. Destrozarme.

Un gato cruzó la terraza.

Sara corre hacia la escalera. Su padre ya está arriba, tratando de explicarle: haber pasado varios años sin ver animales no es ninguna broma. Pero que recuerde cuánto le gustaban, que hasta ronchas en las manos le habían salido cuando niña por jugar y revolcarse con ellos.

Estará preocupado. Debe creer que estoy muy loca. Para él un gato es un animal. Asusta, pero él no lo sabe. Tengo que hacerme cargo. Descifrar. Tengo que recuperarlos. Durante estos años no los tuve cerca vivos ni muertos. Hoy empecé por verlos vivos.

—Qué hacías aquí arriba, hija, todo este tiempo. Ya casi es de noche.

—Trataba de reconciliarme con los gatos.

El padre se queda mirándola, ceño fruncido.

—Vamos, hija. Bajá que vinieron tus amigos. Cristina, Elsa y Marco están abajo. Te están esperando.

Sara va bajando detrás de su padre, con esa lentitud a la que obligan escalones cubiertos de gatos amontonados, enfermos, colgando, aferrados a las barandas, blandos o endurecidos como goma seca: si se prefiere no pisarlos, no tocarlos con los pies.

La cárcel no deja tiempo para ocuparse de los gatos. Tampoco hay espacios para repetir circos ni otras huidas.

Para mi padre un gato es un gato. Para mí hoy es una mueca reverencial que me hace la libertad. Hacerse cargo.

*Las camperas tiemblan. Se estremecen. Caminan.
Se enfrentan a la muerte.*

SARA, ¿QUÉ ES PARA VOS UNA CAMPERA?

Qué sentido tiene esa pregunta. No trae nada nuevo. Al menos a mí no me aporta nada. Ni siquiera el intento de la búsqueda de una respuesta. Yo no te acoso con exigencias esotéricas. Y ésta que te voy a hacer sí es una pregunta para la que sería saludable darse alguna respuesta: ¿qué te pasa a vos, eh? Y las derivaciones pertinentes: por qué te dedicás a recrearte con las disquisiciones que me provocás, por qué me provocás disquisiciones, por qué no te ponés a hacer algo útil, por qué no dejás mi mente en paz y te vas a tu casa a dormir. Por qué, cuando estás aburrída, lo único que se te ocurre es *me voy a charlar con Sara*. Mejor dicho, a hacer hablar a Sara. Porque vos, calladita. Yo debiera haber elegido otro oficio. En el mundo del espectáculo, por ejemplo. Esto de ser exiliada política y como agravante escritora, no sé, no parece que ayude. Con el agregado de amigas como vos, que en vez de apoyar la recuperación integral de la gente contribuyen notablemente al desequilibrio. Como si vos no fueras expresa y exiliada. Como si no supieras qué jode y qué ayuda. Y encima, de pronto con ese pelo. ¿Me podrías explicar por qué caoba?

Claro, tenías que revolear los ojos. Si no te gusta escuchar la verdad, entonces no sé qué andás buscando. Y no sólo el pelo. Porque ahora que te sentís pelirroja, resulta que también tenés que pintarte los ojos de verde. No vaya a ser que falte el contraste. Casi te diría que no lo puedo creer. Pero bueno, parece que la vida viene bien acompañada. Trae todo tipo de recursos contra el aburrimiento. Incluyendo ciertos grados de esquizofrenia.

Y la señora viene, se sienta en mi único sillón, que además es negro, mi color preferido, con su pelo caoba recientemente enrulado y los párpados destellando esmeraldas, relaja las piernas y los brazos como si llevara en sus interiores más recónditos el espíritu de María Teresa de Austria, y empieza el interrogatorio. Qué vileza. No sé cómo te aguanto. Pero bueno, como decía la Vinchu durante el mundial de fútbol del '78 entre poderosos suspiros, la habrás escuchado, mientras caminaba, ida y vuelta, por las extensiones de la cárcel de Villa Devoto: «Hay que pagar. Hay que pagar. Hay que pagar. Cada buena acción es un lujo, y hay que pagar. Este mundial es un castigo. Hay que pagar». Y retorció, de asco, hasta el último músculo de la cara.

Y tenía razón. Nada es gratuito. Quererte a vos como amiga trae a diario consecuencias inesperadas que ponen a riesgo todo, incluso tu integridad física. No sé si te has dado cuenta de las ganas de estrangularte despacito que me invaden por lo menos tres veces al día. Dejé de revolear los ojos que me vas a dejar ciega.

Mirá la pregunta. Qué es una campera. Y vos, Chana, ¿qué pensás, eh? Para vos, ¿qué es una campera? Claro, no sabés. Aunque, es cierto, no te voy a quitar todo el mérito. Tendrías para mí una respuesta completa si te preguntara cuál es la mejor peluquería de la Zona Rosa, la dirección –incluido el código postal–, los horarios en que atienden, los nombres de todos los empleados, y cuáles son los problemas que los afligen. Tengo que reconocerlo, en eso estás muy dotada: sos infalible. Infalible e inefable.

No sabés qué es una campera. Espero que no estés sacando el tema porque tu intención sea que al final de la conversación termine prestándote la mía de cuero que tantas horas de trabajo me costó comprar. Ni se te ocurra. Y menos para que vayas a bailar. Cada vez que te presto algo, desaparece. Yo entiendo tu generosidad, tu desprendimiento, tu altruismo, entiendo tu teoría –realidad muy concreta– de que siempre hay alguien con menos recursos. Pero, fijate vos, en este caso se trata de *mis* recursos.

Olvidate. No te la presto.

Además esa campera es para mí de una importancia muy difícil de imaginar. Me abriga, ¿me entendés? Y a lo que abriga hay que cuidarlo. Aunque mirá, no creas que todas las camperas pueden ser descritas con la misma fortuna. Por ejemplo una de tela de jean que tuve hace años. Era tan desagradable. Estaba siempre tan fuera de ritmo. El color me gustaba. Pero cuando llegaba el momento de recurrir a ella en algo para lo que realmente debía estar preparada, no. El viento como hielo molido entraba por los puños, por el cuello, y me circulaba por las profundidades de la piel con toda libertad. No se adaptaba jamás a las formas de mi cuerpo. Era una armadura. Ejercía esa rebeldía. Muy bella, pero pura imagen. Y la regalé. Porque para rebelarse hay que tener razones. Buenas razones. Claro que me gustaría saber exactamente cuál sería una buena razón, y quién es el dueño del parámetro. Porque la verdad es que hasta la más irreconocible me sonaría a mí como una oportunidad excelente, imposible de despilfarrar abandonándola en manos de tantos que no se la merecen. La aptitud para sobrepasar los límites es un privilegio. No cualquiera es capaz de desviarse con la soltura y la elegancia que mágicamente transforman el exceso en derecho incorruptible. Resistir es esfuerzo, inversión de energías. Y ese desgaste del cuerpo y de la mente no les está reservado más que a los que han aprendido a sangrar con esa dignidad que compromete para siempre. Por eso me da mucho sueño pensar en esa campera de jean. Porque se humillaba a aparentar lo que no era. Y la gente así me aburre. Ya lo sé, no estamos hablando de un ser humano. Aunque, la verdad, ciertos seres humanos no se distinguen fácilmente de una campera. Y ciertas camperas parecen tener actitudes. Las actitudes de ciertos seres humanos.

Hay camperas que vienen unidas a algunas personas. Y no sólo porque ellas se las ponen, las usan. No. Ni tampoco porque haya gente que tenga una cara adecuada a cierto estilo de campera, como a veces a ciertos nom-

bres. Como me pasó con aquella presa común con la que estuve por unos pocos días cuando recién me detuvieron. Suelen sucederme cosas así. Antes de entrar al pabellón, cuando todavía estaba como espiándolas a todas desde el pasillo del sótano, tratando de deducir algo acerca de dónde me encontraba, le vi la cara. Le vi la cara y pensé: esta mujer debe tener un nombre con muchas ‘a’. Adriana. Tiene que llamarse Adriana. No podía ser Viviana, no podía ser Claudia. Adriana. Tenía cara de Adriana. Dejé de revolear los ojos. Por favor. Y era cierto, se llamaba Adriana. ¿Podés creer? Vos no creés nada. Ya sé. Pero bueno. En rigor, lo único importante es que yo lo sepa. Que no me lo olvide. Porque se trata de mí. De quién soy. Tema intrincado para vos, supongo, que a los treinta y dos años no has dado en descubrir todavía si sos rubia, o castaña, o quién sabe si en realidad no habrás llegado al mundo equipada con ese pelo con el que emergiste hoy, tan orgullosa, de mejor no descubrir qué sucucho (“salón de belleza” en tu intrépida jerga de la ciudad de Córdoba) del Distrito Federal mexicano. ¿No? Ella, Adriana, los ojos, la boca ancha que tenía, la manera de tratar al resto de las presas, todo venía unido a su nombre como si hubiera nacido con él. Hay gente así. Hay gente de una desmesurada coherencia.

Gente de la que la ropa con que se viste parece una prolongación de su cordón umbilical. Gente que es inimaginable vestida de rojo, o de blanco. Gente que nada tiene que ver con un par de sandalias. O con el pelo recogido en un rodete. O con una campera. Camperas. Las camperas son increíbles. Hay personas que sin una campera no son nadie, no son nada. O sin una sotana. O sin un sombrero. O sin las uñas pintadas.

Todas esas indumentarias. Es como si la desnudez, o el ser algo difícil de reconocer, o el no ser, fuera inaceptable. Las sotanas no son demasiado diferentes unas de otras. Pero las camperas, sí. Pueden ser extremadamente distintas, aunque se trate de la misma. Al menos para mí. Quiero decir, Hugo andaba tan complacido con su campera en el invierno y en el otoño. Y a pesar de que no era de las largas, de las que te tapan el culo, era blanda, gruesa y suave, y te la ponías y parecía que te habías envuelto todo el cuerpo con una frazada térmica. No había por donde se pudiera filtrar ni una gota de aire. Y era negra. Eso era muy importante. Para Hugo era fundamental. Y mientras la tenía puesta siempre estaba inspeccionando los puños. Los observaba, fascinado por las rayas de colores del tejido. Les pasaba los dedos. Lo que quiero decirte es que ésa era una campera con la que la relación se había hecho simbiótica. Cuando la necesitábamos, la teníamos. Y de la mejor manera.

Pero cuando ese degenerado se la puso, cuando ese pedazo de basura suelto arrastrándose por los recovecos del mundo decidió establecer contacto con la campera de Hugo, con su calidez, con su color negro y la variedad de colores de los puños, la historia cambió como podría haber cambiado la fecha de una fiesta. Así. Y no creas que no dolió la reestructuración de los

sentimientos. Hubo que reacomodarse. Hubo que ser capaz de decirse a uno mismo *esa campera ya no es lo que fue*. Como tener que arrancarse un crecimiento cancerígeno a los tirones y con las propias uñas.

Verlo caminar, o desplazarse en ese auto robado por él o por sus compañeritos de trabajo en el que él mismo habría asesinado a quién sabe cuántos compañeros, verlo sentado frente a mí en cualquier café, en cualquier momento, aparecer, así no más, aparecer con cara de propietario de la mitad más uno del universo, de quien tiene todo ese poder y mucho privilegio de ejercerlo. Así, de pronto, y con la campera de Hugo. No en las manos, sino puesta. Puesta. Y Hugo en la cárcel sin posibilidad de saber, sin la más remota idea de que el tipo se había estado poniendo su campera durante los últimos cuatro inviernos. Usurpando ese lugar. Rellenando, invadiendo el espacio que no le pertenecía. Casi como haberle arrancado la piel a Hugo y haberse cubierto con ella. Dije cubierto. No dije protegido. Me entenderás que no esté de ánimo como para soportar tanto peso semántico.

O no. Quizá no. Quizá sólo empezó a usarla como bienvenida a mi libertad, ya sabés, como para marcar *ojo que sigo aquí, y resulta que no me olvidé de ustedes*. Cualquiera de las dos posibilidades. Realmente no importa. Es la misma historia.

Chana, tengo una especie de confusión. No te ofendas, pero no es que yo no sepa con total claridad que vos estás acá frente a mí. Yo sé eso. Pero no es tan fácil. Me pasa que por momentos no sé con certeza si estoy hablando con vos o con tu pelo. Es que me tiene fascinada. Te dije que no te ofendas. Al fin y al cabo ni a una de mis mejores amigas le puedo confesar lo que siento. Cuando termines con el casi sonoro aleteo de tus párpados, sigo.

Bien. Así que te decía eso: es la misma historia. Pero en realidad no sabés, ni te deseo que sepas, lo que fue ese año en Rosario. A los que habían salido en libertad en Buenos Aires no les fue tan extremadamente mal, porque podían pasar mucho más inadvertidos entre el gentío y el atolladero de autos y de circunstancias. Es más fácil perderse, vos sabés, y también evitar la paranoia. Aunque a nuestros brillantes enemigos nada les impide cumplir con sus propósitos, si los tienen. De lo cual acumulamos varios cientos de miles de pruebas. Pero Rosario, sobrevivir al período postcárcel en una ciudad de un millón de habitantes, en la que caminando por ciertas calles a la misma hora te encontrás fatalmente con las mismas caras, los mismos pies y, en consecuencia, con las mismas pistolas (que si no las ves es porque acechan, alertas, desde debajo de un suéter o, por supuesto, una campera), fue duro. Y sé que fue igual o todavía peor en Córdoba. San Juan, Tucumán, el sur, una colección sucesiva de infiernos.

Chana, mirá: todo, lo cotidiano, lo íntimo, las apenas diferenciadas variantes que solíamos instrumentar para no sucumbir al aburrimiento, todo era tan difícil de ejercer. Para Cristina y para mí, y de distinta manera también para Elsa, encontrar subterfugios que nos abrieran accesos a la vida, en

un punto se convirtió en una obstinación. Cada circunstancia, cada hecho, nos sumía en más o menos las mismas formas defensivas.

Ineludiblemente. Nos encontrábamos en la tarde, a la salida del trabajo. Nos sentábamos a tomar algo en algún café del centro.

Eso Cristina y yo. Elsa sólo algunas veces: estaba en un proceso de pegoteo con el hijo, bastante efectivo, por otra parte. Pero nosotras dos, yo con Hugo en la cárcel y Cristina en la búsqueda de su marido desaparecido, solas –aunque siempre con el innegable afecto y la dedicación de los amigos–, nos veíamos continuamente. Nos necesitábamos. Nos teníamos.

Prácticamente todo era adverso. La tarde, el aire de la tarde. La forma que adquiría la luz entre los edificios. Las paredes exteriores. Interiores. Todo tenía un olor como de no pertenecernos. Las conversaciones que escuchábamos entre la gente caminando por las calles, en las mesas alrededor de la nuestra en cualquier café; sus preocupaciones: qué modelo, qué marca de moto o de auto estaba de moda (no qué modelo o qué marca preferían comprarse, porque la magnitud del desangre económico no le permitía a nadie con un mínimo de cordura delirar a tales extremos). Todo era ajeno: la calidad de las actividades en las que los más jóvenes invertían su tiempo, el ritmo de letargo con que las nubes transcurrían a través del cielo. Todo. El silencio obcecado de los que se habían decidido por el miedo, y la desmemoria de los desbordados por la práctica constante de los más elementales mecanismos de defensa. Todo ajeno. Todo hostil.

Nosotras, que habíamos sido fagocitadas por los tentáculos de una bestia que habíamos resentido cercana, suprimidas en plena actividad y juventud de una sociedad ansiosa y bullente, reaparecíamos después de años. Reaparecíamos valientemente. Pero caímos, atónitas y acosadas por las náuseas, en medio de la colosal sordera de un pueblo anestesiado a golpes. Y nos dio una mezcla, no sé qué tan bien combinada, de tristeza y rabia. Porque, en medio del dolor ininterrumpido, aparecían otras sordideces: las citaciones al comando del II Cuerpo de Ejército, y el tipo con la campera de Hugo detrás nuestro. Hugo que no salía en libertad. El compañero de Cristina que no aparecía, obviamente.

Había que estar ahí, creeme. Los milicos, con la original “opción” de salir del país directamente al extranjero, se sacaron de encima tu exótica pero peligrosamente eficaz circulación política por los diversos ámbitos de la ciudad de Córdoba. (Córdoba: la tercera, escuchame bien, la tercera ciudad del país, y no la segunda. La segunda es y siempre fue Rosario, mal que te pese.) Y vos sorteaste una extensión más bien árida, cariño, del camino que elegimos para nuestras vidas.

La cosa es que a lo largo de este año 1979, y de todos los otros años, me imagino, los milicos no estaban precisamente dispuestos a perdernos de vista a Cristina y a mí. Nos habían negado la posibilidad de salir del país para mantenernos bajo control. De ahí mi libertad vigilada por seis me-

ses, y por eso la persecución durante todo el tiempo posterior. El tipo que junto con el refinado grupito de expertos había allanado mi casa, me había reventado el cuerpo a golpes durante horas, me había largado la versión de que Hugo ya estaba muerto, había destruido los muebles, me había robado hasta mis bombachas y mis corpiños, mis libros, mi máquina de escribir, la ropa de Hugo y sobre todo su campera, y me había depositado dulce y graciosamente en el sótano de la Jefatura de Policía, ese mismo, ése y ningún otro, de nuevo era parte activa de la organización de mi vida diaria. Fueron pocos los lugares por donde anduve, sola o con Cristina, en que no surgiera el tipo como desde debajo de la tierra, con esos estrafalarios anteojos oscuros, que por supuesto ya no cumplían la función de evitar que yo lo reconociera, sino exactamente lo contrario. Cristina decía que por alguna razón debía elegir andar disfrazado de mosca. Y con ese pelo negro. Y la campera negra de Hugo. Puesta. Siempre puesta. Aunque el calor rosarino nos mantuviera al límite del abatimiento. Cristina.

Cristina me clarificaba la visión del mundo. Forzaba las estrecheces a las que nos sometían los vientos opuestos que nos aturdían y nos aturdían, las forzaba, las forzaba, te juro, y abría el camino.

Y continuábamos nuestro recorrido. Avanzábamos. Ella persiguiendo los rastros inexistentes de un marido a esa altura quizá también inexistente. Y yo con mi propio compañero todavía en la cárcel; y con tanta vida interna circulándome, urgiéndome a aceptar su evidencia.

Cristina, con todos sus atributos de bailarina, con esa mente honda, artística y volátil que le permitía impulsar su cuerpo hacia los cielos más altos, era la que me sobrevolaba, me advertía que mis pies se habían alejado demasiado del suelo, me explicaba que había que volver. O, sin teorizar demasiado, simplemente me arrastraba hacia el racionio. Cristina era mi parámetro hacia la realidad.

El tipo con la campera de Hugo había llegado a estipular, a circunscribir nuestras vidas hasta lo inimaginable. Era imposible ignorarlo. Si en algún momento decidíamos olvidarnos de él, meternos en un cine, perdernos en una película, en sus colores, en su movimiento, al salir y mezclado entre los que nos rodeaban, de pronto delante de nuestros ojos nos dejaba mudas su cara tapada con esos anteojos de moscardón, el pantalón de jean, la campera de mi compañero. O en cualquier café. O en cualquier calle.

Y las citaciones al Comando. Si decidías no ir, por supuesto volvías a la cárcel de inmediato, o aparecías muerta en cualquier vereda, en cualquier zanja. Había que ser puntual. Sin alternativas. Cada amenaza, cada muestra por parte de los militares de que conocían hasta el más mínimo detalle de lo que estaba sucediendo en nuestras vidas, acrecentaba los terrores y los odios. Querían que me fuera del país, pero no me daban pasaporte. Querían que Cristina dejara de indagar sobre el paradero del marido. El milico me lo dijo con una claridad proverbial: «Que no busque, porque si encuentra algo lo que

sea que encuentre va a tener muy mal olor». Estaba todo dicho. De Elsa sospechaba que estaba en actividades políticas clandestinas. Le parecía rarísimo al maldito que ella todavía no hubiera buscado un trabajo, que sólo ocupara su tiempo en rearmar la relación con el hijo. Y hostigaba con eso, mientras Elsa tenía sufrimientos y ansiedades más que justificadas, que algún día te confiaré, siempre y cuando te saques ese color caoba de la vacía cabeza que tenés y que no entiendo cómo logra sostenerse en un extremo de tu cuerpo.

El milico también estableció la conexión –bastante clara, por otra parte– que había entre él mismo y las órdenes que daba, y el tipo de la campera. Todo era a tal extremo indiscutible, que había que tomar una determinación. Pero no creas que era tan fácil. Dejar el país, dejar a Hugo en la cárcel, las compañeras esperando su libertad, dejar a Cristina sola (que jamás hubiera consentido a renunciar a la búsqueda de su compañero); y todos los demás amigos, que habían ayudado tanto.

Pero mirá, no lo tuvimos que meditar demasiado. Todo se precipitó. El milico me dijo que intentara conseguir el pasaporte otra vez. Que quizá me lo dieran. Por supuesto que sólo dependía de una orden –o contraorden– que él emitiera por teléfono desde su escritorio. Y así fue. Después de meses y meses de insistir, me lo entregaron.

De todas maneras, en mi mente y en la de Cristina no era fácil acomodar así nomás la resignación: todavía planeábamos alquilar un departamento para las dos. Y el día que fui a que Cristina me lo mostrara –ella estaba trabajando en una inmobiliaria–, y mientras estábamos por empezar a ver los cuartos, solas las dos ahí adentro, alguien empezó a golpear y forcejear la puerta. Cristina no esperaba a nadie. Bastante asustada giró la llave para abrir, pero el que esperaba para entrar empujó antes y se metió, y cerró de un golpe. Y ahí estaba el tipo, con la campera de Hugo. Puesta.

Se nos acercó rápidamente. La agarró a Cristina de los pelos con una mano, y con la otra apretaba la pistola que llevaba debajo de la campera. Le dijo a Cristina que dejara de buscar al marido, porque si se descuidaba iba a terminar como él. Y después de largar suficiente espuma por la boca nos mandó sentarnos en el piso. Cuando estábamos las dos acomodadas al antojo de sus delicados gustos, una al lado de la otra, empezó a irse. Y al llegar a la puerta se sacó la campera. Y desplegando grandes dotes histriónicas, con gestos de mimo bajo el efecto de un alucinógeno, me la tiró contra la cara. Y me dijo: *Guardala de recuerdo*.

Para completar los resultados del hecho, habría sido tanto más efectivo para el tipo que la pared de enfrente a la que sostenía nuestras espaldas, ahí tiradas las dos en el piso, hubiera estado cubierta por un gran espejo. Nos habríamos visto, y seguramente nos habría sido difícil creerlo. Yo no recuerdo esos detalles, pero debíamos haber estado pálidas, repentinamente demacradas. Y totalmente paralizadas. O no: quizá no del todo. Porque Cristina, como siempre, aún en medio de la borrasca, fue capaz de discernir.

Todavía nosotras sin haber atinado a pararnos, me miró a los ojos y me dijo: Sara, te voy a extrañar.

Y yo, qué podía hacer yo, decime, con esa campera. La miraba estupefacta. La recorría con los ojos, sin animarme a tocarla con los dedos. Moví las piernas, la fui deslizando hasta que cayó al suelo. Los puños no estaban descoloridos. Parecía la misma de hacía cuatro o cinco años. Quizá el cuero no brillaba tanto. No sé. No estoy segura. La aversión me llenaba los ojos, subía y bajaba a través de mi sistema digestivo. Todo era una contundente náusea.

Salimos de allí con una mezcla de miedo, tristeza y odio. Los tres se combinaban en un combustible poderosísimo que nos impulsaba al movimiento.

Unos días después, cuando mis valijas estaban casi listas, me fui a la cárcel a visitar a Hugo. A despedirme. Y le llevé la campera. Al fin y al cabo era suya, y nada más que suya. Se la mostré a través del vidrio del locutorio, y no entendió. No sabía nada. Ni siquiera que años atrás la policía se la había robado.

Le dije que se la dejaría para que el celador se la entregara. También le dije que por favor nunca, nunca se la pusiera. Que sólo la guardara. Que cuando saliera en libertad y nos encontráramos en algún lugar del mundo le explicaría todo lo que había pasado con ella. Él me miraba. Me miraba confundido. Yo hacía algunos gestos que seguramente resultaban ridículos y no explicaban nada, y él sabía que yo no podía hablar a través del micrófono del locutorio, porque lo que quedara grabado iba a traducirse inmediatamente en una soberana paliza a su regreso a la celda, en un mes de calabozo de castigo, o quién sabe qué sofisticada innovación. Y quedó todo así. A medias. Colgado. Y de pronto yo, demasiado cerca de su dolor y de mi llanto, me di vuelta y salí casi corriendo, sin ninguna capacidad para mirar hacia atrás por última vez, que es lo que todos los presos deseábamos tanto de nuestras visitas. ¿Te acordás? Ese último saludo. Esa última mirada.

Algo raro está pasando. No entiendo. ¿Puedo saber por qué no revoleás los ojos, como corresponde a la magnitud de lo que estás escuchando? Eso. Gracias.

Cuando finalmente él llegó a Los Ángeles un año después, éramos previsiblemente distintos. Además de otras angustias, no había incluido la campera entre sus cosas, en cualquier rinconcito de las valijas. La había dejado. ¿Podés creer? Vos me dirás que él no conocía la historia. Claro. Pero debiera haber entendido en algo la dimensión, la potencia del enigma que yo había tratado de transmitirle en aquella última visita a la cárcel. Yo era su compañera. Y él no había captado mi intensidad. Cuando le pregunté qué había hecho con la campera, me contestó que no se acordaba de si había quedado en la casa de su madre, o en la casa de mi madre, o en la casa de su hermano. Le conté la larga historia, con toda mi emoción abierta. Vos sabés cómo soy. Me contestó: «Y qué problema tenés ahora con eso. Olvidate. Una campera es una campera, ni más ni menos». Y repitió: «Olvidate».

Y entonces vi que estaba ante el mismo Hugo de tiempo atrás, el que hacía seis años, ante mi intuición, mi certeza de que íbamos a ser detenidos me había dicho, siempre tan saltarín, tan movedido, que me dejara de tantos delirios y ya me levantara, mientras me alcanzaba el último mate en la cama.

Un año y medio, vivimos juntos. Pasamos ese tiempo de diferentes maneras, explorando la relación; la posibilidad de la relación. Pero no, Chana. No pude.

El mundo había completado sus esfuerzos de rotación y traslación demasiadas veces en todos esos años. Y ningún movimiento es en vano. Ninguno.

Cuando el divorcio estaba terminado me llamó, lleno de desconcierto, de tristeza. Y me preguntó qué había sentido yo al firmar, al saber que entre nosotros todo estaba terminado. Yo le contesté con otra pregunta. Capciosa. Fuera de lugar. Le dije: «Y vos, ¿qué sentiste cuando te conté los avatares de tu campera de cuero, la que tanto habías, habíamos querido?». No tuvo una respuesta.

Y aquí estoy, Chanita. En el México de tus amores. De tu exilio. Por un año, o dos. No sé. Después quiero volver a Los Ángeles. A Santa Bárbara. Este célebre Distrito Federal me llena de curiosidad, me llena de ansiedades. Pero escribo mucho.

Escribo y escribo. Eso sí, cuando no venís vos a visitarme. Con ese pelo. Dale, revoleá un poco esos ojos, que cuando los dejás quietos por un rato demasiado largo siento vértigos. Me sobrevienen crisis de identidad, dejo de saber con quién estoy, quién soy. Pierdo el camino. Dale. Un poquito.

Y con respecto al préstamo, olvidate. No hay campera. No pienso correr el riesgo de perder una más. Encima sería perderla no por mis peripecias, sino por las tuyas. Dejá de revolear los ojos, haceme el favor. Dije no.

Las cartas vuelan.

CARTA A AUBERVILLIERS

A Juliana, que es Estela.

Santa Bárbara, 20 de enero de 1984

¿Qué efecto te causará ese tipo de sismos, o como quieras llamarles, tardíos? (¡Nunca es tan tarde, querida!); porque son como alfileres ubicados en puntos estratégicos del cerebro. Quiero decir, las catarsis nunca vienen solas: el Paraná baja desde el Matto Grosso y arrastra muy variados especímenes. Los camalotes, Juliana, y las pirañas. De los camalotes estoy segura. Y me pregunto por qué las pirañas no llegan hasta Rosario.

Estamos avanzando, raudas, sobre los primeros días del año 1984. Y

también veloces. Otros son capaces de desligarse de la acumulación y de los años. A mí se me dio por incursionar en hechos siempre dispuestos a permanecer. No es casual. No creas en las casualidades. Estoy tratando de ubicarme en el punto de fuga de todas las visiones posibles, para arrancar con un cuento en el que el eje sea el traslado del sótano de Rosario a Villa Devoto. Así me dé vuelta como un guante en el trance de vencerme a mí misma.

Entonces, vos entendés. Una vez te pedí que contestaras por carta mis preguntas sobre tu tortura. Las dos conocíamos hasta las inflexiones que le ponés a la voz en esos casos. Pero yo me impulsé, por mi pedido y por tus respuestas, y seguí adelante con la novela que estaba escribiendo. Ahora, mismo recurso.

Anoche no pude dormir bien: eso de que el chico nazca con alguna falla. Y esta mañana, al irme al trabajo, cuando ya habíamos salido de casa, me di cuenta de que todavía estaba adentro, buscando la puerta de calle.

Santa Bárbara es salvaje y lo disfruta. Abre las piernas y se sacude de sol y abundancia. Aquí la gente no se muere nunca. En cambio el Paraná, vos viste: nos crispa los nervios. Las víboras, todo lo que nos deposita al final de su travesía. ¿Te suena lo que viene?: *El Paraná nace en Brasil de la confluencia de los ríos Paranaíba y Grande*. Esta memoria que me gasto tiene que ser producto de una endovenosa aplicada por la vieja de Geografía. De otro modo no se explica.

Del sótano a Villa Devoto. Imposible recordar la totalidad. Sí ciertas angustias: Blanca siempre tuvo una sombra de bigotes más pronunciada de lo recomendable. Ese día se le había ennegrecido, le cortaba la cara en dos. Iba esposada a Tania, Tania tan alta y ella tan petisa, con sus bigotes y su muda en un bolso azul, hecho de un pantalón vaquero por un par de esas manos casi mágicas que ya empezábamos a tener. Contame un poco de París, ¿no?, ¿o no vivís allí?, ¿o estás encerrada en el baño de tu departamento?, ¿o en la cocina? Ojalá se trate del dormitorio.

Tu calle debe ser como una de Posadas. Empedrada, entre piedra y piedra alguna planta asomándose, sobre alguna hoja una hormiga en plena cabalgata pro-viveres. Así se me ocurre una calle de Posadas; además de estar salpicada con los golpes que el Paraná da cuando se enloquece. A las otras calles de París deben salpicarlas llantos de pájaros, cervezas rotas, lluvias incestuosas y enredadas. Y también un poco del Paraná, estoy segura. Colaborá conmigo y confirmámelo. Gracias.

¿Vos a quién ibas esposada? No recuerdo haber visto a nadie cerca tuyo en ese momento. Pero lo que no me olvido es que, llegadas a Devoto, Mercedes entró al pabellón que nos asignaron y vomitó hasta el corazón. Con eso mandó por las tuberías de las letrinas todo lo que se pareciera a un traslado de presas políticas y sus posibles implicancias. Admirable.

¡Pabellón 31! En serio. Admirable.

Dónde andará Flora; la que lavaba la ropa cuando le tocaba a cualquiera menos a ella y ocupaba la única soga del baño como si nada. Qué será de esa cara apretada que tenía. Estará eligiendo apropiados jabones en polvo o en barra en El Senegal y alrededores. Es posible que con tantos años de exilio ya haya adquirido un lavarropas automático. Depende: no sé qué grado de especialización haya logrado.

Tu madre me escribió para mi cumpleaños. Se la siente como una flor a las nueve de una mañana de verano porteño. No quiero ponerme redundante, pero te envidio. ¡Una madre como Adelina!

Uno vive disculpándose. Temor de ser reiterativo. Y preguntales a los milicos si les importó repetir métodos, plagiarlos, gastarlos. Es decir, no te molestes. No les preguntes nada.

Me siento como si estuviese muy concentrada en meter un dedo en algún agujero.

Aquella bandera, la que les dejamos colgada en el baño del sótano antes de que nos llevaran. No sé, nunca terminé de completar en mi cabeza un cuadro con las manos de las celadoras interrumpidas en alguna forma del asombro, suspendidas entre la bandera y sus panzas, sus tetas, sin poder decidirse a arrancarla. Tocarla: abrazar al demonio. No celeste, blanca y celeste, querida: sólo celeste y blanca. ¿Te las imaginás? Tan puras, ellas.

Abrazar al demonio. Las yemas de los dedos acercándose. Debe estar siempre caliente, por donde lo toques. Los ojos afiebrados, y esa barba en punta que debe dar muchas, pero muchas ganas de apoyarse, ¿no? Sin dudas: si se me aparece Mandinga, yo pruebo. ¡Gran siestita! Y nada de vade retros. Ahí debe haber mucho que aprender.

Meterme entre las sábanas. Las frazadas pesándome sobre el lado derecho. Sí. Me doy una ducha y sigo desde la cama.

Estaba pensando —el agua es un sacramento— que tomar una resolución, optar, es como perder un dedo de una mano en un acto voluntario y adquirir tres en la otra, así, de golpe. No te desespere mucho. Ya sabés: precalentamiento. Acordáte del futuro cuento. Estoy abriendo el primer agujero. Aunque también podría estar trabajándome algo referido a dar un salto. No es nada novedoso, ya lo sé. Mis saltos te provocan ataques hepáticos, pero son previsibles. Es magnífico optar, elegir. ¿No es como cantar *Yesterday* modulando despacio, con tus propios labios, cada palabra, ir dándoles forma una a una, ocupando cada músculo, los dientes, la lengua, la boca entera, recostada en una hamaca tejida desde la que la única visión sea una fuente transparente repleta de cerezas casi violetas y un avión blanco despegando?

Antes de que la celadora me asegurara con las esposas creo que a Sonia, y nos sentara de un bruto empujón en el suelo, en la plataforma sin asientos del avión, dijo, como otro golpe, un *no pueden mirar*. Levanté apenas la cabeza. Ya casi todas las compañeras estaban colocadas en hileras, sentadas a lo Buda en el suelo, engrilladas al acero del piso, las cabezas bajas y el brazo

libre pesando sobre la nuca. Te juro que le saqué una foto eterna, para la posteridad a ese espectáculo.

Una formación, una escuadra paralizada en trance de retraer sus miembros en un paso íntimo de baile, en un círculo completo, para después abrirse y alargarse para siempre. No me digas que la realidad del avión estaba muy lejos de parecerse a ninguna danza. Ya lo sé. Se trata más bien de un gran mareo histórico, de una náusea universal, que de todos modos dejó sentir la dirección por la que se decidía este gran aparato digestivo que habitamos.

Los grillos y las esposas eran la galladura del huevo; eran un absoluto, una ficción. Una fiesta de potencias se movilizaba alrededor de cada ojo, de cada labio frenando el impulso de gestar sonidos.

Algunos pares de borceguíes también provocaban su propio accidente contra hombros, cabezas; entre las caras que intentaban reajustar su perspectiva captando un ángulo de la totalidad y la solidez sonora de los tacos. Yo ya estaba en el avión militar, amordazada de pies y tuétanos. Bonavena despenado: imagínate.

El día fue largo. Estuve tratando de tomarme el trabajo con un poco de nuestro filosófico “qué va a hacer”, pero ya no caben más delirios por estas latitudes.

Encima de pronto fui a descubrir, y nada menos que por el zumbido, a una mosca pedante como pocas que se pasó quince minutos de su vida –de la mía– arremetiéndole de cabeza contra el vidrio de la ventana. Y no me vengas con tu lógica: sí era pedante. Y no le di antes la vía libre porque me quedé ahí siguiéndole el proceso de ablandamiento, o de consagración a la causa. La hubieras visto retroceder y tomar impulso, y largarse contra la luz hasta rajarse el vidrio de extremo a extremo. *La casa se reserva el derecho de admisión. No se me mueve un pelo si me cuestionás la verosimilitud.* ¿Suena parecido?

No salió sola, porque se ve que se mareó y no pudo completar la operación. Se apoyó en la orilla de la ventana, temblorosa, con cara de víctima: así que le abrí.

Juliana, decíme: ¿te acordás de un vestido blanco, de algodón, con flores negras, que nos quedaba tan bien a las dos, y que mi vieja me cosió poco después de salir en libertad? Anoche, caminando por State, vi uno muy parecido en una vidriera. Me produjo un solo efecto: ganas de azotar el aire con un par de gritos más o menos siniestros.

Y es tan sucio por épocas en la zona de Rosario, digo el río –o tan limpio: la próxima tarea será establecer los límites–, que tienta a sumergirse, a bucear, porque ya sabemos todo lo que puede haber enredado entre el planterío y el barro. ¿Vos qué te imaginás? Algunos son tesoros incanjeables: yo apuesto por un humilde simple de Jimi Hendrix, el *Antidhüring* y un buen diccionario de sinónimos. *Buen*, porque más bueno, más inútil. Más rápido te lo sacás de encima.

Teníamos que estar listas en veinte minutos con una muda de ropa. De dónde íbamos a sacar medida para demorarnos esa eternidad. En la mitad del tiempo ya esperábamos, unidas por una corriente eléctrica muy física que nos mantenía activos garganta y estómago. Pero lo que me angustia, ¿sabés qué es?: la posibilidad de que ninguna entendiera en ese momento la esencia del problema. Pero no, tampoco estoy en lo cierto; porque entonces, si no captábamos la cosa medular, decíme qué fue lo que nos hizo despedirnos como si fuésemos a morir. Nos clavábamos unas miradas blancas, tiza compacta, firme contra las frentes, nos estudiábamos la lividez, las arrugas, las canas recientes, nos corregíamos los defectos de peinado o nos arrancábamos unas a otras hilachas, pelusas.

Algunos recuerdos están amputados. Pero no me cuesta nada provocarme un efecto de neuronas. Reponer imágenes, y las sensaciones vuelven intactas.

Recibí carta de Virginia. Todo el asunto se mueve alrededor de una moto que se compró su nuevo compañero; es increíble, pero no resulta tediosa. Por ahí se las ingenia para ponerlo en ridículo al tal Gustavo. Se ve que hay algo de él con casco que se hace incompatible con ciertas ansiedades de ella. No hubo forma de desviarla del tema. Es notorio que a la vez le subyuga y le repugna: la moto, el casco, el marido, no sé.

Estuve haciendo serios esfuerzos por recordar algunos episodios. No hubo caso. Es como si se me instalara una sábana entre los ojos y el cerebro. La razón de la desmemoria está ahí: en los colores, las formas, la mayor o menor nitidez, los ritmos. La capacidad letal de los acontecimientos.

Por ejemplo la bajada del avión. Sé que aterrizamos en Aeroparque porque alguien lo dijo después, no sé cuándo. Pero no puedo, no puedo conseguir esa parte de la película. Salto del pleno vuelo a los camiones celulares que nos transportaron a Villa Devoto. Se me borró el aterrizaje, se me borró lo que siguió hasta empezar a circular por el inconfundible vapor de Buenos Aires. Siento la asfixia todavía, los chorros que me brotaban de la espalda, siento la deshidratación como si ahora me estuvieran obligando a tragar una sandía entera. Con esa intensidad. Veo gris y veo verde, tengo pegados el verde y el gris.

Pero hay fuertes huecos irrecuperables.

Che, es tarde. Voy a ver si me duermo. Me arden los ojos: se me rompió una patilla de los lentes. Causa, le regalé a David en México el único y buen estuche que tenía. Annie me regaló uno mejor, pero el período intermedio fue fatal. Así que corto. Contestá enseguida. El tiempo pasa raudo. Y también veloz. (¿Ya te lo dije?)

El ser humano que gana espacio en mis interiores da gruesos saltos en su esfuerzo por ser amistoso. Paciencia: la lucha contra el cáncer, el desplazamiento de la historia respecto de la línea de los deseos, los desfiles militares, la sombra que proyecta el edificio de enfrente sobre tu casa, moderan el espíritu.

Chau. Besos a los conocidos o queridos en común. A vos mi amor, como siempre.

Sara

P.D. Esa foto que me mandaste de tu hija con una gallina en brazos es tan estúpida que me resultó ineludible su inclusión entre las demás, tan lindas todas. Besos.

PATAS DE AVESTRUZ

Córdoba, Alción Editora, 2003

I

Debo verla, seguramente, ahí, debe ser así, debo verla torciendo esa rodilla hacia afuera, sentada sobre el suelo de baldosas casi grises de un patio con zonas amarillas. Debo verla, ese pelo grueso y lacio, esa tiniebla. *Mamá, hambe* debe decir, y yo debo oírla; oírla y escucharla, y no todavía pero pronto preguntarme para qué el hambre, tanta hambre.

Debo poner la mirada lejos, y en el intento de perderme, entonces, escuchar esa voz, ahora sí escucharla, prestarle toda la atención que reclama. Debo poner la mirada en algún rincón oscuro, oscurecido de movimientos secretos, casi inaudible el aire movedizo, ansioso. Y digo: para qué ese hambre. Debo estar oyendo sus letras ausentes, su *mamá, hambe*, debo estar preguntándome por qué no se larga a llover muy tupido y ruidoso así cambia ese paisaje allí, hoy.

Debo ver su brazo rígido extenderse en el espacio tratando de señalar un objeto llamativo, *quiero*, algún quiero rojo o amarillo que cuelga de un clavo o que aparece por entre los cubos de madera metidos en la canasta de mimbre pintada de azul. Y debo verla, debo estar preguntándome a qué responde ese quejido final: si a mi tardanza, al tiempo que me tomo en alcanzarle lo que pide, o si a una burbuja de aire perdida en su pedazo de pulmón que brega, se debate por salir, y que en el esfuerzo logra filtrarse por la garganta y movilizar las cuerdas vocales.

Y debo angustiarme un poco sin saber muy bien por qué, al percibir en el aire contenido, embotado de ese patio, que su pelo lacio es mi pelo enrulado y mi pelo enrulado es su pelo lacio, tan inútiles todos esos pelos como sus rodillas y sus uñas. Porque no camina y no araña. Y porque nuestros pelos,

al ser uno, son casi inexistentes. Debo decirme y no, quizás en aquel tiempo no, pero ahora me lo digo, que haber sido despedidas por las mismas caderas nos hace iguales, nos hace la misma, y que si sus pelos son inútiles los míos también lo son. Debo pensarlo ahora y sentirlo antes y ahora, cuando con cuatro años la miraba, la miro, siempre hablándole.

Debo empezar a caminar bastante lentamente en la intención de conseguir el quiero rojo que es, seguro, el que me pide. A paso lento, de alguna manera sabiendo que, menos decidido sea, más colores y formas que me rodean registra, más para después, más y más para el futuro.

Debo, casi sin dudas, poner un pie sobre uno de los barrotes de un banco de madera pintado de verde claro o celeste, el otro pie en el asiento, estirar la mano, tironear del quiero colorado, suponiendo: clavo flojo, que no se caiga, despacio, papá que no vea el clavo en el suelo, mejor levantar el bolso –el quiero es un bolso de hule con manijas redondas y lunares blancos– y dejarlo libre sin violencias, papá viendo el clavo: cómo se cayó este clavo de la pared, contesten, quién lo tironeó, y las paredes cayéndose, enterrando el clavo, enterrándome. A mí y a Mariana. A mí, a quien se le solicita un bolso rojo de hule, a lunares, cabedor, que también sirve para jugar; y a Mariana, la siempre solicitante.

Bien, qué bien, debo pensar o sentir, y una alegría callada debe correrme por la garganta ante el éxito. Aquí el bolso, en su lugar el clavo, no habrá gritos ni cachetadas, Mariana con su juguete, yo sabiéndome ayudadora. Listo.

No debo estar convencida por completo. Mi cabeza repite un listo estereotipado, perdido en el miedo, ya olvidado en el ritmo traqueteante del susto.

Debo tragar saliva como tragar un carozo de aceituna por descuido a pesar de las recomendaciones y las amenazas, con el brazo alargado hacia adelante, en un intento también exitoso por acertar a la mano bamboleante, dura. Listo.

Debo escuchar un ruido de agua corriendo toda junta, llevándose quién sabe qué, quizá a mi madre por el inodoro y no a su orina de mates mañaneros, y yo debo atender a ese sonido para recordar que existo. Debo pensarlo ahora y sentirlo antes y ahora. No hay lugar para el cuestionamiento de los tiempos, ni de las apariciones de los hechos en el tiempo.

Las baldosas que llevan a esa cocina, las que van a ese dormitorio, las que entran en el baño. Cuál elijo. Por qué hilera me decido a caminar. Hacia el baño me llevan unidas por los ángulos, hacia la cocina unidas por los lados. Unidas por los ángulos son frágiles, unidas por los lados son sólidas. Me

llevan. Debo ir de a ratos hacia el riesgo del baño y cada tanto hacia la solidez de la cocina. Tantas más decisiones se toman, debe tomar mi padre, por ejemplo, en el baño que en la cocina.

Grisen deben ser, o rojas, las baldosas del patio. No importa tanto. Ciertos rojos son consecuentemente grises. Y debo empezar a caminar, es probable, convirtiendo los olores y el aire, los sonidos y la luz, los cubos de madera y el cansancio en un impecable juego de equilibrios que se bastan y se completan para darme el aliento suficiente que me deposita, ahora, en el tramo final, el que saltado el último ángulo, me sienta en ese inodoro. De ese baño de esa casa.

Y desde allí debo imaginarlo casi todo. Debo mirar el borde elastizado de mi bombacha, sumida en una distracción fundamental. Sujetas las piernas por los elásticos, las ganas de desprenderme de la atadura, la tentación de las piernas liberadas y la alegría de la bombacha en el suelo, más o menos alejada de mí, lo suficiente como para experimentar una satisfactoria movilización de calores en los pies –debo apretar los dedos, soltarlos, estirarlos, debo mirármelos–, en las rodillas plegándose y abriéndose, en los muslos apretados contra el borde de madera pintado de blanco, un poco descascarado, en la pequeña concha blanca y sin pelos, lisa y tibia, donde se hacen una la sensación de dulzura física y oculta con la del cosquilleo de alivio que, al salir, va provocando la orina.

Debo imaginarlo casi todo en el tramo de tiempo que se extiende entre mi entrada al baño y la de mi madre, con sus gritos y sus gestos y sus ojos entrecerrados y punzantes.

Debo, posiblemente, saber que el cielo va cambiando su aspecto a medida que las horas pasan, variando la posición del sol y de alguna nube circulante hacia los finales de la tarde, y seguramente no olvido que ése, el final de la tarde, es el momento del día en que suceden algunas cosas inolvidables. Por ejemplo el regreso de mi padre de su trabajo. Su irrupción. Y mientras establezco para esa bombacha tirada en el piso una red de distancias, de la bombacha con respecto a la puerta, de la bombacha con respecto a la pared, de la bombacha con respecto al fuentón con ropa en remojo, de la bombacha con respecto al lavatorio, con respecto al bidé, con respecto al trapo de piso que cuelga del borde del balde, al secador, a cada baldosa, a la ducha, al espejo y a mí misma, mientras llego a estar segura de que ésa es una bombacha liberada pero sólo aparentemente libre, mientras ahora ya la veo sujeta a todo lo que la rodea por cada hilo de cada distancia, voy reacomodando y endureciendo los músculos de mi cara y voy imaginando la llegada de mi padre, papá ya volvió, dijo algo, no entendí, fue a la cocina

a decirle hola a mamá, abrió un sillón de lona a rayas de colores que estaba plegado y apoyado en un rincón y, camino a servirse un whisky, le dio un beso a Mariana que emitía sonidos de hambre desde su silla, con el whisky y el diario se sentó en el sillón y bajó los ojos. No le veo la cara ni los lentes, ni el pecho porque el diario es grande y lo tapa, pero sí le veo un brazo. Le veo también los pelos del brazo, y estoy segura de que antes de que mi mamá sirva la comida yo voy a ir, venir al baño, callada y con pocos movimientos voy a poder alcanzar un peine y voy a ir acercándome silenciosa, para que no me despida de un manotazo antes de llegar a mi meta, y voy a ponerle en orden todos esos pelos que, seguramente porque está cansado de trabajar todo el día, van de a grupos unos para acá y otros para allá, como remolinos, y otros se le han puesto de puntas para arriba, como esos ciempiés que salen de las plantas y a los que mi papá les echa alcohol y les prende fuego en medio del patio.

Yo le voy a peinar los pelos del brazo porque él está muy cansado. Yo le voy a pasar el peine por el brazo, que es un ciempiés gigante. El brazo de mi papá es un ciempiés gigante, y su otro brazo, y sus piernas también porque también son peludas, y al final, entonces, mi papá es un conjunto de ciempiés gigantes todos unidos por las puntas. Eso es mi papá.

Así que no sé si le voy a peinar los pelos del brazo. Porque el otro día, cuando le pasaba el peine, le molestaba y protestaba. Se ponía como nervioso. Y debe ser así, porque la mamá siempre le dice a Susanita, la de enfrente, que a los bichos no hay que toquetearlos ni molestarlos ni arrancarles las antenas ni las patas porque pobrecitos, o porque te pueden picar, o porque sufren, que es lo mismo que pobrecitos.

Lo que pasa es que Susana se levanta temprano y la madre le da el vaso con Zucoa y Susana se va a la vereda y abre la caja de los bichos que juntó ayer y como la Zucoa no le gusta echa todos los bichos en el vaso y los remueve con una ramita, hasta que los vivos se mueren ahogados, Susana dice que empachados, y después le lleva el vaso a la madre y le dice: mamá, vos querés que yo tome el vaso con Zucoa porque querés que me muera empachada. Y después Susanita vuelve a la vereda y me dice siempre lo mismo: me dice que cuando le lleva el vaso no sabe si se ríe o llora, la mamá. A mí me parece que debe llorar pensando que la hija es un bicho adentro de un vaso. Debe querer que la hija esté en una olla, que es más cómoda.

Pero yo voy a peinarle el brazo. Tengo que ir rápido a buscar el peine porque, si no, ya va a estar la comida y mi papá se va a levantar y todos vamos a ir a la mesa a comer, y entonces yo no voy a poder peinarlo. Una vez yo quería pasarle el peine mientras estaba comiendo, pero él movía mucho

el brazo para cortar la carne y pinchar la ensalada, y mejor no lo hago más porque cada vez que se mueve yo creo que me está por pegar. Entonces mejor no. Así que mejor me apuro. Pero ya, ya sale mi mamá de la cocina, la comida está servida, dice, eso dice. Así que no. Hoy no. Hoy, el brazo de mi papá, no. Hoy no el brazo de mi papá.

Todo eso debe atravesarme la cabeza en el rato en que mi madre irrumpo en el baño y se detiene frente a la bombacha que me he sacado y grita *Mocosa de porquería, ponete esa bombacha y salí inmediatamente de acá*. Eso mientras me saca del inodoro tironeando de mi vestido y me empuja hacia el patio.

Debo, entonces, en ese momento, mientras trato de ponerme la bombacha, mientras me la subo y me tapo, me cubro, me protejo algo que no sé bien qué es, con un pedazo de tela con elásticos, debo, seguramente, ver a Mariana reptando de un extremo a otro del patio, arrastrando el traste por las baldosas grises o rojas, con un quiero rojo y a lunares calzado en el brazo.

Debo pensar, antes y ahora, que en mi muslo izquierdo han quedado pegados una gota de jugo de tomates y una hoja de perejil, que me hacen desear el almuerzo. Que me hacen suponer una medida para el enojo de mi madre, que la hizo arrastrarme fuera del baño sin antes enjuagarse las manos, ella, mi madre, que es tan pulcra.

Y debo dejarme tentar por todo lo que viene. Y dejarme atrapar. Y conducir. A comer. El almuerzo ya está. La mesa. Mi madre alzando a mi hermana y sentándola en su silla con respaldo de plástico imitación cuero. Cuerina, se dice. Marrón. Para que no le duela la columna. *Y vos, Alcira, sentate. Te digo que te sientes. ¡Sentate! Esperá que te corto la carne. No. Bueno, no, cortala vos. Demasiado tengo con ésta. A ver, Marianita, tomá, abrí la boca. Comé. No te vuelques. Esperá, esperá, Alcira, traeme ese repasador. Apurate. Mojalo y exprimilo. ¡Ése no! El que está colgado. Sí. Dale. ¡Dale, te digo! A ver, levánta la cabeza. Cerrá la boca. Cerrá. Alcira, vos sentate. Mariana, vos masticá, no tragues entero.*

Y debo estar escuchando, antes y ahora, los pasos en el pasillo, esos pasos en el pasillo, rápidos, repetidos, rápidos, la llave moviéndose en la puerta del patio, el metal de la puerta cerrándose, *Hola Carlos, cómo, ¿viniste a almorzar? Dijiste que hoy no... Y él: Quién agarró ese bolso y lo sacó de su lugar, él que tiene cada cosa en su lugar, y debo decir ahora el peine en su lugar, el dinero en su lugar, los lápices en su lugar, la estupidez en su lugar, que nadie se la toque, cada cosa donde corresponde, quién carajo descolgó ese bolso*

que es nuevo para jugar y yo abriendo la boca y cerrando la garganta, tapándome los ojos con la mano izquierda y volcando el tomate que espera en la cuchara con la derecha, eso yo, y Mariana extendiendo su brazo y tratando de acercar el plato hacia ella y diciendo *hambe* como si mamá no le estuviera dando de comer.

Fío la baldoza. Zuelo.

Alzida, Alzi, bolzo dojo dame. Dame dame.

Hambe. Banana pué. Dulzelete.

Alzi quiede peine papa-papaá. Alzi peine, bdazo papá.

Papá le duele bdazo. Gdita, papá. Le duele.

Yo la miraba boqueando, esperaba de ella que corriera detrás tuyo, sobre todo cuando a mí se me daba por elegir la cirugía siendo, como en casi todos los casos, yo el médico y vos la paciente. Ella tendría que haber corrido para alcanzarte cuando te escapabas de mi intervención quirúrgica. Todo el trabajo que me había dado entrar en la cocina, abrir el cajón de los cubiertos mientras mi madre removía un cóctel imprevisible de verduras en la gran olla enlosada y azul, extraer una cuchilla, la más grande, la más filosa, y salir desesperado para no ser descubierto, a operarte. A abrirte alguna herida. Y vos que tenías miedo, y vos que huías de mi cuchilla, y ella que me miraba, pálida. Que no podía despegarse de esa especie de sillón. Pero no iba detrás tuyo: no era mi aliada.

Entraste a tu casa sumergiéndote en el largo pasillo de paredes amarillas mezcladas con el verde y el fucsia de las santarritas que le caían desde los bordes del tapial. Entraste enredándote en tus propios pies, atropellándote y dándote las rodillas contra las baldosas del piso. Yo disfrutaba tu transpiración y la cerrazón de tu garganta. Perdías la posibilidad de respirar y yo ganaba en velocidad a fuerza de ánimo. Pero llegaste antes. Tu pie atravesó la segunda puerta, que te salvaba. Me quedé ahí parado, cuchilla en mano, escuchando un «mamá, hambe, dulcelete», o algo próximo a eso, que de pronto contribuyó a calmarme y a hacerme dudar de mi propia existencia. «Cómo es esto de estar vivo» me pregunté, con ocho y tan activos años, ojos celestes y una nena vecina que no entendía mi inclinación a la cirugía médica, y que estaba en plena posesión de una cosa tan asqueante y llamativa y a la vez tan difícil de mirar como ese ser de pelo oscuro y lacio que era lo que ella llamaba su hermana.

Lo que vengo a preguntarme ahora es cómo no me interesaba tu hermana como objeto de experimentación.

Mi panorama era imprevisto, pero magnífico. No cualquiera tenía una amiga como vos, que corría con tanta desesperación y era poseedora de ese

fenomenal producto de la naturaleza, esa combinación de facciones humanas y de animales diversos. Ese despropósito. Yo me enrolaba sin estrecheces en el ejercicio de ese orgullo, y me dejaba llevar por las zonas más contundentes de la euforia: te levantaba la pollera, metía mi mano lo más adentro posible y me despertaba a las seis de la mañana mezclando cierta objetividad frente a los ruidos de mis intestinos con mis planes para lograr, por fin, clavarte la cuchilla que mi madre terminó escondiendo detrás de ese armatoste que en aquellas épocas se llamaba bargueño. Y no para salvarte a vos de mí, sino para rescatarme a mí de esa prematura definición vocacional. Porque mi madre me amaba y todavía me ama. Sabrás eso. Y ahora que crecí y tengo casi cuarenta y desarrollé tan bien lo que llenan mis pantalones, más que nunca. Vecinita: mi madre me ama más que nunca.

Hubo –lo recuerdo con colores– una corrida fantástica en la que terminaste aventajándome casi media cuadra. Te vi atravesar la puerta de metal pintada de gris, tan tranquila y moviendo los labios. Conociendo tu estilo ahora estoy seguro de que repetías «medio de azúcar y medio de arroz, medio de azúcar y medio de arroz». Te vi verme en la vereda de enfrente con mi instrumental de cirugía agazapado tras el árbol-quirófano, y pensé «se me escapa», y corrí. Mientras yo cruzaba de vereda, aunque en diagonal muy estirada, vos arremetías contra el viento y hacia el almacén de don Saporiti. El miedo te hacía volar. Yo te veía deslizarte, enloquecida, a varios centímetros del piso. Así y todo tu bolso se arrastraba. Se gastaba en la base y se afinaba el hule con cada compra de almacén. Eso sumado a las vaqueteadas que le daba tu hermana contra las baldosas del patio de tu casa.

Fue un escándalo. Yo, cuchilla en mano, quedé media cuadra atrás mientras la esquina de don Saporiti te tragaba hasta el día siguiente. Al menos para mí, porque el viejo flaco y sucio salía acompañándote y me agarraba de un hombro, me clavaba esas uñas inmundas, tieso en la puerta de su almacén, y no me soltaba hasta que te veía lejos de mi alcance. Y seguramente ésa había sido tu última salida de la tarde.

Ahora se me ocurre preguntarme qué querría ese viejo con vos, que se esmeraba tanto en que no cayeras en mis manos. Debía estar esperando que en algún momento cayeras en las suyas.

Ahora se me ocurre que el contacto físico con vos, que la vida me retaceaba tanto, podía ser mediado, establecido por esas sucias uñas: si él te había tocado primero en algún rincón del almacén, entre cliente que salía y cliente que entraba, y después me tocaba a mí para defenderte. Y tratando de imaginar más, si él había pasado las yemas de sus dedos por tus zonas húmedas, no sé, tus axilas, las plantas de tus pies –no sé qué sustancia traspasarías con tus cuatro extraños años–, el cuello, y después me tocaba a mí con esos mis-

mos dedos, casi se lo agradecería. Pensando en eso ya no veo uñas sucias. Veo, creeme, unas hermosas manos de hombre gruesas y sabias. Eso veo. Tocándote. Y después tocándome. Mi lazo con vos: la mano de Saporiti. Sea, entonces, que sin Saporiti no habría habido contactos con tu cuerpo. Paso a amar a Saporiti, por lo tanto, y paso a convertirlo en un ser sensible y lleno de una confusa dulzura que, por sobre todo, comprendía mi drama y había resuelto ayudarme en silencio.

Saporiti. ¿Qué nombre tendría Saporiti, con ese apellido? Jorge Saporiti, Luciano Saporiti, Próspero Saporiti.

Desisto. No voy a ponerme a inventar una descripción de cada posible Saporiti. Con tu hermana sobra, te lo juro. Y con el Saporiti con que contamos, también.

Dejame volver a aquella corrida que me dejó sin aliento por unas horas. Y que también me dejó ver el futuro de esos pequeños glúteos, asomando por entre los pliegues de una pollera blanca bordada o pintada con hormiguitas viajeras, las de la tapa del libro de Constancio C. Vigil. Las mismas. Esa sustanciosa cabalgata.

Trataba de calmar mi cuchillo ya casi empuñado contra el almacenero cuando el viejo me soltó, mientras vos sacabas en mi dirección una lengua borrosa por la distancia, pero identificable: para mí, en ese momento de mi vida, ninguna lengua más identificable que la tuya.

Y ahora digo, no podría haberlo dicho antes, lo digo ahora, digo: tu lengua, ¿es aquella lengua? ¿Se parece en algo a la otra, a la de tus quince, dieciséis años? ¿Sigue siendo roja y lisa y redondeada y mojada por esa tibia saliva con la que no podría decir cuántas veces me pegoteaste el ojo izquierdo en una de tus frecuentes formas alternativas de lucha o de defensa personal? Yo te veía mover los cachetes en ese ejercicio alternado y sabía que juntabas y juntabas saliva para la escupida que ascendía en grados de perfección, y entonces era yo el que corría. Tus salivas: dos: la que amaba y no tenía, y la que odiaba y me era abundante y violentamente administrada.

Y la de tu hermana. La saliva de tu hermana que corría, lenta, en un hilo brillante, cordón transparente que unía la boca entreabierta con el pecho, con una servilleta, un babero blanco amarillento, de bordes azules, creo, rectangular, hecho con tela de toalla, que mantenía atado al cuello, a ese cuello tan distinto al tuyo, tan torcido, tan adelgazado.

Tu saliva y la de ella, conteniendo todas las salivas del mundo.

3

Qué es eso violeta que está caído en el suelo, qué forma tiene, parece un papel abollado, pero un papel abollado color violeta es bastante raro, los papeles que están caídos en la calle no son violetas, son grises, de diario, de cuadernos mojados y rotos. Sin renglones, casi.

Qué es eso violeta. No quiero caminar para ver. Quiero descubrirlo desde acá, desde la puerta.

También hay algo gris al lado, un bulto como un bollo de hilos enredados. Un colchón. Se le rompió a alguien un colchón. O una muñeca.

Me da sueño saber que pronto puedo enterarme. Me da miedo y sueño. Mejor cierro los ojos. Cierro los ojos y aprieto y veo puntos brillantes, dorados, todo negro y rayas y puntos como estrellas.

Cómo puedo verlos, si tengo los ojos cerrados. Dónde están. Dentro de mi frente, están. Es negra mi frente por dentro, con luces doradas. Quién las ve. Yo no las veo: tengo los ojos cerrados. Alguien que está metido en mí las ve, en mi cabeza, y me lo cuenta desde adentro. Me lo cuenta y lo oigo, y entonces lo entiendo con colores. Lo pienso ahora y lo siento antes y ahora. Debo sentir la negrura, la negrez estrellada de mi frente interior.

Lo siento ahora. Y lo siento antes, con mi metro de estatura y la humedad de los sobacos en formación, adquiriendo minuto a minuto sus concavidades definitivas y sonrientes.

Me corre por las venas de los ojos.

Abro, levanto los párpados y grito por dentro para tapar mis ganas de mirar, de correr hacia el papel violeta y enfrentarlo.

Quiero que se desintegre. Que desaparezca. Me pone loca.

Me parece que brilla. Brilla y para no verlo tengo que cerrar los ojos y saltar, los párpados apretados, las manos cerradas y las uñas clavándose, brincar, apretar la pera –mi mamá dice barbilla– contra el pecho, hinchar la carne de la garganta, taparme los oídos con toda la fuerza, hacerme un zumbido adentro, saltar, pegar alaridos sin gritos, todo callado y a los gritos. Por dentro.

Me canso y me pongo quieta y me olvido. Se me van abriendo los ojos. Veo el papel violeta y eso que parece algodón o hilos. Quiero correr. Golpearme la cabeza contra algo duro.

Mejor voy despacio. Voy caminando. Cierro un ojo, el ojo derecho, y veo nada más que mi pierna izquierda. Camino con un pie. Se mueve mi pie izquierdo y mi otro pie no está más. Soy un avestruz con pollera a cuadros rojos y verdes. Uso una sola pierna y un solo ojo. Soy un verdadero avestruz. No como los de verdad, que usan de a uno sólo la pierna. El que yo soy usa también un ojo menos. Estos son avestruces: los como yo. No los de verdad, que a lo mejor son chicas de cuatro años que gritan calladas cuando ven un papel violeta, y que tienen una hermana con piernas de avestruz. Piernas como patas de avestruz.

Voy caminando, voy mirando de reojo la calle, el borde, el cordón de la vereda, para ver todo lo lejos que estoy todavía del papel violeta. No lo veo porque ahora tengo el ojo cerrado, como el avestruz. Veo mi mano izquierda, los dedos, las uñas cortas, me veo.

Mi mamá me corta las uñas y usa la tijera grande para no equivocarse, dice, pero yo me meto debajo de la cama porque a veces me sale sangre de las uñas, o de la carne que está cerca. A mí me parece que porque la tijera es muy grande y mi mamá no se da cuenta. Es la tijera de cortar las telas de los vestidos, y siempre que se oye el iuiuiú, iuiuiú desde lejos, mi mamá corre con la tijera en la mano y se va a la vereda a esperar al hombre que viene en una bici con una rueda arriba que cuando gira larga fueguitos y le devuelve a mi mamá la tijera que corta cada vez más.

Yo no sé de qué trabaja ese señor que afila las tijeras, porque se pasa el día sentado en la bici. Mueve las piernas como si estuviera andando, pero ni siquiera anda. Todo el día ahí, al final. Le dan las cuchillas y las tijeras y las devuelve afiladas, y se pasa el tiempo ahí, y no come ni duerme.

A lo mejor no trabaja porque para qué, si total no come, y a lo mejor no duerme porque para qué, si total no trabaja y entonces no se cansa.

El tío de Graciela, de Graciela que era, ahora no es, no se corta las uñas. Así que no debe ser amigo del afilador. No debe tener una tijera que corte. No se las corta pero se las lava, porque no están negras como cuando yo no me lavo las manos.

Quiero cerrar los ojos para no ver.

Quiero ver si puedo caminar con la cabeza baja y los ojos cerrados. Si llego más allá del papel sin chocarme con el árbol. A ver si entonces, cuando vuelva a abrir los ojos, el papel quedó atrás y ya no lo veo. Ojalá.

Camino con los párpados muy apretados, los ojos metidos contra la nuca. Debo sentir mi nuca interior apretada por los globos de mis ojos, debo sen-

tirla antes y ahora. Antes, cuando con mis dientes de leche aprieto y aprieto hasta hacerme sangrar las encías, para fortalecer la locura de los párpados que me contienen, y los latidos de mi pecho, que me agregan locuras distintas. Y ahora, cuando el sueño me estupidiza a veces, y me baja los párpados.

Voy a quedarme parada aquí donde estoy. No me muevo más. Quieta. Ahora basta. Y abro los ojos. Me doy vuelta hacia el lado de la pared y los abro. Lento.

Seguro que es una pared amarilla pero no amarilla. Tiene que parecer manteca descascarada. Eso no: la manteca no tiene cáscara. Entonces manteca podrida. Con moho verde. Me suena raro. Y me parece que sí puede ser.

Voy a quedarme quieta aquí. Ya estoy viendo la pared.

Me equivoqué: no es amarilla ni está descascarada. Es gris sin pintura, como con millones de puntas, como una lija enorme. Porque siempre que estamos jugando me raspo. Me saco piel de la mano. De las partes donde se juntan los pedazos de dedos.

Qué hago. Me muevo para mirar atrás, o me quedo quieta y dura. Me equivoqué de pared. Caminé demás. Me pasé dos casas. La de Óscar y la del pescador. Y ésta es la pared de la casa de Graciela. De Graciela, no: de la madre y el tío.

Graciela era Graciela antes. Ahora no es nada, dicen. Filomena dijo que no es nada. Los viejos de enfrente dicen que es un alma. El tío dice que sí es, y no dice qué. Pero me contó que está en el cielo viviendo con una que se llama Virgen María, porque también se llama María: Graciela María. O porque también se llama Virgen. Que porque tiene siete años. Mi mamá dice tenía. Porque se murió. Y es cierto, porque por más que uno la busque, no está. Y yo la vi salir. No. Lo que vi es la caja blanca entrando en la carroza cuando la alzaban el tío y el vecino de al lado, el pescador. Los caballos movían las patas y me miraban de reojo. Ella iba dentro de la caja.

Iba sin hígado. Hacía tiempo que no salía a jugar porque tenía que vomitar el hígado. Y se cansaba tanto después de quedarse con un pedazo menos, que se iba a la cama. Le daba trabajo sacarlo. No sé si salía molido o entero. Debe ser molido, porque cómo va a pasar un pedazo así de grande por la garganta. Se hubiera ahogado.

El papel violeta. Qué hago.

Me está mirando. El papel violeta me está mirando la espalda. Tiene ojos y me los clava en la espalda. Tiene unos ojos azules, el papel violeta. Azules y se mueven. Muy chicos, son.

Debo estar sintiendo la mirada del papel abollado cuando se me meten de a una en el oído las letras de mi nombre.

Debo olvidarme por un momento de los ojos del papel, debo estar olvidándome antes y ahora, cuando al volverme hacia la zona de las letras veía, veo la cara alargada y dental del tío de Graciela, la del hígado, la del no hígado, diciéndome, haciéndome escuchar: *¿Estás jugando? No estás jugando a nada. Hay que jugar.* Y debo esforzarme en contener esa figura en el marco de la ventana, de las hojas bordeadas de madera y vidrios cortinados de tela blanca a lunares blancos, debo contener en ese espacio al tío, a todo ese tío con camisa blanca y brazos.

Hay que jugar y no estás jugando a nada. Digo *Sí estoy jugando*, dice *A qué*, le contesto *A no mirar el papel violeta que está en la calle.*

Debo sentirlo, lo siento antes cuando me miró más serio, lo siento ahora cuando tiene los ojos menos abiertos y ya no le veo los dientes porque entrecerró la boca y me mira. Y me pregunta, invita, *¿Jugás conmigo?* Y desaparece, y se van acercando las hojas de la ventana una a otra, hasta quedar unidas.

No más tío. El papel violeta me mira los hombros. Debo sentirlo, debo estar sintiendo esos ojitos azules inquietar mis hombros cuando las letras encadenadas me hacen oír *Vení al garaje a jugar* y yo miro y se abre una mitad del portón y aparecen la camisa blanca y un pedazo de pantalón gris. *Vení, vení, si ustedes con Graciela jugaban aquí adentro.*

Ahora a lo mejor la veo. A lo mejor está entre los diarios viejos buscando dibujos para pintar con ceritas. En una de éstas volvió, alguien la trajo. El tío no me lo dijo, pero a lo mejor. Me parece que puede ser. Todavía le doy la espalda a la calle. Empiezo a caminar hacia el portón.

No veo nada, todo es transparente ahora a mis costados y en frente de mí, sólo veo al tío mirarme con cara blanca y brazos. Camino sobre las baldosas de la vereda sin verlas, no las cuento ni juego a una rayuela sin marcas de tiza ahora, camino sin recordar más que la cara de ese pantalón gris.

Tiene pelos en los brazos, pero no de ciempiés. Se le ve más lo blanco que las rayitas de los pelos. Los pelos también, porque son como dibujos arriba de lo blanco. Son muy pocos, esos pelos, no como los de los brazos de mi papá, que no se le ve la piel.

Las manos no tienen ni uno.

Me mira blanco y yo entro al garaje, y él cierra la puerta con llave. Hay una muñeca en un hueco de la pared, una de vestido largo con un bebé, un bebé que mira raro, con ojos de grande. Abajo le puso flores el tío, y me parece que la muñeca está desde que no está Graciela.

La cara dice *Vení acá* y los pantalones grises caminan desde la puerta grande cerrada con llave hasta la pared, y todo el tío se queda parado con la espalda contra el rincón, y me mira, y los ojos que tiene son marrones.

La muñeca no me gusta. Tiene mucha ropa, muy dorada.

La boca me dice *Vení* y voy, camino lento, no sé a qué voy al rincón y voy, en el rincón está el tío de Graciela del hígado y yo voy y el tío mueve la mano blanca que está limpia y yo veo que se desprende un botón del pantalón gris, me dice *Vení* y se desprende otro más, yo voy, camino, veo que desprende otro botón y dice *Vení, vení que es lindo*, yo sé que quiere que meta mi mano, que ahora no tiene tierra, en el pantalón gris para que le toque lo que tiene adentro.

Dice *Vení* y voy y me agarra una mano y yo le doy las dos y me las mete en el pantalón. Y toco. Toco y lo que está adentro es suave y blando pero crece, yo tengo adentro las dos manos pero no alcanzan porque crece todo lo que agarro, necesito otra mano y otra, pero tengo dos, y quiero más manos.

La muñeca también tiene dos manos. Me parece.

Ya no le veo la cara blanca al tío del hígado, miro dentro del pantalón y entonces él debe saber que quiero ver y se mete la mano blanca y saca del pantalón todo lo que creció de golpe y ahora se puede agarrar más fácil y se puede acercar a la cara, a mi nariz, yo sé que quiero abrir la boca, abrir la boca, quiero, no quiero la boca cerrada, y abro la boca y sé que el tío se sacude, da un salto contra la pared y me quita todo y mete en el pantalón todo lo que antes era una cosa y ahora es otra, y me quita todo porque sonó el timbre, sonó el timbre y entran gritos, *Alcira*, gritos que dicen *Alcira, ¿estás ahí?*, y el tío se abrocha el pantalón apurado y serio y abre la puerta del garaje y mi mamá me dice *Nena, por qué te metés donde yo no te veo*, y salgo, *vamos*, y camino al lado de ella, un poco atrás.

Tampoco ahora cuento las baldosas.

Todo es transparente menos mi madre, menos mi madre que balancea las caderas con pasos armónicos, pesados. Pero sé que va tratando de lograr una elegancia más liviana, más adecuada a su reciente, ignorado triunfo.

Mi madre me empuja, dice vamos con las manos, con las uñas, camino y veo el papel violeta, y si no lo veo sé que está allí mirándome.

Entro y corro a lo largo de todo el pasillo, casi bailando.

Debo estar corriendo y bailando, debo sentirlo antes y ahora, debo estar sintiendo los ojos de mi hermana mirarme desde el piso del patio, debo oír a mi madre decir *Acá está, te la conseguí, te la traje*. A Mariana le cuelga un hilo de saliva que le moja la rodilla y me ve llegar con su boca ancha y sus dientes grandes, paletas dice mi papá, me río y quiero llorar, tengo que saltar del pantalón caliente a la saliva fría de mi hermana, yo nunca sé paletas de qué, extiende la mano, me ve, la miro, debo estar sintiéndolo, debo estar conteniendo ese crecimiento, viendo los brazos de Mariana, descubriendo un olor en los ángulos que forman mis dedos, cortina blanca a lunares blancos, las uñas largas y limpias, la saliva de mi hermana congelada en el aire, el papel violeta, los ojos celestes y movedizos que me bailan en la espalda y el cuello, en los dedos, en las orejas.

Y la panza, que me hormiguea en la garganta. Y el tío de Graciela, que es, ella no es pero él sí, que me parece que también está con todas esas hormigas, parado en el garaje.

Aquí tá Alzi.
A jugá, dame dame mi muñeca.
Alzi
vení conmigo.

La locura del tiempo, Alcira, las voces que te acosan, la memoria apagada en reflejos de una risa como vómitos, de unas fuertes ganas de reírte de la trivialidad y de la zoncera y del escándalo.

Los rayos de esa luz estallando en la base de tu estómago y recorriendo los vericuetos de una adultez prematura y de una niñez eterna, eternizada y todavía más feliz en el último día de tu vida. Eso te pasa. La locura de los tiempos te atraviesa, que avanza desde tu nervio óptico y se desborda en tu retina haciéndote ver el mundo—los mundos—dibujado sobre una gran hoja de papel cuadriculado en rojos furiosos.

De eso se trata: de esos poros agigantados en la piel que te cubre. Que absorben las oscuridades y las sudan en luces de Bengala porque hay que vivir, porque hay que permanecer vivos.

Cualquiera de estas cosas que trato de decirte como explicación, como respuesta a tus preguntas, te da la oportunidad de un brillo en las manos

y hasta en los ojos, pero también te hace entrecerrarlos para no decirme pero para hacerme saber que pensás que digo pavadas. Sin embargo sé que sabés, que sabemos que se trata de todo eso.

De que hay que vivir. De esa ingenuidad fenomenal.

Por eso todavía crispás cada zona de tu cuerpo, apretás tus oídos, tu garganta, deshacés tus dientes unos contra otros y te agachás, te arrodillás y gritás en silencio. Porque hay que estar vivos.

Nos mirábamos, sin ninguna mansedumbre nos escudriñábamos después de haber logrado un avance sobre la vereda en la zona de la puerta de Graciela, aquel garaje al que se le dio un uso especial, a falta de automóviles.

Aquel padre alto que tuvo una Graciela que desconocimos, que no recordamos, aquel hombre de dientes grandes, un tipo al que se le dio por hacerse devoto de algunos santos y de la Virgen María –vos insistías en que era el tío, pero era el padre–, ese tipo que exhibía en ese garaje las ropas de su hija muerta a los siete años de un cáncer hepático que se la deglutió en dos meses, ese cuarentón que había instalado velas, estampitas, santos de yeso y flores debajo de una Virgen empotrada en la pared, ése que hacía desfilar al barrio por el garaje convertido en una dependencia de la Iglesia Católica, para que cada uno aportara con la oración que le garantizara el cielo al alma de su única hija devastada de cuerpo y vestimentas, ese señor que nos llenaba de interrogantes con su locura ya movilizaba aquella locura tuya, la que es tu locura de hoy.

Eso puedo decirte de ellos. Eso es lo que yo recuerdo. Creo que la tal Graciela tenía un pelo oscuro y de los ojos no sé nada. Y el padre era esa especie de cura repentino surgido tras la muerte de la chica. Yo nunca busqué con ella dibujos entre los diarios para pintar con ceritas. Sí recuerdo una tarde en que todos los del barrio, los chicos, entramos al patio, no al garaje sino al patio de la casa, porque la madre iba a mostrarnos una serie de fotos, o algo así. A Graciela le habían regalado un proyector para su cumpleaños. Y no me pareció a mí que sólo quisiera lucirlo entre los demás. Sentí que me lo frotaba por las zonas más sensibles de mi cara. Era negro y en una pared se iban acomodando algunos dibujos. Yo noté que no se veía bien, y con el tiempo entendí que se trataba del exceso de luz. Te digo: era un patio. Todos estuvimos sentados en el piso de baldosas por un rato.

En casa, esa zona de la vereda nos preocupaba. Espiábamos. Eso recuerdo. Nos dejó boquiabiertos ver zapatos, medias y vestidos de Graciela colocados sobre una mesa debajo de la Virgen. Vos dijiste «Yo lo vi al tío acomodarlo todo esta mañana», te contesté «No es el tío, es el padre», y vos insististe: «Él lo arregló».

Después merodeabas, caminabas cerca.

Y ahora pienso en esos días y en tu cara de esos días, y se me ocurren ideas salteadas, como ésta de *Esos poros agigantados en la piel que te cubre, o los rayos de esa luz estallaban en la base de tu estómago*. Las voces que te acosan.

259 SALTOS, UNO INMORTAL

Córdoba, Narvaja Editor, 2001; Córdoba, Alción Editora, 2012

*A los miles de ojos que, flotantes,
desde el exilio más definitivo,
me dan la luz.
Ya David Viñas, que vive.
Que increpa desde sus tantos destierros,
y desde las transparencias de
estas –siempre demasiadas– palabras.
Febrero, 2012*

Hey, baby, take a walk on the wild side!
Lou Reed

I

Se absorbe no exactamente a medias. Menos. Menos. Se va absorbiendo una sexta parte de lo que acontece. A los costados de la cabeza la luminosidad envuelve pero no abarca, la luminosidad angelina rodea pero no atrapa las sienes, la cabeza más bien abandonando hechos a derecha e izquierda, dejando perderse contra las vidrieras de los negocios del Santa Mónica Blvd. todo lo que no se recupera. Esa primera visión, la irrepitible, va quedando diluida en el desplazamiento. El auto avanza y el cerebro dormita ante la voracidad de los ojos ingenuos, engañados. Lo que no se vio hoy no se verá mañana. Pero no hay forma de ser mañana lo que se fue hoy, y el sol ha empezado a bajar.

2

Quizá ha empezado a bajar rojo, enrojecido.

3

¿Habrá que retroceder, dar uno, dos pasos atrás, y observar los colores? ¿Habrá que permitirle a la nueva luz el control sobre los tonos, sobre la variedad de matices? ¿Habrá que permitirle a la nueva luz el privilegio de otorgar las formas?

4

¿O habrá que pelear?

5

Esto es Los Ángeles: ¿será mejor emplear una terminología menos belicosa, más playera? Digamos: resistir. ¿Habrá que ofrecer resistencia a la imagen que la nueva luz otorga?

6

Los acontecimientos se contraponen a la historia. Aparecen desde ángulos opuestos y avanzan fluidamente en la dirección contraria. Con una cadencia que me hace imaginar que se desplazan sobre patines. Y la historia, atónita. Preguntándose qué hacer con ellos. La pobrecita historia.

7

Dónde ubicarlos. Cómo distribuirlos. Qué estrategia usar para no herirles la susceptibilidad. Para que no se exalten. Para que no se inquieten demasiado. Para que en medio del nerviosismo no se les aflojen las rodillas y pierdan el equilibrio y terminen explotando de un golpazo contra el piso y decorando la vereda con litros de rojos vistosos y espesos. Encima de acontecimientos sobre patines y a contramano de la historia, destrozados contra el piso, el parqué, las baldosas de la vereda, el césped de la plaza, las flores de los jardines de Bel Air, la arena de la playa.

Ah, perdón, qué olvido: y contra la verde estridencia de las colinas de Hollywood.

8

Ahá: contra la verde, verde estridencia.

II

¿Y si, además de que las medias se les agujereen, se quedan sin medias? ¿Y si encima de quedarse sin medias y sin patines, a los acontecimientos les da por tener un ataque de nervios? ¿Y si, en lugar de caminar despacio por culpa de las ampollas, deciden lisa y llanamente dejar de caminar?

¿Y si nos quedamos sin acontecimientos?

¿Y si a alguien se le ocurre que entre que los acontecimientos se desplacen a contramano de la historia y que surja la falta de acontecimientos, es preferible la falta?

18

Los rulos. Me conmueven los rulos. Como casi todos los habitantes de nuestro planeta Tierra sabemos, los rulos son de plástico. Y para que entre el aire a través del pelo, para que el pelo pueda llegar a secarse en algún momento, el rollo de plástico está lleno de agujeros. Que difieren en su forma de acuerdo a la marca del producto: algunos rulos están llenos de agujeritos redondos, otros rulos están llenos de agujeritos cuadrados. Yo no sé hasta dónde llega la imaginación de ciertos seres humanos, yo no sé qué imagina cada persona que pudiera estar metido, enganchado, incrustado, en cada agujero, cuadrado o redondo, de cada rulo de cada cabeza de los que quieren alisarse o enrularse el pelo. Sé, sin embargo, qué es lo que yo me imagino: ni un rojo pedazo de sandía, ni una verde hoja de árbol, ni la tecla blanca inmaculada de un piano nuevo, flamante, ni un grisáceo pedazo de papel abollado, previamente escrito con tinta azul y arrancado de alguna carpeta de escuela secundaria y mandado a volar por una mano experta, de escuela secundaria. No. Me imagino (y hasta lo veo, lo veo asomarse por el agujerito redondo o cuadrado, mirarme a los ojos con ternura, observarme atravesar las calles alborotadas y angelinas, guiñarme un ojo y darme toneladas de ánimo y coraje) a un preso político argentino. Un preso o una presa. Rodeado de los elementos de todos los días: el plato de metal, el jarro de metal, el pedazo de jabón, la abundancia de cigarrillos, algo de ropa interior gastada y limpia, una carta del hijo de cinco años recibida hace dos semanas y, sobre todo, más y más presos y presas. Más que nada, eso: el resto de los presos políticos argentinos.

19

Se los ve asomarse por todos los agujeritos de los ruleros que se ponen los que eligen enlaciarse o enrularse el pelo. Y se los ve, también, asomarse por todos los demás orificios existentes en esta ciudad. Que es la ciudad más extendida del mundo. Todos los agujeros: los de los troncos de los árboles. Los de las ropas de los homeless. Los de los cerebros de los dementes. Los de las alcantarillas por donde se desagotan todas las angustias. Se los ve. Sí que se los ve.

47

Presencia. Opuestos. Ausencia. Fuerzas ejerciendo presiones unas contra las otras, y las tormentas: ¿Quién realmente puede decir, puede reconocer, la diferencia entre estar presente y estar ausente? ¿Qué es estar y qué es no estar? ¿Quién está y quién no está? ¿Qué es haber estado y haber dejado de estar? ¿Qué es haber realmente estado, de cuerpo completo y presente, en la pelea cotidiana, en la búsqueda de un detalle, de una idea, de una manera de ir creando un formato de mayor belleza en el que fuera posible contener las dimensiones de este mundo? ¿Qué es haber dejado de estar en calidad de lo que se fue, de lo que se hizo? ¿Qué es haber sido parte de las formas y de los contenidos y haber dejado de serlo?

¿Quién estaba y quién ya no está? ¿Quiénes estaban y quiénes ya no están? ¿Cuántos estaban y cuántos ya no están? ¿Dónde están los que antes estaban y que de pronto han dejado de estar?

48

Cuidado. El que pregunta debe atenerse al rigor, a la acidez de la respuesta.

63

Y con el viento que pega, que nos pega. Que se nos queda pegado. El desgraciado viento, mi amor, que nos pega y que casi nos hace recalar en el llanto.

64

Pero que no, no nos arrastra.

65

Pero la blandura, pero la solidez, pero la liquidez, pero la fluidez de tu cuerpo sobrehumano.

66

De tu cuerpo portentoso. Estupendo. Quizá así la convencemos. Alabándola. Hablándole de toda su belleza. Subrayando en su potencial. Haciéndole evidente, obligándola a ver, toda su maravilla. Mostrándole su estatura completa. Sus propias, inesperadas sinuosidades. Sus sutilezas y las, en todo caso, entretenidas direcciones que toma su locura cada tanto. Porque aburrir, no aburre a nadie. Y a eso vale la pena considerarlo. Tan sociable, tan empapada en audacia y heroísmos, tan sorprendente en cada decisión a tomar. A ver si la convencemos. A ver si entiende que la necesitamos, que nos es indispensable. Tan sabia. Tan bruja. Con sus largos y tubulares vestidos negros que sólo le dejan a la vista hombros y tobillos. La blandura, la solidez de tus dimensiones. De tu cuerpo sobrehumano.

Tan siempre lista para desplegar sus recursos, sus estrategias. Tan esquiva. A ver si la calmamos, a ver si la convencemos de que modifique algunos de sus ritmos. De que no pase así no más, haciéndose la distraída, sin mirar. Porque la verdad es que ni siquiera tiene que buscarnos. Estamos ahí, a la expectativa de sus movimientos. De sus caprichos. Que nos espere. Que no se nos desaparezca con esa velocidad por entre el cielo y la llanura, por esa línea que no existe y algunos llaman horizonte. Que nos espere, la historia. Que nos espere.

67

Que nos espere atenta, con las antenas muy erguidas y tensas, con los poros muy abiertos o en el promisorio proceso de estar abriéndose. Con las células de la piel envejecidas y secas y en desprendimiento ya en camino de ocupar espacios en el aire, y liberando los orificios a la respiración.

Que nos espere, la historia. Instalada en su trono de rubíes incrustados en el oro blanco de la voluntad y la paciencia. O asomándose desde el tarro de basura más repleto de los más inquietantes barrios de este mundo. Desde la iniquidad. Desde la perversión. Desde su rincón de los deseos. No importa desde dónde. Porque resulta que todo llega. Porque resulta que las cosas suceden, un día.

Que nos espere. Con las células de su carne y de sus huesos activas, moléculas en frotación, a ritmos que mantienen la sensibilidad despierta. Que cada tanto haga un poco de gimnasia. Que exude las toxinas. Que vaya

dejando salir los ascos que la acosan. Que espere.

Bailando. Que espere bailando un vals. Un minué. O un rock de los setenta. Sí. No hay dudas: mejor un rock and roll, en el que no es necesario depender de un compañero de baile. Que permite el despegue, la elevación, que evita las manos de uno guiando la cintura del otro. Que espere bailando un rock and roll con violencia musical e ingenua sabiduría. Que espere un poco para terminar con su baile y empezar a correr desahogada, loca.

92

Y esas regiones donde se sustentan los orígenes de los fuertes deseos, de los impulsos más viscerales, son las que decido conquistar. En ellas es donde únicamente estaría satisfecha de construir mi morada. Mi, digamos, solar. Un albergue provisto de todo lo necesario para resistir hasta el último momento. Incluso para resistir contra ese último momento. Sola. Combatirlo. Ir empujándolo hasta los bordes de las posibilidades. Tanta aversión que venimos acumulando contra el fin. Esa repugnancia por los finales. Porque eso de morir, no. De eso, basta. Ya hemos muerto demasiado.

Como una cámara mortuoria faraónica. Con todo lo imprescindible.

Qué impensable, desmesurada alegría la de saber que se está allí, en alguna de las estrechas habitaciones de la casa con piso de madera semicubierto por gruesas y coloridas alfombras, con el cuerpo pesando sobre un sillón hamaca de caña y mimbre, con la luz escasa de una lámpara cálida, inmortal, con la mano izquierda como derramada sobre el brazo del sillón y la derecha sobre el muslo derecho, absorbiendo energías, los dedos un tanto tensos, listos para el caso de que haya que anotar algunos de los descubrimientos de la mente. Sentada ahí, obedeciendo al ir y venir de la mecedora y del cerebro, haciéndose preguntas y preguntas y más preguntas, inmiscuyéndose en las razones, interrogando las causas, averiguando los fundamentos, hundiéndose en los móviles, nadando entre el colorido cúmulo de motivaciones que mantienen vivos a los seres humanos.

¿Cómo es que llegamos hasta aquí? A tanta distancia de nosotros mismos. Tan próximos a nuestras propias entrañas. ¿Nos consumen las cercanías o se nos abalanzan, nos atacan, los larguísimos, innumerables espacios interpuestos?

93

¿Cómo es que llegamos a este mar? ¿A esta consistencia del aire, a este sonido consecuente de rock and roll y de blues que recorre todas las dimensiones de la bruma? Y a esta imagen, ¿cómo es que aterrizamos frente a esta

imagen que requiere mi sombra, mi emoción y esa forma de anestesia que modifica los volúmenes de mi garganta: la imagen de un hombre lleno de ángulos, habíamos dicho que algunos estratégicos, sentado frente a una máquina de coser en medio de la combinación de azules y amarillos de la gran cocina de la gran mansión de la cual soy mucama, haciendo esfuerzos para recorrer con la mayor fidelidad los bordes de una rana de tela multicolor que terminará rellena de mijo para ser vendida en algún lugar concurrido de esta ciudad poblada de transparencias?

Porque no hay dudas de que preferimos fabricar animalitos rellenos y venderlos, a trabajar como sirvientes. A ver si algún día superamos el mencionado estatus.

¿Cómo fue que aparecí frente a este mar? ¿Desde qué instante siento que navego en mi propia nave? ¿Siento que navego en mi propia nave? ¿Navego en mi propia nave? ¿Hay, ha habido una nave? ¿Habré llegado disuelta por las contradictorias presiones del espacio? ¿Desintegrada por el enrarecimiento del vacío? ¿Impulsada contra el horror de la inmediatez del vértigo final? ¿Comandada por el sobrecogimiento?

142

El verde de los cielos, el púrpura de la grama extendido hasta los confines alcanzables por los ojos, el casi dorado, entre dorado y negro reflejo de la sombra de los pájaros en sus vuelos circulares sobre las cabezas de las vacas vivas, blancas, blancas y meditabundas. El anaranjado de los ojos de los sapos. El azul y el grosor de sus uñas. El extrañamiento. Lo que otros llamarían nostalgia. El esfuerzo por entender los porqués. La lentitud de las miradas que deseáramos más enérgicas, más eléctricas. La mediación de cada paso previo, de cada nuevo eslabón enganchándose a la cadena de aparentes imposibilidades. La falta de transparencia de la lluvia, cuando llueve. Y también cuando no llueve. El carácter tangencial de los sucesos cotidianos. Las formas que el oxígeno adquiere mientras va penetrando por los bronquios y llenando, con mediocridad, quizá los dos pulmones. El tono con que se adapta a las nuevas circunstancias respiratorias. La facilidad con que vemos lo que queremos ver, no vemos lo que queremos ver, vemos lo que no queremos ver, no vemos lo que no queremos ver. Y el verde de los cielos.

150

Porque, la verdad, ¿qué sería el pasado sin los audaces que se animan a reinventarlo? Re-inventarlo. Volver a inventar lo que ya es: una fantasía. Una mentira, una historia creada para dar alegría, diversión, a la omnipotencia

de ciertos niños que nos habitan. Pero nada más. Porque, ¿qué, de cualquier pasado, puede estar tan muerto que no se retome en cada gota del presente? ¿Qué puede estar tan enterrado? ¿Qué puede haberse desintegrado tanto en qué vacío? ¿Qué puede haber desaparecido hasta tal punto?

200

De a poco ir definiendo. Qué nos convoca. Sin ansiedades. Tratando de que las respuestas vayan surgiendo con naturalidad, con paz interior, con ternura, casi. Es que hay que sentir la caricia. Hay que recordar que existe y hay que prepararse a recibirla. Disfrutarla. Dejarla actuar. Como al enjuague para el pelo. Hay que no forzar las respuestas. Aparecen. Las respuestas van haciéndose espacio. Se abren camino. Se asoman, un día, y son esa caricia, nos dan la satisfacción, el alivio de la angustia. Qué nos convoca. Qué nos convocó. Qué de cada uno de nosotros. ¿Tan necesario es confirmar la propia existencia? ¿Tan dificultoso resulta existir en la duda? Qué alaridos nos llamaron. Qué ecos de esos gritos nos resuenan cada madrugada, en medio de la fluorescente contradicción que el sol hace notoria entre la desesperación por aparecer y la lentitud con que va dando libertad a las puntas más alejadas de sus llamas. ¿Qué rugido interior nos despertó y nos encontró dispuestos a asumir el sobresalto histórico y bailar en él, sacudirnos en él, besarnos unos a otros en él? ¿Qué pregunta, rugido, no tiene todavía respuesta? De a poco. Ir definiendo. Ir estableciendo las similitudes entre la naturaleza de lo que emite el llamado y la materia, la carne en que se clava. Y después, en la soledad de una tarde de domingo de invierno, cuando han sido ya superados el almuerzo cordial y el inmediato procedimiento del lavado de platos, con ruidos de loza, vidrio, agua precipitándose sobre el cúmulo, cuando las formas del cuerpo deciden adaptarse a la mullida blandura de los almohadones del living (no importa cuál: de cualquiera, de alguno), sin temor volver sobre la pregunta. Formulársela otra vez. Tranquilamente. Qué nos contiene en el mismo círculo. Qué nos otorga el espacio en el que convivimos. Qué nos trasmite la energía para recuperar ese espacio si algo nos lo arrebatara, nos lo incendia, intenta convencernos de que nunca había sido nuestro. Pensemos. Qué nos da la respuesta. Qué nos proporciona la paz. Y qué nos mantendrá asistiendo a la misma asamblea diaria, reservándonos asientos unos a otros, cuidando de que cada uno tenga la oportunidad de expresar su adhesión al círculo que nos contiene, su aprobación a lo que nunca hemos dejado de ser, a lo que ha representado la razón de las vidas de todos.

Qué nos mantiene enhebrados como en un collar, mirándonos a través de los océanos, de un continente a otro, de una isla casi desierta a otra cubierta de la más inesperada vegetación, qué nos pone y nos deja la marca

de fábrica, qué nos hace reír a las carcajadas al unísono, qué nos hace lavar la ropa con el mismo jabón. Qué nos hace ejercitar los dedos de las manos en ese lenguaje de códigos intransferibles. Qué nos convoca. Qué nos ha convocado.

203

Entonces, ¿qué es la fantasía del escritor exiliado en un lugar del mundo en el que los deseos íntimos y muchas veces manifiestos de sus habitantes son representados por esa mujer rubia, güera, que los mira segura de sí misma, desde la publicidad de productos destinados a embellecer sus facciones indígenas? ¿Qué es ese escritor frente al desdoblamiento casi infinito de realidades e irrealidades ocultas entre las hojas de los árboles, entre una palabra y la palabra siguiente de una conversación que nunca se define? ¿Qué hace el escritor? ¿Escribe? ¿Observa, atónito, el despliegue de sinuosidades, de avances y de ocultamientos de signos, ademanes, promesas, sonrisas y amenazas? ¿A qué decide el escritor entregar su tiempo y su energía literaria, apabullados ambos por la danza despareja y simultánea de los títeres de la realidad, por el nutrido artificio de lo cotidiano?

206

Porque a veces la palabra sobrevive.

Había una vez, por esos años de demencia y espanto, un escritor que no fue asesinado. No fue asesinado porque el día anterior al que estaba establecido para dispararle un tiro, o muchos, en la calle, o en su propia casa, logró caber en un avión, atravesar los más anchos océanos, e instalarse en otro país. En otro país de este mismo mundo.

Es decir, no fue tan sencillo. Varios países lo angustiaron primero, hasta que decidió que en uno, determinado, quizá, por las cercanías lingüísticas, de comunicación, de herencias, los niveles de desasosiego se reducirían. Y era verdad. El escritor tenía proverbial claridad sobre la importancia de la palabra que puede ser mejor expresada: la que pertenece al propio idioma. Y aceptó la realidad de que ese lugar del planeta le permitiría involucrar sus impulsos vitales solamente en la literatura, además de lo que de eso se llevan las instancias cotidianas. No necesitaría comprometer el humor en el aprendizaje y las apocalipsis de otra lengua. Tenía razón. Lo comprobó. Allí podía hablar, podía escribir, llorar, disfrutar de cierto contento sexual, seducir, mentir, expresar las más indispensables verdades, todo en su propio idioma. Podía, también, recibir noticias de su país a través de los diarios. Y así fue. Se acomodó y empezó a (por utilizar alguna palabra, porque de algu-

na manera hay que tratar de expresar el fenómeno) aclimatarse. Entre otros elementos destinados a fundar algún contacto con la realidad, adquirió un perro. Un cachorrito. Y el cachorrito daba vueltas alrededor de los pies del escritor mientras éste hincaba los codos en la resistencia de su escritorio de roble. Y un día llegaron, efectivamente, noticias de su país. La noticia fue que acababa de desaparecer su hijo. Que en su país los criminales en el poder habían arrestado y hecho desaparecer a su hijo. El hijo no era un niño. Era un hombre joven, inteligente, sensible, preocupado por la vida. El escritor entró en la desesperación. Y porque todavía no se había iniciado en la fase del llanto, gritó. Gritó y destrozó cosas, supongo, insultó y pateó en diferentes direcciones. Y ahí estaba el cachorrito a sus pies, que recibió una de las muchas patadas. Una de las fuertes. De las definitivas. Tanto que, en cierto momento, y casi sin siquiera un gemido, dejó de moverse.

Años después el escritor, ya en otro lugar del mundo y todavía exiliado, lloró, reconstruyó el episodio como uno de los más horrendos de su vida.

El exilio, querido escritor, querido, es aquella silla sobre la que tus glúteos se apretaban, fuertes, inquietos, para darle motor y celeridad a la sucesión de letras que iban siendo seleccionadas, a las palabras que iban siendo dichas. Exilio es la costilla, el fémur del cachorro, titilando, fosforescentes, en la oscuridad nunca absoluta de nuestras desesperaciones. Exilio es el calcio de esos huesos integrándose involuntariamente a los beneficios de la tierra, de esa tierra que no es la que nos vio nacer, que no es la que recibió con o sin indiferencia las vibraciones de nuestros primeros pasos, ni la que absorbió nuestros primeros orines de emergencia. Quizá, eso sí, nuestros segundos, nuestros terceros. En algunos casos nuestros últimos. Exilio es, compañero, esa hilera de papelitos de colores que armamos jugando con las manos, pensativos. O ese orden por tamaños que les damos sobre el escritorio a los lápices que usamos cada día para esbozar nuestros aterrizajes literarios. O esa otra hilera, la de los cadáveres que acumulamos en nuestros interiores: el cadáver del tomate que tragamos con la última milanesa a la napolitana. El de la margarita que, de todos modos, bastante tiempo duró en el florero de vidrio transparente. El del último libro leído, quieto, ahora, tan quieto en los estantes. El del último libro escrito, recientemente terminado, porque ése es el vértigo y el dolor de la palabra produciéndose, ése es su recorrido: ni bien ha visto la luz, descansa, muerta, como las mariposas o como las fotos en el álbum al que se las había destinado. Esperando, quién sabe, alguna forma de resurrección. El cadáver del hijo, el de la idea pronunciada, el de la madera que se utilizó para construir la cama de tus sueños. El de la madera que constituyó el respaldo de la cama sobre la que dormiste y escribiste, en la que acariciaste unos tobillos, una oreja, y que fue minuciosamente consumida en un incendio de algún año.

Exilio es el renacimiento de la palabra que fue un día concebida, ¿te acordás?, mirada con afecto, acariciada, besada con los dientes, chupada, destro-

zada a besos, violada sucesivamente, asesinada y depositada, al fin, sobre la tradicional blancura antes libre de culpas y de penas, antes ingenua, virgen, antes sin signos de demencia, sin vestigios de sombras ni de amores. Exilio es, también, y más que nada, la reaparición de la palabra dibujada con todos esos líquidos del cuerpo.

Exilio es la vida entera. Cada palabra que nos ha habitado, que nos consume, que nos dispersa en el mundo y que nos acumula en el enorme recipiente de los grandes deseos y que nos vierte, de a poco, en los vasos de diferentes cristales, diseños desde los que iremos siendo consumidos.

207

Por eso estas (y tantas otras) palabras.

208

¿Cómo es que llegamos aquí? ¿Quién nos trajo? ¿Cuál entre los tantos grupos de fantasmas que nos habitan las arterias nos fue moldeando los movimientos, qué sombras y qué decisiones de la luz se combinaron para dirigir, para elaborar el tono de la pregunta que hemos estado formulando? Que nos ha estado convenciendo de que hay que darle respuesta. Que nos ha estado preocupando con tanta intensidad. Que nos ha estado destruyendo la paciencia. Que nos da cada día una incontable variedad de posibles respuestas, hasta el punto de que ya hemos olvidado la pregunta.

209

Y cuánta pena da el olvido, cuánta nostalgia. Sobre todo si es posible notar su erosionante presencia. Cuánto hueso come la desmemoria. Cuánto hueco deja.

210

Por eso, para evitar la tristeza y sus instalaciones, vamos a recordar. Instante a instante. Profundamente. Hacia el fondo. Hacia los costados de la historia. Con desplazamientos. Con texturas. Con idas y venidas y pasos de baile y patinajes sobre el hielo y vuelos estrafalarios y llenos de colores. Con imaginación. Con la creatividad que requiere la verosimilitud. Con la ineludible inventiva que nos conduce a la verdad. La verdad. Pobrecita, ella, también,

siempre a la espera, siempre en la cola para ser descubierta. Revelada. Puesta a brillar frente al prodigio de su propia luz.

257

Se entra y se sale, se va y se regresa sorprendentemente, desiluminadamente, a veces; dotado, uno, de sombras necesarias, de indispensables espacios de luz entre sombra y sombra. Se va transportando un patrimonio adquirido, acumulado, instante a instante, de insomnios, de preguntas, de estallidos de risa en medio de la noche, de autoacusaciones, de los formatos un poco siniestros del olvido, del excesivo recuerdo, que se abre camino entre la musculatura y el sustancial quejido de los huesos. Con un dedo de una mano, quizá contra una pared desconocida, quizá contra la corteza azulada de un árbol que también nos es desconocido, nos inventamos un soporte. Y nos apoyamos. O creemos que nos apoyamos. O sabemos que no nos apoyamos, porque nada podría sostenernos en medio de tamaño tembladeral, pero imaginar el soporte nos ayuda a hacer el intento de conseguir uno verdadero.

No hay comienzo y no hay final en la caravana especulativa de la búsqueda, de la indagación por la palabra, la que dibuja, bosqueja, aunque débil y febril, el nombre de los hechos. El rastreo por la comprensión profunda de cada novedad diaria, el sondeo de las razones para la risa, para el extrañamiento, para el punzante invento que es el dolor de la distancia. No hay final porque no ha habido comienzo, o no habíamos detectado los signos iniciales. ¿No habíamos detectado los signos iniciales? ¿Levemente? ¿Desde cuándo veníamos estando lejos? ¿En qué punto desprotegido de nuestros ancestros establecimos las distancias, empezamos a sentirnos, o a no sentirnos, distantes?

¿De dónde somos? ¿Cómo es que llegamos hasta aquí?

Es posible, a los cuatro años de una poco respirable niñez rosarina, entreabrir los cortos muslos que pesan sobre los bordes de un blanco inodoro que nos sostiene (a medias, siempre a medias) y nos observa y nos juzga desde los confines de nuestras realidades fisiológicas, antropológicas, ontológicas, ir separando las piernas a medida de que se va sintiendo el hormigueo de la salida del orín en dirección al agua contra la que va a golpear, resonar, es posible, digo, suponer que uno orina como nadie más orina. Es posible suponer, y hasta no tener ningún tipo de duda sobre el asunto, que ese ruido, el del propio orín, es irreproducible. Es posible olvidarse de secar los restos de orín y correr con la bombacha por los tobillos para expresar la angustia, la definitiva y sin orígenes soledad experimentada en un instante en el que ya se han definido, en el que acaban de ser precisadas, las dispa-

ridades y las discordias del futuro. Correr con desesperación del baño a la cocina entre ahogos y toses para compartir con la supuesta sabiduría materna el hallazgo de que existe un conocimiento de algo, que hay algo que ya se sabe, que puede ser visto en la orina, percibido en el ruido de la orina contra el agua, acerca de uno mismo. Y es posible ser interceptado por un grito espantosamente actual, tan presente, que nos recuerda que, ante todo, el decoro y la decencia: que hay que subirse la bombacha.

Y es posible, más de veinte años después, sentarse a orinar en un inodoro instalado del otro lado del mundo, enclavado en curiosas latitudes, en extraños hemisferios, cerrar los ojos, es posible, y repetir el viejo pensamiento que establecía con precocidad las lejanías, las extensiones y las diferencias, corroborarlo, amarlo. Y odiarlo, por supuesto, cuando sin todavía haber secado con papel higiénico los restos del orín legendario, se le echa una ojeada circular, semicircular, al baño poblado de extranjerías, y se advierte (las manos temblorosas, el pulso suspendido en medio del proceso de decidir si mejor detenerse para siempre o precipitarse en una aceleración igualmente letal, el quejido aflorando por entre los dientes congelados y las sospechas confirmadas: yo sabía, yo sabía, se lo dije a todos, qué tanto desarrollo, primer mundo y esa sarta inacabable de pelotudeces; y la encrucijada establecida entre los jirones de luz y las hilachas de sombra que arremeten contra el vidrio opalino de la ancha ventana, de pronto insalvable) que no hay bidet. Qué golpe en la conciencia: se ha advertido, público presente y ausente, la falta. La falta de bidet en el país del exilio. Y como a una falta se la descubre siempre recortada contra la pantalla del contraste, de la comparación, repetimos, mientras nos lavamos las manos, la imagen del infaltable, confiable y brillante (o descascarado y lleno de herrumbre) bidet argentino del baño de la casa en la que se ha crecido. O las casas. O de la pensión que se ha alquilado. O del baño de un bar. Café. Estación de servicio. Y el cerebro sigue, no hay quien lo pare, su trabajo inevitable: la cárcel. El baño de la cárcel. De las cárceles. Donde no es posible, pese a nuestras habilidades recreativas y selectivas, recortar ningún recuerdo mejorado en relación con la visión presente. No bidet, no inodoro: letrina. Agujero anatómicamente ventajoso y dispuesto a deshacerse de nuestros desechos privados, de muchos de nuestros hábitos y de algunas de nuestras sobriedades. Y vanidades. Y orgullos.

Queda ubicado, entonces, el exilio, en la posición intermedia entre prisión y libertad. Siempre aparece algún sistema de mediciones. Algún parámetro. Algún esbozo de sonrisa.

Esa longitud establecida entre el bidet y el inodoro, entre el inodoro y la letrina, entre la letrina y el bidet, ese teorema de Pitágoras inabarcable, quizá irresoluble, acababa de ser planteado.

Se entra al exilio, antes se sale del propio país, se sale echado, desalojado, expulsado. Y con el exilio a cuestas se sale de él: sin ser desalojado más que por los propios deseos de reencuentros. De besos. De los besos a los que aspiramos de todo lo que tiene la capacidad de besar: los árboles que entonces acababan de ser plantados. Los edificios a medio construir. La tenacidad de algunos vientos, que besan abarcando el cuerpo entero. El calor de enero con helado o sin helado. Las sillas del café. Es decir, no todas: sólo las que insisten en mantener la desigualdad en el largo de una pata respecto del largo de las otras tres. El estrépito de las ruedas del tren, que también besa, no sé qué besa, quizá las vías, pero besa, sobre todo al distanciarse, inexorable, mientras se hunde en las inflamaciones del aire.

De manera que se vuelve a entrar en el país original. Aquel primero, primigenio, que había sido escenario de las iniciales mediciones, comparaciones, de cada alejamiento. Se vuelve. Se retorna (parcialmente) para indagar sobre la veracidad de una idea que circula entre la mayor parte de los exiliados, según la cual el regreso al país marca el final de una etapa de la vida de uno que fue denominada exilio. Se vuelve, entonces, a los amigos, a los que quedaron vivos y apretados entre las paredes del ocultamiento sistemático, obligado. Se vuelve, no sin los imprescindibles resquemores, a los padres, que ahora tienen una nieta de cuatro meses de existencia. Y así como se vuelve a ellos se rebota contra ellos, se confirman los espacios, las mediaciones, las vastas longitudes intermedias. Se regresa, acaso con un poquito más de convicción, a las calles de Buenos Aires. Se vuelve, de paso, al hombre que todavía a una le ocupa (no toda) la atención. Se visita la vieja, natal Rosario. Se sienta, una, en un café. Sola. Sin bebé. Con ropas discretas, insípidas, en el plan de pasar inadvertida. Y con un libro que opere de refugio mientras se distribuyen miradas más o menos furtivas por los alrededores. ¿Qué llevó una para leer? No llevó cualquier libro recogido al descuido. No. Descuidos, nunca. Con envidiable esmero una se ha puesto a meditar sobre los alcances de cada título. Sobre las eventuales consecuencias de cada contenido. Porque si el parapeto resulta demasiado simple, no ejercerá el suficiente atractivo que la mantenga a una amarrada a la lectura en el momento en que haga falta bajar la vista. Una está tratando, de hecho, de que el efecto resulte lo más genuino posible, con el propósito de soslayar la obviedad de una actuación que, de todos modos, va a mostrarse inevitable. Y si resulta demasiado complejo, en una situación como la descrita, en que se impone el disimulo, en que, además, se está nerviosa, emocionada, y se traspira, tampoco queda facilitada la concentración en las palabras impresas. Es decir: es necesario agenciarse un libro de intermedia complejidad. Justamente de éstos que una no tiene ni tendría. Además y sobre todo: de éstos con los que una no querría ser vista. Esos cafés son los viejos cafés que una frecuentaba, en los que se vivía, se daban exámenes, se escribían

poemas, se los leía para los amigos, se debatían las filosofías de la revolución. Los amigos que sobrevivieron deben seguir yendo allí. Qué explícito el ritmo que se le imprime a mi sangre. Qué tibieza la de mi saliva, la que atraviesa las sinuosidades de mi garganta.

Y con el libro abierto sobre la mesa del café (ni más ni menos que el primer tomo del Ulises, en la página en que el adjetivo *verdemoco* describe el color del mar y hace sentir culpable a cualquier escritor en este mundo de no estar aplicando las suficientes energías en mejorar sus propios textos) pido un té. Sin leche, sin azúcar y sin limón. El mozo y sus bigotes son los mismos que cinco, diez años atrás. Yo sé eso. No digo nada. Él me dice que le resulto conocida. Yo le sonrío reprimiendo todos los deseos de contarle mi historia. Y llegan tres muchachos. Que se acomodan en la mesa de al lado de la mía. Son más jóvenes que yo. Señores: hay gente con tono adulto más joven que yo. Piden cafés. Y hablan. Mucho, hablan. En voz alta. Muy alta. Para ser oídos no sé por quién. Por ellos mismos, pareciera. Nadie habla en voz tan resonante si no necesita ser oído por sí mismo. Uno cuenta, el de la voz más estridente, que acaba de volver de un viaje de trabajo a Tucumán. Dice que todo está tan hermoso allá. Que desde que los militares bombardearon, varios años atrás, y aniquilaron tres pueblos de trabajadores de la caña de azúcar, todo está tranquilo y en orden. Que están resplandecientes las calles, limpias, dice, las calles de San Miguel, siempre orilladas de naranjos. Y no hay libro que valga. No hay autor simple ni complejo que sirva para nada en el contexto de esta obra de teatro. No hay Joyce que me atraiga ni que logre absorber ni la más ínfima neurona de mis días.

Mis amigos, los que quedaron vivos, no aparecen. Dónde están sus manos, ésas con las que se aferraban a la temperatura del pocillo en medio del esfuerzo por encontrar lo irrefutable. Lo noble. Dónde se apoyan sus codos, que faltan aquí, que no ejercen presión sobre las aristas de esta mesa de madera oscurecida, sin lustres, abarrotada de indicios. Quién se privilegia ahora con el involuntario roce de sus zapatos contra los zapatos del que está sentado enfrente, en el momento en el que se incrementa el énfasis en la expresión de la idea. Dónde, la idea. Dónde el café. Dónde el estallido de la risa frente al argumento extravagante. Dónde la sorpresa y el enojo ante la solemnidad y el miedo. Dónde el vigor del concepto, la fuerza del juicio, la claridad de la reflexión. Dónde la construcción del arquetipo. El sostenimiento del paradigma. El desarrollo de la obsesión. Sobre qué superficie tamborilean sus dedos, ahora, y contra qué caras bailan los humos de los sucesivos Particulares sin filtro. En base a qué axioma voy a escuchar rebatida mi afirmación de que es saludable escribir en los cafés en los que se reúnen los amigos, porque extrañarlos desde la propia casa no ayuda a la producción, y ser interrumpido por sus llegadas en serie mantiene activas

las pulsaciones de la sangre, y sin sangre no se escribe. Quizá en base a ningún axioma, a juzgar por la quietud de las dos puertas de entrada. Dónde encuentro ahora la ecuación, el trazo de la luminosidad, sino dentro de mis propios bronquios.

Quizá ya no vengan a este lugar. Quizá nada de todo esto venga ya a este lugar. Y mi té está frío. Y no tiene azúcar. Ni leche. Ni limón. Y estoy exiliada del exilio, en el que podía manejar quince minutos y hundir la mirada en el surco que se fragua y al mismo tiempo se diluye entre las grumosidades del cielo y las efervescencias del Pacífico.

Desde dónde llego, hasta dónde llego, por dónde voy aproximándome a qué. Alejándome de qué.

Cómo voy a arreglármelas para sobrevivir la tristeza, la arrogancia, la parálisis, la violencia. El llanto constante de los que, torturados, son obligados a convivir con su torturador. Con su verdugo. Cómo absorber las señales, los signos del horror desperdigados por las paredes, las fachadas de los edificios. Por entre las ranuras de los bajorrelieves, de las molduras minuciosamente trabajadas alrededor de las ventanas. Los vestigios de la sangre, los restos de sudores, las partículas adheridas a las sombras, que delatan que una cabeza humana, posiblemente joven, o anciana, o temblorosamente infantil, ha sido destruida contra la porosidad del cemento que ha quedado al descubierto. Cómo discriminar frente a la diversidad de signos. Cómo digerir el mensaje sin estallar en una continuidad de vómitos y ahogos. Cómo cohabitar con el asesino sin sentirse su cómplice. Cómo coexistir con el ritmo marcial, impune y cotidiano que retumba en las calles, donde la hostilidad entre el recuerdo y la desmemoria despliega zancadillas, redes, trampas, que pueblan sin alternativas las zonas del dolor.

Donde en una siesta altamente veraniega de enero de 1985, en una heladería de la porteña avenida Corrientes, en la que yo compartía con mi hija de casi un año ínfimas porciones de un helado de frutilla, mientras el aire encendido desmembraba cualquier intento de respiración, una mujer, con su helado doble y colorido, se me acercó para preguntarme qué clase de madre cruel era yo, que promovía en mi hija una segura laringitis. Todo eso justificado por la realidad de que ella hablaba desde su posición de enfermera del Hospital de Niños, título que acreditaba su intervención en mi vida y autorizaba sus insultos. Cómo hubiera querido tener la valentía de decirle que dos días atrás yo había llevado a mi hija a vacunarse al Hospital de Niños, y que por qué mejor ella no se dedicaba a promover la higiene del hospital, enterrado irremisiblemente bajo una capa de polvo de dos centímetros. Por dentro y por fuera. Recorrido, el mismo hospital, por los alaridos de una madre a cuyo hijo acababan de aplicarle una vacuna equivocada. Una enfermera, la autora de la proeza. No la del helado, quizá, pero otra como ella. Pero no. No me alcanzó el autoritarismo. No logró su-

perar el suyo. Así que me conformé, o no me conformé, con explicarle, con escasas palabras y menos paciencia, que si no dejaba de hablar estupideces le iba a enchufar el cucurucho en el culo. El suyo, no el nuestro, claro está. Declaración después de la cual la enfermera desapareció de la heladería protegiendo su cucurucho, protegiéndose de su cucurucho, y rumbo a otras heladerías a proteger a otros niños de una garantizada laringitis.

Qué me pasa con mi país. Dónde están los símbolos. Busco los ademanes que me pautaron, los caracteres que se iban encendiendo para despabilar el camino por el que me había acercado a mí misma. Busco la gran metáfora, la gigantesca palabra que me tradujo el mensaje de la vida. No hay. No hay más, pareciera. O lo que está me es inaccesible. Se me esconde. Parece querer, no sé, burlarse. Dónde estoy. No sé dónde estoy. Acá, y de eso tengo menos dudas que las que pudiera abrigar la enfermera redentora en torno a todas las laringitis del mundo, no estoy. Acá no estoy.

¿Será que ese exilio, aquél, ahora es, además, otros exilios? ¿Será que el primer exilio va a reproducirse, desdoblarse como un acordeón, como una sucesión de espejos unidos en ángulo? ¿Será que desde ahora el exilio fundamental, el que fue indispensable para salvar la vida, va a repetirse en otros, indefinidamente, sin límites, sin bromas, sin dudas y sin alternativas? ¿Será que del exilio no hay retorno? ¿Será que me he transformado en una especie de exilio ambulante? ¿Cóncavo? ¿Convexo? ¿Centrífugo? ¿Centrípeto? ¿Concéntrico? ¿Paracéntrico? ¿Exilio interior dentro del exilio exterior, capas de la cebolla, cajas chinas, mi exilio? ¿Todos los exilios? Células óseas, terminaciones nerviosas, glóbulos rojos y negros, azules y púrpura, traslúcidos y cubiertos de opacidades, mi exilio. Ladrido, carcajada y secreción de humores y de hormonas. Marcas de millones de pies sobre la epidermis obturándome los poros. Sequedad y humedad de los interiores de la nariz. De los senos frontales. Orines sabios, orines plagados de ignorancias inmodificables, enraizadas en la propia vejiga. Cabriola, resorte de los tiempos, extensión hacia los infinitos puntos cardinales, espada infinita removiendo la base del estómago, las entrañas de la tierra, ardor inequívoco, inconfundible, nunca desalojable, inflamación de las cuerdas vocales, gota asomando de un ojo, lo que algunos llamarían lágrima, que converge, humectante, goteo astringente. Permanencia. Discusión con la intemperie. Establecimiento de ciertas alegrías. Pelea contra el árbol, la flor y la falta. Durazno dulce y jugoso del verano, el exilio. Encuentro sorpresivo y nunca erradicable de los dientes con el carozo. Carozo de durazno, que no necesita adjetivos.

Aquí, donde nací, donde fui quien soy, de donde me fui y a donde he vuelto, no estoy. Aquí, donde trabajo para sobrevivir, donde escribo, donde crío a mi hija, donde quiero, de algún modo, a un hombre, donde está por publicarse mi primera novela, donde como, donde mi hija come, donde ori-

no con el particular sonido de mi orina, donde me reúno con mis amigos, los viejos amigos que han esquivado la muerte, los nuevos amigos, no estoy. Tampoco estoy, tampoco estoy, tampoco estoy, aclaremos, caminando por las festoneadas orillas del océano, apretando las plantas de los pies, jugando a dejar una huella ineficaz contra las arenas húmedas y calientes de las playas que le dan forma al oeste de la extendida ciudad de Los Ángeles.

Y qué se hace para estar donde se está. Qué se hace para lograr que la mente siga al cuerpo o para que el cuerpo no se resista a las direcciones que elige tomar la mente. Llegar a donde uno está, finalmente. Y ser capaz de permanecer allí. Que el cerebro llegue a donde el cuerpo está y lo espere. Qué. Cómo. Apretar los puños. Clavarse las uñas en las palmas de las manos conteniendo la respiración. Quedarse. Quedarse. Enlazar la mente al cuerpo. Atándola. Adhiriéndola con goma de pegar. Pero no, eso no funciona en las zonas húmedas del cuerpo. Bueno, entonces: alambres. Costuras con alambres. Que sujeten. Que afirmen la mente y el cuerpo en sus respectivos lugares. Evitar la diversificación. La disolución. Cuáles son los respectivos lugares. Qué espacio les corresponde. Qué es espacio, qué es lugar. Qué significa que a algo le corresponda un sitio.

Cómo logramos estar completos donde estamos. Quién establece dónde realmente estamos. Quién decide dónde debemos estar. Quién dijo que la función de la mente es la de controlar las locuras del cuerpo. Quién piensa que sería catastrófico que el cuerpo no obedeciera los mandatos de la mente. Quién insiste en que la armonía es necesaria. Cuál es la armonía necesaria. ¿Estamos desmembrados los que tenemos el pie derecho en Madison, la mano izquierda en Lusaka, el meñique de la mano derecha en El Cairo, el hígado en Nueva York, la nariz en Buenos Aires, los muslos en Barcelona y el aparato digestivo en Los Ángeles?

Qué es no estar desmembrado. Cómo se entiende ese concepto. Por ejemplo: Fernando, el no desmembrado, nació en Argentina, en la ciudad de Córdoba. Creció allí y también allí hizo las escuelas primaria y secundaria. Fue a la universidad en Córdoba. Estudió geografía y logró su título en no más de tres años. Le gustaba su carrera. Se dedicó seriamente. No le fue difícil, al poco tiempo de haber terminado los estudios, conseguir un puesto en la facultad en la que se había recibido. Tuvo oportunidades de viajar por América, incluso por Europa y África, pero no se entusiasmó. Quizá hablaba demasiado, en términos de su geografía, de todos los países del mundo. En clase a los estudiantes, a sí mismo en su casa. El resultado fue que a los 48 años nunca había salido de Argentina. Incluso hasta el final de su vida no salió. Nunca salió, en realidad. Pero tenía, eso sí, una esposa, que era profesora de historia en una escuela secundaria, y tres hijos, dos de ellos adolescentes. Una situación financiera estable, no demasiados amigos, pero los suficientes como para que no le faltara a dónde ir o para ser visitado los sábados en la noche. Solía, también, ir al cine los domingos con toda, o casi

toda, la familia. No tenía los pulmones en Estocolmo, el hombro derecho en Sidney, un ojo en Viena y la frente en Tokio. Tenía todos sus miembros en Córdoba: los miembros de su cuerpo, los miembros de su familia, los miembros de su pensamiento y los de sus ideas. Nada relacionado con él cruzaba las fronteras de la ciudad de Córdoba. Fernando estaba, permanecía, entero. O al menos sus partes estaban ensambladas de tal forma que le permitían sentirse entero. Quizá los ciegos también disfruten del beneficio de una solidez interior que, de conocerla, podríamos aprender a envidiar los que nos hemos llenado de ojos sin pedirlo.

Sin embargo sigo preguntándome: qué es no estar desmembrado. Qué es la cohesión. Quiénes son, dónde están los que gozan de tan genuina solidez.

259

Se entra y se sale. Se sostiene el mundo con una mano y con la otra se borronan las incertidumbres y las dudas que el mismo mundo nos cortaja en el cuerpo. Se abren los ojos y se los cierra según nos obliguen la dirección y la intensidad de los vientos que soplan, irremisibles, en el hemisferio que nos ampara. Se da medio paso adelante, entre tambaleos y sonrisas de justificación, y se retroceden cuatro. Se retoman fuerzas y se da un salto que equivale a diez pasos y con el bajón de adrenalina se retroceden dos, y la callada alegría nos fortalece para la próxima batalla. Se entra a la risa y se sale de la risa como si fuéramos expertos en el tema de cuándo reírse y cuándo mantener la moderación de una mueca turbada, confusa, indefinida. Se aspira y se contiene el aire en los pulmones, alternadamente, como para encerrar dentro de uno las luces, las iluminaciones, los guiños que se concentran y se esparcen por la ensanchada atmósfera hacia un lado y hacia el otro. Y se suelta el aire y se sienten la pérdida de la luz y el advenimiento de las sombras y de los fantasmas que acechan y no acechan. Se entra en el fragor del llanto y se abre, uno, camino a través de él, de sus contenidos de lava en ebullición, hasta dejarlo atrás vencido, aniquilado. El llanto aniquilado, su batalla perdida, y esa especie de calma abrumadora. Se entra con los brazos extendidos, de sonámbulo, y con los brazos de sonámbulo, extendidos, se emerge de la serie alucinada de interrogantes, de preguntas, de intentos de respuestas. Se abandonan los diversos incendios con las espaldas en llamas y se corre, se corre, huyendo de tanto fuego, y se lo aviva en la desesperación, se lo completa, se le agregan los detalles, las intensidades, y se le aplican los máximos impulsos. Los ojos en la nuca, los de los codos, los de las dos rodillas y los que siempre han estado allí, bajo la frente, se habrán dañado, es cierto. Pero por esa razón están los párpados, temblorosos, emocionados, dispuestos al salvataje y a subir y bajar con la lentitud de un sordo distraído. Se salta hacia afuera del camino, se disfruta del barro

fresco de los costados sin pavimento ni plantas y se aprende a curiosear, con fobias y con ascos a cuestras, en los cadáveres carcomidos y malolientes de los pájaros que de pronto han interrumpido el vuelo, de los ciervos, de los gatos tomados por sorpresa. Y se retoma el andar sobre el gris apisonado y caliente del asfalto casi con el mismo empuje, con una vehemencia casi equivalente a la del atardecer anterior. Se logra abandonar un laberinto, otro laberinto, y otro, y se va avanzando hacia el siguiente como si no hubiera más que laberintos, como si los laberintos fueran la única forma de existencia. Con sus recovecos. Con sus esquinas y sus trampas. Y se circula por él mareado, guiado por la hipnosis de los días, tratando con cierta intensidad de sobrellevar los efectos de esos accesos de lucidez que, inevitablemente, nos rescatan del laberinto presente y nos instalan en el próximo. Se entra en un estado de exilio, se lo abandona y se compromete uno con el que nos espera en el momento inmediato, y rellenamos nuestros huecos de exilios y más exilios como se rellenaban los viejos colchones de lana, las viejas muñecas de estopa, y nos alimentamos de ellos, porque lo que no mata alarga la vida, y la nutre y, si hacemos un esfuerzo, hasta le agrega belleza.

Con una mano se sostiene el mundo y con la otra se van empujando hacia adentro las puntas blancas de los huesos que asoman por las aberturas, las heridas infringidas a lo largo de los años, de la historia, de la sucesión y de las acumulaciones.

Se entra a los acontecimientos, se sale de ellos deslizándose sobre patines de diferentes naturalezas: los que nos salvan; los que no son capaces de distinguir entre un camino liso y el que ha sido salpicado con piedras y con clavos; los que han aprendido a soslayar los riesgos y avanzan a velocidad regular, a varios centímetros de distancia del suelo. La historia no espera. Sólo se sienta a descansar de sus correteos y mira hacia atrás, distraída, ya otra vez sobre la marcha, y no está interesada en si la alcanzamos o si la distancia entre ella y los que intentan protagonizarla es más larga a cada instante. Ausente, sigue su propio ritmo.

Y ya que lo que no nos ha matado nos nutre y nos sustenta, se constituye en la vida misma. En sus alergias, en sus fibrosidades, en sus silbidos asmáticos y en sus risas desbordando hacia los costados de lo que vamos siendo día a día. De nuestro recorrido cotidiano. Sobre patines o descalzos, las plantas de los pies engrosadas y oliendo a pasto pisoteado, a barro, a ripio, a brea. A la canción que se va tarareando. Porque es cierto que se canta, es cierto que se entonan algunas melodías, u otras, y que se inauguran nuevas, cada tanto una nueva, mientras se observan las hojas lacres del otoño, se hunde una ramita en el hormiguero de la esquina, se escupe el gusto agrio de la noche, se agrega el acento para destruir un diptongo, se descubre un rayoncito nuevo en la pared de la sala, se lamenta la pérdida de un aro, se medita la necesidad de comprender un logaritmo, se espera que haga efecto la tintura que enrojece las canas, se busca denodadamente un libro que

cómo puede ser, dónde lo puse, se arranca con la pinza ese pelo que dale y dale, no renuncia, se tocan de oído las teclas de un piano ajeno, se ponen los pies en remojo en agua con sal, se cuentan una y otra vez los dedos, se observan las uñas, se las corta, se las emprolija, se las lima, se ocupa uno de detalles que vuelvan las uñas de los pies a lo que fueron tiempo atrás: lisas, suaves, redondeadas. Se toca, se presiona, se retuerce el hueso del juanete, como para asegurarse de que allí están, firmes, el juanete, los dedos del pie, como para comprobar que no hay dudas, que sí es posible contar con su dolorida presencia, que están, que son la parte final y el sostén de ese cuerpo que nos hace, que nos define. Que no dudan en socorrernos en cualquier emergencia de carrera, de escape, de baile caótico o de danza más dada al estilo clásico, de tranquila caminata, o de apresurada caminata, o de salto: adorados pies, los propios, míticos juanetes, los que nos transportan de una orilla a la otra del acantilado, mientras los ojos y todas sus habilidades nos instruyen en los oleajes, nos informan de las voracidades, nos adiestran en lo que se agita por debajo del aire, en lo que se estremece, se retuerce, hierve, en los fondos de ese abismo del que nos va salvando la elasticidad de los viejos, renovados resortes. Íntimas, privadas, tantas veces compartidas ballestas.

Mientras vamos recreando, reinventando el salto. La acrobacia. La pirueta. En el centro del equilibrio. En el cruce de las coordenadas que encuentran, a la vez, el silencio y la estridencia. Punto en el que el aire se decide a ser inmortal.

Los Ángeles, 27 de diciembre de 2000

BASSE DANSE

Córdoba, Alción Editora, 2007

A mi danza, mi música:
Sara Julia Kozameh

La pregunta, en todo caso, es cómo se las arregla uno con las voces. Con la multiplicidad de voces que van apareciendo, emergiendo desde rincones siempre estratégicos. Las voces que emergen y se combinan, se trenzan, se neutralizan y se sustituyen sin necesidad de avales, permisos, aquiescencias. Con esa pretensión de sonoridad, de ritmo, de ritmos cadenciosos y monocordes, de ritmos asonantes, imbañables. Todo sonido esailable, me dirías. Depende de tu capacidad de interpretación, sólo eso. Y, sí, hasta cierto punto somos intérpretes de las más variadas, arriesgadas y hasta sin sentido formas que asume todo el espectro que abre con la debilidad más abyecta y que cierra con la más arrogante de las fortalezas.

Cómo se las arregla uno con las voces. Los mandatos. Los requerimientos. Las insinuaciones.

A la distancia que se extiende entre mi subjetividad y el análisis diario del estado de cosas, de mis cosas, se suma tu repetido intento de demostrar que tenés razón. La fuerza que ponés en que no queden dudas. Y ésa es una voz.

Y además, ¿qué hacemos con el mundo? ¿Qué debemos hacer con el mundo? El mundo está repleto, saturado de bramidos, de ululares, de susurros, de aullidos, de crujidos, de cantos, de cadencias y de llamados, y nosotros tenemos grandes oídos, cuatro aparatos auditivos patológicamente ávidos y que funcionan de maravillas. Pero los sonidos, las voces, están allí en exceso. Vos te confundís, y entonces decidís odiarme.

Hay un espacio en el cual podríamos salvarnos de las voces. De los coros, de los ecos. Y es el espacio que otorga la muerte. La muerte: ese cielo abierto a la disolución, a la inexistencia, al escándalo de coros apagándose, volando

a poblar oídos nuevos, nuevas contingencias, otras, abandonando la receptividad de los antiguos, ansiosos y desaparecidos.

Pero no. La muerte, no. Hay tantas otras muertes rodeando nuestros cuerpos, sobrevolándonos. Las que aparentemente no pesan, no cambian nada, como la de una planta o la de un gorrión. Y las otras, las que lo abarcan todo, que se llevan con ellas la inmensidad del aire, y con el aire succionan al mundo entero y completo, sin olvidar ni un detalle, ni un elemento, hacia la carrera del tiempo. De los tiempos. La del siglo. La muerte del siglo. Todo, se lleva. A mí me lleva y me deposita, con suerte, en los inicios del siglo siguiente.

El siglo. El siglo que nos ha tocado vivir. El siglo que nos ha mareado de acontecimientos, de hechos, de prodigios, de formas y de sensaciones. El siglo que nos ha pasado por delante sin haber permitido a más que unos pocos, como desde el comienzo de los tiempos, protagonizar el horror o la gloria. Ese horror y esa gloria que no son más que un soplido, una instancia infinitesimal, un momento en la trayectoria hacia el olvido. Y tanta distracción. Tanta desesperanza. Tanta concentración en el ritmo de la propia sangre. De la propia enfermedad. Del propio espacio.

Partes embalsamadas de la historia, pedazos de uno mismo, y la lluvia cayendo, yéndose a través de múltiples rejillas, de oro, de cemento, de metales inoxidable, oxidables, desapareciendo a través de túneles, de cloacas, de tortuosos canales, conductos, de calles deshabitadas, de temblores, de incertidumbres. Toda el agua. Yéndose. Toda el agua del mundo.

Con el agua del viejo siglo, yéndose, insuperado, como el leve invierno de los trópicos: no dejando detrás ni siquiera una representación de sí misma. Ni una fibra, ni un desecho, enredados en la frondosidad de algún árbol. Ni siquiera un espacio en algún pliegue de la mente. Quién se acuerda de los inviernos en los trópicos. Ni una fibra, ni un desecho. Sólo un diluvio de agujeros, de incógnitas, ¿no?

Y el sol, pretencioso y siniestro, arrastrando hacia los inicios del milenio todos los brillos acumulados, todas las guerras iluminadas, todas las inundaciones recalentadas, todas las explosiones volcánicas encendidas, todos los cadáveres humanos calcinados, todas las fotosíntesis diseminadas por los bosques, todas las oscuridades alumbradas, todos los secretos aclarados, todas las mentiras puestas en evidencia, todos los pormenores descubiertos, todas las voces, los coros y los ecos abriéndose como las colas de un ejército de pavos reales ante la entrada, ante la presencia de la luz. Ante el inevitable, el flagrante fenómeno de la luz.

*

- Despertate.
—Qué querés.
—Es de día. Me quiero levantar.
—Son las seis y media de la mañana.
—¿Y? El sol no pide permiso.
—Estoy cansado. Anoche me despertaste a las dos. A-las-dos, me despertaste.
—Está bien. La próxima vez meo la cama.
—Qué te despertó a esa hora.
—Lo que te dije.
—Qué te despertó.
—Pesadillas.
—Los gatos otra vez. Por favor, algo más original.
—Más complejo. Con gatos incluidos. También había que orinar.
—Te morís por contarme. Hablá. *Dormir. Quiero dormir.*
—Yo no tenía un hermano. Y era mujer. No puedo entender tanto sentimiento de mujer.
—¿Y por qué la sorpresa?
—Nunca fue tan fuerte.
—¿Y?
—Tres amigas y yo habíamos viajado a París. Éramos cuatro mujeres visitando París. Y el destino último era La Sorbona *creo*.
—La Sorbona. No Yale. No Oxford.
—La finalidad del viaje era compenetrarnos de las actividades de la universidad, asistir a algunas clases, ver todo el funcionamiento. Estar en contacto directo.
—¿Para qué?
—No sé. Era algo muy deseado. Una necesidad. Llegar hasta allí requería todo un angustiante proceso. Estábamos en París, y lo que veía no era una ciudad. Era extensiones de parques resecos bajo un cielo gris plomo de tormenta a punto de estallar. En algún momento dos de las amigas se habían separado y las habíamos perdido. No era posible buscarlas, esperarlas. Había que avanzar. Apurarse. Algo final, definitivo, estaba demasiado cerca. Yo seguía caminando junto a la amiga que quedaba. No debíamos separarnos. Ni queríamos.
—Quién era esa amiga. *Quién.*
—No tengo idea. No recuerdo la cara. Pero estábamos emocionalmente muy cerca.
—Era yo.
—Era mujer.
—De todos modos. Cómo estás tan seguro.

—Estoy seguro. Vos no eras. Y avanzábamos. Hasta que ella me llamó la atención sobre un bulto oscuro que había en el suelo.

—La gran revelación: un gato muerto.

—Ahá. Ella dijo algo de «mirá esto» con cara de asco, de horror, y todavía mirando pronunció una palabra larga que sonaba como “ineludiblemente”, o “incomprensiblemente”, o “inexorablemente”. Y cuando miré descubrí que el animal tenía los ojos a medio metro de distancia de la cabeza, tirados ahí sobre una laja, un pedazo de cemento áspero, grumoso. Los dos ojos del gato. Arrancados. Y dejados ahí. Todo medio seco, ya.

—Hasta ahora la gran variante es La Sorbona.

—Me parece. Seguimos caminando, desesperadas. Ansiosas por las otras dos que quién sabe dónde estarían, metidas en qué líos. No sabíamos en qué dirección avanzar, y la zona por donde andábamos estaba definitivamente desierta. No había nadie a quien hacerle alguna pregunta. Hasta que sentimos hambre *un vacío, un vacío*, era un vacío, con hambre.

—Cómo sabías que la otra tenía hambre.

—No sé. Era un sueño. Sentimos hambre.

—La otra era yo.

—Te digo que no.

—Simbólicamente. Ignorante *ignorante estúpido*.

—Tampoco.

—Por qué estás tan seguro de que no. Vos no querés, eso es lo que pasa.

—No es eso. ¿Te sigo contando? Dejame hablar.

—No sé *no quiero oír más*.

—Y entramos a un almacén. Un lugar chico al que llegamos después de atravesar unas calles largas, deshabitadas y oscuras. Un lugar de esos en los que se puede comprar jamón, algo de pan de la mañana, queso, aceitunas, ¿viste? Aunque no se veía nada *nada nada*. Pero estaba allí. Era noche cerrada, ya, y del techo del almacén colgaba una luz ínfima, que apenas iluminaba mal un rincón del local. Había tres o cuatro personas esperando para comprar. Nosotras dos entramos, y todos estaban de espaldas a la puerta. Yo vi dos gatos, y entre los dos gatos un perrito marrón, chiquito, que me gustó. Y me acerqué a acariciarlo. En cuanto los gatos vieron que el perrito estaba recibiendo caricias se le tiraron encima y lo destrozaron. Así como te lo digo. Entre ladridos y maullidos espantosos. El dueño del almacén se enojó tanto que salió de detrás del mostrador, fue donde estaban los gatos observando, muy tranquilos, ellos, el destrozo que habían dejado, y primero a uno y al otro después, mientras les decía «hijos de puta, por qué hicieron eso», les fue arrancando los ojos con las manos. Y ahí se quedaron los pedazos del perrito y los cuatro ojos en el piso, y los dos gatos a medio maullar y sangrando.

—Vos siempre tan discretito para elegir sueños.

—Nos dio un ataque de horror y salimos del almacén *desde los pies, como un vómito subiendo desde los pies*. Seguimos caminando, y era de día otra

vez. Pero gris y tétrico. La luz estaba totalmente filtrada por esas nubes que parecían colgar sobre nuestras cabezas como bloques de plomo, siempre listas para caerse. De pronto yo sentí una fuerza dentro de mí, que crecía, que tenía más y más intensidad. Algo que se me hacía incontrolable. Una avidez. Una avidez de destrucción. Una necesidad de provocar sufrimiento, de asustar a mi amiga. Me detuve los músculos endurecidos. Le dije «Mirá esa piedra», y cuando ella la estaba observando yo concentré los ojos en la piedra con una especie de desesperación de transmitir algo. Hasta que la hice estallar en esquirlas. Mi amiga me miró sobresaltada. Yo disfruté mucho el momento, lo viví con gran satisfacción y muchas ganas de reírme a carcajadas y de seguir accionando el mecanismo. Ella tenía muchísimo miedo *ese desconcierto*. Continuamos caminando y la sensación era de que íbamos a morir. Algo me ponía muy mal contra mi amiga. La miré y riéndome me concentré en su cara. Ella me observaba inmovilizada por el terror. Hasta que le hice surgir llamas en la nariz. Y en los ojos. Y en la boca. La incendié. Se fue quemando toda, la cabeza, el cuerpo, los brazos.

—¿Viste? Esa mujer soy yo, Tofé.

—Vos sos hombre.

—No se trata de lo que soy, sino de lo que vos querías que yo fuera. O que me pasara *tu odio, puedo sentir*.

—Cuando ella ya era un manojo de cenizas en el suelo le permití reconstruirse. Dijo algo como qué te pasa y no sé si contesté. Yo sólo me reía. Y seguimos caminando. Yo me aprovechaba del poder inmenso que tenía sobre ella y sobre todo. Le dije: «Mirá el cielo», concentré en una nube negra la fuerza de mi mirada y produjo un rayo espantoso. Ella me miraba de reojo, me estudiaba oblicuas las pupilas, tratando de que yo no notara su terror. Sentía que si yo percibía su miedo me iba a ensañar. Y tenía razón: yo me daba cuenta y me ensañaba. Y seguíamos caminando. En una zona de campo seco, otra vez, vi un barranco. Y en el barranco una especie de puerta de madera viejísima, descascarada *resaca rígida en tensión*. Una chica muy delgada, de unos quince, diecisiete años, que tenía puesto un vestido blanco con puntillas y encajes ceñido en la cintura, pelo lacio y largo, creo que claro, se acercó, sin mirarnos ni vernos, a la puerta. Golpeó y preguntó si podía entrar. La idea era que andaba buscando a un tipo que era el novio. O algo así. Desde el otro lado, que estaba a cielo abierto y donde no había nadie, alguien le contestó que sí. Ella entreabrió la puerta y pasó.

—*Me parece que te odio más a cada segundo que pasa* Quién era.

—No tengo idea. Quizá yo misma. Yo mismo. Creo que la amiga con la que trataba de llegar a La Sorbona también era yo misma. Seguimos caminando. De pronto frente a nosotras, y siempre bajo ese cielo de plomo en el desierto de piedras, aparecen dos hombres con expresión de inmutabilidad total. Tienen puestos delantales gris oscuro sobre pantalones oscuros y camisas blancas cenicientas. Son musculosos, altos. Están trabajando a ritmo

inquebrantable detrás de una gran sierra eléctrica con la que van cortando en rebanadas una hilera de vacas vivas que esperan a un costado. Y van acumulando las rebanadas en pilas, al otro costado. Se ve que eso fue suficiente.

—Y te despertaste. *Se despertó, mejor se hubiera despertado muerto.*

—Fue suficiente, ¿no creés?

—Y me despertaste a mí. Qué amoroso. Qué sensible.

—Vamos a levantarnos.

—Quiero seguir durmiendo *dormir, necesito; perderme, esa desintegración.*

—Dale, Ancón, que ya estás despierto.

—Dejame de joder. Ya escuché toda esa locura. Ahora dejame descansar.

—Dale. No me puedo quedar en la cama después de lo que soñé. Si me quedo dormido otra vez me vuelvo loco *por favor.*

—Sos insoportable *si te trepanaran ese cerebro enfermo lleno de asquerosidades.* Alcanzame el pantalón.

—Gracias, hermano. Sos un lujo.

—Encima te hacés el vivo *la camisa.* Estirate y dame la camisa.

—Cuál.

—La rayada.

—Está sucia.

—La rayada.

—Está muy sucia. Mejor la roja.

—La roja está más sucia. Y quiero la rayada.

—¿No podemos ir hasta el closet y sacar la azul de algodón?

—Vos lo que querés es joderme el día.

—Tomá la camisa rayada *y callate.* Qué pesado.

—Abotonala *hacé algo, pedazo de piedra.*

—Vamos a la cocina.

—Yo quiero quedarme quieto en algún lado.

—Yo necesito moverme.

—Tofé, dije que me quiero sentar. *Permanecer en un lugar, en la comodidad que imparten los espacios anchos y bajos, abiertos, como nubes de lluvia, como hipopótamos, que abren esas bocas, depositan algo entre la lengua y el paladar, y cierran. Cierran para siempre.*

—Dónde.

—Acá. Acercá esa silla. *Si se quedara un poco quieto. Y callado.*

—Vamos al patio.

—Esperá.

—Qué.

—Nada. No quiero caminar.

—Son diez pasos. ¿Qué te cuesta?

—Nada, me cuesta. Pero no tengo ganas. Es bastante simple, me da la impresión. ¿Cuál es el problema? ¿Muy complicado, el concepto? *Idiota.*

—Ancón, decime qué te puso mal.

—Mantenete calmo, precioso. No me jodas.

- Mamá ya se levantó. Salió del dormitorio. Tengo hambre.
- Acabo de pronunciar tres coloridas, preclaras palabras. Dije: no-me-jodas.
- Vamos a la cocina. Quiero desayunar.
- Esperá, animal hambriento. Esperá. Por lo menos caminá despacio. Esperá.
- Calmate.
- Vos, calmate *si no querés que te dé un golpazo en esa cabeza de zapallo podrido que tenés.*
- Vamos a la silla grande.
- ¿Vas a esperar que mamá te sirva, vago de mierda? Sacá la mermelada de la heladera. Y la manteca.
- Parece que yo no era el único animal hambriento. Hola, mamá.
- Buendía, buendía. Mmm, qué caras. Ya veo que hubo pesadillas. Ya les hago unos huevos revueltos.
- Para mí dos.
- Para mí también.
- ¿Ancón, querés manteca en el pan?
- No dejá de ofrecerme dejá de hablarme dejá de perseguirme.*
- Calmate.
- No me provoques.
- Calmate, porque tenemos pendientes dos juegos.
- Hoy no juego. Alcanzame la mermelada.
- Tenemos pendientes dos juegos.
- Ya te oí, y ya te contesté.
- Por qué no querés jugar.
- Tengo razones íntimas. ¿O no puedo tener mis propias razones? Sí. Puedo. Dejame comunicarte, para tu información, que sí puedo.
- Tofé quiere jugar.
- Sí, mamá. Tofé quiere jugar. Pero yo no.
- Por qué. Qué pasa, ahora.
- ¿Cuál es el gran problema, mamá?Cuál es el problema si un día decido hacer algo diferente, ¿eh? Decime.
- Hola, papá. Buendía. ¿Y ese pijama? Te queda grande. ¿Cuándo lo compraste?
- Los huevos ya están. ¿No vas a desayunar?
- Me vuelvo a la cama. Es domingo.
- ¿Y qué? ¿Los domingos no se desayuna?
- Voy a seguir durmiendo.
- ¿Ves? Papá cambió el programa, hoy éste sí que es un genuino revolucionario.
- Sí, pero nosotros tenemos pendientes dos juegos. Él no tiene nada pendiente.

—¿Él no tiene nada pendiente? *Idiota. Idiota.* Todos tenemos cosas sin terminar. Y de él, ni hablar. Preguntáselo, dale, preguntale si dejó algo inconcluso en su vida, con el proceso a medias. A ver qué te dice.

—No creo que piense en eso.

—¿No? ¿No viste la miradita que nos acaba de echar?

—Cuándo.

—Recién. Cuando se asomó a la cocina.

—Mirada de qué.

—Mirada de estar rodeado de productos no terminados.

—Callate. Te estás poniendo pesado. Mamá, decile a Ancón que no empiece.

—Con casi cuarenta años ya podrían prescindir del réferi. Me parece.

—¿Y Beatriz? *el tema, que lo suavice, que la idea de la cara redondeada lo aplaque.*

—¿Cuándo vino Beatriz un día domingo?

—Nunca.

—Y entonces qué estás preguntando.

—Estoy tratando de encontrar algo que te mantenga bajo control. Y la imagen de las tetas de Beatriz te disuelve toda la agresividad *aunque el brillo que te aparece en los ojos me da miedo pero me trago el detalle.*

—Lo que me tranquilizaría es que cerraras esa boca.

—Cada vez que digo la verdad...

—Terminala cómo hago, cómo hago para que se calle. Ojalá estuviera Beatriz. Con sus tetas. Y esa remera ajustada. La rosa o la blanca. Son iguales. De colores diferentes. Las compré juntas, en rebaja. Dos por el precio de una y media. Eligió bien. Sabe elegir, Beatriz. Cuando levanta los brazos para guardar en la alacena las compras del supermercado las tetas se meanean y se marcan. Un espectáculo. Por qué no viene los domingos. ¿O no se necesita ayuda los domingos en esta casa?

—Ancón, qué cambio. Te dije. Se te suavizaron los músculos de la cara. Ahora parecen crema chantillí. ¡Si te vieras los ojos, hermano!

—Si te callaras la boca, Tofé *si te dejaras cortar esa lengua que tenés, yo me ofrezco para el servicio, no hay problema,* le harías un gran bien a la humanidad. Si me dejaras en paz.

—No puedo. Lo siento. Si te dejo en paz, ¿qué hago con todo lo que tengo adentro?

—De dónde.

—De la cabeza, Ancón. De la cabeza.

—Comételo. Roelo. Masticalo, deglutilo. Hacelo desaparecer. Por mí, Tofé, hacelo desaparecer *quién se va a preocupar por eso.*

—¿Entonces hoy no vamos a jugar?

—No. Hoy vamos a hacer algo más interesante.

—Qué.

—Dejarnos de molestar, pichoncito. Hoy vamos a dejarnos de molestar.

—Cómo puede ser que por una boludez estés así.

- Qué boludez.
- Mi sueño.
- No delires. Y no me rompas las pelotas. De qué estás hablando.
- De tu insistencia, te estoy hablando. De tu necesidad de ser la otra mujer caminando conmigo por París. ¿Siempre con vos, tengo que soñar?
- Alcanzame mi libro.
- No querés hablar.
- Claro que no quiero hablar. Alcanzame el libro.
- No tengo ganas de leer.
- No es para vos. Es para mí. Es el libro que yo estoy leyendo, y que a vos no te interesa ni mirar. Vos, violencia en literatura, nada. Así que dormite, o mirá el techo. O dedicáte a ver cómo vas a lograr que llueva. Tan preocupado que te tiene el jardín. Hacé lo que se te antoje. Pero ni se te ocurra querer encender el televisor. Dame mi libro.
- A mí, las pizzas que hizo mamá el sábado, no me gustaron para nada. Poco queso. No aceitunas. No champiñones. No anchoas. Nada.
- Y ahora qué querés. ¿Por qué hacés aparecer las pizzas del sábado? Además comiste mucho de esas pizzas que no te gustaron.
- No tanto.
- Tofé, comiste cinco porciones.
- ¿Y?
- Fue demasiado.
- No del tamaño que mamá las corta. ¿Y vos?
- Una. Y medio vaso de agua.
- Ancón, a ver si esta tarde jugamos.
- No. Dejame leer en paz *retardado*. Dormite.
- ¿Por qué?
- Dormite. Y ojo con lo que soñás, precioso.
- No es tan sencillo: estás demasiado neurótico.
- Pero vos no. Claro. Vos sos de una paz interior increíble. Cerrá esos ojos si no querés que te ayude con un tortazo.
- Menos mal que mañana viene tu Beatriz. Le voy a pedir que limpie debajo de la cama. A ver si verla agachada te calma un poco.
- Tofé, te comunico que se me acabó la paciencia.
- Está bien, está bien. Voy a tratar. No te garantizo nada. Vos leé. Y respirá despacio.
- Tratá en serio o te reviento. *No me quiere, Beatriz. O, no sé, quizá me quiera y no sepa cómo decirlo. Quizá no tenga las palabras. O quizá las tenga y no las sepa usar. Es posible que en mi caso no las sepa usar. Tiene esas piernas regordetas. Y esas manos, también redondas y un poco ásperas. Y las tetas. Que no se parecen en nada a las de mamá. Creo. Quién sabe cómo serán sueltas, sin corpiño. Es posible que todas las tetas sean iguales si las dejan sin un sostén, sin lo que les da forma. Sin lo que las levanta.*
- Ancón.

—No. Te mato.

—Ya dormí. Te juro. Dejame contarte.

—Medio minuto.

—Menos, menos. No me lo quiero olvidar. Escuchá. Mamá y papá estaban usando el baño de ellos, que era diferente y en otra casa. Más pobre que ésta. No al mismo tiempo. La primera en usarlo había sido mamá. Estaba sentada en el inodoro con su gran culo bien acomodado en el agujero, y para que no se acumulara mucho el olor había tirado la cadena estando todavía sentada. No había terminado. Entonces siguió cagando. Todavía sentada volvió a tirar la cadena. Y resulta que donde está el papel higiénico, en lugar del papel había un hueco en la pared, por donde todo lo que había hecho, todavía entero, salía y de un salto le caía en la falda. Mamá salía corriendo, con la bombacha por las rodillas y levantándose la pollera, a buscar a papá, que se acercaba al agujero a mirar. Y cada vez que papá ponía la cara cerca del agujero para investigar, saltaba un pedazo de mierda. Después de unas horas él usó el baño también, y le pasaba lo mismo. Y casi todo el tiempo del sueño transcurrió en deliberaciones entre los viejos sobre qué estaría pasando en las cañerías, cómo había surgido ese agujero en la pared, etc. ¿Qué pensás?

—Que te odio. Estúpido. Dejá de reírte. Dejá, dejá de reírte.

*

Cada hormiga obrera pesa, según la especie a la que pertenezca, entre uno y cinco miligramos. Sumadas, todas las hormigas del mundo juntas pesan aproximadamente lo mismo que todos los seres humanos. Distribuidas, como están, en infinidad de individuos minúsculos, la biomasa que conforman cubre, satura el planeta.

Subterráneas unas, en las superficies otras, de grandes ojos o ciegas, diminutas, escondidas entre las grietas de los troncos húmedos de los árboles, andan por el mundo a la búsqueda de presas, de néctares, de alimentos vegetales, de cadáveres de otros insectos, de cadáveres de animales mayores, de cadáveres humanos.

*

¿Qué más necesitás de mí? ¿Qué otras franquezas pretendés que descubra? ¿Para qué, decime? Sos inútil, inútil hasta el punto de no darte cuenta de cuánto te pesa la vida. No querés verlo. Al pequeño detalle. No querés tener nada que ver con ninguna forma del raciocinio. Te escapás de cada dificultad. De cada contradicción. De cada miedo. Y decís que querés vivir. Que la existencia te llena y te satisface. Te satisface. Qué palabras elegís, hermanito. Escaparse es estar siempre camino hacia otro lugar. Es andar por el mundo flanqueado por la muerte. Sos pesado. Y dependiente.

Asiduo. Sin final. Vivís llenando calladamente los cajones de una estructura de muerte eterna. Me sofocás con tus días, con tus elucubraciones, con tu estilo. Tu zapato me sofoca.

Lo miro desde la escasa altura de mis posibilidades, observo tu zapato, el taco, la forma en que lo gastás, la delación de tu pie plano y flaco. Defectuoso. Como el mundo. Plano como la tierra que habitamos y no habitamos, sostenida por cuatro elefantes voluminosos, con piel verde musgo, arrugada la piel que desde la profundidad de los pliegues despide matices grises, matices humo, matices que contienen todas las carencias, todas las inutilidades, todas las suspicacias, toda la estupidez. Cuatro elefantes con las trompas estiradas hacia lo alto, hacia el infinito, tensas, tirantes, como el hilo de un arco a punto de despedir una flecha, rígidas como una flauta dulce, o como una flauta cualquiera. Como la secuencia de acontecimientos en un día de vida de un enfermo terminal. Como la pala con que se ahueca la tierra para una inhumación. Para el entierro de un cuerpo. Rígido. Cuatro elefantes sobre cuyas rígidas trompas sostienen cada ángulo de noventa grados que pone límites al cubo Tierra. El cubo Tierra rodeado de abismos necesarios. Indispensables abismos. Desafiantes y absorbentes extensiones de un vacío sin el que sería imposible sobrevivir. Centrípeto vacío, el de la supervivencia.

Miedo, me das. Tu interés por permanecer en lo cotidiano me da miedo. Sobrevivir a qué. A quién. Con qué motivo.

Tu zapato de cuero marrón chocolate. Grosero. Impertinente. Cuadrangular. Como el mundo. Rodeado de aristas. De filos. Sin decisiones propias, sin embargo. Con cierto poder de convicción. De seducción. Sin ironía. Tu zapato, que tanto es capaz de retroceder. Que se escapa hacia atrás. Que tantas veces obedece mis órdenes, se doblega ante mis deseos, y que entonces celebro. El zapato que te describe. Que te identifica. Que te define. Que te otorga un formato y te interpreta.

El ritmo de mis pensamientos no se asemeja al ritmo de mis palabras cuando hablo. Por eso no hablo. No. No es cierto. Hablo. Cada tanto, hablo. Y cuando aparecen las palabras percibo que vienen con los decibeles de un ladrido. De un ladrido primordial. Los latidos que un perro les imprime a sus bramidos cuando orienta el hocico hacia la luna. Reclamando respuesta al cuestionamiento que reitera y reitera. Esperando contestación al desafío de duelo que vocifera contra el brillo blanco que se recorta sobre o bajo las categóricas tinieblas. Insistente. Insistente.

Y mi pensamiento. Mi pensamiento que te acusa más que mis palabras expresadas en voz alta. Sabrás a qué se refiere mi recriminación. Mi insulto. A tu brazo, se refiere. A tu brazo y a tus sueños. A la exuberancia de tus relatos. Al verborrágico aluvión de imágenes de tus pesadillas, ininteligibles, o no tanto, a veces tan cristalinos e incontestables que no tengo manera de tolerar. O son infranqueables, o yo impongo la frontera.

A tu carótida. A la sangre que te acelera el cerebro, va mi agravio. A los pelos que te caen sobre la cara, hirsutos y pesarosos. A los párpados que entrecerrás y al breve movimiento de retroceso en que forzás tu cabeza para tomar distancia y lograr verme de frente.

A tu zapato.

A la lista de creencias que profesás, y de espejismos. A la cadena innumerable de reminiscencias y de evocaciones que te va surgiendo por pedazos, en eslabones acumulándose, desde quién sabe qué contusión motora en tu cerebro. Y que brotan, crespas, silvestres, por todos los orificios de tu cabeza. Tu cabeza, tu gran propiedad. Tu reino. Que te aparece por los agujeros de la nariz arrastrando mocos multicolores y viscosos. Que emerge por los huecos de tus oídos, arrastrando tierra acumulada desde tus orígenes. Que te asoma por los ojos, mojado con humor acuoso, impregnado de restos de iris con consistencia de gelatina de limón. Que te surge por la boca dejándote sin cuerdas vocales y desgarrándote las profundidades de la lengua.

A tu rodilla, con sus grotescos ruidos de bisagra pegoteada de herrumbres sanguinolentos. Al anillo que insistís en dejarte puesto en el dedo meñique. De esa mano alargada. Blanca. Que se mantiene en posición de portar siempre un clavel amarillo. Pálido. Siempre. Hasta el infinito.

A la noche y a la siesta que te permiten el descanso que a la vez te permite despertarte cada vez. Que te inspiran el sueño. Que te impulsan la respiración, rítmicamente simultánea a la mía. Mis insultos. A ellos, van.

*

Poné la bandeja en el piso.

—Yo no terminé.

—Pará de comer, desaforado *repugnante decadente*.

—Ya la saco. Yo también me quiero levantar. Pero no es cuestión de desaprovechar los privilegios que te otorga tu Beatriz. En esta casa nunca nadie desayuna en la cama. Esto es todo un acontecimiento.

—Alcázame los zapatos.

—Quién querés ser, hoy.

—No sé, todavía. No sé. No me apures.

—Tenemos dos sin terminar.

—Cuáles.

—Los de anteayer.

—Olvidáte, de éstos.

—No me gusta dejar los juegos a medias.

—No me jodas con el rigor.

—No puedo. Necesito terminarlos, Ancón *no, esa ansiedad no, no me la provoques, quiero ver algo terminado, la cabeza empieza a dolerme, ayudáme, no me dejes solo en medio de lo fragmentario, de lo inacabado.*

- Es tu locura, no la mía.
- Por favor.
- Entonces no hay juego.
- No. No te pongas mal. Está bien, como quieras. Yo me banco las culpas.
- Y yo, explicáme, por qué tengo que ser víctima de tus obsesiones.
- Nadie te obliga. Pero podrías hacer un esfuerzo por entenderme.
- Te entiendo, Tofé. Créeme que te entiendo.
- Pero ahí queda todo. Entendés pero no ayudás.
- Para vos ayuda significa obediencia.
- Está bien. Lo que quieras. Pensá lo que querés ser, y decime. No tengo ganas de pelear.
- Vos nunca tenés ganas de pelear.
- ¿Y qué hay de malo en querer un poco de paz?
- ¿Y cómo querés descargar las energías acumuladas? ¿No pensás en eso, vos?
- Qué energías. Yo no acumulo nada.
- No te hagás el turro. Hablá en serio. Vos no acumulás energías, claro. Vos sos de aire. Un fantasma, sos. Bueno, en eso yo podría estar de acuerdo.
- Vos sos el que está lleno de tensiones.
- ¿Y cuál es el problema?
- Ninguno. Es sólo un comentario.
- Yo estoy más vivo. Será por eso.
- Puede ser, Ancón. Puede ser.
- Alguna causa habrá.
- Claro. Y seguramente vos tengas razón.
- Pensá. Sé más despierto. Aviváte. Sé más racional.
- Está bien.
- Mirá el tiempo que hace que te lo pido.
- Hago lo que puedo.
- Podés poco.
- Puedo lo que puedo.
- Hay que poder más. Más de lo que se puede. Teníamos planes. Planes de ganar concursos, de ser tan brillantes *para qué todo esto, imbecilidad, sinsentido.*
- Idiotas no somos.
- Nos quedamos muy atrás. Muy atrás.
- ¿Por qué estamos hablando de esto, ahora?
- ¿Por qué no? alguna vez tenemos que hacerlo. Siempre encontramos la forma, los dos, no solamente vos, para rajarle al tema. Y lo sabés. Lo sabés bien, Tofé. Y eso es trampa. Trampas que nos ponemos para caer.
- Estás hablando de traición. De auto-traición.
- Es difícil salirse de este círculo. Estamos hundidos en este barro.
- Vos también te sentís culpable. ¿Ves por qué no quiero dejar las cosas

a medio terminar?

—Bueno, tampoco exageres, precioso. Entre vos y yo no hay tantas similitudes. No nos asociemos tanto.

—Vos te empeñas en diferenciarte de mí.

—No. Las diferencias están. Lo que pasa es que yo las veo, las reconozco. No les tengo miedo. Y vos las sospechás, y hasta las ves, pero te hacés el estúpido porque te aterrorizan. Nada, te aseguro, nada va a cambiar, Tofé, si somos diferentes *nunca nada cambia, los cambios son tan lentos como la evolución de las especies, cuántos de nosotros, sucesivos, entran en ese recorrido*. Lo mejor es ser valientes y enfrentar *de pie frente al hecho con la cara abierta ancha y ensanchándose más*. Ser valiente. Enfrentar. Entender. Y aceptar. Mantenerse quieto dentro de las posibilidades. De las verdaderas posibilidades *de qué estoy hablando, de qué*. No fantasear más que para los juegos. Lo que pasa todos los días es otra historia. Dame los zapatos.

—A dónde vamos.

—Al patio cubierto. Dame los zapatos.

—En el patio cubierto está mamá seleccionando revistas viejas para tirar a la basura.

—No. Mamá está en la cocina diciéndole a Beatriz lo que tiene que hacer hoy.

—Y cómo sabés.

—Y vos cómo sabés que está en el patio cubierto.

—Me imagino.

—Bueno, yo también me imagino. Hay que distenderse. No usar tanto la imaginación. Descansar. Dejar pasar el tiempo tranquilamente, sin mucho colorido, sin retóricas, sin desgastes. Hay que cerrar los ojos un poco más seguido. Cada tanto cerrar los ojos, sólo por cerrarlos. Para no ver nada. Y en la mente una sábana. Blanca. O negra.

—Entonces a dónde vamos.

—Ya te dije: al patio cubierto.

—Está bien *lo que quieras, porque no hay soledad que pueda ser superada, ni enfrentada, ni siquiera percibida como existente*. Caminá más despacio, Ancón. ¿Qué querés hacer?

—Llamá a Beatriz.

—Para qué. ¡Beatriz! ¿Puede venir, por favor? ¿Qué querés ahora con Beatriz?

—Saber qué va a haber de almorzar. *Qué mierda te tengo que decir lo que quiero de Beatriz*. Beatriz, ¿qué delicia nos va a preparar para hoy?

—Nada extraordinario, Ancón: espaguetis con salsa de queso y ensalada.

—Me parece que hace demasiado calor para comer pastas al mediodía. Yo quiero sólo una ensalada.

—¿Seguro, Ancón? ¿No quiere que le prepare algo más?

—No, gracias, querida. Eso es suficiente.

—¿Y usted, Tofé? ¿Comería los espaguetis?

—Yo sí. Y la ensalada.

—Por supuesto, glotón insufrible.

—Ay, Ancón. No se pelee con Tofé. Déjelo que coma, si tiene hambre, ¿no? Comen y después se van a dormir una siesta. Pero todavía es muy temprano.

—Sí, Beatriz. Como usted quiera. Mi única incertidumbre es la de no saber cuál va a ser el día en que usted se vaya a dormir la siesta conmigo.

—Ay, Ancón, cálese, que lo va a oír su madre. Esa mujer, yo no sé cómo lo aguanta, a usted. Tofé no es peleador. ¿Cierto, Tofé? Es dulce y no anda buscando problemas con nadie. Usted se aprovecha, Ancón. Y de su madre también se aprovecha.

—No sólo mi madre tiene que aguantar a Ancón, tan agresivo y grosero que es. Mi padre, y yo, y usted, Beatriz. A usted la tiene loca. Yo creo que Ancón se ha enamorado. Y usted ni se da por enterada.

—¿Yo? Ay, Tofé, no diga eso. Se está portando igual que Ancón. Mejor me voy a seguir con el trabajo. Si no, aquí nadie come hasta las tres de la tarde.

—Beatriz, por favor, no lo escuche a Tofé. Él no es peleador, supuestamente, pero habla más de lo que se le pide. Ésa es su forma de pelear. *Imbécil. Por qué no me decido y te arranco esa lengua hinchada y putrefacta, prolongación de ese cerebro engangrenado.* Por qué le dijiste todo eso. Para que no se me acerque. Para que se asuste y no venga cuando la llamo. Sos un infradotado. O te pasás de vivo. Sabrás vos cuál de los dos.

—Siempre convertís todo en pelea. Fue una broma.

—Me cago en tus bromas. Siempre apuntan a joderme. Te morís de celos. Celos de Beatriz.

—*Celos, celos y los ojos mojados, y la garganta presionando hacia adentro, y el ánimo congestionado, y las certezas obstruídas, y el miedo, el miedo* No. A vos te encantaría que estuviera celoso, pero no. Lo siento.

—Mejor cerrá la boca. Ya hablaste suficiente, por hoy. Podés masticarte la lengua por el resto del día.

—Tenemos que jugar.

—Olvidate. No vamos a jugar.

—No exageres. No necesitás armar todo este lío. Si no tenés ganas de jugar decílo, y listo.

—Calláte. Calláte antes de que te hunda los ojos de un sopapo. *Dejárselos como puré de ciruelas. De mierda.*

—Qué vas a hacer.

—Qué te importa. Te callás y punto.

—Lo que usted ordene, mi capitán. *Lo que me faltaba. De todo, se da cuenta. Celos. Como la maraña de ropa que acumulamos en el piso para que Beatriz lave. Celos. Como eso, son. Que se duerma. Es lo que necesitamos. Uno de los dos dormido por un rato. Respiro hondo. Tranquilizarme. Así no lo jodo y se duermo.*

Sí. Se duerme. Se duerme. Bien. Qué dolor de cabeza. Hasta sinusitis, me surgió de golpe.

—¿Qué pasó? ¿Problemas con tu hermano?

—No sé, mamá. Hoy me odia. Ahora se durmió.

—¿No quiere jugar?

—No. Y yo no tengo sueño.

—Leé. ¿Qué libro te doy?

—El que está sobre mi mesa de luz.

—No te muevas mucho. Que no se despierte.

—Voy a leer.

—¿Y por qué Ancón está evitando jugar?

—No sé. Nada nuevo. La neurosis de siempre. Pelea y pelea y pelea. Por cualquier motivo.

—Shhh. No te pongas nervioso. Se va a despertar.

—Dame el libro.

—Ya te lo traigo. No debe tener ganas. Si no, haría cualquier cosa por jugar. Ya sabés cómo es.

—No quiere hablar. Con el juego tenemos que hablar.

—Bueno, vamos a ver. Después hablo con él. Ahora que descanse.

—Qué le vas a decir.

—No sé, hijo. Le voy a preguntar. Vos despreocupáte.

—Qué vas a hacer, ahora.

—Voy al supermercado. Casi no hay nada para el almuerzo. ¿Querés algo?

—Beatriz ya dijo lo que iba a hacer. Pero en realidad ese soufflé de verduras que hiciste la vez pasada, mamá, estaba increíble. Sólo que te salió un poco seco. Es exquisito cuando está bien hecho.

—Me vas a decir que le sale mejor a Beatriz.

—A veces.

—Hijo, decidíte. Jugáte. ¿Quién lo hace mejor? ¿Ella o yo? Bueno. Voy a ponerme a hacer la pila de cosas que tengo. *La pila de cosas que tengo. Que tengo que hacer. Contra las que organizo la batalla de cada día. Por las que tengo que morir.* La puerta de calle. Vino tu padre. Voy a acelerar el ritmo. A ver si dejo todo listo para el almuerzo. Y después, a la tarde, me siento a leer un rato. A ver si logro convencerme de que tengo derecho. Y cenamos temprano y ustedes se van a dormir.

—Ancón no va a dormir, esta noche.

—Quién sabe. ¿No se estará enfermando?

—No trates de justificarlo, Vieja.

—Sólo estoy tratando de entender.

—No está enfermo.

—Está bien. Tranquilo.

—Ancón va a tener más y más problemas a medida que pase el tiempo. Va a ser un infierno.

- Tendremos que intentar un equilibrio.
—Quiénes “tendremos”.
—Todos.
—¿Eso me incluye a mí?
—Sobre todo a vos.
—O sea que yo no hago nada por la paz en esta casa.
—Yo no dije eso, hijo. No estamos hablando de la situación actual, sino de posibles complicaciones futuras. Que vos mencionaste.
—Odio las peleas y los gritos. Y vos lo sabés. Si no fuera porque yo jamás le opongo resistencias a Ancón, esto sería un infierno desde hace mucho tiempo. Reconocélo, mamá.
—Quién sabe. ¿Te preguntaste qué pasaría si un día, en vez de someterte a Ancón, lo enfrentarás, le demostraras que con vos no puede joder? En una de éstas todo el panorama cambiaría. Pensálo.
—No puedo creer que me estés diciendo eso.
—Pensálo, Tofé.
—Mamá, vos sabés cómo son las cosas. Sería un caos. Yo me le planto y él me mata.
—Tofé, sé serio y pensálo. Y después lo hablamos.
—No entiendo.
—¿Qué es lo que no entendés? ¿No ves que tu hermano necesita límites? ¿Quién puede ponérselos mejor que vos? Hola, Fabio. Tofé, mirá qué cansado viene tu padre. ¿Problemas?
—Más que otros días. Y tengo que resolverlos estar tarde. ¿Cómo está todo? ¿Ancón está dormido? ¿Y eso?
—Cada tanto le ataca su locura, papá. Dejálo dormir.
—Pero ahora vamos a almorzar. ¿La comida ya está?
—Beatriz está a cargo, hoy. Habrá que esperar un poco.

*

Los insectos solitarios son mejores colonizadores. Tienen la posibilidad de alcanzar pequeñas oportunidades en lugares alejados, a más velocidad. Pero la ventaja por la que las hormigas han llegado a dominar el ambiente terrestre deriva de su naturaleza social. Sabemos qué tan importante es la cantidad, si se actúa en forma simultánea. Sin la organización social, que ha sido una de las estrategias más exitosas de toda la historia evolutiva, otra sería ahora la situación del planeta, quién sabe si aún con vida. Láminas extensísimas de zooides y antozoos cubren los fondos de los mares tropicales para formar arrecifes de coral. Eso para no mencionarnos a nosotros mismos, los seres humanos, los mamíferos más dominantes de la historia geológica, que somos los más sociales, los más necesitados los unos de los otros.

*

Ocupamos ese espacio. Esa misma porción de aire. Mantenemos este número de moléculas agitadas con nuestro movimiento. Las inquietudes que nos acosan no les permiten el sosiego. Vibran. Se debaten. Se interrogan. Se hacen miles de preguntas. Éste es nuestro aire: el mismo. Nuestros movimientos desbaratan ese formato, abren el límite, y producen una extensión que nos va rodeando, protegiendo, hasta el lugar al que nos queremos acercar. Llegamos, nos establecemos, y se forma otra bolsa de aire, cerrada, casi circular, dentro de la que nos mantenemos y de la que nuestra permanencia se alimenta. Compartimos el oxígeno, el alboroto y los silencios de las moléculas, compartimos. El aire de nuestro espacio, nuestro aire, que entra por tu nariz y sale por la mía con la energía y el desgano de la sobrevivencia.

No hay catástrofe que no sea la nuestra. Nuestros bronquios. En el mar, el viento, que es ese aire munido de poder, nos interpelaría, nos llenaría de responsabilidades y de culpas. Éste es nuestro aire. El de este dormitorio. El de esta sala de estar, de leer, de jugar nuestros juegos. Éste es el aire que nos es familiar, que nos contiene, y que nos defiende de la diversidad de demencias que agitan este mundo.

No es que estemos exentos. No es que estemos fuera del conflicto. Participamos de la organización de la locura como todos y cada uno de los integrantes de la humanidad, y nos regodeamos en ella. Sólo que nos amparamos aquí, aquí nos atrincheramos, para que las piedras que caigan nos alcancen en la menor cantidad de flancos posibles, y para poder responder con cierta ventaja. Para tener una cierta posición, un espacio respetable, digamos, digno, frente al hecho inevitable de la permuta. De la compraventa sin límites que es el hecho de la vida.

¿Desde qué otro sitio podríamos resultar tan eficaces? ¿Desde qué otro territorio tendríamos la capacidad de producir tantas respuestas, tantas soluciones a la infinidad de interrogantes que nunca terminamos de plantearnos? Tantas son las formas de la pregunta, de la incertidumbre, de la impaciencia, de la sospecha, de la inestabilidad, de la suspicacia, que el ámbito para propiciar la producción de réplicas, de corroboraciones, de oclusiones y de suturas debe ser altamente favorable, todo lo útil que nos sea posible. Sobre todo porque obturados algunos orificios, parchados, se abren otros, las nuevas aberturas se precipitan de a cientos, y no hay fantasía que resulte suficiente como para que algún día nos aproximemos al descanso. Somos un colador. Un queso Gruyere.

Por eso no debemos pensar en los mares ni en los vientos que los circundan.

Avanzamos día a día sabiendo que contamos con un fuerte en el que la atalaya es el lugar esencial. Desde ese asiento desvencijado, con las patas flojas por tantos años de presión y de intentos de acomodamiento, con la pintura saltada y el respaldo en parte separado del resto de la silla, miramos a nuestro alrededor. Y quién sabe cuánto vemos. Quién sabe cuánto vemos

en relación a lo que hay para ver. No lo vamos a saber nunca. Sabemos que existen las multitudes, y que esas multitudes se organizan. Edifican una forma de existencia que les resulta conveniente en función de autoconservarse. Pero entonces después vienen las preguntas. ¿Con qué objeto se quiere, tanto, sobrevivir? ¿Con qué finalidad se desea o se hace necesaria la permanencia? ¿Dónde se imagina la humanidad que esa permanencia la conduce?

Y aquí estamos. Contando los minutos. Esperando que pasen. Entreteniéndonos con la misma precariedad con que se entretiene el mundo. Quizá valiéndonos de menos instancias, recursos creativos. Pero eso no nos preocupa. La creatividad aparece sin forcejeos cuando el ser humano necesita del ingenio que lo salva. Por momentos eso parece suficiente.

Por lo pronto este proceso no es sustituible por ningún otro. En nuestro caso no lo es. El proceso de ocupar el asiento desvencijado de la atalaya de nuestro fuerte, de estar girando las cabezas incansablemente para encontrar descripciones, relatos, historias que contesten a más interrogantes. El proceso de inventarnos respuestas cuando no las habría para otros. Es insustituible. No lo cambiaríamos. Sobre todo porque posiblemente no seríamos capaces de aprender otro, ni querríamos invertir las energías.

Vamos ocupando ese espacio, donde el aire se somete a nuestras decisiones y se adapta a la forma de nuestros movimientos.

Una ameba, somos. Una indefinición de balanceos, una simultaneidad de circulaciones sanguíneas, una forma acompasada de latidos y de ritmos. Un conjunto de porosidades y de líquidos entrando y siendo despedidos por los poros. Un colador en el que todos los orificios son interceptados por el pasaje de la miel destinada a endulzar la torta. Un queso gruyere. Una incógnita. Y otra incógnita. Y una incógnita más, somos.

*

—Lo que me parece es que a cada segundo la misma vida atenta contra lo vivo. Contra lo que decide estar vivo.

—Ejemplos, ejemplos *llegó la hora de la pavada*.

—Quiero decir, una planta grande, sana, cubierta de flores, un día te acercás a mirarla porque llenarte de su imagen, de su presencia, te trasmite plenitud, vitalidad, y entonces descubris una hoja, la punta de una hoja, un poco reseca. Te preguntás qué está pasando, das vuelta a la hoja para observarla por detrás y ves unos puntitos oscuros. Sabés que la planta está empezando a ser atacada por un parásito que va a ser difícil de combatir, porque has usado veneno en aerosol mil veces contra esa misma enfermedad en otras plantas, y si dio resultados alguna vez fue a costa de haber aniquilado a la planta entera con un producto que dejó a la planta sin parásitos y a vos sin planta. Y si existiera alguna posibilidad de recuperación, es lenta, dolorosa, sin demasiadas opciones.

- No entiendo.
- Digo que la planta, que representa lo vivo, es atacada por la vida.
- O sea que el parásito representa la vida.
- ¿No está vivo, el hijo de puta, acaso?
- Vos tendrías que haber nacido en el 400 antes de Cristo.
- Por qué.
- Para que te agarrara Sócrates y te sacudiera un par de magueyitos en la jeta. No creo que hubiera sido necesario más que eso.
- No sabés cuánto te agradecería que cambiaras de tono.
- Es que vos hacés mierda todo. Lo trivializás. Lo que dijiste no es cierto. Ese ejemplo no sirve.
- Cómo es, entonces.
- ¿No sos vos el que sabe?
- Bueno, pero resulta que ahora estamos descubriendo que el que sabe sos vos. Así que decíme.
- La vida, Tofé, lo contiene todo. Contiene a tu maravillosa planta y al horriblemente cruel parásito. La vida no es una abstracción. Lo vivo es la vida. Si el parásito, desde la vida, representa a alguien, a algo, es a la muerte. La muerte también es parte de la vida.
- No.
- La muerte no es la vida. Ya sé, boludo. Lo que digo es que la muerte es la finalización del ciclo de la vida. En ese sentido es parte de ella.
- Si no hay vida, no hay muerte.
- Sin muerte no hay vida.
- Eso no.
- Así como están las cosas, sí. La vida necesita de la muerte para ser lo que es.
- Pero si no existiera la muerte habría algo así como una condición de eternidad.
- Pero eso no es la realidad. Vos siempre en la estratósfera. Entre que hables pavadas y me persigas con tus sueños, prefiero los sueños. Por lo menos no tratás de convencerme de que son reales.
- Mis sueños no te dejan satisfecho.
- Me encanta. Eso de que sueños sólo para dejarme satisfecho, me encanta.
- No es así. Pero acordáte de los últimos que tuve.
- Esa mierda no fue un sueño. Fue una vulgar traición.
- ¿Vamos a jugar, esta mañana?
- No.
- ¿Por qué no?
- Ya son las once.
- ¿Y?
- Ya no queda tiempo. No quiero interrumpir para comer.

—Por lo menos veamos si conviene seguir con lo que dejamos a medias o si empezamos uno nuevo.

—¿No es que si dejás las cosas por la mitad las culpas te corroen?

—Pero vos no querías seguir con el otro.

—Pero eso es lo que yo quiero, Tofé. No vos.

—Bueno, entonces sigamos con el anterior.

—¿Estás seguro?

—Sí, yo sí.

—Pero yo no.

—Por qué.

—Porque el anterior no me interesó.

—Eso no es cierto. Estás tratando de provocar una pelea.

—No digas boludeces. No es cierto. O sí, pero quiero hacer algo más divertido. Dónde está Beatriz.

—Dejála en paz.

—No me rompas las bolas con los celos. Quiero verla. Llamála.

—Llamála vos. No son celos. Me da vergüenza.

—Si la llamo yo, no viene. Ya sabés.

—Por mí, que se quede donde está.

—Claro. Pero cuando oís abrirse la puerta del vecino no sabés cómo hacer para espiar si se va en el auto, o si salió a mirar el cielo, o si se está haciendo una flor de paja parado en el medio de la vereda. De él no decís por mí que se quede dónde está *oportunista incompleto*.

—Pero no te pido que lo llames. A vos te dejo en paz. No te meto en el medio del asunto.

—Cuál asunto. El que te escuche diría que estás listo para el casamiento, y sin que el ajuar se te pase por alto.

—Dejame de joder.

—Yo no te jodo. Si no querés llamármela a Beatriz, está bien. Pero después no me vengas con tus sueños y tus pelotudeces. Vos también dejame en paz a mí.

—Siempre terminás peleando.

—Si no vas a llamar a Beatriz ni te molestes en hablarme por el resto del día. Y yo soy la planta. Yo soy tu estúpida planta saludable. Y vos los horribles puntitos imposibles de combatir, los imbéciles puntitos marrones adheridos al reverso de la hoja. *Qué hago. Qué puedo hacer. Cómo me las arreglo.*

—No podés hacer esto otra vez, Ancón.

—¿Y quién me lo prohíbe? ¿Quién putas me lo prohíbe?, ¿eh?

—Nadie.

—Bueno, entonces. No puedo. No puedo más. Eso es lo que no puedo. Ya no puedo aguantar esta mierda.

—¿Vamos a jugar o no?

—Sos capaz de morirme si no jugamos, ¿no? Y yo no puedo permitir eso,

por ahora. No me puedo dar ese lujo. Todavía me quedan algunas cositas que hacer de este lado de la existencia. Así que, Tofé, vamos a jugar.

—Cuándo.

—Hoy. Después de la siesta. Porque necesito dormir porque necesito dormir o fingir que duermo. Toda luz barrida hacia los costados, el sendero negro en el medio, por donde me desplazo solo, en el que no existen ruidos de nada, nunca sonidos relacionados con ningún acontecimiento, no movimiento de músculos ni de pelos, no vibraciones, no ondas, necesito.

*

*Las hormigas reinas gozan de una vida excepcionalmente longeva. Al menos que el nido sea objeto de algún accidente, la mayoría de las especies dura cinco años o más. Una reina madre de una hormiga carpintera australiana fue mantenida en un hormiguero por veintitrés años. Produjo miles de descendientes antes de fracasar en su reproducción y de morir. Una reina de *Lasius niger*, la hormiga negra europea, que vive tanto en la ciudad como en los bosques, fue mantenida en un nido de laboratorio por un entomólogo suizo. Vivió veintinueve años.*

*

¿Con qué fin te adueñas, vivís tratando de adueñarte de mis infortunios emocionales, de mis astenias crónicas, de mis acatamientos? Para qué necesitás estar en el medio, ubicarte entre las paredes de mi carótida, de mi arteria humeral, trabándote, cruzándote, impidiendo el funcionamiento de mi brazo, bloqueando el paso de la sangre del corazón a mi cabeza. Para qué. Porque la verdad es que no se trata de mi muerte, de mi desaparición, de mi sometimiento, de la subordinación de mis sensibilidades a tus arbitrios. Se trata de lo más simple: de tu necesidad de ejercer poder. Sojuzgarme a mí es que vos permanezcas vivo y en vigencia. Mi claudicación. Mi capitulación. Doblar en cuatro partes mi cerebro. En ocho. Dónde está la novedad, si no hemos sido ni más ni menos que ese conjunto y esa combinación por cuarenta años.

El poder que sos, la fuerza que representás. La energía que despedís. Contra mí. Para qué contra mí.

El balance de poder. La correlación de fuerzas. Si no somos una nación. Si no somos dos naciones que deben defenderse una de la otra. Si ninguno de nosotros representa el poder durante las guerras napoleónicas. Si nacimos después de las grandes guerras del siglo XX. Si no hemos tenido nada que ver con las demás. Qué pasa con vos. Qué te confunde. Fueron ellos, los eternos guerreros, los que se ubicaron en escuadras disidentes. Ni vos ni yo. Nosotros no somos más que esa tercera instancia dissociada de los ritmos vitales, alejados de la realidad total, enajenados en un gueto que no com-

partimos con otros miembros del mismo gueto. Estamos en ninguna zona de este planeta, y en la ninguna zona percibimos, con nuestra sensibilidad exacerbada de enfermos, un espacio posible. Que es el que ocupamos. Pero no te confundas. Es el espacio de la precariedad. De la incertidumbre. De la contingencia. El espacio solamente propio.

Somos lo contingente. Somos ese puñado de tierra que cae sobre un montículo y se mezcla con el resto en un gesto de venerable desaparición. De generosa entrega. Somos lo perecedero. Lo que cambia de estado, lo que se transforma, lo que al transformarse se desintegra, se diluye, se abre al infinito sin producir diversidad de colores, sonidos, olores ni gustos ni efectos en ninguna epidermis. Somos lo que nunca llegó a donde estamos. Lo que fue observado atentamente por los ojos de nuestra madre, lo que los ojos de nuestra madre tuvieron que enfrentar bajo la luz insistente, obsecuente, de una sala de partos. De cualquier sala de partos. Somos lo que llegó y nunca decidió irse. Lo que sigue siendo esperado. Lo que nunca fue.

Para qué, contra mí. Para qué contra mis debilidades todas tus energías. No sos un médico luchando contra una epidemia en una población de ningún país de África. No soy una epidemia que eligió para el ataque una población de ningún país de África. No sos un oncólogo desesperado en el quirófano tratando de entender, para poder combatir, el cáncer encaramado en el cerebro de un niño.

Aunque, dejame decírtelo, debieras serlo. Debieras ser mi oncólogo. Y lo sos. Lo sos. Sos mi hermano, y sos mi oncólogo de cabecera. Porque me salvás. Vivís para salvarme. Para extirparme desde los orígenes las formaciones malsanas que me acosan. Que me penetran hasta el punto más sustancial de esta conciencia que tengo. De esta inconciencia.

Para qué, contra mí. Mejor no. Mejor no quieras jugar a ser mi contrincante. Vos sos de los que ganan las guerras. No me arranques completamente. Mostrame que sos capaz de ejercer tu verdadero deseo, el de estar vivo, que sos capaz de practicar tus medicinas, tus capacidades curativas, tus ciencias, tus creatividades cirujanas, tus manipulaciones quirúrgicas, tus impulsos oncológicos, tus habilidades casi inconcebibles para visualizar en las profundidades de mí los crecimientos desordenados, los carcinomas en difusión progresiva, los múltiples elementos que me invaden y me desintegran segundo a segundo. Mostrame que podés entender mis sueños. Que podés interpretarlos. Que le permitís a mi mente la entrada de ciertos partidos de ajedrez que no por esa presencia nueva te sentís desplazado del juego. Vos, hermano, dulce hermano. Mi cirujano. Mi oncólogo. El oncólogo de mis sueños.

*

—Tiene una úlcera. Mi personaje tiene una úlcera en la boca del estómago.

—Una úlcera.

—Y tiene cara de úlcera.

—Cara de úlcera.

—Gris. Flaca. Macilenta. Castigada por el ardor en las vísceras. Y no es alto. Tampoco es demasiado bajo. La nariz es afilada, un poco desproporcionada en relación a una cara consumida, neurótica, de dientes apretados. Apretados y muy arreglados. Envejecidos. Y los ojos, chicos. Pero muy vivaces. Furiosos, la mayoría del tiempo. Inteligentes.

—Quién es. *No sabe. Nunca sabe.*

—Todavía no sé. Usa anteojos. De marco oscuro. Negro y grueso. El pelo es lacio, oscuro, no muy tupido. Corto. Peinado hacia el costado. Un tipo prolijo, un tipo que sin prolijidad no sobrevive. Las manos flacas. Los dedos largos. Las uñas arregladas. Limpias.

—¿Tiene poder? *No sabe. No sabe. No sabe.*

—No sé. Sí. Sí tiene poder. Es demasiado neurótico para no tenerlo. Tampoco puede sobrevivir sin ejercer poder sobre otros, sin subalternos a quienes dar órdenes.

—¿Edad?

—Unos cincuenta.

—Quién es.

—Ya te dije que todavía no sé, Ancón. Empezá vos con el tuyo, así se me ocurre.

—También es hombre.

—O.K.

—Rubio. No extremadamente flaco, pero no es gordo. Alto. Tiene ascendencia italiana. Del norte. Pelo enrulado, piel rojiza. Ojos grandes. Azules. Buena relación con la madre.

—¿Con la madre?

—Sí. ¿Algún problema?

—No, sólo pregunto.

—¿Hablo en sánscrito, yo?

—No, pero me sorprendió.

—¿Por qué?

—Nada, no sé. No me lo esperaba. No hagas una gran historia. Seguí. ¿Cuántos años tiene?

—Todavía no estoy seguro. Esperá, con eso.

—A mí me parece que es joven.

—Sí, pero es mi personaje. A eso lo voy a decidir yo.

—Está bien. Dale.

—Este tipo, no sé, hay algo de él que me inquieta. Parece muy seguro de sí mismo, pero por momentos anda con miedos. Con esa clase de ansiedades que sienten los que están convencidos de que tienen una misión en este mundo.

—¿Entonces tiene poder?

—Tiene más poder en su interior que poder real. Quiere llegar a tenerlo, pero no está desesperado. ¿Me explico? Es como si estuviera dispuesto a compartirlo si lo obtuviera, o a ejercerlo con cierta suavidad, con cierto desdén. No es un angurriente. Pareciera que ese poder interior y esa seguridad le dan una especie de equilibrio que lo pone en contacto con la medida de las cosas. No se desespera. No es un loco.

—¿Tiene talento?

—Sí, tiene talento.

—¿Talento para qué?

—No sé. Pero idiota no es. Dejame pensarlo.

—¿Los ojos son tranquilos?

—Los ojos son muy claros, pero tienen su fueguito, no te creas. Son expresivos, son lúcidos. Tranquilos, no son; no. La piel de las manos es un poco áspera. Tiene manchas. No son necesariamente pecas, pero algo parecido. Y las uñas son normales. Ni sucias ni demasiado arregladas. Los nudillos son huesudos, pero sin exagerar. Y tiene pies planos.

—¿Pies planos?

—¿Algún problema?

—No.

—Me alegro. Y si bien tiene un cuerpo alto y bien formado, cuando camina se le nota el defecto. Porque son bastante planos. Las rodillas se le juntan un poco. Los pantalones se le gastan más que nada ahí, donde se rozan una con otra.

—Qué clase de pantalones usa.

—Jeans. Jeans casi todo el tiempo. Y remeras en verano, y camisas con suéters en invierno.

—De qué color, el suéter.

—Más de uno. Uno es rojo, escote en 'v'. Otro es azul oscuro, también escote en 'v'. Y tiene uno a rayas azules y celestes, a lo ancho, que le tejió la madre.

—Qué escote.

—En 'v'.

—Ah.

—¿Alguna objeción?

—No, no. Sólo que me mareo con tanto despliegue de originalidad.

—Tiene su estilo, el hombre. Respetalo.

—Por supuesto, por supuesto.

—Y es, cómo decirte, simpático. Es un tipo que cae bien a la gente. Es como para confiar. Como para suponer que tiene buenas intenciones.

—En qué.

—En general. Es un tipo bien intencionado.

—¿Es gay?

—¿Yo dije eso?

—No. Pregunto, nada más. ¿No puedo preguntar?

—Podés, pero no me queda clara esa idea que vos tenés de que para ser bien intencionado hay que ser homosexual. No confundamos. No me vengas con la historia de que vos no dijiste eso, porque ya lo sé. Pero no podés negarme que lo pensaste.

—Yo sólo hice una pregunta.

—Inducida por tu cabeza, supongo. Dirigida por tus ideas. Definida por tu ideología. Determinada por tu estrechez mental. No, Tofé. Olvidate. Éste no es gay. Es claramente masculino, heterosexual, y le encantan las mujeres.

—Y vos te sentís muy identificado, por supuesto. Sólo que no sos rubio, y que te morirías por tener esos ojos grandes y azules, pero dejame recordarte que no los tenés.

—¿Me querés decir qué te pasa? ¿Quién está provocando una pelea, ahora?

—Nadie. Es una broma.

—Largaste todo ese deslumbrante discurso sin la más mínima risita.

—Las bromas más sutiles no se llevan bien con las carcajadas ni con las risitas.

—Mirá, yo no soy gay, pero no me siento identificado con este tipo. Y no me provoques, porque el que busca encuentra. Experiencias conmigo no te faltan. ¿O andás buscando otra?

—No. Calmate.

—El que se tiene que calmar sos vos *siempre arruinando todo, siempre removiendo el tarro de basura, no te merecés el tiempo que te dedico*. El tipo tiene como treintaicinco años. Entre treinta y treintaicinco.

—La relación con la madre, ¿es de dependencia o de afecto?

—Afecto. Comprensión. La madre es bastante vieja. Lo tuvo de grande. Y ahora está no demasiado activa. Pero no depende de él. Tiene alguien que la ayuda, además de que no es viuda. El padre del tipo está ahí, jubiladísimo también, más viejo que la madre, pero es una compañía importante. El tipo es hijo único.

—¿Y eso cómo modifica las cosas?

—La familia lo quiere, recibió amor, y es un obcecado. Quiero decir, acostumbrado a obtener lo que se le antoja. Al menos por parte de los padres. Por otro lado es un tipo responsable, serio. En general. No quiere decir que sea perfecto. Decime un poco del tuyo.

—Bueno, me parece que es un milico. Y, si no, es un caso similar de locura y frustración. Impotencia. Perversión.

—Buena idea. A veces a mi hermanito se le ilumina la terraza. No viene mal.

—¿Y el rubio quién es?

—El tuyo es un milico. El mío es un buen muchacho. Con un sentido diferente de la moral. Con intenciones, digamos, contrarias. Con conceptos disímiles. Tienen una diferente perspectiva del mundo en el que conviven.

Una cosmogonía que puede tener algunos puntos en común con la del milico, pero pocos. Muy pocos.

—Qué relación tienen.

—¿Entre ellos? Dejame pensar. *Que adquiriera dramatismo, que se odien sin poder evitar quererse, a ver si a éste le da un disgusto y se muere de un paro cardíaco y terminamos con esto y con todo.* Padre e hijo.

—Padre e hijo. ¿No es muy maniqueo?

—Qué.

—El planteo del conflicto. Quiero decir, padre milico, hijo revolucionario, o algo por el estilo, el drama de los caminos que se bifurcan y toman direcciones opuestas dentro de una misma familia. Demasiado geométrico. Una especie de rombo.

—Y vos lo que querés es un arabesco. ¿No ves que sos un blando de mierda? ¡Cómo le rajás al enfrentamiento! Sin opuestos no hay drama, pen-dejo. Vos sos de los que se acuestan con el enemigo. Sos abyecto. Abjecto. Siempre buscándole la vuelta a la conciliación. Qué pajero. ¿Dónde tenés los huevos, vos?

—En el mismo lugar que vos, lamentablemente.

—En serio, Tofé. Vos siempre frotándote con el que te quiere joder. Qué cagón.

—Quiero un poco de sutileza.

—Claro. ¿Qué más sutileza que acostarte con tu torturador?

—Terminala.

—¿Qué hay de maniqueo en que el padre quiera al hijo y el hijo admire y quiera al padre? No está de acuerdo con la posición que el viejo adoptó frente al mundo. Pero es el padre, ¿no?

—En fin. Sigamos.

—Seguí vos.

—Si el milico tiene cincuenta el rubio tiene que ser más joven. Ponele veinticinco.

—Y el padre no puede estar jubilado, porque tu milico está activo, ¿no?

—Sí.

—Y la madre, entonces, lo tuvo siendo bastante joven. ¿Tenés problemas con esos cambios?

—No, no. Pero dudo de la historia. Suena pueril. Parecida a otras.

—A cuáles. Para qué hay que ser tan original. Vos y tus soluciones creativas. Ponete vos, creativo. Yo puedo actuar sobre el mismo esquema. Me lo aguanto. Y no me exige esfuerzos.

—Odio repetir fórmulas. Me aburro.

—Estamos frente a un significativo fenómeno de transferencia e intercambio, Tofé. O mimetismo. O plagio. Me encantaría que no te apropiés de mis ideas ni de mis palabras. Me encantaría que respetaras mis derechos de propiedad intelectual, precioso. El que dice que odia repetir soy yo.

—El que dice. Pero el que de verdad odia repetir soy yo. Vos te bancás los esquemas, dijiste.

—*Hacete el vivaracho, la puta que te parió.* No repetimos tanto. Si revisás vas a ver que variamos. Y bastante.

—Todavía faltan los matices.

—Dame más información sobre tu milico *es lento, no sabe, y si sabe es sin convicción, sin legitimidad.*

—Es racional, pero al mismo tiempo tiene sus pasiones. Y las impone.

—Cómo.

—Con arrebatos. Con arrogancia. Con la arrogancia de los que se desesperan por que lo crean el mejor, el indiscutible.

—Aunque sepa que no lo es.

—El tipo tiene una maravillosa opinión de sí mismo.

—¿Ningún complejo de inferioridad?

—Algo. Insignificante. Nada que le impida arremeter.

—Bueno, éste va a tener serios problemas.

—¿Provocados por tu rubio?

—Posiblemente. Y por su propia desdicha.

—Qué desdicha. Vos no sabés si tiene desdichas o qué *ése es mi terreno, el milico es mío.*

—Yo sé en qué medida mi rubio puede arruinarle la vida a tu milico. Con qué sofisticación.

—Entonces tu rubio es un tipo agudo. Brillante.

—No necesariamente. Considerá matices, por favor. Estúpido no es, ya te dije. Pero quién dijo que para hacerle mierda la vida a alguien hay que ser brillante. Hay muchas fórmulas y combinaciones posibles.

—Qué combinaciones.

—Qué sé yo. Quiero decir, la combinación de la personalidad de alguien con los conflictos o los deseos del otro. O del estado de salud de uno con la capacidad de tolerancia del otro. El espectro es interminable. Qué más tenés del milico.

—Está casado. Ella tiene más o menos la edad de él. Está avejentada. Arrugas prematuras, digamos, de neurótica. Son las marcas de la neurosis del marido. Y ese rictus, ácido, entre la boca y la nariz. Ese como olorcito a quemado que suele acumularse por ahí con los años.

—Y a eso dónde lo leíste.

—La vida.

—O sea que vos pensás que estás vivo.

—No jodas. Y ella renunció a viejas ambiciones para dedicarse a apoyar al tipo. O sea: a servirlo. Como en una vulgar fotonovela. Y ahí están las secuelas.

—Decime más sobre él.

—Físicamente sano. Se cuida.

- El único problema es la úlcera.
- No me estaba olvidando.
- Y le gustan otras mujeres.
- Le gustarán. Seguramente. Pero el foco de su vida es su carrera militar. Es moralista. Reprimido. Hace esfuerzos que le insumen casi todas las energías.
- Ejemplo.
- Estar siempre resistiendo a las presiones del ambiente militar.
- Andar divirtiéndose con mujeres es casi una regla de la vida de estos tipos.
- A éste no lo veo en eso. Tiene otro estilo. Más belicoso. Más patológico. Ya te dije: moralista y reprimido.
- Y el hijo lo desafía.
- Esquemático.
- Pero ¿y qué querés?, ¿que se lo coja? ¿No tenés suficiente con el morbo de tu propia realidad? ¿Todavía querés más? Además no todos los hijos desafían a los padres *ese ruido*. La puerta. ¿Ya llegó el Viejo?
- Es hora de cenar. ¿Vos tenés hambre?
- Y, no sé. Sí. ¿Por qué? Ni se te ocurra no comer para seguir jugando.
- ¿Yo dije eso? ¿No decís que me como todo?
- Salvo que se trate de no interrumpir el juego.
- ¿Y qué?
- Tranquilo. Vamos a seguir. Mañana.
- ¿Mañana?
- Tratá de no provocarme, de no molestarme, de no alterar mi buen humor, así no hay que suspender el juego. Ya sabés. *Pobrecito, esos ojos, esa boca y esa ilusión, de qué*. Por qué ponés esa cara. Si ya sabés cómo funciona, esto. No podemos darnos muchos lujos, y menos vos podés darte el de sacarme de control. La vida es demasiado corta.
- Generalmente te escucho decir que es demasiado larga.
- Bueno, hoy no.
- Yo no tengo hambre.
- No comas.
- ¿Vos?
- No tanta. Quiero hacer algo diferente, y mientras tanto ir pensando en mi personaje. Este juego da para bastante.
- ¿Querés ir a la cocina?
- Está bien *donde se lava la lechuga, habría que ver qué tan cuidadosamente, donde se pica el ajo, donde el ajo se mezcla con el perejil, donde se pela el melón y se lo corta y se lo pone en una fuente. Donde se pone la carne a hornear. Donde se cocina el arroz, lentamente, para que se convierta en ese pegoteo insoportable. Donde se elaboran en detalle los alimentos que mantienen vivo a este grupo humano que somos mamá, papá, Tofé y yo. Y a veces Beatriz. Donde esos alimentos*

se ingieren para ser retenidos por unas horas, para después verlos salir hacia caminos oscuros, demolidores, asfixiantes, hasta los que no veo que llegue el poder de mi imaginación.

*

No son tantas las posibilidades que una reina fecundada tiene de fundar una colonia. Miles de ellas mueren capturadas por insectos depredadores, o se ahogan en un charco, o se desvían de la dirección que deben seguir. No todas las reinas jóvenes viven lo suficiente como para llegar a ser inseminadas. Si ha tenido tanta suerte, inmediatamente después del acto de inseminación arranca sus alas y comienza la búsqueda de un lugar en el que pueda construir un nido. Pero la realidad es que posiblemente nunca lo logre: hasta que lo encuentra y realiza la excavación, hay muchas más chances de que muera que de que llegue a su meta con éxito. De cada quinientas reinas liberadas por una colonia típica, sólo una tiene un porcentaje de posibilidades de sobrevivir y crear una colonia.

*

Te desequilibrás. Te desordenás. Perdés todo tipo de balance, de criterio. Tantas pavadas he escuchado de tu boca a lo largo de los años, precioso. Tantas. Resulta que ahora la cosa viene por el lado de la construcción. Pero, por supuesto, no la construcción de cualquier ranchito. No estamos hablando de pequeñeces. Mi hermanito está preocupado por la construcción del mundo. Por el mundo en términos arquitectónicos. Históricos. Qué tal. Mi hermanito. Mi hermanito quiere hacer meditación trascendental. ¿Para qué quiere hacer meditación, mi hermanito? Para aprender un método de concentración profunda, para lograr imaginarse todos, todos al mismo tiempo, los edificios importantes construidos en cada país durante los últimos cien años. Imágenes simultáneas. Pensar "Italia", quiere, y que aparezcan en su mente infradotada los que sé yo cuántos rascacielos y lo que sea que se haya edificado en Roma, Génova, Milán, Verona, Venecia, Turín, Florencia, Perugia, Padua, Parma, Rímini, Carrara, Pisa, Bolonia, Piacenza, Mantua. Así. Como si nada. Que el mundo ha sido edificado en el último siglo, dice, más que en otros. Que cada ladrillo puesto encima de otro dibuja un movimiento, dice, un ritmo, y determina una secuencia, y que esa secuencia es ni más ni menos que la historia del siglo. Que cada detalle de esa historia está registrado en las líneas que quedan en el aire producto del movimiento de las manos que apilan los ladrillos. Y que esparcen el cemento. Y que revocan. Y que pintan. Que las paredes son la historia, y que no hay nada en ningún lado que no esté también allí, empotrado, incorporado. Ningún concepto. Ninguna ideología. Ninguna convicción. Ninguna posición política. Ninguna forma de lucha interna o externa en beneficio de nadie: ni de los indigentes ni de los poderosos. Ningún sufrimiento, falta allí, su-

frimientos de los que fueron afectados por las decisiones de otros. De los muertos en las guerras. De los torturados y de los lentamente asesinados. De los que resistieron y no delataron. De los que delataron y viven el doble dolor merecido. Que no falta ninguna de las voces de los que se reunieron a discutir dictámenes, sentencias, decretos, acuerdos, determinaciones de trascendencia, y también de las otras. Nada, falta, dice mi descollante hermanito. Precioso. Hasta los ruidos que hicieron los reunidos al correr una silla, al mover una lapicera, al tirarse un pedo o al eructar, a pesar del disimulo, de la contracción de los músculos y de la reducción del sonido hasta lo imperceptible. Todo dice mi hermanito que queda consignado. Que las paredes entre las que se toman decisiones son las paredes de la historia. Y también paredes históricas, son. Si dice eso de las paredes, qué no dice de lo que las luces de los edificios han iluminado, iluminan, y qué no dirá de lo legendarios que han de ser los excrementos de los que han ilustremente transitado los baños de los más célebres edificios.

No tenés ningún criterio, ni imaginación, y esas obsesiones no son más que la ofuscada prolongación de tu neurosis. De tu particular neurosis, que nada tiene de parecido a la mía. Porque no es que yo voy a decir que salgo ileso de ésta. No es que los edificios de este mundo no me afecten. No es que no los considere y que no sea sensible a lo que representan. A lo que son. El mundo edificado. El mundo construido. Armado. A medias, pero armado, el mundo.

La ventaja son los terremotos. Porque el día en que todos los edificios posibles estén hechos, ¿qué? Se jodieron los arquitectos. Y los albañiles. Y mi hermanito. Pensar “Canadá” quiere, y que aparezcan como un chaparrón todos los edificios construidos en Canadá, en cada ciudad, en el último siglo. Menos mal que país por país. Menos mal que no se trata del planeta completo en el mismo instante. Cómo lo convenzo. Cómo lo disuado de ésta. Yoga. Meditación. Pensar “Turquía”, quiere. “Zaire”. Y que en ese mismo instante se le llene la cabeza de edificios en imágenes, en nombres, en direcciones, en diversas alturas, en números de pisos, en cantidad de cuerpos, en aspectos de ventanas, en estilos y corrientes arquitectónicas. Yoga. Meditación. Gurús. Yo tengo mi neurosis y mi hermanito tiene la propia. Qué grandioso, mayúsculo, superlativo, descomunal deficiente mental, sos.

*

—Para ustedes es este sobre. Lo demás no.

—Gracias, Beatriz.

—Es lo que pedimos el mes pasado. Lo del Imperio Otomano.

—Y eso para qué nos sirve.

—Cómo para qué nos sirve. Nosotros lo pedimos.

—Pedimos sobre conflictos en el siglo XX, pero no específicamente sobre Turquía.

—Por algo tienen que empezar. Vos nunca te conformás con nada. Mirá lo que vino y después quejate *siempre siempre*. Hay artículos sobre Osmán y la fundación de la dinastía otomana a la caída de los selyúsidas. Hay uno sobre Solimán el Magnífico. Y aquí hay otro sobre Tripolitania, cuando los turcos la pierden frente a Italia. No está mal.

—Qué más.

—Uno sobre Mustafá Kemal y la abolición del Califato, y todos los otros cambios que instauró. Dos sobre la invasión a Chipre. Los vemos más tarde. Nadie nos va a tomar examen, ¿no?

—Yo no quiero interrumpir el juego.

—Por eso. Después vemos. De todos modos, si querés, tu milico puede ser turco.

—No es turco.

—Pero podría.

—No empieces.

—Qué dije, yo.

—Mi personaje es mío. Si lo que querés es estudiar Turquía en lugar de jugar, decilo. No necesitás forzar las cosas y terminar peleando.

—Fijate que estoy de un humor envidiablemente bueno. Tus interpretaciones libres siempre joden todo. No tengas miedo, Tofesito. Fue sólo una idea que se me cruzó. Pero que tu milico se convierta en milico turco no significa que haya que estudiar toda la historia de Turquía para seguir jugando.

—Cómo que no.

—No es necesario estudiarse todas las enciclopedias en circulación para jugar.

—No grites.

—¿Yo estoy gritando?

—Sin información no vale la pena jugar. El juego pierde autoridad, pierde rigor, Ancón.

—Eso pasa sólo en tu cabeza stalinista. ¿Desde cuándo tiene tanta importancia el dato real? El conocimiento es para alimentar la metáfora. El sentido de nuestra existencia, el formato de nuestros deseos, no es equivalente a los de cualquier otro ser humano. Hay que sentirse libre. ¿Me entendés? Libre. Lo nuestro no es la exactitud prolija y mezquina, sino la filigrana y la complejidad generosas y abiertas, creativas y creadoras de la gran historia, del gran cuento universal, que lo abarca y lo trasgrede todo. Que reinventa la historia, reedifica la vida a cada palabra que pronunciamos. Nosotros no repetimos los acontecimientos ya sucedidos al pie de la letra. Nosotros les otorgamos su verdadero sentido, que no es el inmediato ni el más directamente imaginable. Es otro: el nuestro es esencial, medular, concentra toda su fuerza en cada palabra, universaliza la gran metáfora que nosotros más que nadie en este mundo representamos, sin haber decidido hacerlo, sin haber tenido la más mínima intención.

—Sos un caradura. Echás a patadas mis arabescos y después salís a defender tus filigranas como si nada.

—No entendés nada. Nada. Y si no entendés lo que acabo de decir no hay razón alguna para permanecer en esta vida. Si nuestra razón no es ésa, no estamos justificados. No hay nada que nos ate a la tierra con un sentido cierto, con una justificación que nos dé la excusa para seguir vivos. Tu milico puede ser turco aunque vos ni yo sepamos nada de Turquía. ¿Cuál es la gran diferencia, decime, entre un alcohólico paseándose por los canales de Venecia y otro alcohólico trabajando duro en Perm? ¿Entre una mujer embarazada en Luanda y una embarazada en Montreal?

—No digas esa pavada. Claro que hay diferencia.

—*Estrecho, preso mental consuetudinario* Vos no distinguís entre el delirio mental y el realismo puro. Tus mecanismos están fallando, Tofecito.

—No empieces con los insultos. No empieces. Vas a terminar encontrando lo que siempre buscás.

—No hoy. Ya te dije que estoy de muy buen humor.

—Entonces sigamos.

—Con qué.

—Con algo. Viendo los recortes.

—Dijiste que todavía no querés estudiar Turquía.

—Eso no quiere decir que haya que prenderles fuego a los artículos. Podemos leerlos. Pero no nos pongamos ahora a investigar ese tema.

—Quién lee.

—Yo. Dame.

—Pero tratá de acelerar. Sos demasiado lento.

—¿Lento?

—A veces interrumpís en medio de un párrafo para pensar una idea, y me dejás a mí escuchando tu silencio, si es que me explico bien.

—Entonces leé vos.

—Dame. Si te llegás a quejar de que voy muy rápido, la ligás.

—¿Y por qué tenemos que leer en voz alta?

—¿Yo dije que era obligación?

—Preguntaste quién iba a leer.

—Eso no excluye lo otro. Ahí viene Beatriz.

—Dejala en paz, Ancón.

—Yo no la molesto *la miro, le pongo la mirada en las tetas, mirada fuerte, yo sé eso, en las tetas, y en la redondez que se le marca en la pollera cuando camina, le pongo la mirada y presiono, eso la molesta, y a mí me molesta Chipre, le aprieto la mirada contra unos pezones que yo sé bien que tiene, escondidos, me los esconde, la pongo tensa, le hago perder la paciencia, la acorralo, el efecto es curioso, le molesta, le estorba como Chipre y su historia me estorban a mí, el efecto es extraño. Las partes del cuerpo que no dejo de mirarle le tiemblan, se le hinchan, se le agrandan, se le salen de lugar, se le desplazan, ocupan más espacio en este*

mundo. Viva Chipre. Viva la invasión a Chipre. Viva Beatriz.

—No. Claro.

—¿A ver? ¿De qué forma la molestamos?

—¿Molestamos?

—Sí.

—Quiénes.

—Nosotros.

—Yo no tengo nada que ver. Vos sos el que no la deja en paz.

—A mí no me convence de que le desagrade tanto. Ese enojo que arma es artificial. No le nace de adentro, en sus profundidades.

—¿Y entonces por qué se escapa cuando empezás a joderla?

—Le da vergüenza.

—Le molesta.

—Le molesta que le guste.

—Hasta miedo, tiene, la pobre.

—Problema de ella.

—O sea que vos pensás seguir jodiéndola.

—Yo voy a creer que le gusta hasta que nos demuestre lo contrario.

—Dejá de hablar en plural.

—Somos dos. ¿O no?

—No me mezcles en esta historia. ¿Y qué tiene que hacer para demostrártelo?

—Si todavía viene aquí todos los días es porque no tiene un motivo para irse.

—Necesita el trabajo.

—Eso parece dicho por un homosexual romántico y melancólico. Trabajos hay muchos.

—Mamá le paga bien. La respeta.

—Pero yo no. Ahí tiene una perfecta razón para dejar de venir.

—¿Me podés decir en qué parte del cuerpo fabricás toda esa rabia?

—Te digo en qué parte si me la tocás un poquito.

—Qué vulgar asqueroso.

—Ganas no te faltan.

—Reconocé que nos tiene asco. O miedo.

—Y esto parece dicho por un homosexual acomplejado e inseguro.

—Yo te concedo que soy un homosexual acomplejado, inseguro, romántico y melancólico. Pero vos dejá de molestar a la pobre Beatriz.

—Vos preferirías que me pusiera a molestar al vecino.

—Dejame en paz, Ancón.

—Esa idea te encanta, ¿no? Pero no, hacelo vos. Y si sos tan corto de genio como para acercarte a hacerle una pregunta, o lo que sea, es problema tuyo. El tipo parece interesante, pero a mí me gustan las mujeres, Tofecito. Siempre te lo tengo que recordar. Sigamos con Turquía.

—Dame el artículo sobre el Califato.

—Se llamaba Kemal Bajá Ataturk.

—Dámelo *perverso*. *No entiende, bestia, la mujer le tiene fobia, le tiene asco. Insensible, omnipotente, En 1919 Mustafá Kemal fue enviado a una misión oficial al este del Asia Menor, llegando a Samsun el 19 de mayo. Inmediatamente comenzó a organizar la resistencia, a pesar de la oposición de la oficialidad otomana, no me interesa, no me interesan los turcos, no era esto lo que habíamos planeado, perverso, Beatriz le tiene miedo, y por su culpa está empezando a tenerme miedo a mí, seguido por un segundo congreso en Sivas en setiembre, con delegados representando al país entero. Fue establecida una nueva Asociación por la defensa de los derechos de Anatolia y Rumelia, y fue creado un comité ejecutivo con Mustafá Kemal como presidente para conducir la resistencia. Tu punto de vista está envilecido. No discernís. Te negás a concederle a Beatriz la libertad de tenerte asco.*

—¿No estabas leyendo?

—Estaba.

—El problema con Beatriz es mío. Dejámelo a mí.

—Tus problemas y los míos son de los dos, Ancón. *El desprestigiado gran visir Damad Ferid Pasa renunció, y fue reemplazado por Ali Riza Pasa. Las negociaciones con los kemalistas fueron seguidas por la elección de un nuevo parlamento, que se reunió en Estambul en enero de 1920. No la respeta no la respetás. No porque limpie la casa está obligada a aguantar tus asedios y groserías.*

—¿Vos estás muy seguro, Tofecito, de que te gustan los hombres? ¿No será que a vos también te tienta Beatriz? ¿No será que te traés escondidita alguna de tus historias y eso de que te gustan los hombres es un invento destinado a evitar problemas entre vos y yo?

—Dejame leer.

—Vos sos el que interrumpe la lectura, la tuya primero y después la mía. Y no parás de agredir. Dejame de joder.

—Vos dejá de joderla a Beatriz. *La primera necesidad fue establecer las legítimas bases de acción. Un parlamento, la Gran Asamblea Nacional, se reunió en Ancara el 23 de abril y afirmó que el gobierno del sultán se encontraba bajo el control de los infieles y que era el deber de los musulmanes resistir la usurpación extranjera. ¿Cuándo vamos a seguir el juego?*

—Dejame leer.

—¿Ves como al final dejamos el juego por los turcos? ¿Ves?

—¿Quién dijo eso? Los dos estamos leyendo los recortes. ¿Qué problema hay?

—Sos un manipulador. Ya veremos en qué termina todo esto.

—Qué, ¿me estás amenazando? La jugás de víctima y me amenazás. No me hagás reír. Vos, menos que nadie, en este mundo, sos una víctima. Ni de los turcos, Tofecito. Ni siquiera de Mustafá Kemal Bajá Ataturk. Vos me llamás manipulador a mí. ¿Por qué no escuchás lo que decís? Eso de veremos en qué termina todo es una amenaza. Te tembló la voz.

—De qué estás hablando.

—Te tembló la voz. Y te tiembla la voz cuando tenés miedo. Miedo a lo que vos mismo creás. A tu provocación. Sí: soy yo el que provoca los peores problemas. Eso me indica que algo te está pasando. No te reconozco en todo este despliegue de retorcimientos, amenazas y agresiones. A ver, largá qué te tiene inquieto.

—Nada. Vos convertís todo en teoría. No me uses a mí. Me quejo, nada más. No hay razones ocultas. Además, ¿no puedo deprimirme, alguna vez?

—Podés. Pero a mí no me engañás. No seas ridículo. Cuando algo me da rabia me la agarro con vos porque sos el que está más cerca. Si me apretás un poco te digo todo. Me tratás de neurótico y yo acepto. Peleo, pero no te discuto que soy un irascible, un irracional, un desconsiderado y un injusto. Lo que es, es, ¿o no?

—*Caradura* Tu enorme honestidad me conmueve.

—No te hagas el irónico, que con la angustia te sale mal.

—Qué angustia.

—¿Cómo yo voy a saber? Alguna angustia que se te ha quedado atascada en algún rinconcito. Dale. Desembuchá.

—No vale la pena.

—Primera gota del chorro.

—No tengo ganas de hablar, ahora.

—Yo sí. Cada vez que llega la información que pedimos, o cada vez que leemos un libro en el que aparecen hechos histórico, acción, quiero decir, algo se te da vuelta en el cerebro. Es como si tus propias reglas se transgredieran a sí mismas.

—Qué estás diciendo.

—Tu conducta habitual, tu normalidad, da un salto y clava un lanzazo en el centro circulatorio de lo que sos. Es como si tu personalidad se hiriera a sí misma. Se atacara.

—Cuándo me pasa todo eso.

—Ahora, por ejemplo. Aparecen los recortes, información sobre conflictos, momentos heroicos de los que otros fueron capaces, y vos cambiás.

—Eso es arbitrario.

—No, qué arbitrario. Es automático. Y no falla. Es como si los artículos de los diarios te apretaran un botón. Y no es que al cambio lo provoque la llegada de los artículos, la aparición de algo que altera el ritmo de lo cotidiano. No. Eso, en realidad, te da alegría. Brillo. Es otra cosa. Es el contenido de los artículos lo que te modifica el ánimo. Como si te molestara la circunstancia misma, la batalla, el momento de fracaso, de triunfo, el reconocimiento del momento histórico.

—Vos parecés muy seguro de lo que estás diciendo.

—Estoy. Y se te mezcla con alguna otra circunstancia de la realidad. Seguramente haya elementos diversos generando energías variadas, jugando en el mismo menjunje, pero cuando lo pienso todo se me convierte en

un único rollo, en una especie de calesita que gira con todos sus caballos, cerdos, perros y todo lo que le quieran agregar los que se las inventan, que gira al mismo ritmo y al compás de la misma música. Y todo ese movimiento para al final detenerse en el mismo lugar de la vez anterior. O sea: no hay translación. Lees la historia que cuenta la nota y te acordás de que no sos, no fuiste parte. Y eso te disocia del que sí lo fue. Como si realmente hubieras querido estar allí. Si te vas a poner así vamos a tener que dejar de hablar de lo que somos y de la distancia que hay con lo que podríamos haber sido. En vos el proceso de resentimiento se torna elemental. Te enojás en lugar de tomártelo de la única manera posible: con sentido del humor. ¿Por qué me mirás así? ¿O no es cierto lo que te estoy diciendo?

—Puede hablar desde afuera tan fácilmente, cómo en parte. Pero hablás como si vos estuvieras fuera, exento de todo sentimiento de dolor. Porque es dolor.

—Claro que es dolor.

—¿Y por qué te sentís afuera?

—No me siento afuera. Yo trato de rebelarme dentro de los límites de lo doméstico. Si me extiendo demasiado me acerco peligrosamente al terreno de lo esencial. Si lo esencial, si el problema del sentido de las cosas, de la existencia, se convierte en cotidiano, si invade el territorio de lo doméstico, ahí me jodí. Y si me jodo yo, te jodés vos. Y los viejos. Y los amigos, aunque un poco menos. Y quizá Beatriz, con un poco de suerte y si mis fantasías se hicieran realidad.

—Qué fantasías.

—De que yo le gustara.

—¿Gustara?

—Sí, gustara. Gus-ta-ra.

—¿Me estás diciendo que tenés fantasías de que ella se enamore de vos en serio? ¿Vos estás de verdad enamorado de ella? No me jodas.

—Tofé, no cambies de tema.

—Por qué no.

—Éste no es ni el mejor momento ni el mejor estado de ánimo para hablar de eso. Además ella está en el dormitorio. Oye todo. Lo que estábamos tratando de entender es un conflicto tuyo. No hay general, no hay presidente, no hay gran escritor, no hay protagonista de lo que sea que no desbarate, desarme, malogre, toda la estructura de tu personalidad en cuanto entrás en conocimiento de su existencia, de las acciones, de los hechos que lo hicieron célebre. De eso, hablábamos.

—Y bueno. No hay nada que se pueda hacer contra ese sentimiento. Hay demasiada angustia comprometida. Demasiada ansiedad. Demasiado ardor de estómago.

—Ya veo de dónde viene la úlcera de tu milico.

—Imposible razonar con equilibrio. No me dan las emociones. Ni el cuerpo.

—Falta de práctica.

—¿De práctica?

—Si yo te ayudo quizá se pueda.

—¿Y vos cómo aguantarías el peso emocional de los dos?

—Tendrías que ayudarme a mantener el equilibrio.

—Después voy a necesitar diez años de sueño.

—Está bien, te dormís. No es que no se pueda.

—No quiero ni pensar en eso, Ancón.

—¿Qué creés que sentía este Mustafá Kemal? ¿Qué te imaginás que sienten todos los que juegan un papel preponderante en la historia del mundo? Sienten lo mismo que vos, esa necesidad de ocupar un espacio, de mantener ese espacio a través del tiempo, de actuar en esa conjunción de espacio y tiempo de una manera que les garantice la perpetuación de sus poderes. Con la no precisamente insignificante diferencia de que ellos no tuvieron, no tienen, impedimentos. O que, si los tuvieron, fueron sólo iniciales. Superables. Con enormes sacrificios, pero derrotables. Sentían, sienten y sentirán lo mismo, Tofé. Competencia. Y una inmensa necesidad de reconocimiento. O sea: una completa inseguridad.

—¿Y la prepotencia? ¿Y la autosuficiencia? ¿Y los sentimientos de superioridad sobre otros? ¿Y la arrogancia?

—Qué pasa con eso.

—Yo no los tengo.

—Vos no los tenés porque los tengo yo. Con eso queda completo el cuadro.

*

Los machos no tienen absolutamente ninguna posibilidad. Todos mueren en el proceso de inseminar a una de las rarísimas reinas que tienen éxito. El banco de esperma es lo que garantiza que el macho exitoso deje miles de descendientes, porque la mayoría de estos nacerán meses o años más tarde cuando —después de haber sido almacenado el esperma en un depósito cerca del extremo del abdomen de la reina y permanecido inactivo durante largo tiempo— finalmente ella le permite entrar en su sistema reproductor y ponerse en contacto con los óvulos para que sean fecundados.

*

Y cuando hemos llegado a un estado de desesperación básica, cuando nuestras preguntas sobre cuál es la meta y el sentido se desintegran de un solo golpe contra la pared de granito de las respuestas tentativas, inciertas, mentirosas, empieza a producirse la inflamación en los ojos. Y lloramos. Los dos lloramos. Alternamos el intercambio de miradas de triste entendimiento con la huida abrupta de las pupilas en cualquier otra dirección. Hacia un

lápiz rojo puesto sobre la mesa del comedor, para entonces preguntarnos para qué fue talado ese árbol que terminó en las paredes de ese lápiz. Y para qué fueron extraídos los pigmentos minerales con que se fabricó la mina, y para qué el desgaste del cerebro de quien sea el personaje al que se le haya dado por inventar la maquinaria con que se inserta la mina en el orificio. Hacia el reloj de péndulo de la pared del comedor, para interrogarnos con una náusea sobre quién fue el imbécil que se pasó horas inexistentes concentrado en la eventualidad de otorgarle precisión al funcionamiento de las agujas. Hacia el agua saliendo de la canilla de la cocina, desparramándose por la pileta, siendo despedida por las cañerías, para tratar de entender las razones para ese largo recorrido, cuando no hay nadie a quien se le escape el detalle de que todos los líquidos, todos los fluidos, van eternamente a la fuente de la que proceden, y no porque no gocen del discernimiento como para escoger entre varias fuentes, sino porque sólo hay una. Sólo hay una.

Ya, entonces, en la desesperación, en el llanto y en la náusea, frente al hecho, frente a la presencia, frente a la sordera y a la totalidad del vacío, ¿qué podemos hacer? Realmente no hacemos nada. Y nada significa eso: nada. Las manos sobre los muslos, los pies distendidos, flojos, casi colgando, rozando el suelo, los hombros pesando alrededor de un eje que atraviesa el centro de gravedad que nos salvaguarda, las cabezas hacia atrás, las nuca contra el borde del respaldo del sillón, con una leve inclinación hacia los lados externos. Y los ojos cerrados. Porque para qué los ojos abiertos. Nada hay para que veamos. Nada hay para ver, para nosotros ni para nadie. Nadie: otra palabra que sobra. Que está además como todas las otras. Para qué una palabra que no designa, que no indica, que no describe. Para qué una palabra tan muerta de significados.

Y nos quedamos dormidos. Por supuesto. Si para eso cerramos los ojos. Para quedarnos dormidos y de esa forma desplazar la realidad hacia fronteras para nosotros inaccesibles. Y cuando despertamos, uno de los dos aparentemente ha logrado descansar. Y el otro ha tenido una afluencia de imágenes, de formas oníricas que, pese a la locura que las edifica, nutre a ambos, alimenta a los dos y al único que somos. Nos mantiene las neuronas activas, vitales, de manera que no escasee la lucidez cuando haya que contestarse las preguntas cuyas respuestas nos conducen al inevitable estado de desesperación elemental.

*

—Ustedes no respetan nada. Voy a terminar yéndome de esta casa, van a ver.

—Dónde están, Beatriz, las faltas de respeto. Dónde.

—Es que usted, Ancón, se cree que yo soy un objeto. Es como si pensara que soy una muñeca que se saca de un lugar y se pone en el que a usted se le antoje. Usted no entiende que eso no es así, y yo no entiendo por qué usted

no lo entiende. Un hombre inteligente, que se ha pasado la vida leyendo y estudiando, con todo el tiempo que tiene para pensar, meditar las cosas de la existencia humana, ¿cómo puede ser que no se dé cuenta de cómo me trata?

—Yo no la entiendo, Beatriz.

—Me hace sentir como un gorrión medio muerto apretado entre los dientes de un gato. ¿Qué felicidad le da eso, dígame?

—Beatriz, no me le entregue a Tofé imágenes tan crudas, porque después la mente atroz y morbosa que tiene este tipo produce sofisticaciones difíciles de soportar.

—No le entiendo.

—Sueña. Este tipo sueña mucho. Tiene unos sueños llenos de animales muertos, destrozados. Pero no se crea que ahí termina la cosa. Nada de eso: me cuenta cada detalle del sueño como si en contármelo se le fuera la vida. Y yo lo tengo que escuchar completo. ¿Cierto, Tofé?

—Conmigo no te metas. Tanto que pedís a los gritos privacidad, y ahora no aguantás mantenerme afuera.

—Y vos, que siempre estás con las narices metidas en lo que no son tus asuntos, haceme el favor de no hacerte el discretito. No es que vamos a empezar a conocernos hoy.

—No van a pelear, ahora, ustedes dos, por favor. Ancón, usted me llamó para conversar conmigo de algunas cosas. No voy a poder estar aquí toda la mañana. Dígame de qué quiere hablar. Dígame.

—No voy a hablar si Tofé no se duerme.

—No te preocupes. Quién quiere oír la sarta de estupideces que vos llamas asuntos privados. Quedate tranquilo. No me voy a meter. Me duermo. Todo esto es problema tuyo.

—No tanto, precioso. No tanto.

—Tofé, no se ofenda. No creo que lo que Ancón quiere hablar conmigo sea tan privado como para que usted no pueda escucharlo.

—Beatriz, usted no lo conoce a éste. *Desgraciado*.

—Cerraré la boca. Te lo digo en serio: no intervengas. *Dormite y cerrá esa boca de sapo. Desaparecé, esfumate y dejá de incordiar*. Beatriz, discúlpeme por esta inconveniencia. Pero no quiero que la historia se haga muy larga. Usted está ocupada, y yo no tengo intención de retrasarla. Lo que quiero decirle es muy simple. Podrá parecerle atrevido, delirante, ridículo, y hasta podrá asustarla. Pero es real, profundo y normal: estoy enamorado de usted. No se preocupe por Tofé. Ya está dormido. Sí, Beatriz: estoy enamorado de usted. *Se le abre, la boca se le abre, algo no le gusta, algo queda fuera de mi control*.

—Ancón, ¿usted está hablando en serio?

—Claro. Estoy hablando en serio. Pero no se asuste. Mis sentimientos son comprensibles. Usted es mujer, yo soy hombre. Pero no crea que espero algún tipo de reciprocidad. Nada de eso. Yo solamente necesitaba decírselo, porque estaba explotándome adentro. No podía callarme más. No me importan los

resultados. Es decir, sí me importan. Pero mi capacidad de resistencia tiene límites. Usted ahora puede decidir lo que quiera. Puede dejar de trabajar en esta casa. Mi madre puede buscar otra ayuda. Pero, por favor, si opta por irse, no le comente a ella las verdaderas razones. Dígale que se muda a otra ciudad, o que está dejando el trabajo de limpieza; no sé, lo que sea, pero nunca le comente lo que acabo de decirle. Por favor *ya está, ya salió, ya se me distienden todos los interiores, el ritmo cardíaco, las vísceras, espero que no los esfínteres.*

—No sé de qué tiene miedo, usted. No entiendo qué tiene que ocultar.

—Cómo, Beatriz. Cómo que no entiende.

—¿Qué hay de deshonesto en estar enamorado?

—No se trata de que sea deshonesto. Es inconveniente. La situación es demasiado dificultosa. Y lo otro es que usted trabaja aquí, y lo que le he dicho va a provocar su decisión de dejar esta casa.

—¿Usted está tratando de que yo elija eso, Ancón?

—No, Beatriz. Claro que no.

—Entonces no se meta en mi cabeza. No hable por mí. Soy adulta y dueña de mis actos.

—Usted se ha puesto nerviosa, Beatriz.

—No estoy nerviosa. Estoy ofendida. Usted, a cada palabra que dice, me demuestra que piensa que soy una idiota.

—No, Beatriz, no es eso. Sólo estoy tratando de hacerle más fácil esta decisión. No quiero que crea que me hago ilusiones, que por un momento he imaginado que mis fantasías tienen algún viso de factibilidad. No me va a herir dejar de verla. Me va a entristecer. Pero no es posible inventarse culpables. Tampoco es posible ofenderse. La vida le prepara a unas condiciones inconcebibles frente a las que es necesario ser capaz de sobrevivir. O, en caso de emergencia, de morir.

—No entiende que yo no necesito que me haga más fácil absolutamente nada. No entiende que en la vida siempre hay que estar tomando decisiones. Yo, Ancón, comprendo que usted, que ustedes, usted y su hermano, no hayan tenido que tomar decisiones grandes. Están en su casa casi todo el tiempo, sus padres los ayudan mucho. Pero eso no tiene nada que ver con mi situación.

—No crea, Beatriz. No es que la cosa se nos haga tan fácil. ¿Sabe?, Tofé y yo venimos discutiendo desde hace años si queremos estar vivos o si preferimos morir. Y ésa es una gran decisión que tenemos que tomar, ¿no le parece?

—¿Y por qué tan grande? Sólo se trata de la vida de ustedes dos, no de la de media humanidad.

—No crea que su mensaje es tan enigmático. Al menos nuestros padres se interesan por nuestras vidas. Aunque no descarto que más de una vez nos hayan deseado la muerte. No lo descarto.

—No hable de estas cosas, Ancón.

—Beatriz, la realidad no hace preguntas. Es la realidad y nada más. Se presenta, se plantifica ahí frente a nosotros, nos mira a los ojos para que la reconozcamos, para que reaccionemos, insistiendo para que hagamos el esfuerzo de entenderla. O al menos de aceptarla. Y si de nada de eso somos capaces, la pobrecita se desespera. Nos habla. Nos grita. Nos llora. Nos baila alrededor.

—Qué está diciendo, Ancón.

—Eso: que nos baila alrededor. La realidad no es un fantasma, aunque un fantasma puede llegar a uno como el representante, como el delegado de la realidad, a abrirnos los ojos. Pero la realidad es real, Beatriz, aunque la reiteración le quite contundencia. Nos baila, ejerce una danza múltiple que nos envuelve y nos va descubriendo poco a poco sus zonas ocultas, tramposas, traicioneras, que atacan de pronto desde un plato de galletitas de chocolate en la mesa de una fiesta de cumpleaños, o desde detrás del telón de un teatro, o desde el fondo de una planta de lechuga mientras se la está cortando para la ensalada del almuerzo. O desde las letras de la mejor página del libro que más le gusta, Beatriz. Es la realidad, y es omnipotente. No es posible ignorarla. No hablar de situaciones difíciles o penosas es quedar, sin alternativas, enterrado bajo su peso agobiador, insalvable.

—¿Qué me quiere decir con todo eso, Ancón?, ¿que lo que usted llama la realidad es tan importante, tan inevitable, que nadie puede cambiarla, nunca? ¿Es eso lo que usted piensa?

—*Tan boluda no parece* No necesariamente. Pero, Beatriz, tiene que concederme que aunque cualquier cambio que uno quiera hacer sea factible, ¿qué pasa con los resultados, con lo que queda después del cambio? Algunos cambios pueden ser formas nuevas de las mismas cosas, otros pueden ser reemplazo de una cosa por otra. Los resultados pueden ser más o menos buenos, no sé, o sencillamente pueden ser un fracaso total. Garantías no hay. Usted sabe eso.

—O sea que usted no cree en los cambios.

—Son posibles. Todos los cambios son posibles. Pero son pocos los que valen la pena.

—Entonces usted no piensa cambiar nada.

—Nada como qué.

—Nada como para mejorar su vida.

—¿Mi vida *hacia dónde va esta mujer, hacia dónde?*

—Vida. Sí. Sus cosas de todos los días.

—Para mí nada puede mejorar, Beatriz. De aquí en más, sólo es posible que empeore. En otro momento, si quiere, pregúntele a mi hermano qué opina.

—En esto su hermano no tiene nada que ver.

—¿En qué aspecto de mi existencia mi hermano podría no tener nada que ver?

—En muchos.

—Como cuáles, Beatriz. Sospecho que la imaginación que tiene es su gran fiesta de cada día.

—Igual que la suya, Ancón. Y a eso me refiero. A eso. A que Tofé no puede entrar en su mente. Todo lo que usted quiera que pase puede armarlo en su cabeza. Si puedo yo, no veo por qué no vaya a poder usted, con todo lo que lo necesita. Y en todo lo que usted se imagine Tofé no tiene nada que ver.

—En eso hay una propuesta. Usted me está proponiendo que compense con la fantasía todas mis imposibilidades. Hasta ahí está claro, y es lo que hace todo el mundo. Ahora dígame a qué se refiere, concretamente.

—*Qué dije* A todo *qué estoy diciendo*.

—No, no, no, Beatriz. ¿Por qué no es más clara? Hay algo que no me está diciendo. ¿Sabe?, yo entiendo que necesite, incluso que quiera, ser cuidadosa con las palabras. Pero piense en mí, también. Piense que inteligencia no me falta, y que interpreto todos, cada uno de sus signos.

—¿Me está diciendo que me cuide de hablar?

—Le estoy diciendo que hable. Que sea franca. Como fui yo hace un rato cuando le dije que estoy enamorado de usted. Si por su parte no existen sentimientos de ninguna índole, entonces dígamelo. Pero no me proponga que recurra a la fantasía. Eso es demasiado íntimo. Es demasiado mío. Y nada original.

—No sé qué decirle, Ancón. Usted siempre sabe todo.

—No sé nada. De la vida no sé nada. Siempre voy a estar a la espera de que alguien quiera enseñarme. Algo nuevo, Beatriz. Usted no tiene idea de lo cansado que estoy de ser hijo. De mi madre. Hijo de mi padre. Siempre hijo. Y siempre hermano, por supuesto. Más hermano que nada en este mundo.

—Mire cómo duerme.

—No le veo nada de particular.

—Puso toda su voluntad en no molestarnos.

—Que no le inspire demasiada ternura mi hermano durmiendo, Beatriz. No me haga pelear con él.

—¿Y por qué se va a pelear? Encima lo apoya a usted en todas las tonterías que me anda diciendo.

—¿No piensa que él también siente alguna atracción por usted?

—Claro que no, Ancón. Yo pienso que a Tofé le gustan los hombres. Para decirle la verdad, eso es lo que pienso.

—¿Usted cree? ¿Y qué le hace pensar así?

—Cosas.

—Eso es lo que me entusiasma de usted, Beatriz. Todo lo específica que puede llegar a ser a veces.

—¿Por qué?

—Cosas como cuáles, Beatriz. Puede hablar en confianza conmigo. Tofé está dormido.

—No sé, él no me mira de la misma forma en que usted me mira, y eso que yo soy una de las pocas mujeres que tiene cerca. Y sus modales. Es fino, delicado. Me encantan sus maneras. Pero son de mujer. Y lo otro es que usted no lo ve, pero cuando usted se queda dormido él lo mira mucho, con cariño.

—¿A mí?

—A usted.

—Somos hermanos.

—Ya sé, pero usted no hace lo mismo.

—No. Yo, la verdad, es a usted a quien miro con cariño, aunque jamás obtengo ni un solo signo de que recuerda que formo parte de este mundo.

—No diga eso. Pero mire, por su hermano no se preocupe. Él tiene otras ideas, piensa en otras cosas. De eso estoy segura.

—Es muy posible que usted tenga razón. Y después de tanta lucha por mi parte, no hay nada más que yo pueda hacer.

—No hay nada que tenga que hacer, Ancón. Tofé es como es, y usted es como es. Bastante atrevido, por cierto, y Tofé tiene que sufrir las consecuencias de sus caprichos.

—Bueno, no soy de piedra. Él sabe que siempre debemos llegar a puntos intermedios, o que él tiene que ceder parte de su terreno *la verdad*.

—O todo.

—O todo, sí.

—Usted es un tirano.

—Y él demasiado débil.

—Un vulgar tirano.

—¿Qué puedo hacer? ¿Quiere que cambie a esta altura de mi vida? Es mucho tiempo de andar nadando en aguas cenagosas. Por qué me mira así. No estoy exagerando. Usted sabe, lo sabe desde que empezó a trabajar en esta casa, que Tofé y yo tenemos que mirarnos a los ojos cada mañana y darnos fuerza uno al otro para seguir adelante. No le estoy diciendo nada nuevo.

—Se olvida de sus padres, Ancón. No les quite méritos.

—Nadie está hablando de ellos.

—No, pero debiera tenerlos en cuenta. ¿Qué no han hecho por ustedes?

—Beatriz, una cosa es lo que ellos puedan hacer cada día, y otra es el aspecto irreversible de todo esto *vieja loca, con qué se me viene, defendiendo a los viejos, qué quiere ahora*.

—Usted es muy egoísta.

—Se le va a hacer tarde, Beatriz.

—Otros padres hacen cosas terribles cuando tienen hijos con problemas.

—Se le va a hacer tarde.

—¿Y desde cuándo se preocupa por mis horarios? Lo que pasa es que no le gusta escuchar algunas verdades. ¿O no? No hay problema, Ancón. Ya me voy.

—¿Puede quedarse un minuto más?

—¿Qué pasa?

—Sólo quiero que sepa que, no importa cuál sea su decisión, yo la respeto. Y la quiero. Ojalá no me haya tomado a mal *qué hice, qué dije, por qué se va, por qué la dejo ir*.

—Claro que no. Claro que no. Y no sé cómo decirle esto, Ancón, pero no me parece que hayamos hablado todo. Hay cosas que yo querría que conversáramos, pero ahora no tengo tiempo. Mañana vengo a la hora de siempre *qué me sale de la boca, mi lengua, sarnosa, mi lengua*.

—Beatriz, esto que me está diciendo me hace sentir muy extraño.

—Sólo quiero que sigamos hablando. Despierte a Tofé; está durmiendo con la boca abierta. Y sigan el juego, Ancón. Tofé necesita jugar un rato todos los días. No sea duro con él.

—También yo, Beatriz. También yo necesito jugar un rato todos los días. Aunque parezca que no.

*

De las reinas vírgenes Lasius neoniger que en vuelo se encuentran con los machos para copular durante su danza aérea, muchas terminan aplastadas contra los parabrisas de los automóviles. O en los estómagos de libélulas, pájaros y moscas. Otras se desorientan y caen sobre el agua. Escarabajos, sapos, chinches, arañas, ciempiés, se encargan de comerse a las muy pocas que han logrado ser fecundadas. Quizá una de ellas sobreviva.

*

Tu problema, en realidad mi problema, es que todo tiene que llevar tu firma. Esa rúbrica de mano izquierda que tenés, esa rúbrica de dedos largos, que se desparraman, que se extienden. Todo tiene que ser marca Mi Hermano. Mejor dicho Tu Hermano. Porque tu firma es tu mensaje para mí. Dicho así, sin sofisticaciones de ninguna índole, en segunda persona.

El problema es el siglo, la historia, y de dónde viene lo que tenemos. No puedo ver, mirando hacia atrás, aquellos autores que no firmaban los textos. No puedo verlos en vos. En tu imagen. O las estatuas que no estaban hechas para que se parecieran al tipo que representaban. Y vos, hermano, tan del siglo XX. Tanto progreso que ha hecho desde la época de esas estatuas sin nombre y sin rostro la historia del individualismo. Y vos, claro, sos de los grandes colaboradores que, desde el brillo de la actualidad, contribuyen a dejar muy claro que el pasado no es nada más ni nada menos que el pasado. Sin proyecciones, sin reflejos, sin reacciones en cadena sobre lo que para

nosotros, los habitantes de este planeta actual, es el hoy. No sos un noble dorio. No tenés ni la sombra del aplomado desprecio por lo individual de aquella nobleza atrincherada en las tradiciones de su grupito, de su casta. Sos el tirano de los finales de un siglo VII en una Grecia donde el individualismo crece y se eleva. Pobrecito, hermano. Y siento que te quiero, que tus angustias por reconocerte, por convencerte de la posibilidad de armarte autónomo y propio me conmueven y me hacen quererte desde el origen de los orígenes.

Tanto esfuerzo te he visto hacer en años, tanto enojo contra todo te he visto desplegar en función de conseguir para tu mente esa forma independiente, de concebirte libre de cualquier imagen unitaria del mundo, de nuestro mundo. Tanta lucha por llegar a construir para vos una conciencia de ese yo tuyo que te resistís a que sea nuestro. Tanta búsqueda de la abstracción, de la emancipación de tu propia imagen y de tu movimiento.

Y yo, que me siento tan en conjunto. Tan en grupo con el mundo. Tan en sociedad con vos y con la humanidad. Y no, no te enojés, no me acuses de emitir juicios y de estar siendo indirecto para terminar expresando de costado que mis sentimientos son más puros que los tuyos. Más, qué sé yo, sanos. No, hermanito. No. Viviría yo más tranquilo, es cierto, si fuera posible para mí estar convencido, descansar sobre la convicción de que viene con vos, con tu mente, de que es inherente a tu naturaleza, una cierta idea de conjunto. Un cierto, aunque fuera velado por tu orgullo, respeto por el concepto de segmento convexo. Vos sabés a qué me refiero. Esa superficie ocupada por la superposición de dos círculos. Eso que con una hipotética realización de tus sueños con Beatriz se llamaría triángulo de Reuleaux. Aunque, para decirte la verdad, se me hace excesivo. Con la superposición de dos me conformo. Ampliamente. Y estoy contento, casi, te diría. No creas que me desgañaría gritando para atraer hacia mí a las grandes multitudes. Hacia nosotros. Así que, si es por eso, podés dormir en paz.

Y bailar en esa área, ¿no? Desplazarse, conducir los propios compases, acordes, cadencias, construir figuras sobre ese piso bipolar con pasos que se adecuen a formas diversas, complejas, que nos permitan divertirnos, confundirnos, enredarnos, caernos, reírnos, siempre con el cuidado cómplice que nos permita no salirnos de las líneas del límite. Sería nuestra danza. Y no tendría la firma de nadie porque sería obvio que, de tener una, sería la firma de los dos.

NATATIO AETERNA

Córdoba, Alción Editora, 2011

Sara,
experta en rondas.

Donde las circunstancias de la vida no permiten que nos observemos con demasiado detalle, donde los pelos se arremolinan y se liberan en expresiones rebeldes, artísticas, patéticas, donde podrían acumularse toneladas de encanto y de tentaciones febriles: en la parte posterior del muslo, entre la articulación de la rodilla y el glúteo, siento la irritación. Allí, siento la irritación. Y me sobreviene una ansiedad epidérmica, como si el área se me hubiera convertido de pronto en un incendio. Y no hay manera de frotar, de calmar: tengo las manos atadas juntas, adelante, con una bufanda de seda que apareció en medio de este desorden escatológico. Y podría agacharme un poco, flexionar la cintura, y entonces las manos quizá llegarían atrás, con cierto esfuerzo. Pero tampoco: estoy atado a este árbol, con una sábana que me sujeta por sobre los brazos y el pecho, y otra por encima de las rodillas. Y un cinturón ancho, de cuero, me rodea el cuello y me lo ajusta contra el tronco del árbol. Y no me permite mover la cabeza más que unos milímetros, hacia un costado y el otro. Yo diría que, en realidad, lo único que puedo mover son los ojos. De manera que ni ilusiones. Y con este panorama para mi cuerpo, y con esta perspectiva para mi futuro, este imbécil no tiene mejor idea que venir a hacerme la simpática, la tríplica, trigonométrica pregunta: ¿Usted quién es, cómo se identifica, a qué grupo pertenece? Y yo, que lo único que logro tener activo es la falta de imaginación, contesto: soy uno, una, me identifico con esto que usted ve y, sin duda alguna, soy parte.

No es tan fácil encontrar un argumento capaz de despistar al ingenioso Heráclito con todo su bla-bla-bla, que encima no es que venga de cualquier lado sino que viene nada menos que de Efeso, que ostenta su hormigueo, su ebullición, su movimiento propio. Y a mi pie, a mi pie derecho de arco pro-

fundo y de empeine ondeado y armónico, ¿a quién se le va a ocurrir tratar de convencerlo de que está inactivo, quieto, fijo en su propio lugar, colgando del tobillo que le corresponde, al que pertenece, de la pierna que lo sostiene, sin intentar, sin lograr desprenderse finalmente, sin iniciar su armonía, su tropezón, su danza? Es el problema de siempre: las pequeñas pavadas, los detalles que se tornan ininteligibles. El arco de mi pie. El arco del pie de mi Satanás, del Satanás que soy hoy, diferente del que seré mañana, el que hoy me hace apoyar la nalga izquierda sobre la madera en listas que atraviesan el piso del salón revestido de espejos. Apoyo la nalga izquierda sobre el piso de madera y giro un poco más a la izquierda, quedo ubicada en un ángulo de setenta grados con respecto al piso, y estiro la pierna derecha en dirección al aire. Al aire. La estiro. La estiro. Observo con lentitud la línea firme y curva de los músculos que me sostienen cuando el peso de mi cuerpo habla por mi cansancio y tiende a orientarlo hacia el centro de gravedad de este planeta que habitamos. Y la lucha, la lucha por el equilibrio: te caés, no te caés. Te caés, no te caés. Y estas tiranteces, estos tendones, siempre dando la respuesta, listos para mantenerme en pie. Minúsculas opulencias que nos son concedidas.

Mi madre. Recuerdo a la que ahora es una especie de arbusto por el que la savia, que va quedando rezagada, circula más que nada por el área todavía verdosa de algunas hojas. Esa insignificante porción de vitalidad que le asoma ahora por lo que fueron los ojos. Recuerdo el otro tamaño, la antigua abertura de esos párpados, la firmeza y la rectitud de la nariz incrustándose en mi cerebro, inyectándome sonidos, *danza, danza. Barra. Zapatillas. Espejos*. Por qué, cómo me habrá convencido. Qué punto de mi cerebro habrá tocado su nariz, qué blanduras de mis neuronas habrán dejado penetrar el impulso eléctrico despedido por esa nariz de mi madre, por sus brillos, por las impurezas de su piel, por sus humedades internas. Lo que siempre digo: las pequeñas pavadas, los detallitos que se supone pueden proporcionar todas las respuestas, y que al final del camino resultan tan de otras dimensiones.

Es esa tendencia que tenemos los que elegimos por la danza, o por la actuación, o por el modelaje, a dejar que todo indicio de comprensión de algo se escurra a través del cuerpo. Lo que el cuerpo no comprende, no entiende, desaparece de lo considerado posible. Pasa a la categoría de misterio.

Por eso ahora recuerdo a esa madre por la que ahora soy lo que soy. La 'm' de misterio le inspira a ella otra 'm', la de merde, mierda, y le arranca insultos ácidos y variados. No hay misterios, decía. Dice. Todo lo que hay que hacer es pensar. No es verdad que no sea posible ser una bailarina con dotes intelectuales. No es verdad. El intelecto es indispensable. Bueno, sí, claro. Hay combinaciones mágicas y hay combinaciones siniestras. A la primera posibilidad no la aceptaría, mi madre, y a la segunda la consideraría una excusa para justificar lo que yo sostengo, y lo que yo sostengo es que mi

madre, con su consistente brillo intelectual, jamás intentó dar un mísero paso de baile. Y yo ando, paso a paso en las ejecuciones de las piezas de ballet, detrás de la magia. ¿Quién me lo va a discutir?

Y me acerco a ella para alcanzarle el plato de comida de las seis de la tarde, y avanzo sobre las baldosas de la cocina y, con mis adquiridos y parsimoniosos pasos de bailarina, estiro mis brazos con el plato delante de mi cuerpo, y encuentro su mirada. Pero no es casual. Sé que está ahí, y la busco. Ejerce ese magnetismo sobre mis propios ojos porque se me ha estado clavando en la conciencia por más de ininterrumpidos treinta años. La mirada que acusa: no bailás lo suficiente, Sigi. No estás obligada a alcanzarme la comida. Andá a bailar. La forma, el formato que mi madre puede darle a la curvatura de las piernas de una de sus hijas. Las piernas de la hija amasadas por las yemas, por los huesos de los dedos de las manos de esa madre. Músculos con forma de madre. Tendones madreos. Nervios amadrados.

Y ¿qué habrá pasado en Efeso? ¿Cómo habrán moldeado las piernas de sus hijas bailarinas las madres de Efeso? ¿O no había madres en Efeso? Quizá no había madres en Efeso. Al menos madres que apretujaran las piernas de sus hijas bailarinas. ¿No? ¿Sí?

No sé. No sé. En realidad quiero olvidarme de las madres. De la mía, de todas. De la que quizá yo sea algún día. Qué importan. Qué significan, realmente. Hasta dónde llega su función, hasta dónde llega la función que cumplen. Que creen cumplir. Que se desesperan por desempeñar. Que nos frotan por toda la cara, rinconcito por rinconcito. Por la boca y la nariz y los ojos, como para darle inicio al orgiástico plan ineludible. Por la frente y las mejillas y la barbilla para ir cubriendo las áreas aledañas y, como para ir acercándose lentamente al final, con puntiagudos dedos de estrella de mar o de medusa, introduciendo fehacientemente cada detallecito de la bienamada función por entre los más ocultos intersticios: la línea de unión de los costados de la nariz con las mejillas, la hendidura entre el labio inferior y la barbilla, el pozo azul, o negro, o marrón, pero siempre cautivante, de las ojeras, el pliegue que forma la redondez de la cabeza con la parte posterior de las orejas, y el doblez del párpado superior, sobre todo cuando uno es de los que mantienen siempre los ojos muy abiertos. Y para no dejarla renga ni incompleta, los oídos. Los conductos auditivos y los alrededores del martillo, del yunque y del estribo. Las fosas nasales hasta su conexión con la corteza cerebral, la lengua, todas sus zonas inferiores y laterales, y la garganta, no dejemos desamparada a la garganta, por favor, que es la que habla, los que hablan, los que hablan, los que hablan, protejamos a los que hablan, salvémoslos, mantengámoslos cerca, acurrucados contra los huecos de nuestros cuerpos, démosles calor, empollémoslos, procreémoslos, diseminémoslos y sigamos resguardándolos, por favor, la garganta, que habla, la garganta, sobre todo en sus áreas que conectan con el esófago, lugar de la concentración de los humores, de los alientos, de los signos de vida, de las

exuberancias, de pujanzas y de ahogos, de la índole de los superables y de la complejión de los fatales.

No puedo con tanto. Necesito alcanzar una altitud casi prohibitiva, y el peso de la vieja no ayuda.

¿Y Efeso? Que se vaya al carajo, Efeso. Con todas sus madres. Las que tuvo, las que no tuvo, y las que podría haber tenido. O no.

Una especie de condescendencia, habría que construir, de indulgencia, que mantuviera, aunque fuese a medias, una cierta forma de dignidad para la función de madre. Porque sin condescendencia no hay cómo sostener columnas de concreto mal mezclado, vigas de madera invadida de termitas, cimientos tapados por el agua y los contenidos diversos de las cloacas. No hay cómo.

Y menos mal que desistió de llamarme Broni. Bronita. O Niji. De acuerdo a si consideraba que debía sonar liviana, simpática, llamándome por el nombre, o severa y firme, llamándome por el apellido. Ese Brooooooniiii cantarín y, de acuerdo a su concepto de la vida, altamente seductor, que me convertía los sesos en un silbido de alarma contra incendios cuando el incendio ya se desató y no hay cómo pararlo.

El Niji le salía ronco, casi más Nojo que Niji, corto, drástico y estrábico, con un matiz dislexicoso, casi como un eructo pleno pero con un cierto desvío de duda, de desaprobación cultivada, de mundanería elegante, que le daba un tono bajo y decaído hacia el final, hacia los esbozos del agotamiento.

No puedo olvidar a mi madre. No puedo olvidarla, aunque todavía la tenga. Pero la complicación mayor va a surgir con su muerte. Realmente se va a quedar allí, perenne, perenne, irrevocable.

El infortunio de mis múltiples pero unificables edades, de mis múltiples pero unificables posesiones, de mis reconocibles pertenencias, todas, las que me pertenecen y a las que pertenezco. La tristísima, ineluctable perplejidad de saber quién soy. De no tener a mis espaldas la tarea de escrutarme, de identificarme y de tratar dificultosamente de quererme. El desesperante aburrimiento de la certeza. El insufrible estado de equilibrio. La desproporción que en realidad representa cualquier estado de paz interior. La imposibilidad de hacer coincidir entre sí las frecuencias, la vibración que produce el que explora, el que se explora, con la vibración que emite el cuerpo del que sabe de antemano. El deseo orgánico de investigar, y el encontronazo con la no necesidad, con la dura pared del quiero pero no necesito, o del necesito pero no hace falta. Yo creía que no sabía.

Yo tenía doce años y ocho de ballet, y creía que no sabía. Y llovían los Niji. Nojo: ¿y ahora qué te pasa? Por supuesto que sabés, y que te haya venido la primera menstruación no justifica ningún proceso de dudas. Muy por el contrario: eso representa la confirmación de lo que sos, de quién sos, con qué y con cuántas armas contás para mantener tus coherencias y tus perseverancias. Sabés. Siempre lo supiste, Nojo. Y mi terror florecía como una

fresia en estado de desesperación, múltiple, multiplicada por un millón, multitudinaria, múltipara, porque no había vez que el Nojo apareciera al final de un axioma formulado por la eficacia retórica de mi madre que no se convirtiera en una admirablemente concertada sucesión de fosforescentes Lully, Beauchamps, Noverre, Taglioni, Blasis, Petipa y Perrot, Bournonville, Pavlova, Diaghilev, Fokine y Massine. Qué más puedo decir. Yo era todos ellos. Dudas, ninguna.

Se disipan las ansiedades, eso sí. Ciertas, no todas. Se disipan. Y con la disipación sobreviene un cielo claro y azul. Y uniforme. Y monótono. Y aburrido. Y autoritario. Y displicente. Y letárgico. Y vidrioso. Y rígido. El cielo de los bailarines.

Pero ésa era la idea: evitar las inquietudes, las autoinquisiciones, los vasos de agua requeridos por la sequedad repentina en una lengua preguntona. No queremos sequedades repentinas. No-no-no. Nada de eso. Queremos la lubricación permanente, el fluir de los aceites, el efecto de un par de pastillitas diarias de cortisona. Y bueno, sí. A eso nos dedicamos. A la paz. A la paz del momento.

Yo tenía doce años y ocho de ballet, y tetas en formación, y culo parado. Y una madre eficiente que me llamaba Fokine. Petipa. Y una sangre en ebullición poblada de desmañados y activos glóbulos multicolores que me clavaban preguntas imperiosas en ciertas áreas vitales del cerebro. Y una madre que les salía al paso a esos interrogantes con una cara de no sé de qué estás hablando, parecéis retardada mental, vos pertenecés a una familia de gente que sabe todo, que no duda, que no anda en la búsqueda, que no anda vagando, que no anda aireándose el paladar de puro boquiabierto, mirando alrededor para ver si por una de esas coincidencias aparece en el horizonte algo interesante o entretenido. Vos no sos una pedigüeña, una mendiga, una pordiosera. Vos sos la que sos, y no sólo vos no tenés la duda en esta familia: nadie la tiene. Nadie la tiene, Broni. Y yo: ay. Yo ay-ay-ay.

Por eso es que ciertas habilidades se convierten en obstáculos insalvables. La habilidad, el poder de convicción de mi madre, es el obstáculo a mi libertad.

Pero no sé. Quizá, no. Quizá soy libre. Quizá no sólo soy libre sino que, entre paso y paso de baile, crezco hasta elevarme en múltiples vuelos, hasta realmente representar la libertad. Hasta conocer en profundidad su esencia. Hasta ser ella.

Porque considerar otra posibilidad sería no saber. Sería empezar con una cadena de interrogantes que no encontraría fin.

Así que soy libre. Así que represento la libertad. Y la ejerzo. Y la disfruto. Sí: la disfruto. Ése es el beneficio de ser libre: que a la libertad se la disfruta. Cuando el dedo índice de la mano derecha —o izquierda, si se es zurdo— se suelta, no digo físicamente de la mano, digo que se distiende lo suficiente como para expresarse sin prejuicios, y señala hacia la dirección que indi-

ca una preferencia cualquiera, se es libre: se está optando sin presiones ni influencias.

Como el año pasado. La coreografía de *El suicida* era tan cerrada. Tan circular. Tan triste en términos de las posibilidades que nos daba. Protestamos, discutimos, peleamos. Nada. Bailábamos como si hubiéramos estado unidos por cadenas. Pesadamente encadenados unos a otros por los pies. Yo, hasta me veía enrojecidos los tobillos. Me los miraba, me los escrutaba, y no me los reconocía. Sentía: no puede ser. Éstos ya no son mis tobillos. Mis finos tobillos. Les encontraba deformaciones. Engrosamientos. Lunares, pecas. Verrugas incipientes. Los veía contradecirme, desafiarme. Adoptar la estúpida actitud de un adolescente malcriado. Y dialogábamos, cada tanto, cuando yo por fin lograba lo que me costaba esfuerzos incontables: obtener de ellos una imagen de relativa normalidad. Nos comunicábamos. Y ellos me daban a veces largas y detalladas interpretaciones, a veces drásticas y rápidas respuestas, sobre lo que los llevaba a los cambios que yo notaba azorada. Y ¿en qué consistía toda la gran historia?, ¿en qué se basaban el enredo y los tantos engorros?: en la escasez de movimiento. En las pocas posibilidades de expansión. En la inexistente oportunidad de incorporar algún aporte creativo y propio. Nada nuevo, ¿no? Nada que ya no hayan dicho tantas veces tantos otros, incluida yo misma.

Así que alguien tenía que morir. Algo tenía que estallar. Y muy notoriamente.

Pero no podía morir un culpable. No podía morir la imbécil de la coreógrafa, porque el tipo de reacción que iba a surgir como consecuencia habría sido inadecuado. No habría servido a los propósitos del grupo. Ni a los de cada individuo. Ni como bailarines ni como seres humanos con propia idiosincrasia, al margen de cualquier ocupación o preferencia. Tenía que morir el más inocente, el que menos se lo pudiera merecer, el más flexible y dulce, que fuera talentoso y que gozara especialmente del afecto de todos. O de casi todos. Yo pensaba en Melina. Melina.

Porque la fuerza de las tensiones era sorprendente. Y la muerte de alguien odiado podía provocar tal shock por la coincidencia de los deseos con las formas que tomara la realidad que, en lugar de alivios, podía provocar más parálisis e inmovilidades. Y necesitábamos exactamente lo contrario. Nadie iba a atinar ni siquiera a festejarlo. La alegría no iba a hacer necesarios el duelo ni el baile que conjura a la muerte en sus merodeos por el área.

Pero la muerte de un inocente conduce al desconcierto primero, después a la rabia, a la tristeza, al dolor que es necesario alejar, a toda costa. Hace imprescindible el ejercicio del sexo, del goce, de la intensidad de la danza, que rebaten la presencia de la muerte, que la combaten, generalmente ganando la batalla. Y, al fin, lleva a la celebración de lo que fue la vida del inocente muerto en lo mejor de su existencia, y de allí conduce a la liberación de las angustias y de las culpas por haber permanecido vivo cuando el inocente

seguramente se merecía la vida más que uno mismo o que todo el grupo, bla-bla-bla, provocando, así, la apertura del círculo, del rompimiento del círculo vicioso que ahogaba, que sometía, que se permitía la prerrogativa de sobornar a la justicia.

Melina. Para mí era clave. Sensible, dulce, poco competitiva, que vivía ganándose la simpatía de cuanto personaje se asomara por los alrededores.

Es que por qué, por qué, con lo que se entrega de la vida de uno, con todo lo que se resigna, con lo que se dificulta minuto a minuto mantener las propias estaturas, las dimensiones internas, las proporciones morales con sus necesarios aditamentos éticos. Por qué va a aparecer alguien, cualquiera, simplemente, así, jugándola de distraído, como caminando por la vereda de una calle llena de jardines, escudriñando los colores, los olores, los grosores de los diferentes pétalos, los matices, todo como si fuera chupando, fibra a fibra, la pulpa de un jugosísimo durazno, como si nada fuera más importante en su vida que no chorrear la ropa, como si terminar con el durazno le fuera a llevar el resto de su existencia, por qué va a aparecer y con cara de qué dulce que es la vida va a someter a una compañía de ballet entera y la va a sacrificar y la va a amordazar y la va a convertir en un cúmulo de despojos. Por qué. Por qué razón, ¿a ver?

Melina era la más indicada. O, bueno: la menos no indicada. Era el catalizador menos inadecuado. Porque qué menos que la vida se le va a uno en construirse. En edificarse. En armar cada conjunto de células. En deshacerse de cada milímetro de grasa. En estirar y estirar las articulaciones. Los codos. Las rodillas. Los hombros. En erguir la columna vertebral hasta las últimas consecuencias. Qué menos que la vida entera. Quién tiene derecho a golpear los ladrillos del basamento para que se derrumbe el esqueleto completo, con el cuerpo, con lo que compone al cuerpo, y con lo que lo sostiene emocionalmente. Así que, por mí, que se vayan al carajo los coreógrafos con todos sus retardos mentales y cada una de las combinaciones de los mencionados retardos. Que tomen el mismo camino que las madres de Efeso.

Siglos y siglos llevó llegar a donde estamos. Y no hay cómo volver atrás. Además, quién quiere volver atrás. Con qué justificación. De manera que, considerándome libre y plena de facultades como para, después de un rápido análisis de las circunstancias, de un estudio de la situación de la compañía y de las necesidades de todos sus integrantes, decidí tratarme con cariño. Me traté con cariño y me dije: Sigi, Niji, cosita dulce, primor, sonrisa de princesa, vasito de oro con leche chocolatada bien caliente, pedacito del corazón de Jean-Baptiste, conjunción y superposición de Marie y Fanny, de Anna, Natalya y Rudolph, de Mikhail y Margot, granito de arroz en el plato casi terminado del fulgurante Vaslav, escupida sagrada de August Bournonville, gargajo catarroso de Massine, imbécil, subnormal, últimas gotas de la ilustre meada de Perrot, pelota de cera de los oídos de Ninette

de Valois, ya que la personalidad de que fuiste provista no te alcanza como para ejercer audacias mayores que terminen implicándote en un homicidio culposo, ya que tenés manos fuertes pero no muy decididas como para estrangular lentamente a la Melina de la salvación del grupo, a la virtuosa de la compañía, a la Jesusa quizá no de Nazareth pero sí de Quito, Ecuador, ya que no te quedan muchas alternativas más que la de poner en funcionamiento la magia de tu dedo, el índice de tu mano derecha (porque zurda no sos, ni esa peculiaridad, ni ésa ni ninguna otra), dale, entonces, estirá el dedito, dale, estirá el dedito en algún momento clave y señalá, y si no clave al menos significativo, apuntá hacia la tal Melina y pensá con fuerza que debe caer fulminada. Durante un ensayo, por ejemplo. Durante un ensayo general. De toda la compañía. Que caiga fulminada. Que caiga fulminada como por un rayo de los que abundaban durante las tormentas de hace varios siglos, en las épocas en que aparecían a borbotones las ideas borrascosas a lo Brontë, cuando todavía el comedido de Franklin no me había salido al encuentro con la difícilmente comparable brillantez de su inventiva. Que de la dulce Melina quede un tibio desparramo de cenizas, o tan sólo un puñado de pelos chamuscados decorando el aire. Una manchita negra. Los dos. O uno. O la otra. No importa. Prometo no exagerar mi natural extravagancia en cuanto a las preferencias en esta singularísima oportunidad.

Lo de heterogéneo que tiene la existencia ahora, lo de ecléctico, la mezcla de colores y aspectos, confunde. Confunde frente a ciertas uniformidades pasadas. Yo me acuerdo de una niñez en los sesenta en que la homogeneidad era el signo de los tiempos. El pelo tenía que ser lacio. Y mi madre, con sus rulos naturales y sus esfuerzos por estirarlos, se constituía en el ser más sufriente que sea posible imaginar. Pero esa estrechez, aparente paradoja mediante, me orientó. No me permitió la diversidad de caminos que es posible prever ahora. Había un tubo por el cual deslizarse y un orificio de salida por el cual emerger. Por eso sé quién soy. Por eso no hay espacio para la duda. De todos modos, que mi cuerpo y yo, sólidamente encarnados el uno en el otro, seamos un soldado de ese desfile, no significa que dejen de ser aprovechables las nuevas circunstancias, las diversidades atribuibles al licuadreo de los finales de este siglo. Yo no hablo de fantasmas. No hablo de juegos de la imaginación.

Sí hay diferencias entre la muerte de John Fitzgerald Kennedy y la de Melina Sol Lagares. No porque uno haya sido atravesado por balas y la otra haya sido fulminada por una decisión de su corazón de dejar de bombear. Esas diferencias son irrelevantes. En realidad ni siquiera son diferencias. Lo que establece la disimilitud es que la muerte de Kennedy es la muerte de Kennedy y la muerte de Melina es la muerte de Melina. Y los rayos y las ondas que crecen y se reducen, que aumentan y disminuyen alrededor de cada uno de sus cuerpos huelen diferente, están desdibujados por sombras creadas por luces distintas o que parecen distintas, y entretienen o aburren

según los movimientos y los ritmos que sugieren a los que son alcanzados por sus efectos. Simplecito.

De manera que la muerte de Melina estaba, con mucha anterioridad a los hechos, signada por: una compañía de ballet de la que Melina era parte y que la contenía, le daba forma, la determinaba. Una familia de la que era parte y que la contenía, le daba forma, la determinaba. Un grupo de amigos del que era parte y que la contenía, le daba forma, la determinaba. Una ciudad, un país, de los que era parte y que la contenían, le daban forma y la determinaban. Etcétera. Y un temperamento, y un carácter, que ejercían sobre su persona las mismas presiones, los mismos efectos que la compañía, la familia, el grupo de los amigos, la ciudad, el país. Y en ese contexto fue, dentro de ese aturdidero de simultaneidades, que una mañana de abril Melina fue entrando, paso a paso de baile, a la cafetería del teatro donde estaba casi a punto de estrenarse *El* (inconcebiblemente asqueroso con su irremediablemente vomitiva coreografía) *suicida*, paso a paso, lenta, demorada, con una sonrisa abierta y que, además de exhibir toda la simpática imperfección de su blancura, nos abarcaba a todos. Dijo, lenta, demorada: Por favor, terminen sus huevos duros y sus yogures, y vayan al escenario. Tengo un notición. Y ahí estuvimos. Todos. Invadimos el piso de tablas. Los setenta, incluida Melina, y la desopilante coreógrafa. Sentados, parados, abrazados. Esperando a la convocante. Que entró bailando. Sin música. Que fue entrando entre inmejorables arabescos y actitudes, y se situó en el centro del espacio que ocupábamos. Se detuvo allí y, con una expresión sospechosamente infantil que brotaba de entre sus cejas distendidas, y del ínfimo orificio de las comisuras de los labios, de las que se habían borroneado las naturales angulosidades, y del pocito de la barbilla, y de las no muy oscuras ni largas pestañas, separó las puntas de los pies y acomodó los brazos, dándole forma a la primera posición. Con la corta pollera transparente, de tonos rosados y con caída que usaba para los ensayos, y que en apariencia acababa de ponerse a los apurones. Y desde la quietud de la primera posición, y con los ojos cerrados con firmeza pero sin tensiones visibles, pronunció: Tengo cáncer. Sin levantar los párpados, separando las piernas y los brazos para ir formando la segunda posición, siguió: Vengo del médico. Y no voy a operarme. Algo desea mi muerte. No voy a luchar en contra de lo que sea que establece el designio. Siento la fuerza invasiva. La impunidad. La avasalladora energía de lo irreversible. Juntando otra vez los pies y acercando la mano izquierda a su cuerpo, todavía sin mirarnos, jugando un poco a la muñeca articulada pero rígida, volvió a abrir la boca: No es que no haya posibilidades de que una operación resulte exitosa. Sí las hay. Pero no tengo la disposición para una batalla de esas dimensiones. Algo me reclama. Algo me convoca. Y levantó el brazo izquierdo, y acercó a su cuerpo el derecho, y cruzó fuertemente los pies como aferrándose al piso, que crujía. Y quedó en la cuarta posición, para seguir: Voy a continuar bailando hasta que el cuerpo deje de

acompañarme. De todos modos mi mente, quién sabe, sus burbujas, van a bailar en mi cadáver para siempre. Elevó el brazo derecho y, desde la quinta, abrió los ojos. Secos pero con textura de terciopelo, perceptible casi a niveles de tacto. Completó, mirándonos desde la más profunda perplejidad, desde su más convincente sonrisa: Y no hay discusiones al respecto.

Yo de alguna manera sabía que, durante el tiempo que iban durando sus palabras, mi mirada se había quedado adherida a la valijita que había dejado asomar un borde por entre las cortinas a veces un poco movedizas. La valija que contenía la corona, el reloj despertador y la maquinita de afeitar.

Melina giró la cabeza de pelo lacio mitad recogido, mitad suelto, hasta abarcarnos en un paneo simple, sin minuciosidades. Y los codos semiflojos de la quinta posición de pronto se le aflojaron más, de una manera torpe, y los ojos se le cerraron otra vez, pero sin intervención de su voluntad, y las rodillas fueron permitiéndole una especie de genuflexión inacabada, fueron dándole la oportunidad de ir cayendo y, sin demasiados sonidos, como en medio de un mareo deslucido y ajeno a su propio cuerpo, finalmente se desplomó sobre las anchas tablas del piso, en el centro del círculo desprolijo que habíamos formado para escuchar sus noticias. La velocidad de los médicos no la mantuvo fuera de la decisión de su cuerpo de dejar de funcionar. Paro cardíaco. Y no fue el cáncer, sino la pena por tenerlo. La tristeza de estar dejando la vida. Y las pocas ganas de atravesar un proceso sólo inevitable con una muerte previa, y nada elegante.

Y todo esto sin que yo, sin que mi brazo, sin que el dedo índice de mi mano derecha –porque ni siquiera soy zurda– la señalara. Sin que mi dedo apuntara hacia ella. Hacia mi tierna Melina: apedreado Balder, lechoso Tammuz, musical Orfeo despojado de Eurídice. Ella: la Jesusa de Quito, Ecuador.

De forma tal, señoras y señores, que, limpiamente, prolijamente, fuimos cerrando alrededor de su cuerpo muerto el círculo que en origen había sido armado para escucharla. No nos dio tiempo a contestar, a rebatir. Adiós, Melina. Sólo podíamos decir: Melina, adiós.

Pero entonces después, no demasiado tiempo después, es cuando aparecen, cuando se abren camino por los recovecos de la mente, por la dilatación de los poros, las infinitas instancias posibles. Y vienen ilustradas. Coloridas. Pavo real, cola de pavo real desplegada en verdes metálicos y dorados, no tan respetuosos de los naranjas adyacentes. Ojos abiertos en miradas circulares que abarcan los límites de lo mensurable. Rencillas internas entre los que no se definen por una versión del cielo: entre los que hablan de un espacio infinito y los que lo conciben terminando en algún momento ignorado, ignorando lo que sea que pueda suceder después. Entre los que no pueden imaginar la vastedad y los que no son sistemáticamente vencidos por el impacto de las diversidades. Ilustraciones repetidas de los despliegues de la esponjosa pollera de Marilyn Monroe, la ondeada y voladora. La volátil.

Fascinación por sus alcances. Encantamiento por lo que incluye. Hechizo por lo que inventa. Embeleso por lo que miente. Embrujo por lo que vende. Sometimiento por lo que otorga. Amplitud. Amplitud. Despliegues. Secretísimos ensanchamientos de tuberías, desagües, conductos que circulan enredándose por debajo de los asfaltos y de los reflejos lunares y de los brillos de las lluvias y de los sonidos sordos abriéndose en marchas con formato de rayos solapados y de ondas furtivas por las subterráneas galerías de las metrópolis del mundo. El dibujo de coordenadas arrancando desde el centro de los tiempos, ejes y planos proyectándose hacia un presente de velocidades y hacia un futuro de desconocimientos, de ignorancias.

Y así, con toda la imaginación habitando las densidades de la sangre, inmediatamente después del funeral, del entierro y de los llantos masculinos, femeninos e intermedios, camino a los autos para ir regresando a nuestras casas respectivas, y antes de subirnos y arrancar, nos fuimos mirando entre nosotros y, sin necesidad de palabras, todavía dentro de los límites del cementerio, empezamos a bailar y seguimos bailando por horas, mientras el resto, los llorones más persistentes, nos miraban curiosos o se iban yendo sin entender, o se esfumaban del área justamente por haber entendido. Y de este placer y de esta rabia salió la nueva coreografía, fortalecida por el desconcierto de la coreógrafa y por lo terrorífico de su ineptitud. Por la turbación que sentimos todos hacia el aniquilamiento y el deterioro y la imperativa necesidad de conjurarlos. Porque estaban allí, andaban, andaban alrededor. De manera que los habíamos tocado, los habíamos aceptado ante nuestros ojos, habíamos percibido su gusto agrio, yogur pasado, re-pasado. Huevo duro fuera de combate. Los habíamos dejado entrar a nuestra frente en forma de música, y todavía los olíamos. Eran tan olibles. Y había que sacárselos de encima. Pero en serio. Así que las nuevas figuras coreográficas fueron surgiendo límpidas desde las hojas delgadas del césped del cementerio, desiguales, tan dibujadas, desde los casi completamente florecidos terrones de tierra de los jardines de los alrededores. Éramos los sesentainueve de la compañía, y la coreógrafa observando, mientras saludaba a familiares y amigos con tono de dueña, de responsable de la casa (ya que no lograba ser responsable de nada más edificante), y falta de alegría de vulgar culpable.

Melina, no. No estaba allí. Ni en cuerpo ni en espíritu ni en polvo de cadáver, ni en partículas en descomposición ni en la multiplicidad de tonos rosas de la pollera de ensayos con que había sido enterrada, ni en formas ni en movimientos. Ni en recuerdos. De los sesentainueve que éramos, de los sesentainueve que bailábamos intensamente por los alrededores de su tumba y de otras tumbas, nadie ejercía el pasatiempo del recuerdo. Nadie, quiero decir, la recordaba. Nadie le permitía a su ocupado cerebro el solaz de la pena ni el regocijo de la melancolía. Ni siquiera de la sorpresa o de la perplejidad. Había surgido de la nada, supuestamente, la coartada más exacta que se pudiera esperar, y había que hacer uso de ella. Sacarse de encima,

si no a la coreógrafa, al menos a su increíble invento y a todas las vejaciones que implicaba. Así que, adiós. Había que activar los músculos y hacer aparecer otros bosquejos, nuevos borradores, limpios diseños a lo largo de la línea de nuestros horizontes presentes y venideros.

Y yo, con los demás. Nunca por mi cuenta. Al ritmo de los treintaicinco hombres y de las treintaitrés restantes mujeres que se desgastaban, que se corroían íntimamente, que rasqueteaban sus emociones sin saberlo y las acomodaban a las circunstancias. Yo, dándome a los hechos. Entregándome a las necesidades del momento. Cuidándome de no aparecer sin interés por nuestras ansiedades ante las ansiedades de nadie.

Porque son asunto delicado, las ansiedades. Muestras de indiferencia, de desapego o de un exagerado entendimiento de los hechos, despiertan sospechas. Y una preocupación demasiado acentuada frente a un suceso que sorprende pero que, en última instancia, puede ser entendido o aceptado alguna vez, otro tanto. Así que, yo, santita. A la medida de las cosas. Que es la verdadera forma de sentirse parte de algo. De llegar a serlo. Tranquila, hasta exhibiendo discretamente un tono meditabundo, aunque no llegando a triste. Entre absorto y cabizbajo. De vez en cuando mordiéndome, sin énfasis, el labio inferior, y sonriendo levemente ante cualquier *Sigi, escuchá esto, fíjate en esto otro*. O sea: santita.

Es que para formar parte de algo hay que ser un poco santo. La inocencia, diría yo con una inflexión más adecuada al tema, es un requerimiento de la pertenencia. Digamos: la inocencia a la que me refiero no necesariamente tiene que ser auténtica. Lo que importa es su función de lubricante. Un poquito beato, hay que ser, y ésa es la condición que muchos interpretan como adaptabilidad. En fin. Esa complacencia que garantiza a otros el menor nivel de conflicto. Un grupo puede mantener relaciones internas tensas y complejas, pero para que no sucumba como grupo, para que no estalle, hay que prever ciertos límites. Gran cacerola en la que combinar los ingredientes: sesgo inocente, algo de talento pero que no alcance a ofender a los más mediocres, sensibilidad para captar las señales que indican en qué momento hablar y, sobre todo, cuándo mantener adherida la lengua al paladar. Qué más. Ah: y fuego. Un poco de fuego debajo de la olla, como para que los elementos se asocien entre sí en un proceso químico favorable a todos, para que todos los integrantes del grupo sientan el calorcito, sepan que están incluidos, para que se sientan seguros y fuertes.

Porque, al fin y al cabo, ¿quién soy yo sino ésta? ¿Quién soy yo sino este ser humano, mujer, porque en eso no hay confusiones, bailarina de ballet, que todavía intenta, de vez en cuando, no sentirse mediocre? ¿Qué soy sino este par de piernas y esta cintura? ¿Qué soy sino este pedacito de papa, entre una multitud, que, junto con el huevo bien batido y algo de condimento, forman la alianza, la gran coalición llamada tortilla de papas o, lo que es prácticamente lo mismo, compañía de ballet?

Si no supiera quién soy no habría tenido este sueño: una tal Cintia con el cuerpo y la cara de mi amiga Cintia acababa de enterarse de que tenía un cáncer que la iba a terminar de matar en un mes. Y tenía un bebé recién nacido. Evidentemente su dolor era profundísimo, sobre todo porque iba a dejar a su hijo siendo tan chico. Su grupo de amigos íntimos, entre los cuales estaba yo, por supuesto, la rodeaba todo el tiempo, ofreciendo ayuda en cositas, ofreciendo ternura, ofreciendo silencios. Esos silencios. Además esa tendencia mía a proteger a otros, tan provocativa, al fin y al cabo, que me ha hecho cometer todo tipo de estupideces, reaparece en esta aventura onírica (digamos) cuando yo le expreso a Cintia que mi deseo es que deje el niño a mi cargo. De manera que Cintia, no lerda, no perezosa, no inquieta, quién sabe si más contenta que otra cosa, chiquito, bebido daba-da, du-du, cuchi-cuchi, le dice al proyecto de ser humano que patalea en sus brazos que sí, que mamá se va a trabajar lejos por un tiempo, quizá largo, pero esta amiga, una de las personas más generosas y dulces de esta existencia (lo de 'esta' hará referencia a que hay alguna otra, asumo), la va a reemplazar, y será lo mismo, lo mismo, lo mismo. Pero éste no es cualquier bebé. No, no, no. Nada de eso. Éste resulta que revela sus prodigios cuando, al escuchar las declaraciones tan estimulantes de la madre, decide girar lentamente (pero muy humano, nada demoníaco, nada robótico, nada monstruoso ni susceptible de la sacrificada acción del padre Carrá) la cabeza, y lanzarme una mirada luminosa, achispada, llena de adulta inteligencia, y hasta cómplice, y hasta hambrienta. El bebé de pecho. El cuchi-cuchi. De pecho. Momento desde el cual, y durante el mes que le queda de vida a la madre, el niño parece considerar que lo más adecuado o conveniente, seguramente para él, porque no es cuestión de quedarse sin madre siendo todavía un desamparado y vulnerable inocente, es acelerar su proceso hacia la adultez. De manera que día a día se ven los cambios, y va pasando de pesar cinco libras a pesar doscientas, y se convierte en un musculoso, fuerte y alto muchachote que no puede ocultar sus tendencias a los deportes. Se viste con ropas de gimnasia que cubren mal los glúteos tensos y notorios. De buen humor constante, el ex-bebé despliega simpatía y no deja de mirarme con complicidad. Y tiene una pavorosa intensidad en la mirada, con la que mantiene conmigo asidua y virtuosa comunicación. En la última visión que tengo de los dos, Cintia y su adultizado hijo caminan uno al lado del otro, de espaldas a mí. Ella no se da vuelta, no me mira, aunque sabe que estoy a sus espaldas. Pero él, con unos pantalones y una campera de tela de nylon azul semitransparente, que dejan muy clarificadas sus formas enfáticas y definidas, que marcan sus glúteos como si se hubiera echado una larga caminata bajo la lluvia, porque chorrea agua, su madre no pero él sí, está empapado y distendido, él va caminando junto a ella y va dándose vuelta cada tanto, transfiriéndome a través de las pupilas y de unos iris posiblemente celestes, una especie de mensaje tranquilizador que funciona bien, que con eficacia me asegura que

sí, que sí, que es todavía el bebé que queda a mi cargo. Cintia va caminando hacia su muerte, ya que se ha cumplido el mes, sin interesarse ya por lo que va dejando atrás, y él no abandona a su madre hasta último momento, con la deferencia del que considera necesario que sea recibido su mensaje: Mamá, sé que no has querido abandonarme. Sé bien que tu partida no es abandono.

Y yo digo, cayendo irremisiblemente en la pavada, en la ineludible tontería neófito, que es lo mismo que decir en la desconcertante ingenuidad freudiana, o en la fantasiosa masturbación jungiana, total por qué no, si ellos se arrogaron el derecho quién se va a atrever a quitármelo a mí: Cintia, ¿es Melina? El hijo de Cintia, de Melina, ¿es la nueva coreografía? ¿Me siento heredera de la nueva coreografía porque deseé intensamente la muerte de Melina? Vamos, Niji, Nojo, ¿no te da vergüenza? Vamos, Margotita, olorcito, restito en evaporación del sudor de Margot, tranquilízate. Nadie te está echando la culpa de nada. No sos culpable de nada. Desear no es llevar a cabo. Ni siquiera es provocar los hechos. Has sido la espectadora más inocente de la consecución de tus propios deseos. De la plasmación de tu imaginario. Has sido el testigo más inactivo –aunque no lo quieras creer, aunque te habría encantado haber tenido la capacidad de protagonizar este suceso– de la materialización de tus pensamientos. Cómo se cierran de rápido los círculos. Joder.

Se es eso: se es la pierna izquierda estirada hacia atrás logrando el equilibrio, ese equilibrio, en combinación con la otra pierna, la que sostiene el cuerpo completo contra el piso. Y ésa es la belleza. Se es el catalizador de quién sabe cuántas potencialidades. Eso soy yo. ¿Qué otra cosa podría ser, si ni siquiera puedo asegurar que soy eso o cualquier otra cosa? Se es la íntima sustancia transformadora, imperceptible, se es la sabiduría del momento. Y ninguna otra sabiduría. Sólo la que es indagada, interrogada por la emoción del instante, indomitable emoción, enceguedora. Se es esa sabiduría. La de la fuerza con que se oprime el pie contra el piso, que permite la absorción de la gravedad por el eje que atraviesa el centro del planeta. Que permite mantener cierto balance mientras el otro pie se extiende, aparentemente sereno, hacia direcciones infinitas. Pero tan cercanas a nuestro propio cuerpo. Tan apretadas contra nuestras axilas. Tan de aquí mismo.

Se es esa fuerza. Ésa con la que se es lo que se es, con la que se entiende que se es eso y ninguna otra variante, que se es parte de algo y de nada más, con la que se duda sobre lo que se es, con la que se niega a los pataleos y a los gritos lo que se cree no ser, con la que se demuestra que negarse a ser parte es ser parte. Con la que se prueba que declararse ajeno es pertenecer.

Mientras la lluvia anestesia, mientras el sol calcina las emociones, las fríe, las ennegrece, mientras la levedad de los sonidos de la noche despierta, enerva.

Se es. No se es. No importa. Siglos en la tarea de interpelar eslabón por eslabón la larga respuesta dada. Milenios. Las piedras. Lo que sea que pueda

reverberar por encima o por debajo de esas piedras. Entre la dureza de la superficie oculta y la blandura de la lombriz que se debate por aparecer. Y la calidad quebradiza del lomo del escarabajo. Dureza contra fragilidad. La dureza resistente del tiempo y de las acumulaciones contra la fragilidad de lo presente, de lo efímero. La dureza de la sabiduría, de la incondicionalidad de la historia, contra la fragilidad del argumento rebatido en un instante que ya se fue. Mi dulce, mi impropia Niji. Mi propia Nojo. Yo misma, mi propio escupitajo de Margot. Mi madre. Mi madre. Porque si mi madre me hubiera ayudado cuando yo lo necesitaba. Si mi madre me hubiera comprendido cuando yo lo necesitaba. Si me hubiera dejado un espacio. Un espacio para apelar a mi propia personalidad. La que de verdad debiera haber sido la mía si no me hubieran bloqueado las salidas de la nostalgia, las válvulas de escape de mis pequeñas decepciones adolescentes. Atrás quedó mi temperamento, quién sabe cuál. Temperamento. Personalidad. No sé. Uno de los dos. O una combinación. Que la personalidad se adquiere, dicen. Y que con el temperamento se nace. ¿Y quién me lo va a probar? Harto de repetir lo que se les ocurre a otros, estoy. Yo quiero que el temperamento sea adquirido. Y punto. Me pregunto por qué no puede serlo. Quién me lo impide. Yo sé qué me lo impide: mi música. Mis blues. Mi keyboard. No dejan que mi temperamento sea adquirido. Ni que mi personalidad haya nacido conmigo. ¿Por qué? Simple: porque uno no es libre cuando depende de algo. Y yo no quiero jugarla de psicólogo barato, pero el que depende no es libre. Hasta los gatos lo saben. Hasta las cucarachas, que si no comen se mueren como cualquier ser vivo. Y eso que no hay quien las extermine. Y yo dependo de mis responsabilidades. ¿Cuáles responsabilidades? Por empezar, mi música. Esa dependencia no me permite decidir nada. Ni siquiera que la personalidad que tengo nació conmigo. No me permite ablandar mi cerebro para amasarlo. Para cambiarle la forma. Y, de paso, hacerlo más interesante. Por eso a veces pienso que nunca voy a conseguir lo que quiero. Aunque, es cierto, hay dependencias y dependencias. A una ya me la saqué de encima. La que creía que significaba libertad. Y que en realidad me mandó de esclavo. La que se hizo cargo de mis energías hasta dejarme sin una gotita. La que se hizo cargo de mis líquidos. De mi sangre. De mi pis. De ésa, ya estoy libre. Todo lo que uno puede dejar que se vaya por ahí. Por ahí. Ahí. Ahí. Je. Pero ya. Ya dejé atrás esa desesperación. Veinticinco. Vein-ti-cin-co años. Bueno, no: un poquito menos. La diferencia no es trivial. Ese poquito cambia todo. Decir diecinueve no es lo mismo. Veinticinco suena a cuarto. A cuarto de siglo. A siglo. Golpea duro. Impresiona. Cómo le va a sonar al público *diecinueve años de cocaína...* No. No va. Para nada. Suena débil. Diecinueve. Débil. Las mismas vocales. Anémicas. Famélicas. Sin fuerzas para alcanzar la meta. Diecinueve. Ni a veinte, llega. No. No va. Para que golpee en serio, tipo mi bajo en el living de mi vecina, la protestona, necesitamos una 'o'. *Veinticinco* va bárbaro porque, después de la 'e' y todas las 'i', aparece la sor-

presa de esa 'o' que, sádica, perversa, nos recuerda intensamente la realidad. El último sonido que escucha el público es esa 'o'. Y yo puedo hacerla profunda. Dura. Oscura. Gruesa. Para dejarlos temblando. *Veinticincoooooo años...* Para descomponerlos. Para destartalarlos. Para que cuando aparezca un productor me ofrezca un record deal. Uno que entienda mi música. Por supuesto. That's what I need: a record deal. Ni más ni menos. Necesito que aparezca ese dios. Que oiga mis blues y mis rock 'n' rolls. Y mi piano. Y mi órgano. Y decida que conmigo va a ganar el dinero del mundo. Porque, no jodamos: esto es un negocio. A la otra historia a mí no me la cuentan. Digo: la del arte musical. Por eso, ya pasé. Ya anduve por esos caminos. Embarrados. Regados de piedras filosas. De animales muertos. Podridos. La creatividad, o como se llame, no me conmueve. Al menos que venga arrasando una gran bolsa de guita. Bien pesadita. Para invertir. Para comprar. Mejores guitarras. Mejores músicos. Que traigan más éxito. Más dinero.

Un record deal. Eso. Un toque de Dios. Necesito un toque de Dios. Una inyección de Dios. Y esa idiota que no entiende. Con su mierdoso comentario: Vos no necesitás un toque de Dios. Vos necesitás un toque de tu conciencia. Como si yo no hiciera suficiente. Como si ella no supiera que no paro.

Siempre quise una pick-up. Desde chico quise tener una pick-up. Y la sigo queriendo. Y la voy a conseguir. Necesito un record deal.

Una pick-up no es una Harley. A la Harley ya la tengo. Dos diferentes asuntos, éstos. La Harley es una parte de mi cuerpo. Produce un sonido. Produce una energía. Produce su propia marcha. Que es mi marcha. Una marcha que puede llegar a ser eterna. Porque una Harley puede volverlo a uno inmortal. En serio. Todo depende de por cuánto tiempo quiera yo tener mi Harley. Mi hermana. My buddy. ¿Cuántos meses llevo con mi Harley? Seis. Seis meses de Harley. Uno se acostumbra. No se puede vivir sin la Harley después de saber lo que es tener una. Y lo otro: el miedo. El terror de que a uno se la roben. De que a uno lo despojen del propio cuerpo. Las cosas de las que se puede ser capaz. Lo que uno puede hacer para defender lo propio. Lo que a uno le pertenece. Que es, ida y vuelta, lo que le da a uno las órdenes. Porque mi Harley me pertenece a mí tanto como yo le pertenezco a ella. Si no, ¿cómo se explica?, ¿cómo explicamos algunas locuras? A ver: ¿cuánto tiempo tuve atada a mi muñeca izquierda la sogá que me unía a mi Harley? ¿Cuánto tiempo? Me podría haber arrancado la mano, el brazo, destrozarme completo, si a alguien se le hubiera ocurrido robármela. No estoy imaginándome nada. No invento. No estoy mintiendo. Una Harley es una Harley, y hay que defenderla. Mantenerla cerca. Convertirla en uno mismo. La imbécil de mi amiga, me dijo: Tendrías que escribir una canción con esta historia. Le pregunté: ¿Yo y mi Harley? La estúpida me contestó: No, Ed. No: Mi sogá y yo. Y en ese orden. Nunca el 'y' adelante. Nunca. Y me largó lo del burro. Al principio sólo tuve un golpe lejano, débil, de intuición, sobre lo que había querido decirme con eso —o decir; no tanto decirme como

decir, y parece que ella, más que nada, estaba tratando de decirse cosas a sí misma, con respecto a mí, posiblemente—. Total que con el tiempo revisé un poco las palabras de mi amiga y me pareció haber captado la sagacidad del insulto. El grado de acidez. En algún momento llegué a pensar que me estaba, entre otras cosas, sugiriendo el suicidio. Pero la estúpida no sabía todo. Nadie sabe todo. Y menos mal que ignoraba que la sogá no sólo ataba mi mano a la Harley sino también a mi valijita de metal, ésa en la que guardo la corona, el reloj despertador y la maquinita de afeitar. Si lo hubiera sabido se habría burlado de eso también, y me imagino fácilmente el desastre de muebles, vasos y platos que habría tenido que presenciar mi amiguita. Y después me escribe por e-mail que nunca más vuelva a decirle estúpida. Claro que ese *estúpida* no vino relacionado con la historia de la sogá, porque creo que se lo dije antes.

Sí, eso había pasado un tiempo atrás, cuando la desagradecida de mi amiga se puso a protestar porque tenía que viajar. Iba a Europa para hacer como quince lecturas de un libro. De una novela de ella que había sido publicada en alemán. Y la ridícula, protestando. Quejándose. Ya habíamos discutido eso otras veces, y esa noche, otra vez. Le dije: De qué te estás quejando. Te vas en un book tour. Yo me muero por tener un tour con mi banda. Ella contestó que estaba harta de los tours que se le llevaban lejos de Los Ángeles. Que cada vez que se va, extraña la ciudad. Dijo: Vos no entendés. Le contesté: Sí entiendo. Insistió: No, no entendés. Y ahí me puse furioso. Tuvo que oírme decir: No seas estúpida. Vos no me vas a decir a mí qué entiendo y qué no. Primero se quedó callada, y pareció que no le había afectado. Y un par de días después me largó el rollo completo diciendo que yo le gustaba, pero que de todos modos había cosas que le desagradaban mucho de mí. Y que esas cosas eran más bien serias. Y que entre ellas estaba ésa de «No seas estúpida». Zas, dije yo. Aquí sigue la lista de asuntos devenidos en reivindicaciones en la lucha por la liberación femenina. Porque esas feministas tienen el mate torcido. O te miran como si te estuvieran largando un vómito en la cara, por supuesto que sin dignarse dirigirte la palabra, o tratan de reclutarte para la causa. Las damiselas ésas que te vomitan son casi siempre las que se pasaron a la vereda de enfrente, y las que te quieren reclutar te manipulan para que las mantengas, así no tienen que laburar y pueden usar tu dinero para militar en tu contra. Las grandes feministas. Así que pensé: aquí se me viene encima la niña con el tonito combativo. Ahí se me viene arremetiendo, mi amada, con los tambores de guerra. Se me va acercando con toda la artillería desplegada. En primer lugar, tal cosa. En segundo lugar, tal otra. En tercer lugar, lo de más allá. Esa clase de listitas, no sé si me explico. Pero no. Sorprendente, pero no. Decía, después de otras apreciaciones, sólo eso sobre mi graaaan insulto. Nada alarmante. Pero hay que reconocerlo: no me quedaron ganas de llamarla estúpida. Y eso que ni hizo un gran escándalo. Pero nunca más. No sé. A lo mejor ella tiene razón

y la estupidez es otra cosa. Quizá estupidez sea esto de no estar dispuesto a renunciar a la esclavitud. Esto de querer siempre ser esclavo de los propios deseos. De las propias obsesiones. Como, por ejemplo, la de hacerse famoso. Como para no ser obsesivo, con la cantidad de años que llevo perdidos. Todo lo que necesito hacer ahora es recuperar ese tiempo. No es que sea lo más fácil del mundo, hey, pero se puede. Se puede volver atrás. Hay maneras. Si el día tiene veinticuatro horas, que son bastantes, aprovechando la mayoría de esas horas (y no como hacen otros, que en realidad usan la cuarta parte de ese tiempo en forma productiva) se puede. Por ejemplo: si un día tiene veinticuatro horas y un año treientos sesentaicinco días, el año viene teniendo –mejor con números, porque con letras no hay papel que alcance– 8.760 horas. Porque sería así: el día tiene 24 horas, y una semana tiene 7 días. $24 \text{ por } 7 \text{ da } 168$. $168 \text{ horas por } 4 \text{ me da las horas para un mes: } 672$. Multiplicando $672 \text{ por } 12 \text{ meses}$, me da 8.064 horas . Pero cómo. ¿No eran 8.760? $365 \text{ por } 4 = 8.760$. ¿Dónde están los 696 que me faltan? Joder. No es trivial, el asunto. Casi 700 horas de diferencia podrían mantenerme trabajando quién sabe cuántos años más, o menos, qué sé yo, para recuperarlas. Ay-ay-ay. God. A ver. A ver. Usando la versión que me dio el abogado para contar la cantidad de dólares que me corresponde exigir a la compañía de teléfono por eso de las llamadas que nunca hicimos desde la oficina, tendría que empezar por el asunto de que el año tiene más de 365 días. No mucho más, pero más: $365,25$. Si multiplico esa cifra por 24, lo cual empieza a complicar las cosas porque seré 100 % bueno para los negocios, pero para los decimales soy un imbécil, los decimales me atormentan, me desilusionan, me castran, me convierten en un discapacitado genuino, general, me hunden en la desazón, además de que en realidad me entretiene más la música –aunque no debo olvidarme de que he tomado la irreversible decisión de considerar la música como otro de mis negocios, nada de romanticismos y baboseadas, no debo olvidarme, no te olvides de eso, Eddy, no te olvides–, si multiplico esa cifra por 24, estaba diciendo, me daría 8.766. Está más cerca pero sigue sin coincidir. Los 6 que parecen sobrar, no sobran. Esos 25 no sé qué, son la causa de la diferencia. No es trivial. Pero bueno. Eso por un lado. Ahora bien: resulta que parece ser que el mes, con este esquema, no tiene 4 semanas, sino 4,3. Y si, como dije antes, una semana tiene 168 horas, porque $24 \text{ horas por } 7 \text{ días da eso: } 168$, $4,3 \text{ por } 168 \text{ me da una cantidad de } 722,4 \text{ horas en un mes}$. Pero no termina ahí. No. Porque no todos los meses tienen la misma cantidad de días. Pero antes de que este amontonamiento de números se convierta en un infierno al que, encima, no voy a renunciar, mejor me pongo a hacer el cálculo de en cuántos años voy a lograr recuperar los 19 que invertí en la cocaína. Pero bueno, no ahora. Digamos que más adelante. Porque cuando haya llegado a un resultado de ese cálculo se me habrán ido otros 19 años, y a esta altura de las cosas hay que tratar de evitar las pérdidas de tiempo.

El tiempo es como un amigo, como un amigo verdadero. Uno puede pelearse, perderlo, aparentemente, pero se lo recupera, en algún momento. Es cuestión de querer que pase. Cuestión de voluntad. Pura voluntad. Como la banda, ¿no? La cuestión con el baterista. Ese baterista es insufrible. No sé por qué actúa como si fuera el único en la Tierra. No es que yo esté en condiciones de ir a robarle el baterista a Jagger, pero tampoco soy un arrasado que no pueda conseguirse otro, incluso mejor que el que tenemos en existencia. Pero cómo voy a hacer algo así. Cómo lo voy a dejar afuera, cómo le voy a poner una patada en el culo. No puedo. Si hasta me cuida, cuando se olvida de andar frotándose en la cara su mal humor. Hasta me viene con un vaso de Coca Cola para que no me tiente con el vino. Y después de tanto que uno ha pasado, mejor apreciar ese grupo que sabe bien quién es uno y qué necesita. Y el británico Mike, tan británico. Le va a quedar la boca como un fideo de tanto apretarla contra la armónica. Todo lo que hace es mirar fijo al público con esos ojos medio helados y darle y darle a la armónica. No habla con nadie. Nunca. Tan joven y con esa mujer tan gorda. Rara, la mina. Pero él, más raro por estar con ella. Por estar con ella en silencio, encima. Pero por más extraño que sea el tipo, ¿cómo voy a desprenderme de lo que ya se me convirtió en necesidad, de esa mirada rápida que el tipo me pasa como a escondidas, cuando llega el final de un tema que acabamos de tocar, y salió bien, y los aplausos y los gritos nos aturden y nos llenan de esa sensación de gloria merecida? Amo esa mirada. Casi dependo de esa complicidad.

Como ese momento en el que el imbécil del baterista se incorpora a mi piano con el exacto, justo tono, y yo me doy vuelta, miro rápidamente para atrás para transmitirle el siempre gratificante *bien, bien*, y él me manda ese leve movimiento de la ceja izquierda, que no sé quién más, en este mundo, podría percibir. No es trivial.

Así que, quién sabe. Porque el tiempo es como los amigos, y los amigos son como el tiempo. Es todo un enorme trabajo tratar de retenerlos. Se van, a veces. Y qué hace uno si, cada tanto, un amigo se pierde de vista. No hay muchos remedios para eso. Es mejor no perderlo. O sea, evitar la razón que los hace escaparse.

A veces me parece que lo que se me ocurre, que las ideas que me aparecen cuando estoy tratando de entender algunas cosas, no son muy especiales. A veces me ayudan, a veces no. Por ejemplo esto del tiempo y los amigos. Primero me parece que tanto el tiempo como los amigos perdidos son recuperables, y a veces me parece que lo que se va no vuelve, como el tiempo y los amigos. Pero no quiero pensar en esto. Porque todos los caminos llevan a Roma.

No es que esté pensando en ir a Roma. No. Es un dicho. Y no es trivial. No lo inventé yo. Menos mal, porque si fuera de mi autoría yo estaría sobrepasado por la fama, y encima paranoico. Aunque no sé qué tan famoso es el que se inventó ese dicho, porque nadie dice el nombre. Y Johanna, mi

amiga Johanna, la que no quiere que la llame estúpida, lo dice bastante seguido. A veces me parece que lo dice para evitar llamarme estúpido. Porque si ella me dice estúpido a mí, pierde toda autoridad para pretender que yo no la llame estúpida a ella. Así que larga ese «todos los caminos llevan a Roma», como diciendo que nada cambia, que no hay nunca nada nuevo, que yo repito los mismos errores, o algo así, creo. Total que si eso fuera lo único que dice, la verdad, no me preocuparía, porque hasta sería beneficioso que lo dijera, ya que algunos hasta podrían pensar que me voy de tour con la banda a Roma, y como la imaginación es un privilegio que bastante gente dice tener, hasta podrían pensar: Roma, uy, qué genial, parece que Eddy se va de tour a Roma, París, Madrid, Viena, Londres y Praga. Pero no. Eso no es lo único que Johanna se complace en decir.

Se le da, también, por las matemáticas. Pero de una forma que me ofende. La estúpida cuenta las neuronas que, según ella, no me funcionan. O sea: las que me dejaron de funcionar. Las que antes, posiblemente, me funcionaban, pero que con los 25 (19) años de cocaína se fueron disecando y desprendiendo del cerebro, dice. Y empieza a pensar y pensar, tratando de descubrir a dónde se habrán escapado, «sequitas y pobrecitas», dice, «después de haber hecho abandono de la actividad en el campo de la inteligencia y la sensibilidad». Y empieza con la historia de si se habrán ido acercando al área que está entre la corteza cerebral y el cráneo, si habrán ido deslizándose hasta el área de la frente y bajado hasta la nariz y si las habré expulsado con un estornudo. Y dale con las preguntas: «En el año tal y cual, ¿estornudaste mucho?», o «En esa época, ¿sentías que la cabeza te picaba más que de costumbre?» Yo me la quedo mirando, y ella aclara, esmeradamente: «Digo, porque en una de esas te atravesaron el cráneo y el cuero cabelludo, y salieron en forma de caspa». Lo peor es que yo no sé qué decirle. Porque que me dediqué a hacer lo que no debía por 25 (bueno: 19) años, es de público conocimiento. Y qué voy a hacer: ¿poner excusas? ¿Voy a empezar con que mi madre no me comprendía y que alguien me dijo que para pasarla mejor podía usar algunas cosas? ¿Voy a declamar que ninguna banda me aceptaba en forma permanente porque con la cocaína me daba por la violencia y quería estrangularlos a todos? Porque no es que ellos no la usaban. Usaban todo lo que caía en sus manos y en sus narices y en sus venas. Pero parece que ellos no intentaban matar a nadie. Y esto sí que no es trivial. ¿Voy a seguir con la historia de que justamente ese rechazo me llevaba a usar más drogas, porque lo peor que me puede pasar a mí es, precisamente, no tener un grupo del cual formar parte?

Es que en una banda de rock hay muchas cosas fantásticas. La música que sale de cada instrumento, es una. Esos sonidos soltándose de lo que en realidad es sólo una caja cruzada por hilos y enchufada a un aparato, o dos planchas de metal golpeándose o, bueno, lo que sea. El que no oye esos sonidos con alegría es, no sé, no quiero decir un estúpido, pero seguramente algo parecido. Y lo que estoy diciendo no es trivial. Otra cosa fantástica de

una banda es esa especie de amor que existe entre los músicos, aunque se odien. Y la razón, porque Johanna dice que todo tiene una razón, que a veces me pregunto cuál será y no encuentro la respuesta, y a veces me resulta más fácil encontrar, me parece que tiene que ver con la dependencia. Eso me repitieron muchas veces en Alcohólicos Anónimos: la droga te quiere y al mismo tiempo te odia. Algo así, ¿no? Por ejemplo, en una banda, el éxito de uno depende no sólo de que esa persona haga bien las cosas, sino también de que los demás hagan bien las cosas. Si uno del grupo hace algo mal, se jodió él y se jodieron todos. Si lo hace bien, se beneficia él y se beneficia el resto. Es como una dependencia, aunque diferente. Y eso, aunque haya odio, o envidia, también produce algo así como amor. O amistad. Que a veces parece más profunda o más verdadera que el odio. La otra cosa fantástica de una banda es la solidaridad. Justamente para que nada se joda es que el grupo cuida a sus integrantes: a mí nunca me falta el gran vaso de coca con hielo. Si yo volviera a caer en el alcohol, todo se desbarataría.

Pero lo más fantástico no es nada de todo eso. Nada. Lo más maravilloso de una banda de rock es ese momento en que mientras, por ejemplo, yo estoy cantando y tocando el piano, entra de pronto el bajo, o la guitarra, en perfecta sincronización, como si alguien hubiera hecho un cálculo matemático. Y cuando uno a uno, o de a dos, se van incorporando todos los instrumentos con toda su fuerza sin taparme la voz, sin que yo necesite gritar para seguir existiendo, y no es trivial, sin tener que armar demasiado quilombo para ser notado, ese momento, ése es el que todos estamos cumpliendo nuestro papel en el grupo, en el que la banda está en acción completa, total, todos al mismo tiempo y sin hacer cagadas como desafinar, o tapar a los otros, o querer sobresalir, más bien destacando la belleza del sonido que los demás producen con la belleza del sonido que uno mismo produce, ése es el gran momento. Ésa es la maravilla más completa. Y yo no sé si la estúpida de mi amiga Johanna lo entiende. Y esto sí que no es trivial.

A lo mejor es cierto lo que ella dice de que por algún lado despedí una serie de neuronas, pero no creo que hayan sido las neuronas de la música. Deben haber sido las neuronas de las matemáticas. Porque por más que esté convencido de que la música debe ser vista con ojo comercial, a mí, al final, nunca me cierran las cuentas.

Y ahí es donde mi padre, siempre precedido por el barril repleto de cerveza con forma de estómago que transporta de aquí para allá, de la cocina al baño de su casa, del baño al dormitorio, de un estado al otro cuando cae en Los Ángeles a visitarme. Aparece con la poco original oración, que suena a Ave María: Dios te salve, hijo. Gracias a Dios, que no te abandona, ya saliste de las drogas. Ahora veamos cuánto tiempo te lleva lograr el éxito en la música y también en lo económico, que según vos es lo mismo. Voy a rogar por vos, antiguo pecador, para que el Señor te respalde y te libre de futuros pecados y te otorgue el éxito que te merecés. Amén. Cuando él termina con

la cantinela, siempre me viene a la mente: Dios te oiga. Y si se produce el milagro, en una de éstas hasta recupero algunas neuronas. Porque una cosa trae la otra, como ya se sabe. Eso dice siempre esa vieja gorda con pelos pinchudos en la cara, que es la tía de Patricia y también de Pedro, porque Pedro es el hermano de Patricia. Dice cosas todo el tiempo, pero a lo de una cosa trae la otra lo repite a cada rato cuando habla con el papá de Pedro y Patricia, que es el hermano de la vieja. La vieja siempre repite eso, y también le dice mucho otra cosa que también me aturde, que es: no me contradigas, somos hermanos pero por la diferencia de edad yo podría ser tu madre. Él dice no sos, y ella siempre contesta: dejá de meterte en líos, porque una cosa trae la otra. La vieja es gritona. Pero es buena, me parece, porque me da besos. El problema es que los besos de ella no me gustan. Babosos, no son. Pero raspan. Y a veces le grita al hermano, al que es como su hijo por eso de la edad, pero a veces me grita a mí. No entiendo muy bien, pero a veces me parece que me grita más que mi mamá. Mi mamá le grita más a mi hermano, y a mí me mira y me mira pero no me asusta ni me habla. A mi hermano le pega esos gritos fuertes pero no lo mira. Y la tía de Patricia y Pedrito me grita a mí, como enojada, rabiosa, y yo me pregunto por qué, si no es mi tía. Pero la tarde ésa que estaba oscura porque llovía tanto la tía nos hizo entrar del patio enojada porque nos estábamos mojando, y después decía: y vos, Lucrecia, vas a explicarme por qué no querés estar en el coro de la escuela. Yo la miraba y no sabía por qué se lo tenía que explicar. Me gritaba a mí, y cuando decía Lucrecia me miraba los zapatos mojados, pero también miraba los zapatos de Pedrito y los de Patricia. Yo sí quiero estar en el coro, yo sí quiero estar, decían Patricia y Pedro, y yo no decía nada. Y la tía me miraba los zapatos y decía sentate, sentate que te los saco. Si no, te vas a enfermar. Y ustedes también, sáquense los zapatos y las medias y pónganse medias limpias, y traigan un par para Lucre. Lucre, ¿por qué no querés estar en el coro? ¿Sos tonta, vos? La maestra dice que cuando te probó cantaste muy bien. ¿Se puede saber cuál es tu problema? ¿Tu mamá y tu papá no te dicen nada? ¿No te retan? ¿No te ponen en penitencia? No te vayas a creer que uno puede decir que no a las cosas así nomás. La vida enseña que hay que hacer lo que hacen los demás. Todos los chicos que la maestra eligió están en el coro, y vos no sos diferente. Esos berrinches son de nena malcriada. Aquí están las medias. Dale, ayudame, ponéte las. No seas vaga.

Yo sé que yo le miraba la cara y le miraba el botón, y le miraba la cara cuando la tía hablaba más fuerte, cuando decía retan, penitencia, los demás, o cuando decía coro, y le miraba el botón de la camisa cuando abría grande la boca y yo le veía los dientes y la lengua. El botón me gustaba porque era grande y con unas piedritas de colores.

Cuál es tu miedo, Lucre. Miedo de qué, tenés. Pero ella seguía diciendo cosas y entonces yo no podía contestarle. Yo no sé si quería contestarle, pero a veces me parece que la gente le hace a uno preguntas para que uno las

conteste. Por eso yo creía que ella de verdad quería saber de qué yo tenía miedo. Yo pensaba las palabras que iba a usar para decirle cómo era el miedo, pero no había ni un poco de tiempo entre todas las cosas que ella decía para que yo explicara que el miedo que me da es el miedo a la mucha gente. El coro tiene mucha gente. Toda gente de mi escuela, pero igual es mucha. Me parece que el día que me escondí detrás del piano y espié el coro cuando estaba cantando esa canción donde todos dejan la boca abierta por un rato largo, unos primero y otros después, ese día que vi todo desde detrás del piano me asusté más. Eran muchas, las bocas. Y yo no quiero tener la boca como los chicos de mi escuela, así de abierta y por tanto tiempo. A lo mejor en otras escuelas los chicos no abren tanto la boca. A lo mejor, si le digo a mi mamá que me cambie de escuela, ya no me quieren hacer abrir tanto la boca. Yo no sé a quién le gusta tener la boca así, y gritar tanto, al mismo tiempo que otras personas, si uno puede gritar solo. La tía siempre dice que se grita más fuerte cuando mucha gente grita al mismo tiempo, pero a mí me parece que es al revés, porque cuando yo estoy sola en casa o en la calle y grito para oír eso que mi papá dice que tiene un nombre y que el nombre es eco, se escucha mucho más. Cuando muchos chicos gritan junto conmigo en el recreo de la escuela, yo no puedo oír lo que digo.

Pero lo peor no es eso. Lo peor es el hueco. No tanto el hueco de la boca, por donde sale el ruido de la voz de la gente, porque yo ya vi que la voz sale por encima de la lengua, y en el hueco está la lengua y nada más. Yo sé, porque para estar segura de que sólo está la lengua siempre me estoy mirando al espejo y no veo nada más. Pero los otros huecos no me gustan. No me gustan los dientes, porque no sé lo que tienen adentro. Todos dicen que los dientes no son huecos. Todos dicen que son un pedazo de hueso relleno con más hueso. Pero yo no lo creo. No lo puedo creer porque nunca me dejan romper un diente mío de leche para verlo. Cuando se me salen mi mamá los va guardando y yo los busco y los busco, pero nada. Yo no quiero creer lo que creo, porque no me gusta y me da miedo. Yo creo que adentro de los dientes de una persona hay un monstruo. Y por eso no me dejan romper y abrir mis dientes: para que no me asuste. Yo creo que hay un monstruo diferente y todo arrugado y achicado para que quepa, y que esos monstruos a veces son muy inteligentes y se inventan las caries para poder salir por allí y robarse el mundo para ellos. A lo mejor tienen otros agujeros que no son las caries y que nadie más puede ver. Porque esos monstruos salen y crecen. Yo los veo siempre en la hora de canto cuando el coro está ensayando. Veo cómo van apareciendo, de un diente de Piri, después otro de un diente de Silvia, y otro de un diente de Gaby, y otro de otro diente de Piri, son todos diferentes, de distintos colores raros, y se van haciendo más y más grandes, y el coro tiene ciento doce chicos. Por eso corro, me escapo del coro y corro, y me meto detrás del piano. Porque desde allí puedo ver de dónde sale cada monstruo para ponerle un nombre. Después me dan ganas de irme a mi

casa. Pero como eso no se puede hacer, me quedo en la escuela. Y en el recreo los chicos me preguntan siempre por qué me escapo del coro. Yo les digo que me voy para poder mirar los monstruos que salen de los dientes. Les cuento a los chicos lo que vi que les salía de las bocas, y yo sé que me miran mucho. A veces me miran mucho y no dicen nada. A mí me parece que no entienden muy bien lo que les digo.

Pero la tía peluda de Patricia y Pedrito grita y grita y entonces no tengo que hablar ni decirle nada.

No es que a mí no me guste jugar con los chicos en el recreo. Me gusta, porque en el recreo abren menos la boca. Solamente para hablar y comer. Algunos, cuando comen caramelos, empiezan a abrirla cuando empiezan a sacarle el papel al caramelo, y eso no me gusta porque así tienen más la boca abierta. A mí mi mamá me dice todo el tiempo que se mastica con la boca cerrada, pero no sé si cuando estoy en la escuela me acuerdo. Otros chicos tampoco se acuerdan. La tía de Pati no me dice nada de eso.

Por eso a mí me gusta estar en mi casa dentro de mi dormitorio. Porque por más que yo quiera que todas las personas del mundo anden siempre con la boca cerrada, muchos tienen que hablar y comer, así que mejor me quedo en mi dormitorio adentro de la cama con la cabeza tapada. A veces, aunque me tape toda la cabeza o me ponga la almohada encima de los ojos cerrados y apretados para olvidarme del coro con las bocas abiertas y todos los animales tan raros saliendo de los dientes y llenando toda la sala de canto, no puedo olvidarme de nada.

Uno de los animales es un árbol. Es verde y tiene unos brazos largos con pelos verdes, y también es marrón, en la parte de abajo es marrón, tiene unas patas hechas de muchos palos largos, y quiere enganchar todo con los brazos y las patas. No se ríe a las carcajadas ni grita ni llora, porque no tiene cara. Salió de la muela de Ceci. Yo le hacía señas a Ceci para que lo viera pero me parece que Ceci no me veía porque tenía la boca abierta muy grande. Ni tampoco veía el árbol. No sé por qué el árbol quería enganchar todo, y no me animé a gritar para que lo echen o para que se vuelva a la muela. Y me daba miedo pensar que no iba a poder escuchar mi grito por los gritos del coro. Y como no me oigo, al final no sé si grité. Y eso me da mucho miedo. Así que para qué voy a cantar. Mejor es que nadie cante. Y que nadie coma. Así que, cuando mi mamá me venga a buscar, mejor me voy a la cama.

Lo que no entiendo es por qué, cuando las amigas de mi mamá van a mi casa de visita, y pasa todo eso de que me dan un beso cada una, y me hablan, y me preguntan por mis amigas, y me dicen Lucre, quién es tu mejor amiguita, y yo digo la cama, me miran. Mi mamá, antes de que lleguen las amigas, me dice: Lucre, hoy vienen Sofía y Susana. Si te preguntan quién es tu amiguita no vayas a contestar esa pavada de que tu amiga es la cama. La cama no es una persona, y no puede quererte ni abrazarte ni ayudarte como hacen los amigos. Entendí eso de una vez, nena, querida, chiquita.

Decí Patricia, o decí Piri, pero no digas cosas que nadie va a creer. Ya tenés seis años, sos grande, y si lo que decís no tiene sentido la gente va a pensar que estás loquita. ¿Entendés, mi amor? O mis amigas van a andar diciendo por ahí que yo no sé la diferencia entre lo que es verdad y lo que es mentira, porque si yo la supiera la sabrías vos también. Van a decir que soy una mala madre. Vos no querés que la gente piense eso, ¿no?

Lo que no entiendo es por qué tengo que decir mentiras. Porque yo a la cama la abrazo y le doy besos. A veces la sábana no es muy-muy suave, pero yo sé que igual me quiere. Porque no se enoja cuando me hago pis, porque sabe que me pasa eso porque tengo miedo de ir al baño a la noche. Mi mamá se enoja pero no tanto. Mi mamá dice que no tengo que tener miedo. La cama no dice nada, así que es mi amiga. Toda la demás gente dice cosas. Cuando en la cama están las sábanas blancas con florcitas verdes me gusta más, porque es todo más suave. La cama es de madera, y la madera es dura pero suave. Además yo la oí a la mejor amiga de mi mamá cuando decía que lo mejor para no enfermarse es dormir. Si estás cansada, dormir. Si estás resfriada, dormir. Si te duelen las piernas, dormir. Si estás triste, dormir. Si tenés fiebre, dormir. Si tenés ganas de irte de tu casa y mandar todo a la mierda, dormir. Dormir es lo mejor para todo. Así que la cama es lo mejor. Ella no dijo nada sobre monstruos de los dientes, pero yo sé que la cama también sirve para escaparse de los coros. Además desde la cama uno puede ver más cosas que desde otros lugares. Yo veo a mis muñecas y veo la regadera que uso para regar las plantitas nuevas del jardín chico, y veo la valijita de plástico donde puse la corona, el reloj despertador que mi papá tiró a la basura porque ya no funcionaba y la maquinita de afeitar que mi mamá tiró porque ya no le cortaba los pelos de las piernas. Por eso la cama es tan importante. Y por eso cuando la maestra me está tironeando de la ropa para que no pueda correr a meterme detrás del piano y para que me tenga que quedar en el coro, yo pienso en mi cama y me dan menos ganas de llorar. Y cuando la maestra se cansa de tironearme y me suelta, salgo corriendo y me meto detrás del piano. Y me quedo ahí mirando todos los dientes. Y cuando me vienen a buscar entro a mi casa corriendo y me meto en la cama. Pero no duermo mucho. No quiero. Dormir mucho es como morirse o como perder el tiempo. Es como dejar que el tiempo se vaya y no vuelva. Es lo que siempre dice Sofía, que dice que es más amiga de mi mamá que Susana. Susana le dice a mi mamá: Dormí más, que es bueno para la piel. Sofía le dice: No pierdas así el tiempo. Dormís demasiado. Y dice que otras cosas vuelven, pero el tiempo no. Pero a mí me parece que nada vuelve. Nunca. Como la abuela Nesina, cuando estaba en esa cama que parecía una caja. Mi papá me dijo que estaba durmiendo. Y desde que se la llevaron no volvió. Siempre pregunto, y siempre me dicen: Se fue. La abuela Nesina se fue. Y son muchos los que se duermen y después no vuelven. Yo digo, y mi mamá me dice que me calle, que lo importante no es que vuelvan. Lo importante

es que, si vuelven, vuelvan con la misma cara que tenían cuando se fueron. Porque duermen demasiado. Y dormir mucho cambia la cara. Y las ganas de hablar o de no hablar. No hay que dormir tanto, yo pienso. Quién sabe qué personas dormirán mucho, y qué personas dormirán poco. Quién sabe. Eso debe ser lo que se llama *misterio*, esa palabra que tanto repite mi mamá. Esto es un misterio, la vida está llena de misterios. Misterio es lo que uno no sabe. Yo no sé quiénes duermen más y quienes no duermen y por qué. Yo se lo pregunté, pero me dijo que me prometía que me iba a dar ejemplos. Pero como pasaban muchas horas y no me los daba, le pregunté otra vez: Mamá, ¿quiénes son los que duermen mucho y quiénes son los que duermen poco? Otra vez me dijo que me iba a dar ejemplos pero que todavía no los había pensado. Yo, buscando el ejemplo más próximo, me remonto a la realidad del Comandante que, por prácticamente toda la vida, durmió cuatro horas por noche, y de esa manera acumulando actividad y energía, entregándose a lo que de hecho le estaba para siempre e históricamente reservado. Reservado por él mismo, que tanto lo quería, lo necesitaba. Lo quiere, lo necesita, todavía, hecho visible cuando se nos filtra su mirada por entre los reflejos del agua en la que se fue deshaciendo. Sí, está bien, él es el ejemplo a imitar. Él es el paso a seguir. Él es el espejo en el cual mirarse, el libro en el cual leerse y entenderse, aprenderse y construirse. Reconstruirse. Siempre y a pesar de todo. Desde ya. Pero hay otros. Otros y otras en los que él se ha medido, y que lo han regulado y le han dado en la boca el alimento diario.

Me habría gustado, a veces, que recurriera más a mí. Que me hubiera hecho más preguntas. Que no se hubiera limitado a mencionarles a otros compañeros mis capacidades de militante, mi cariño por cada tarea, por cada una de nuestras metas, que en todo caso era y es una sola. Querría haber sido, por qué no, como otros lo han sido, uno de sus referentes.

La multitud de imágenes que me devoran la imaginación, que me sacuden el cerebro y me lo aumentan, me lo procrean, me lo encienden, hace fosforecer ese deseo mío de aquel reconocimiento. La voz, la extraordinaria voz que oigo y escucho, la suya, la de otros, la que también es la mía, que pauta mis existencias diversas, unificadas, me habla de humildad, de comprensión, de tonos intermedios. De sencillez, de discreción, de postergaciones de lo personal, de renunciaciones personales en función de lo comunitario, partidario, y sí, sí, sí. Por supuesto que sí. Uno ha venido mamando de esa teta y de ninguna otra, tan chupeteada, tan masticada. Pero no necesariamente reiterar es redundar. Los tonos intermedios y yo: no parecemos de lo más compatibles. Ciertas configuraciones deben ser repetidas hasta el cansancio. Su olvido conduciría a una derrota, ahora sí, sin alternativas.

Palabra de fuego. De piedra. Una palabra de piedra. De hielo. Producida por la larga cadena de hechos. La larga cadena de hechos como las hojas en cadena interminable colgando de las lánguidas ramas de la enredadera de enfrente. Con la azul particularidad de las mañanas de invierno, mojadas y

casi silenciosas, provistas del impulso mecánico de motores y rodillas con iguales destinos cotidianos.

Se tuerce, el día. Toma la dirección de los alféizares. Ocupa el tiempo posterior al de las oleadas confusas de la siesta. Se puede espiar con los codos en la ventana las formas descompuestas del principio de la lluvia. Y qué más. Qué más.

Es poco lo que duermo. Y cuando se ablanda la tierra con ese goteo parsimonioso, cada gota aliada de la próxima, erosiva, cáustica, empiezan a soltarse los humores que sobrevuelan los pastos pero que no se independizan de las viejas carnes en las que se originan.

Huele, la tierra llovida. Huele a esa alquimia, fórmula en la que se combinan la vida y la muerte, la muerte se combina con la vida, el cuerpo viejamente matado, machacado, con lo que se ha quedado trabado de vida en esos huesos, huesos que antes lo sostuvieron y ahora sólo, y todavía, lo circundan. Y hay tanta acumulación de vahos por estas tierras anchas y movedizas.

Duelen los codos contra la madera. Es repetido, amontonado, el peso de tanto pensamiento sobre los brazos que se apoyan y espían la acción del agua lenta y revulsiva.

¿Será eso? ¿Será el peso del pensamiento lo que presiona sobre los costados de mi cara? Como dijo Santiago: ¿Qué hiciste? ¿Te sacaste todas las muelas? ¿O te pesa el pensamiento? Tenés la cara hundida, dijo. Y en ese momento no entendí. Quizá, se me ocurrió, quizá estoy exagerando en eso de no dormir. Quizá me estoy poniendo viejo. A los viejos se les suelen hundir los pómulos. Pero digo, me parece, ahora, que es la presión del pensamiento. Porque a las muelas, las tengo. A todas. Salvo las del juicio, nunca tuve que sacarme ninguna. Todavía, a los casi cincuentaicinco, puedo marear a más de una amiga real o potencial con esta genuina, fulgurante y extendida sonrisa.

Debe ser el pensamiento.

Debe ser la enorme densidad de las imágenes. De las que surgen de la memoria de lo visto y de las que se fueron tejiendo en la filigrana de los tiempos, de los años, con las minuciosidades que se suman, que aumentan y que nutren. Con esos orificios que van dejando, en la sucesión de recuerdos, los mordiscones que nos defienden del exceso de dolor.

El Comandante dormía poco. Poco pero profundo. En esas cuatro horas de sueño descansaba incluso más de lo que él mismo consideraba necesario. Era el único. Los demás dormíamos como cualquiera, o necesitábamos dormir tanto como cualquiera, y las ojeras de esas épocas eran producto de las noches desveladas de militancia y de estudio, y de algo de amor. Nunca suficiente, de todos modos, para las energías que se nos acumulaban a los veinte, treinta años. Las ojeras actuales embolsan una falta de sueño que, a la actividad militante, le suma una maraña de imágenes y sonidos. Los

sonidos del horror en mis ojeras. Y no suficientes, tampoco ahora, sonidos del amor. Pero está bien. No es cuestión de cultivar tanto la insaciabilidad. El vicio. El tono vicioso. Hay lo que hay. Si falta, se busca más. Y si sigue faltando, por algo será. Es posible que la perfección de la sonrisa no necesariamente satisfaga la dimensión de ciertas demandas.

En una de esas sea buena idea bajar un poco la panza. A Consuelo ya no le molesta, después de más de treinta años juntos, pero ya noté la miradita socarrona de Pelusa apuntando a esa área, justamente. Aunque no emitió sonido alguno. Ni de horror ni de amor.

¿Cuántos años desde la desaparición de Chela y de Lisandro? Cuántos desde la tarde de sol en la que acribillaron a Sebastián en el patio de la facultad. Desde que Horacio, Julián y Camila fueron transferidos del frente estudiantil a la embotelladora, de la que fueron sacados a golpes para perderse para siempre a lo largo de la línea de quién sabe qué horizonte. Cuántos desde que supimos que al sargento José lo habían dejado tirado en medio de un barranco, sin manos y sin pies. Mejor ni pensar, porque ni siquiera son tantos, los años. Hay enumeraciones que sólo contribuyen a la pérdida de sentido. A la pérdida de sentido de los argumentos. No importa la cantidad de años.

¿Qué hay que indique, que señale, el paso del tiempo? ¿Qué convierte en real ese avance de momentos del que tantos están tan seguros? No hay marcas. No hay evidencias. No hay señales. Nada. No hay un tiempo que pase. El tiempo no pasa. Aunque se va acumulando. Eso sí. Se va construyendo una especie de hacinamiento en las entrañas, hasta que estalla con la pasión de una Molotov en protesta por la falta de espacio. Por la presión contra las paredes internas del cuerpo. No importa cuántos años. No existen, los años.

¿Qué tienen que ver los años con el exceso de jugos gástricos segregados por un estómago condenado a una demasiado escasa actividad? No hay excusas. Por eso el pataleo y la resistencia. ¿Qué están haciendo las compañeras y los compañeros de nuestro viejo Partido que, como yo, salieron vivos de la mayor demencia homicida de la historia del país? ¿Dónde pueden encontrarse sus señales? ¿Dónde? *There's a kind of hush*. Es cierto. Sin embargo algo, algo se percibe. Algo suena. Se escucha alguno que otro ruido. Rumor, ronquido. Algún eco, por ahí. Hay algunas palabras, incluso. Las mismas palabras, a veces, son pronunciadas como si el que las dice se estuviera tragando tanto un bocado de torta de chocolate como una cucharada de barro. Y poco a poco van sumándose, aparece una más, y otra, hasta ser casi infinitas, aunque todas forman parte del mismo repertorio. El repertorio de la perplejidad. Del asombro. De la consternación.

Una de las palabras es tramposa y evasiva. Tanto puede plantarse decidida frente a los ojos muy abiertos de uno, como puede ir filtrándose convertida en polvo de ideas por entre las flotantes pequeñeces del aire. Lo veo. Lo noto en los ojos de los que la pronuncian. De los que se le atreven. En la

velocidad o lentitud con que mueven los dedos, el gesto con que acompañan el momento en que tratan de hacerse oír.

Derrota. Muchos avanzan hacia la 'd' inicial un poco contemplativamente, como si entre la decisión de incluir la palabra en su vocabulario corriente y la audacia de considerarla pronunciable creciera, estuviera creciendo, la amenaza de la lluvia. Porque ¿quién acepta, así como así, respirar los vahos que brotan de la tierra recién llovida? Entonces se acercan con suficiente dificultad, aunque logran, alguna vez, dar algún paso tímido, dudoso, hacia una 'e' débil e imperfecta.

Es que en algún momento tienen que empezar las preguntas. Y si se espera a que la palabra haya sido completamente pronunciada, los miles de interrogantes se tornan impertinentes, inadecuados, se convierten en molestos cubos, paralelepípedos habitando el ya vapuleado torrente sanguíneo. Así que la 'rr' quedará para más tarde.

Otros, otros han adquirido llamativa experiencia en el uso de la palabra, y la manejan, la mueven, la cambian de posición y la administran con aparentes soltura y libertad interior. De ellos se irá ocupando el tiempo. Ese tiempo que en ciertas ocasiones no existe, o que se paraliza sin alternativas, y que en otras arrasa con tanto despliegue de velocidades y efectos secundarios.

A Consuelo ya no le preocupa la (más que) incipiente prominencia de mi panza. Tampoco la atrae. Difícil olvidarme de la tersura de las yemas de sus dedos dedicados al área, todavía por esas épocas firme y chata, que se amplía alrededor de mi ombligo. Difícil, pero no exageradamente difícil. Uno, porque tiende a la mirada nostálgica, suele incurrir en la indecisión, en el bamboleo entre la añoranza de aquellas idas formas del amor, de un amor como el de Consuelo, y la acción sobre uno real, concreto, actual, como el de Pelusa. En la miradita socarrona de Pelusa dirigida a mi panza, hay mensaje. Y un mensaje no es un evento desechable en estas épocas que nos toca vivir.

De todos modos, panza o no de por medio, no hay tanto que se pueda esclarecer con Consuelo ni con Pelusa cuando de significados y/o significantes se trata. Ni esta palabra, ni otra palabra: ninguna palabra. Las chicas, cada una a su manera y desde siempre, me interrumpen con la agilidad de un hacha en el mismísimo instante en que empiezan a sospechar que se acerca el peligro de la elucubración. Ellas no difieren en cómo usar la palabra y en qué circunstancias evitarla, y yo soy eliminado del campo de acción de cada una de ellas en cualquier mínimo intento que haga de atreverme a reflexionar. Y bueno: no es un tema sencillo, y no es fácil encararlo con mujeres ni con hombres. Y ni hablemos de los hijos, de cualquier sexo, que lánguidamente nos siguen algunos de los pasos. Y menos aún hablemos de sentarse frente a uno mismo con la intención de dar comienzo al proceso de entendimiento de los porqués: como es de dominio no demasiado público pero más o menos general, los espejos suelen portarse mal y dar vértigos.

Pero no se trata de que estas dos mujeres, que ocupan casi toda mi capa-

cidad de amar, no entiendan. Al menos no se trata de que le tengan miedo al tema o de que consideren a conciencia que el tema es inabordable por alguna causa que tampoco quieren discutir. No. Las chicas son dos adultas. Dos viejas militantes de aquél que fue mi partido. Nuestro Partido. Las dos llevan ya medio siglo de vida. Las dos atravesaron valientemente los cimbronazos de los años setenta. Una terminó en el exilio y la otra salvó la vida por coincidencia y se hizo cargo de la época desde las cárceles de la dictadura militar. Se trata, en realidad, de que dicen saber más que yo. Dicen, además, que se ha hecho innecesario mencionar el tema porque la verdad es obvia. Dicen que no hay nada que discutir. Que está todo clarísimo. Que la ley del más fuerte se aplica en todos los órdenes de la vida, y que no hay razón para que en este caso haya sido diferente. Fuimos más débiles que el enemigo. Perdimos. Punto. Nos persiguieron, nos agarraron, nos torturaron, nos mataron, nos eliminaron. Para ellas, doloroso. Desde ya. Pero simple. Con sus dos personalidades diferentes, con sus dos diferentes formas de amor hacia mí, una con su altura y sus voluminosas tetas y la otra casi petisa y con formas más cautelosas, más prudentes, una que se escapa de mis manos, que la han perseguido por más de treinta años, y la otra que necesita mis manos casi con desesperación desde hace cinco años, con sus dos maneras, casi opuestas, de mirarme a los ojos, prácticamente no difieren en su posición frente a los hechos y sus consecuencias. Y no lo ocultan: están hartas de hacerme callar, porque están hartas de oírme elucubrar sobre lo que ellas llaman derrota, muy sueltas y sin prejuicios, muy decididas y, en el caso de Pelusa, ejerciendo la habilidad de combinar el gesto de hacerme cerrar la boca con el deslizamiento socarrón de una miradita dirigida hacia la controversial área de mi abdomen. Dándole a la mirada, además, la justa porción de peso que deje claro que las coincidencias no existen. O que, como mínimo, fueron la gran excusa de los protagonistas del romanticismo. Y que en este momento de nuestras vidas transitamos los inicios de un nuevo milenio. Una cosa la salva, sin embargo, a mi Pelusita, y es que, en verdad, el romanticismo del cual ella me acusa sin mencionarlo (es decir: con el cual me enfrenta para dejarme saber que sus integrantes intentaron refugiarse de la vida detrás de misticismos y de magias, lo que en su jerga particular le permitiría llamarlos pajeros de mierda) es el que se escribe con mayúscula. El de los siglos XVIII y XIX. Y yo pertenezco al XX. Eso la salva, y me salva a mí ante sus ojos empapados de dulzura. Mi Pelusita.

Y yo hundo, clavo, los codos en el borde inferior de la ventana. Una pequeña cuota de dolor físico suele devolver, a quien tanto recurre al pensamiento, a un cierto nivel de captación de la realidad cotidiana. Las chicas también ayudan. Aunque su participación en mi vida es, de lejos, mucho menos dolorosa que la experiencia por la que pasan mis codos contra el descascarado pedazo de madera que contribuye a mantener el marco de la ventana de mi dormitorio en pie.

Mi ventana, vista desde afuera y con el jaspeado semitransparente que produce la lluvia en el aire, debe parecer el marco de un gran cuadro, de un gran retrato. El retrato: proporcionado por mi cara, mi presencia fija y aparentemente serena. Con la sola excepción de mis codos que delatan, me imagino, la tensión.

Desde adentro, desde aquí, sin salir, me veo a mí mismo enmarcado por mí mismo. Por el orden que ocupan mis preocupaciones y los sonidos que las desplazan de una ubicación a otra en mi cerebro. Enmarcado por los colores o por la falta de colores, en mi imaginación, de esa valija en la que la corona se regocija con su propia belleza, el reloj despertador no interrumpe su tic-tac como si las pilas que le puse hace tantos años fueran eternas, y la maquinita de afeitar ya tan usada no tuviera plan alguno de perder sus capacidades y sus fillos.

Habría querido, a veces, que recurriera más a mí. Que me hubiera invitado a participar de sus decisiones, como lo hizo con otros. Sé bien cuánto habría yo honrado esa generosidad si él la hubiera tenido. Pero que no la haya tenido conmigo significa poco y nada en cuanto a su actitud general, porque la tuvo con otros. Y esos otros eran parte de mí tanto como yo era parte de ellos.

Ahora, y en medio de los incansables intentos de reorganizar los restos de lo que hubo, se me aparece esta especie de cola de pavo real abierta en todo su largo, en todo su ancho y en su completa altura, en sus parcialmente previsibles diseños pero incontables ángulos y direcciones. Se me aparece para habitarme el cerebro, para habitarme, y para colocarme exactamente al borde de la desazón y de la parálisis.

Sobre qué músculos del cuerpo, con la práctica de qué forma de la perversión se sustentan las cegueras, sorderas, obcecaciones. Quién, con qué sustancia de qué color circulándole por el cuerpo, puede decir: no había nada, nada visible, no vi nada, no hubo gritos, no oí, no percibí los cambios en la fisonomía de mi barrio, en los ritmos de las caídas del sol, en los despliegues de vibraciones y movimientos. En las repentinas faltas, en las sucesivas y prolongadas ausencias. No-vi-na-da, no-sa-bí-a, yo es-ta-ba-con-cen-tra-do-en-el-la-bu-ro-y-en-mis-hi-jos. Y ahora, y ahora con qué llenamos los huecos. Con qué color reemplazamos el púrpura. El bermejo. El bermellón. El amaranto. Cómo resolvemos el negro, el azul marino de tanto ojo cerrado, de tanto cráneo vacío errando entre las olas. Con qué. Con qué movimiento de las manos. Con el peso de qué herramienta entre las manos volvemos a empezar a trabajar por esa paz interior, que tanto se nos escabulle. Por esa libertad. Cómo nos mantenemos de pie, nos erguimos, ahora, en qué posición con respecto a lo que invocamos como equidad. Como proporción. Como armonía: de frente, de flanco, de perfil. Con qué presencia. Con cuánta falta de presencia.

Se oyen esos sonidos ásperos, lentos, que se arrastran y van asomándose desde el interior de algunas bocas, gargantas, tratando de formar palabras que encierran significados inverosímiles: cicatrización, dicen. Conciliación. Perdón. Dicen ol-vi-do. Hablan de teorías. Hablan del carácter legítimo del dolor. Hablan del tiempo. Del paso del tiempo y del cansancio. Dicen que el cansancio resuelve los conflictos. Dicen, otros, desde otro lugar de la historia, que la muerte de los jóvenes resolvió la primera parte del inconveniente, y que la muerte de los viejos va a terminar de limpiar el panorama, va a dejar el horizonte claro y sano y libre para las generaciones futuras. De los hijos y nietos de los jóvenes, no hablan.

Será coincidencia. Lo que sea. No sé. Pero la lluvia no me ayuda. Empiezan a desprenderse no sé de dónde, de qué nubes, las primeras gotas, ni siquiera alcanzan a tocar la superficie de la tierra, cuando yo ya corro a clavar los codos en mi ventana: no vaya a ser que ese marco no me incluya, no me retrate, no me contenga, no establezca para mi cabeza los límites de la razón, la concordancia necesaria entre los deseos –los deseos siempre alimentados y repetidos– y la razón.

Consuelo ni siquiera se acerca a la ventana. Mezcladas entre la multitud de intentos de discernimiento en los que me debato cuando me pierdo en estas latitudes, surgen imágenes en las que Consuelo se acerca a mí, me toca, me abraza por la espalda, me apoya un costado de la cara entre los omóplatos, me transmite, casi en silencio, que le gustaría saber lo que pienso. Pero no. Nada de todo eso se convierte en realidad. Nunca. Y ni siquiera es necesario. Nadie sabe mejor que ella lo que se mueve, lo que cosquillea, lo que me explota en el estómago. Y si la manifestación del afecto es una vía que facilita la acción conjunta, la coordinación de los movimientos, la solución de los males que aquejan a la humanidad, mejor me dedico a buscar por otro lado.

También hay, y la verdad es que me suenan más cerca de lo que me gustaría, también hay otras palabras, que rebotan con poca plasticidad, con poca gracia, por los alrededores de mis orejas. Palabras de las que no se ha estudiado la justa graduación de intensidad ni de uso. Sobre todo porque el uso depende de las variaciones en la intensidad. Pelusa y Consuelo hablan de derrota con mucha decisión, y no parecen acusar ningún temor de justificar tanta soltura con el argumento de que para seguir la lucha hay que tener la capacidad de ver y de enfrentar los obstáculos que se nos presentan en el camino. La derrota, dicen las dos, sigue siendo un obstáculo mientras no se la ve, mientras no se la acepta como un hecho, mientras tenemos miedo de enfrentarla. Ya pronunciaron la maldita palabra muchas veces, ya la escuché muchas veces de boca de ambas (por separado), y no deja de ser sumamente dificultoso para mí saber que la mantienen en la punta de sus lenguas para escupírmela ante cualquier eventualidad. Pero hay otras palabras, que son las mías.

El día del cumpleaños número veinte de Federico, tanto Pelusa como el propio Federico me hicieron callar cuando estaba en lo mejor de cuestionarle a Gustavo el demasiado uso de la palabra so-bre-vi-vien-te. Yo estaba hundido en el sillón más cómodo de esa casa, en la cual no vivo pero en la que tampoco vive, ya más, nuestro Gustavo. Estaba hundido sin poder evitar que me sensibilizara la piel el contacto de mis brazos con la pana color berenjena, sin poder evitar suponer que Gustavo estaría pensando que yo me sentía el rey del sillón en el que no sé si sabe que es el preferido, tanto por mí como por su ex, para hacer el amor. Pero sí, sí debe saberlo, porque a nadie se le escapa el detalle de que no hay otro sillón –y menos a él, que por algo lo eligió y pagó por tenerlo– más mullido, ni más firme, a la vez, ni más suave al tacto ni más ancho. En fin. Yo, hundido y rey, dije: Mirá, Gustavo: sí. Pelusa podría haber muerto. Pasó años en la cárcel y salió en libertad. Vos pudiste haber muerto, quién lo duda, pero ni siquiera pasaste por la cárcel. Yo podría estar muerto, pero logré salir al exilio con Consuelo. Y es cierto: sobrevivimos. Estrictamente hablando, el país que quedó es un país de sobrevivientes. Pero no me jodas. No exageremos (y ahí fue cuando noté las miradas alarmadas de Federico y de su madre, mi dulce Pelusita, atravesar los pequeños grupos de amigos en plena charla, alargarse hasta mi sillón de pana, incursionar en los alrededores y, sobre todo, acceder al exacto centro de mis pupilas, seguramente agigantadas por la ducha de adrenalina que en ese instante las hacía florecer). No exageremos. Hay que aprender a darles el justo uso a las palabras. Dejémonos de joder, ya, con la idea de que somos sobrevivientes. No hay nada nuevo, después de casi treinta años, en esto de que muchos compañeros murieron y muchos no murieron. De que miles fueron asesinados y miles no lo fueron. Ya sabemos. Pero entendamos la diferencia. No nos autodesignemos sobrevivientes. No les demos a los asesinos todo servido. No asumamos la posición de ellos. No nos adaptemos a sus concesiones. Sobrevivientes de qué, somos. De qué. Si seguimos considerándonos «los que quedamos vivos por pura coincidencia» vamos a empezar a sentir que somos el blanco de los asesinatos de la próxima dictadura. No nos mataron en la última, nos matan en la próxima. Por favor, che. Pensemos un poco. Si somos esos fantasmas, esos futuros torturados, fusilados, vamos a terminar mudos del miedo, vamos a terminar viviendo en la parálisis del condenado a muerte, del sometido por la idea de lo que cree que se aproxima. Y, en esas condiciones, ni hablar de reorganizarnos, de pensar en rearmar lo que nos desordenaron, lo que nos desarticulaban, lo que nos quitaron. En todo caso nosotros, y te lo digo a vos, Gustavo, porque Pelusa no necesita que se lo repita, nosotros debiéramos estar dedicados día y noche a reconstruir lo perdido.

La mirada de Pelusa se había convertido en frontal desafío y la de Federico en ignominioso deseo de defender a su padre a los puñetazos, porque lo consideraba atacado. Pero Pelusa es una muchacha muy inteligente (por eso la

quiero) y elegante. Intervino pulcra, delicada. Dijo: Ustedes dos, par de pelotudos, dejen de discutir idioteces y obviedades, porque no hay nadie en esta reunión que no tenga claro que el verdadero motivo de esta ridícula riña es otro. ¿Ah, sí? ¿Cuál?, preguntó estúpidamente Federico. A lo que su madre, haciendo gala de gran apertura mental, respondió: Pelean por la posesión del sillón de pana. Y no jodan, che. Creo que todos sabemos que lo compró Gustavo con dinero de esta familia muchos años atrás, y pasó a ser de uso de Martín desde que me visita con la frecuencia que a él y a mí se nos antoja. Y ahora, cambiando de tema: si van a planear con tanta armonía la reconstrucción del Partido, se van a la calle. Ya mismo. Aquí no quiero ningún tipo de altisonancias. Vamos. Aire, aire. A mí me avisan cuando me tengan asignada una tarea. ¿Por qué ponen esa cara? ¿Qué miran? Los dos afuera. Manga de desubicados, todos. ¿Me oyeron? Gustavo y Martín: dije los dos a-fue-ra. Todo mientras con una de sus suaves y estilizadas manos abría la puerta de par en par, y con la otra apuntaba hacia las inclemencias de la noche.

¿A lo de la tarea lo dijo en serio?, oí salir de la expresión boquiabierta de mi viejo compañero de militancia y todavía casi rival en amores. Nos mirábamos cara a cara, mientras por momentos escrutábamos el cielo. Le dije que no, que no lo había dicho en serio. Que él, mejor que nadie, sabía eso. Que había sido lo más irónica que había podido en ese momento, aunque le habría gustado serlo mucho más, y que no se sorprendiera de esa ironía ya que se la había tenido que aguantar por muchos años de matrimonio. Dejé pasar unos segundos y, mirándome con los ojos muy abiertos, entre sorprendido y divertido, declaró: Nos rajaron. Y cada uno se detuvo, entonces, a verificar la ancha sonrisa del otro.

Menos mal que no hace tanto frío, siguió Gustavo. Y vos, al final, ¿te vas a divorciar? Le expliqué con cierta brevedad que Pelusa prefería que no me divorciara y que Consuelo fingía no saber o no encontrar razones para averiguar detalles de las actividades que yo desarrollaba fuera del ámbito de nuestro hogar. Me ofreció su sonrisa lateral, y contestó: Te cedo el beneficio del sillón. No necesito explicarte que como ése no hay otro. Es todo tuyo.

No era cierto que no hiciera tanto frío. Y Gustavo lo sabía. Además se iba a largar a llover en cualquier momento. Pensé en esta emblemática ventana, la que disfruto en este preciso instante, y no la tenía. Sentí la falta del marco, la falta del dolor en los codos.

Así que no te gusta la palabra sobrevivientes, recomenzó mi compañero de expulsión, dándome el pie. Contesté: No me gusta que nos quedemos estancados en la palabra. Que la convirtamos en categoría. Seamos militantes, no sobrevivientes. No hay derrota, Gustavo. No hay. El discurso de la derrota es de la autoría de los que quieren vernos hechos pedazos, que no son pocos. De los que se mueren por ver la aniquilación instalada en todas sus dimensiones. De los que nos combaten. Con el beneplácito y la flagrante colaboración de algunos de los que estaban con nosotros, que prefieren

hablar de derrota para salvarse del compromiso moral de retomar la lucha. Oportunistas que se agarran de los inventos de los asesinos con tal de salvarguardar esa sórdida existencia que arrastran. Miserables. Eso, son. Gustavo, no hay dudas sobre el descalabro que nos rodea. Está más que a la vista. Está metido en todo. Absolutamente en todo lo que vivimos y en lo que sentimos y en lo que pensamos. Pero, viejo, yo ya estoy repodrido. Tengo las pelotas llenas de la inercia, de las dudas, de las resistencias y de los miedos de toda índole. Qué derrota ni derrota. ¿Cómo vamos a desarticular los efectos del terror si no reconstruimos lo que nos quedó? ¿Me explico, Gustavo? Estos hijos de puta nos pautan, nos permiten o nos prohíben hasta el más mínimo movimiento que hacemos. Establecen qué es legítimo y qué es un invento castigable. Han modificado la ética, Flaco, los patrones morales. Le metieron a la gente en los huesos ese estado permanente de terror. Lo institucionalizaron. Convirtieron el pánico en un valor. Hay que cuidarse. Es lo único que cuenta, en este momento: cuidarse, cuidarse. Proteger los mangos. Proteger el laburito. Cubrirse el pellejo. Es brutal. Y nosotros aquí, sin hacer mucho más que ‘sobrevivir’. Pero nosotros no somos eso. Venimos de otro lado. ¿Cómo nos vamos a quedar esperando, pensá, esperando que las cosas vuelvan solas a donde nosotros las habíamos puesto?

Gustavo no me miraba. No hacía falta. No expresaba nada. Nada obvio, nada sutil. Así, daba paso a la continuación de mi propia necesidad de largar lo que tenía acumulado, destinado a él, en las entrañas. Y vos y yo aquí, provocándonos tensiones por una mujer, una mujer que conocemos bien y que sabemos que no se va a reprimir si nos tiene que mandar bien a la mierda para dejar en buen lugar las convicciones y la dignidad. A vos ya te mandó. Ahora acaba de ponernos a los dos en remojo. Encima, delante de todo el mundo. Pero bueno. Eso es otra historia. Ésas son las aspiraciones a persona pública que tiene nuestra Pelusita. Digamos que le podemos perdonar la vida. Pero estos degenerados, Flaco, nos quieren sometidos. Destruídos y a su servicio. Ellos no dejan de destruir y nosotros no empezamos a reconstruir. Hay muchos compañeros vivos. Suficientes como para rever los últimos años y empezar con algo nuevo. Al menos, qué sé yo, renovado, fresco, bien intencionado, honesto, con nuestros viejos lineamientos morales y políticos. Ya sé. Ya puedo oír a los que van a completar esto con el proverbial «adaptados a las circunstancias actuales». Ya sé. Todo es cuestión de hablar, de resolver. Pero acá, querido, acá hay que arremangarse y hundirse hasta las pelotas a rescatar lo rescatable, sin olvidarnos de poner los ojos en lo que viene detrás. Enseñarles a los pibes lo que se les negó. Hablarles de lo que no les permitieron ver. Hay mucho laburo. Mucho. ¿Quién dijo que el papel que asumimos cuando teníamos la edad de ellos dejó de ser nuestro? ¿Quién lo dijo?

A todo esto empecé a notar que los codos se me pegaban enérgicamente a las asperezas de la pared en la que me estaba apoyando, recostando, para

que no me faltara la fuerza necesaria, para no tener que dejar de hablar, para poder seguir tratando de convencer al ex-marido de uno de mis dos amores, a un viejo compañero de militancia, a un gran amigo, de que mi ansiedad tenía sus razones fundadas y podía tener, también, consecuencias benéficas. O sea: había que tratarla bien, aconsejarla correctamente, darle trabajo y alimentarla.

Y se abrió la puerta. Oímos: Papá, entrá. Martín, entren, che. Sentí la mano de Gustavo apoyarse en mi hombro. Sentí una especie de palmada. Dijo: Fede, feliz cumpleaños, hijo. Le dio un beso. Le pellizcó la cara. Le removió el pelo lacio. Oscuro. Agregó: Me voy. Mañana trabajo todo el día. Se dio vuelta, me dio un abrazo apretado y un beso sonoro, y largó, por fin, las palabras vitales, que de todos modos no me sorprendieron: Con el sillón te cedo a la Pelu. Oficialmente, digamos. Aunque no haga falta. Ya sabés que es una mina muy querible. Yo la quise mucho. Te lo he dicho antes: no sé si lo suficiente, pero mucho. Pasamos juntos épocas desastrosas, además de otras que fueron las mejores de nuestras vidas. Los años de ella en la cárcel no ayudaron. No sé. Me dio la espalda para empezar a caminar. Hizo un par de pasos y se detuvo. Sobre lo otro –dijo lento, parsimonioso, y todavía de espaldas– ya sabés que tenés razón. Y se alejó. Bastante alto, con pinta, resuelto, como para ir abriendo el aire que se le iba oponiendo al cuerpo.

Federico había vuelto a entrar y yo decidí que los codos no me dolían lo suficiente, y que en lugar de entrar a la casa de Pelusa iba a irme a pie, enfrentándome al frío y a la lluvia que se venía, hasta mi casa. O hasta hartarme de caminar. O hasta toparme con un taxi.

Cuando faltaban dos cuadras para llegar se largó a llover más que expresivamente. Seguí caminando. Abrí la puerta de casa y entré mojado de arriba abajo. Consuelo hizo su aparición con una toalla destinada a proteger el piso de madera, no a secar el cuerpo de su marido. Me limpié los zapatos en la toalla, contesté «ya cené» a su pregunta de rigor, y me interné en el cuarto. Abrí la ventana e incrusté a gusto, sin restricciones, los dos codos. Intenté mirar hacia fuera, hacia el jardín, pero estaba absolutamente oscuro. Cerré la ventana, sobre todo para evitar que Consuelo, que bien sabía hacia dónde me había dirigido, irrumpiera con otra toalla. O, por qué no, con la misma.

Pero necesitaba, me resultaba imperioso absorber, respirar las emanaciones que la lluvia producía en contacto con la tierra del jardín, o con la de los canteros de las veredas. La tierra de la que está hecho mi predio. Mi tiempo. Esa tierra negra, prolífica, egoísta. La que mantiene encerrados, todavía tensos y cavilantes, los huesos fosforescentes de mi generación.

Sentía que no había caminado, bajo esa lluvia, lo suficiente. Así que estuve movilizándome dentro de las cuatro paredes del dormitorio, de una punta a la otra, calculando qué tipo de estrategia poner en acción para eludir la previsible curiosidad y el consecuente interrogatorio de Consuelo. Cuando advertí que mi caminata interior era más mecánica que especulativa, de-

sistí, y simplemente enfrenté mi circunstancia: salí del cuarto y atravesé el living en dirección a la puerta de calle. Ningún obstáculo se me interpuso. Consuelo estaría, quién sabe, disfrutando de su propia soledad en el baño. Atravesé la puerta de calle y volví a la lluvia y a la noche.

Empezaba a ceder el forro del bolsillo delantero derecho de mis jeans, la tela de algodón empezaba a capitular ante la neurosis de mis dedos índice y mayor, y habría recorrido unas tres cuadras cuando veo una silueta familiar avanzando de frente, en lo que podía interpretarse como la dirección de mi casa. También con las dos manos zambullidas en los bolsillos de los jeans, con los hombros erguidos y un tanto ansiosos, con el pelo y la ropa chorreando toda el agua de la noche y la media sonrisa ya visible para mí a la más y más corta distancia, caminaba Gustavo. A buen ritmo, con la cadencia que otorga al cuerpo una lluvia de la que no se está planeando buscar refugio, Gustavo fue deteniendo su paso. Y yo detuve el mío.

Uno de los únicos sonidos que nos cercaban era el de las múltiples, muchas veces simultáneas fracciones de agua percutiendo con nitidez contra el follaje, contra algún metal, contra el asfalto: escasos arrebatos de generosidad con que la vida suele resplandecer de orgullo. Ya a la par, caminamos, aplicando metódicamente el peso de nuestros cuerpos vivos a desintegrar las hojas que crujían entre las suelas de nuestros zapatos y las baldosas de la vereda empapada. Baldosas con ranuras verticales, horizontales, verticales, horizontales, según en qué sentido se las mirara y desde qué posición se les caminara encima.

Habría que seguir hablando, decidió decir. Buena cosa, que Gustavo tomara decisiones. Habían llegado a tener inflexiones gloriosas, años atrás, en más de una ocasión, las decisiones de Gustavo. Y ahora, mientras atravesábamos, sin mirarnos demasiado, las primeras horas de la madrugada, empezaba a menguar el agua que caía sobre nosotros y se multiplicaban el frío y sus alcances.

Volví a sentir pesadamente la ausencia de la ventana. Volvía a extrañar el dolor en los codos. El contacto de la semiarrugada piel de los codos con la madera descascarada, con los pedacitos de pintura arqueados y filosos. Desprendidos. Verdes. Verde oscuro.

Yo caminaba del lado de la calle. Me reconocí a mí mismo creando breves ecuaciones para ir cambiando de ubicación sin que se adivinara la causa. Finalmente quedé en la posibilidad de disponer ampliamente de la pared de ladrillos que se continuaba, ahora a un metro de mi costado, desde hacía más de media cuadra. La tenía allí, allí mismo, y no parecía en la actitud de resistir, no parecía oponerse demasiado a mis exigencias. Entonces la enfrenté. La enfrenté y le pegué una patada, una gran patada, una mayúscula patada dolorosa, dolorida, doliente, cargada de cólera, cargada de llanto. Cargada de un llanto que no parecía tener la intención, por el momento, de aliviarse por los ojos.

Gustavo dejó de caminar. Se quedó quieto. Esperó. También yo esperé, agitado, ahora de espaldas a la pared, entre jadeos que, recordados en este momento y desde este marco de madera nada complaciente, sonaban más que saludables. Unos segundos. Algunos segundos. Hasta que mandé el otro pie, con toda la furia, contra los mismos dos ladrillos que acababan de sufrir el impacto mayor.

Me gustaría pero no puedo olvidarme del miedo que sentí. Del miedo a parecer un niño a los ojos de Gustavo. En todo caso terminé diciéndome que no, que no podía parecer un niño a los ojos de nadie porque yo mismo sentía la adultez explotar contra los interiores de mi organismo, de mi anatomía, que nunca había dejado de ser robusta y poderosa.

Noté que el tobillo de la primera patada temblaba. Noté que el de la segunda, punzaba. La noche, ahora, parecía no avanzar.

No existen los años. No siempre existen los años. Busqué fugazmente la cara de Gustavo, que no me miraba. Y sentí que apretaba los dientes. También lo vi apretar, comprimir, los ojos y la boca. Los labios como pedazos de madera, dura y pesada.

Me pareció que sus hombros se movían: algo que un cuerpo no requiere si lo que necesita es mantenerse en equilibrio. Se sacudían. Los hombros de Gustavo, par de alas, ahora, que liberaban un vuelo al que habíamos sido obcecadamente resistentes, de pronto se sacudían. Vi a mi amigo girar y desplomar la espalda contra la pared de ladrillos, y mirarme. Furtivo. Una rodilla doblada, la suela del zapato contra la pared, las manos en los bolsillos del pantalón, la nuca apoyada en una franja de cemento que unía, o desunía, en el mismo muro, dos ladrillos carcomidos. Y el llanto. Yo lo veía de frente, lo observaba escudriñarme y volver a cerrar los ojos, y me debatí por un momento entre decidirme a suponer que cualquier mujer, viéndolo allí, así, en apariencia desamparado y sin lugar a dudas masculino y elegante sin intentarlo, estaría varias veces dispuesta a darle consuelo, y mi propia necesidad de descargar la angustia. El dolor se me abría a los ojos indiscutible, severo. Intenso. Apoyé los omóplatos contra las asperezas del muro y dejé salir mis propias lágrimas. Allí estábamos, ahora, los dos. Con una fuerza interior, podríamos llamarle, que nos había explotado, excedido. Que se movilizaba por entre nuestras vísceras llenando espacios, desbordándolos. Que parecía devolvernos la flexibilidad del cuerpo. De las articulaciones. La belleza. Reinstauraba en nuestros cuellos, en nuestras espaldas, la rectitud, la posición de los que no conocen los beneficios de la duda. Uno al lado del otro, haciendo uso de la lluvia, convirtiéndola en cómplice, poniéndola al tanto de los hechos, de las realidades, de los silencios estoicamente mantenidos, confiándole datos sobre la verdadera solidez que había estado tomándose el trabajo de adquirir, día tras día, nuestra bruma interior. Haciéndola cargo, dándole a esa lluvia la tarea militante, la responsabilidad de que transportara nuestra desazón a través de la tierra, que la ayudara a penetrar, a entrar

en apretado contacto con los huesos de nuestros compañeros asesinados.

Gustavo me echó otra mirada, siempre de reojo, para constatar que íbamos sintiéndonos igualmente lo que fuera: igualmente angustiados, igualmente aliviados, igualmente contentos de estar vivos, igualmente cómplices de lo que pudiera venir de aquí en más.

Se me ocurrió investigar, con cierta vaguedad: ¿Seguirá la reunión de cumpleaños de Fede? Pero la pregunta no tuvo curso. Nunca pudo proyectarse más allá de los finales de la laringe. Él, después de un tiempo que no recuerdo haber calculado, logró articular algo. Dijo: Yo duermo por lo menos siete horas. No creo que eso vaya a afectar.

Necesité, me ayudó, tomar posesión de lo mío, y me abalancé sobre las palabras: Pelusa ya debe estar dormida. Consuelo ya debe estar dormida. Ninguna de las dos va a dedicarme la más miserable mirada hasta la mañana. Asimilé con bastante prestancia la oblicua sonrisa que recibí como respuesta. Él volvió a decidir, libre, casi sereno: Caminemos hasta la avenida. Algún café vamos a encontrar abierto.

Me di cuenta de que mis dedos atacaban, esta vez, los botones oscuros de mi camisa empapada y a cuadros. Me salió: Hacía mucho que no veía tan furiosa a la Pelu. Nos vomitó uno de esos grandes bодоques de materia desconocida que se le suelen atragantar. Pero, ¿sabés qué?, mientras caminaba a casa hace un rato se me ocurrió que, en una de éstas, la supuesta ironía no lo es tanto. No sería nada raro que esa onda cáustica sobre lo de la tarea tenga otro origen. Ya vas a ver que poco a poco vamos a ir notando que lo que siente, en el fondo, es una mezcla. Una mezcla de culpas por no haber retomado todavía alguna forma de militancia, de impotencia por no vernos a nosotros todo lo activos que ella espera, y de enorme frustración de ver el desastre que es el país y los resultados que dan los escasos intentos por cambiar algo. Esta sociedad es leche cortada, Gustavo. Y ella lo sabe bien. Hay que empezar por reconocer que vamos a tener que batir mucho para sacar unos gramitos de manteca. Pero no hay, viejo, no hay tanto para seleccionar. Y yo, si se me zarpan las hélices de tanto batir, en fin, me la banco. Pero no está en mis planes dejar que se me atrofien de puro inútiles. Jamás. Batir, batir y batir. Con el instrumento que resulte más efectivo. No es que falten utensilios, herramientas ni adminículos. Y menos aún desafíos. Con todo lo que esto implica de provocación. Pero ¿cuándo la vida no ha sido una gigantesca fanfarronada? A dos asuntos tendría que encontrarles eso que suele llamarse respuesta, de todos modos. El primero: si la fanfarronada es, realmente, tan gigantesca, y el segundo: quién es el mayor fanfarrón. Uno rastrea, persigue, y finalmente ubica. Se la atrapa, a la célebre réplica, y no hay forma de que se escape. Lo que no tiene interrupción es el funcionamiento, el ritmo de esa desgraciada máquina de producir más preguntas. Uno percibe la comezón de un nuevo signo de ignorancia, va más o menos reconociéndolo, y cuando se hace identificable, traducible a palabras, a imágenes,

y crece hasta atascarse en alguno de los pasillos por los que nos viene y nos va lo que nos queda de libertad, se reinicia la tarea de rastreo de lo que será o parecerá la resolución del interrogante. Se asoma, por ahí, una sombra, y uno se prepara, se pone al acecho, la divisa, se acerca y pum, la caza. Uno la caza y la pone a disposición de la pregunta para que finalmente sacie su hambre, ¿no? Pero da la impresión de que nada es suficiente. Muy pronto vuelve a oírse el creciente murmullo del oleaje que viene armando la nueva náusea, que avanza flanqueada por incandescentes signos de interrogación. Esa desgraciada máquina. Y uno vive así: dándole de comer exquisiteces al cuerpo de la ansiedad.

ENI FURTADO NO HA DEJADO DE CORRER

Córdoba, Alción Editora, 2013

*A Nina:
por cada glóbulo
rojo, por cada inventado
destello
en el fondo del
vacío que encuentran
las voces*

(¿De quién somos, chiquita de la casa?)

Todo se enfría, en la noche. Y después, vos viste, porque en eso sos como yo, sale el solcito, a la mañana. Claro, si no llueve.

Es un poco raro empezar con lo del horizonte porque, la verdad, hay cosas más importantes. Pero es lo primero que se me viene a la cabeza. Vos me plantaste frente a este cuadernito, y bueno, a lo que venga. Mejor dicho: a lo que salga, si es que sale algo. Como vos de tonta nunca tuviste nada, sabés muy bien que no te lo puedo garantizar. Lo único: no me andés preguntando cuánto escribí. Si me apurás un poco no te escribo nada, y chau.

Pasaba después de que había bajado el sol, y cuando lo único que iba quedando era como el reflejo. Porque algo quedaba, de luz. Y como los edificios eran bajos, o no había edificios, uno podía ver esa línea larga, que abajo tiene un color más oscuro, y que arriba todavía tiene ese color entre rojo y amarillo. Esa línea que mejor no mirar mucho porque enseguida hace que se te cierre el pecho y que te pongas a llorar.

Qué línea, ésa, nena. Uno la mira y se te viene encima todo. Pero todo: los recuerdos, los miedos, la locura que una tiene, y la locura que a una le falta. Para mí, cuando la miro sin pensar mucho, es una raya lisa, un ren-

glón, línea recta, como te decían en la escuela. Pero si me quedo ahí con los ojos metidos en ese renglón, que además parece tan lejano, y al mismo tiempo me quedo enganchada en esa pregunta de qué habrá más allá, se me empieza a enrular, la línea se me llena de vueltas, de remolinos, de nudos, que se mueven de un lado a otro, de una punta a la otra. Cómo te explico: como si el horizonte se me encocorara. Como si se me volviera loco. Y como si eso se me hubiera puesto más crudo ahora que cuando era chica. Debe ser porque una tiene más nudos acumulados, los nudos de las cosas que nos han pasado en la vida. Y ahí los tenés, se te aparecen todos, descarados que son, y te bailan, ahí, contra los ojos, desnudos, te saltan, como payasos, cosa de que los veas, cosa de que no te olvides de que están y están y están, pero mejor quedarse por acá, no acercarse mucho a la línea, mejor todo de lejos, no vaya a ser que se te quieran venir encima y estrangularte.

Mirá, mirá las cosas que me hacés pensar, vos, con las ideas que me tirás para lograr meterme en este lío. A insistente no te gana nadie. Ahora resulta que el horizonte tiene nudos, nudos que se te vienen encima y te estrangulan. Nada menos. Pero bueno.

La cuestión es que desde el auto veíamos esa línea, y no me parece que tu papá tuviera el coraje de mirarla. Ni tu mamá. Tu mamá, menos. Los dos iban mirando directo para adelante. Él manejaba y manejaba, y yo sentía como que iba con el aire del que nos llevaba a todos detrás, como si fuéramos la cola de un vestido de novia, blaaaaaanca y radiaaaaaante, ¿te acordás?, como si fuéramos los que están siempre oliéndole ya sabés qué a un presidente, a un rey, los que cumplen con las órdenes que él da. Así se lo sentía, muy, cómo te digo, lleno de orgullo. Desde atrás no se le veía mucho la cara porque iba tan seriecito y dándoselas de importante, sin mover la cabeza, pero a mí me hacía pensar que nos llevaba al mejor lugar del mundo, un lugar lleno de flores con la luna muy plateada, brillante, como papel de cigarrillos, o al peor de los lugares, al infierno, donde nos íbamos a quemar de arriba abajo, él también, él primero, por culpa de unas llamas inmundas que nos iban a dejar todos desfigurados, como si se nos hubiera pegado alguna peste y, encima de empestados, quemados y completamente muertos.

Y digo que él también porque a mí no me parece para nada que alguien que se lleva a todo un grupo de personas a morir quemadas en el infierno se pueda escapar de las llamas. ¿Cómo echás algo en el horno sin que te llegue algo de calor? Y encima, fijate, el infierno no tiene puertas. Así que o todos estamos afuera, o todos estamos adentro.

Bueno, total que el horizonte era como un círculo. Se lo veía a todo el rededor. El auto se movía, las cabezas de tu papá y de tu mamá, adelante, no se movían, y atrás la cabeza de la chiquita se movía, lenta, un poquito, y la tuya y la mía se movían rápido para aquí y para allá. Por ahí la línea se cortaba un poco con vacas y caballos que se le ponían por delante, a los cos-

tados, porque de frente estaba la ruta. Al final, muchas veces veíamos una línea llena de cortes. Era como ir siempre metidos en un círculo de línea de puntos. Así se llamaba: línea de puntos. Digo, en la escuela.

Pero esas ganas de poner los ojos allí y clavarlos, que me empezó por esas épocas en que éramos tan chicas, en que empezábamos a crecer, me siguen. Me persiguen. Me tientan. Pero también me les escapo. Porque me parece a mí que lo que más me tienta es lo que más me duele, ¿sabés? Qué pena que una sea así. Con todo lo bien que una podría pasarla olvidándose de lo que sigue haciendo daño.

No sé. Me parece que esto no tiene pies ni cabeza, porque no es que lo esté pensando demasiado, la verdad.

La que no se llevaba muy bien con el horizonte era la lluvia.

Íbamos en el mismo auto, ese como Jeep, no sé a dónde. Tu papá siempre nervioso, como rígido, llevándonos al infierno, siempre pienso, y tu mamá tensa como elástico de bombacha de gorda, al lado de él, y nosotras tres atrás, confiando. La chiquita bamboleándose entre nosotras dos, y yo cada tanto perdiéndome en tratar de encontrar ese horizonte que se me desaparecía detrás de la lluvia que caía sin parar. Era un juego pensar que el horizonte estaba desesperado porque sabía que algo lo tapaba, desesperado porque sentía que lo estaba enterrando algo que tenía mucha fuerza, y al mismo tiempo imaginarme que la lluvia peleaba para no dejar que el horizonte volviera a su lugar, para no dejar que yo pudiera verlo de nuevo. Se peleaban por mí. El horizonte y la lluvia se peleaban por mí. La línea, el renglón redondo que encerraba al auto, se escondía detrás de esa lluvia. Y me acuerdo de la voz de tu mamá: Manejá más despacio, más despacio. Si no lo hacés por nosotros por lo menos pensá en la chiquita y en Alcira. Y la otra también es nuestra responsabilidad, no te olvides de eso. Lo que decía tu vieja se oía más como el chrrrrrrr, chrrrrrrrr de un serrucho que como palabras, que como una voz, de tantos nervios que tenía, la pobre.

Cómo desaparecía el horizonte, Alcirita, con la lluvia torrencial. Yo lo buscaba, lo buscaba, adelante, por las ventanillas de los costados del auto, pasaba por encima de la chiquita para mirar por tu ventana, giraba el cogote como un gato para mirar por el vidrio de atrás sin mover el cuerpo, para no perderme nada, como si el cuerpo pudiera ver, o porque pensaba que me iba a tomar menos tiempo volver la cabeza para adelante si dejaba el cuerpo quieto, pero nada, nada. Ningún horizonte. Todo lo que se podía ver era agua cayendo. Y qué alivio, nena, qué alivio. Porque entonces no tenía que andar preguntándome qué había más allá, después de la línea redonda y enorme. Me acuerdo de que, cuando veía que no lo encontraba, algo se me aflojaba adentro, se me tranquilizaban los brazos, las piernas, las manos. La panza, se me tranquilizaba. Y me venían ganas de reírme. Y entonces otra vez se me ocurrían cosas como que estábamos metidos todos adentro del círculo que no veíamos, y también adentro de un círculo más chico, el que la

lluvia armaba alrededor del auto, tan ruidoso y que no terminaba nunca. Y me hacía la pregunta de cuántos círculos más habría alrededor de nosotros, del auto, y si no sería que las vacas y los caballos que veíamos cuando había sol estarían bailando entre el horizonte y la lluvia, agarrados de las manos, en una ronda, contentos de la ducha que se estaban dando, o tratando de disimular el miedo por no tener una casa donde meterse con tanta agua cayendo.

Al final uno se pasa la vida tratando de disimular el miedo.

Esto, sin contar los sueños, las pesadillas. En los sueños veía un campo inmenso, y yo iba cruzando ese campo, y veía que en el horizonte, al final, había una parte oscura, que era una arboleda, una arboleda que parecía montañas, muchas montañas. Yo sabía que tenía que llegar hasta allí y que tenía que cruzar esa oscuridad, eso que parecía hecho de rocas, árboles oscuros, montañas, pero no sabía qué había del otro lado. No podía soportar la angustia, en medio de la noche. Tantas de estas angustias, tenía en esa época. Después, con los años, muchos años, cuando conozco la Biblia, ya se me fueron yendo esas tormentas que no me dejaban en paz.

Toda la fuerza que le puse a tratar de olvidarme de todo esto, cuarenta años empujando y empujando tanta historia contra el fondo de mi cabeza para que nunca saltara, y vos que te me aparecés así, sin aviso, Hola, ¿puedo hablar con Eni?, como si la vida se hubiera quedado parada en Rojas, allá donde se desarmó. La cosa es que los pedazos que quedaron, rengos, arras-trándose, a los tropezones, no sé cómo, pero no dejaron de andar, Alcira. Alcirita.

*

—¿Hola?

—Sí, buenas tardes. ¿Podría hablar con Eni, por favor?

—¿Quién le habla?

—Le habla una amiga.

—Qué amiga, le habla.

—Una amiga de la niñez.

—Qué amiga de la niñez.

—Eni, ¿sos vos? Eni, escuchame: habla Alcira.

—¿Quién?

—Alcira.

—Qué Alcira. No sé quién me habla.

—Eni, soy Alcira. La Alcira de Laboulaye. De Pergamino. De Rojas. La Alcira de tu niñez. Alcira Asami.

—Alcira... ¿Y esto? Pero cómo, cómo pasó esto. ¿De dónde saliste? ¿Desde dónde me estás llamando? Y cómo me encontraste. ¿Cómo fue que me encontraste? ¿Estoy soñando, yo, o qué?

—Te busqué, Eni. Te busqué como loca. Pero sola no pude encontrarte. Me ayudó alguien de Laboulaye.

—¿Alguien de Laboulaye? Pero nena, hace mil años que no estoy en Laboulaye. Que no voy. Se ve que estabas desesperada por encontrarme, ¿no? ¿Me podés decir qué necesitás? ¿Tan desesperada, estabas?

—Muy.

—Y por qué. Por qué.

—Ahora te cuento. Pero primero que nada escuchame bien: quiero que sepas que te quiero, que te quiero mucho, que te he extrañado horrores, y que tengo enormes, pero enormes ganas de verte, de abrazarte fuerte y de recuperarte. No sabés cuánto quería escucharte la voz. No tenés idea.

—Y eso por qué. ¿Por qué tanto, me podés decir?

—Porque sé todo, Eni. Sé todo. O sé mucho, para no exagerar. De una cosa estoy segura, y eso es que no sé lo suficiente.

[...]

Te achicás, estúpido. Pedazo de pelotudo. Te fruncís hasta quedar como una ciruela seca. No una pasa de uva. Demasiado chica, una uva. Ciruela pasa, eso soy. Eso es este tipo que soy. Eso es éste que me jode, y me jode, y no termina de joderme. Qué vas a decirles a los que te pregunten por qué te decidís por irte. Que voy a volver. Eso, les voy a decir. Y sin mentir. Porque voy a volver. Tarde o temprano. Son menos problema los Estévez, los Martini, los Perris, mi hermano y los demás, que Ruth. Y ya dije sí. Encima ya dije sí. ¿No te habrás apurado demasiado?

Si por lo menos las baldosas de esta vereda fueran de algún color. Con lo grises que son. Ir y volver. Ir y volver. Del banco a casa. De casa al banco. Por las mismas calles. Las mismas cinco cuadras. Porque, ¿qué otro camino voy a tomar? ¿Qué otro, que sea realmente diferente?

Este idiota que soy. O que no soy. Este idiota. Se achica. Y se despluma. Se le desprenden las plumas de colores. En dos segundos pasa de pavo real a gallina lista para el puchero. Y bueno. Porque ni que fuera el único. Tenemos varios, por los alrededores. Y más allá, también. Por empezar, ese narigón lentudo con culos de botella que dice ser el presidente de los argentinos. Ya se le va a terminar el brillo, a ése, también. La historia le va a arrancar todos los plumajes y va a quedar sangrante y al descubierto. Revoltijo de plumas de colores, para que todos nos podamos divertir de lo lindo. Ya ves, Julito. No sos el único. Presidente de los argentinos. Ajá, justamente. Desarrollismo. Pero mirá vos, che. Qué interesante. Lo que sí le vendría bien sería desarrollarse bien el orto, para tener alguna protección cuando le caigan con el palo.

Y hablando de palos: cómo le largo el palazo a Ruth. Quién quiere andar cambiando de casa, de ciudad. Llevarse todo. Nadie, quiere. Empezando por vos, Julito Asami. Ciruelita. Ciruelito. No. Ciruelo, no. Ciruelo es el árbol. Ciruelita macho, digamos. Pero sube el sueldo, ¿no? Eso la va a entusias-

mar, a Ruth. Al fin y al cabo todas esperan lo mismo: guita. Para los vestidos. Los zapatos de taco alto. Los sombreros. Y las medias de nylon, que al final no hacen más que hacerse mierda en la primera postura. Y ¿quién las paga? Ya sabemos quién las paga. Pero bueno. Peor sería tener que bancarse a la mujer de uno con esas medias llenas de agujeros, de corridas. Como una loca de la calle.

Y con las nenas. Un lío. Siquiera la chiquita pudiera caminar un poco, como para que se nos facilitara el movimiento. Porque la piba es, la verdad, una valija más. Una valija que se caga encima.

Y, si no, ya sé. Ya tengo la solución: me lo charlo a Fangio. Eso. No ser amigo de uno así. Ese Fangio nos traslada de Rosario a Laboulaye en un cuarto de minuto. A ver qué. A ver qué prefiero: que nos cargue los muebles en el Maserati o que los acomode a todos en el Mercedes. Cuál me gusta más: mi Fangio Maserati o mi Fangio Mercedes. Mago, el Maestro. Mago. Es capaz de todo. Es capaz de levantar la casa completa en dos dedos y apoyarla suavemente en el rincón que él elija del Maserati —a mí me da lo mismo cuál rincón, mejor me abstengo de hacerle sugerencias, al hombre— sin que se deslice ni una silla. Ni un adornito de mierda de éstos que tanto le encantan a la ruterita. Y llegar a destino sin que ni él mismo se dé cuenta. Pero bueno.

Poco a poco. Tranquilo, Julito.

A ver. A ver cómo se lo digo. Se pone histérica, aquélla. Por cualquier cosa se sale de las casillas. Pero la revienta, si empieza a los gritos. Y vos sabés, Julito, que, en cuanto levantás la voz, se achica. Se achica igual que alguien a quien vos conocés muy bien, ¿no? ¿A ver? A ver: ¿de quién estoy hablando? ¿Como quién se achica, tu Ruth? Tu Ruthita, tu ruterita. ¿Eh? ¿Cómo quién? Como éste. Éste que sos vos. O que creés que sos.

Mm. Mirá eso. Mirá. Se cayó de un nido. Transparente. La piel tan transparente. Se le ve todo, por dentro. Recién salidito del huevo. Chau. Terminó rápido la historia de su existencia. Ni tiempo a que le salga la más mínima plumita. Menos mal que Alcirita no anda conmigo. Tendría que zamparle un flor de cachetazo para calmarla. Ayyy, está muerto, papá. Ayyy, tan chiquito. Ayyy, papá, no quiero que esté muerto. Hacelo vivir de nuevo, papá. Ayyy. Otra loca que tiene a quién salir. Ya se le ve, pendejita y todo, cómo va a terminar.

La que se viene, ahora. La que se me viene. La que vas a tener que enfrentar, mi querido Julio Jorge. Porque, te guste o no, sos éste que está aquí. Un momento: ¿estás seguro de que sos éste que está aquí? ¿Aquí dónde? Éste. El que va caminando, taconeando, porque es macho, por el pasillo interminable de esta casa de departamentos que alquila para vivir con la familia. Con su traje marrón oscuro, su camisa blanca y su corbata última moda, bien delgadita, petitera, fondo marrón y con motivos geométricos color borravino. Éste. Este mismo. El que sabe que no va a ser fácil lo que

viene a partir de ahora, en que tu mujer está oyendo el taconeo contra las baldosas del pasillo, ese brillito de los zapatos lustrados a puro cepillo de crines genuinas, a pura gamuceada para el toque final, que no oye pero presente, porque escuchame bien, y tenelo en cuenta, Julito, los brillitos no se oyen. Nada de cosas raras, esotéricas, aquí. No hay brillo que entre por los oídos. Así que ojo. Este momento que ya llega en el que ella te abre la puerta para hacerte las cosas más fáciles porque volvés después de un día de trabajo agobiante y, de paso, para tratar de amortiguar los gritos con que solés inaugurar tu llegada. O sea: lo hace por ella, no por vos. Te abre la puerta, te mira, tensa, tensa de su propia tensión, y capta la tuya, que es la misma pero no por eso compatible, y ya está, ya está, ya la cagaste, Ruth, ya la cagaste, te repetí mil veces que no me hagas esa pregunta estúpida, siempre la misma: Ay, ¿por qué traés esa cara?, Ay, ¿tuviste problemas en el trabajo? No. No tuve ningún puto problema, y preparate para empacar porque nos vamos.

—¿Qué?

—Que nos vamos.

—Nos vamos a dónde.

—A Laboulaye.

—Y eso qué es.

—Un pueblo. Provincia de Córdoba. Al sur.

—Por qué nos vamos. De qué estás hablando.

—Estoy hablando del escalafón. Y se terminó. Me aumentan el sueldo.

—Yo no me muevo de aquí. De Rosario no salgo. Y con la chiquita inválida, y todo eso. ¿Estás loco? Ya lo dije: no me muevo.

—Ojo con lo de loco. Mucho ojo. Y no te pregunté si nos vamos o no. ¿O no te das cuenta de que nadie te está preguntando nada? ¿No ves que no hay preguntas, acá? Y dejá de histriear. ¿O querés que nunca salga de pinche, de auxiliar común y silvestre?

—Yo no me voy.

—El sí ya está dado. Nos vamos en tres semanas. Y dejate de lloriqueos. Parala. Parala o te atenés a las consecuencias. ¿De qué tenés llena la cabeza? ¿De aserrín? ¿Eh? ¿Qué es lo que no entendés de lo que te estoy diciendo?

[...]

Ya veremos. Ya veremos lo que pasa si la chiquita llega a necesitar un médico. Si tiene una emergencia de las tantas. Ya veremos. Que es por poco tiempo. Que no nos estamos yendo al fin del mundo. Que así conocemos gente en otros lugares. Todas excusas. Porque, al final, para qué. Para tener que levantar todo otra vez para irnos a otro pueblo de porquería. Más excusas: a cada lugar nuevo vamos con más dinero y más jerarquía. Qué vamos a hacer con dinero y jerarquía si andamos como gitanos. Cómo quisiera terminar, salir de este infierno.

Tanto que le pedí que comprara un auto. Al cobarde no había cómo convencerlo. Tanto que festejamos cuando llegó tan orgulloso con su auto fla-

mante. Tan contentos estábamos porque no íbamos a seguir saltando de un tranvía a otro, de un taxi a otro con la chiquita en brazos. Tanta alegría para qué. Para que ahora lo único que se me pase por la cabeza sea encender un fósforo y meterlo bien adentro del tanque de nafta.

Y encima éste, que se cree el gran jefe del batallón. Y que piensa que para demostrarlo tiene que manejar así, a lo bruto, haciéndonos saltar, golpear-nos a todos. Hasta él mismo va chocando contra la puerta del auto. No vaya a ser que nos olvidemos de que está presente, dirigiendo la batuta, siempre presente.

Pero claro. Qué se puede decir. Qué se puede hacer. Soy una esclava. Una esclava de él, una esclava de la chiquita. Una esclava de mí misma. Ojalá me hubieran dejado morirme, ya que no se avivaron de hacerme una cesárea. Nos habríamos ahorrado tanta porquería y tanta dificultad. Podríamos estar todos en cualquier otra situación. Menos en ésta.

Todo, haría explotar. Todo. Pero pobrecita, mi chiquita. Qué culpa tiene. Con la otra no hay problema. Es tan viva que encontraría la forma de escaparse. De salvarse.

Tanto maíz. Tanta planta y planta y planta. A ver si también me encuentro con una plantación de maíz en el patio de la casa. Si es que tiene un patio. A quién se le ocurre dejarlos que nos alquilen una casa sin que la hayamos visto nosotros. Y esta vez se salva, este desgraciado. No le puedo reprochar eso porque es la costumbre del Banco. Lo hacen con todos los infelices como nosotros que dan cualquier cosa por ascender. Bah, 'nosotros' no. Yo a los ascensos me los paso por donde no me da el sol.

Tanto maíz. Le haría tragar a éste todos los choclos juntos. Pero juntos. Quiero decir, al mismo tiempo: desde la primera planta que vimos cuando tomamos la ruta, hasta la última que veamos cuando al final lleguemos a ese pueblo de porquería.

Y dale. Está manejando a mil kilómetros por hora. Animal. Vamos todos saltando como muñecos de goma. El problema es que no somos muñecos de goma. Entre los pozos de esta ruta espantosa y la neura de éste que dice que es mi marido. Marido. Justamente. Éste no tiene la menor idea de lo que es ser un marido como la gente. Aquí cada uno se inventa su propia versión de las cosas.

La chiquita y Alcira deben estar aterrorizadas con tanto salto y tanta velocidad. No se les oye ni un suspiro. O no. La verdad es que la chiquita ni debe darse cuenta. Y Alcira no chillar para no ligarse un sopapo. Mejor. Mejor. Yo ni miro para atrás. No es cuestión de despertar la perdiz. No es cuestión de agregarle mugre a la roña.

Y menos mal que la pelea de ayer fue grande. Porque a medias no funciona. Así uno se puede ahorrar todo tipo de hipocresía, y por un tiempo considerable. Como dice él: mejor ser drástico. Ahora sí que no espere que le dirija la palabra ni en un mes. Ya veremos si aguanta.

Para qué habré desayunado. Comí demasiado, de puros nervios. Con tanto sacudón lo único que quiero es vomitar. Pero no le voy a dar el gusto. Ni loca. Me trago el vómito. Lo que sea. Reviento, pero no le doy la satisfacción.

Cuánto tiempo va a tomar esto. Cuánto más. No veo la hora de llegar a esa maldita casa para ir al baño. No para usarlo para hacer mis necesidades sino para encerrarme y estar un poco en paz, sola, sin gritos ni llamados ni lloriqueos ni quiero esto ni quiero lo otro. Claro: si es que la maldita casa tiene un baño.

Quién sabe de qué clase de pocilga se trata.

Y ese camión de porquería que viene detrás. Por qué no nos pasa. Ojalá nos pasara, así se adelanta y llega antes. Así al menos las cosas estarían ahí cuando aparezcamos nosotros. Para qué. Para qué, si total ni las pueden bajar porque a las llaves las tiene éste, bien guardadas. No vaya a ser que alguien piense que no es bien macho. Los machos son los que tienen la llave, por supuesto. Ellos abren y cierran todas las puertas. Aprovechadores. Pero éste, ni eso. No aprovecha nada. Para lo único que le sirve es para creer que es un poquito menos infeliz. Menos mediocre. Dale, pedazo de bestia. Dale. Abrí la puerta. Cerré la puerta. Abrila de nuevo. Va a terminar más manco que una gallina.

Y ni hablar de las puertas del auto. Una estira la mano, y ahí aparece él, siempre agitado, con su «yo abro». Ma' sí, abrí, dale. Nadie está por quitarle la puerta ni el privilegio. No te vayas a olvidar de abrir, con esa alma de lacayo, que tenés.

Ésos son los ronquidos de la chiquita. Menos mal que se quedó dormida.

La otra sigue muda.

Y éste acelera cuando sabe que vienen más pozos en la ruta, nos sacude a todos a lo bestia, y me mira de reojo. Y yo no pienso dejar de mirar por la ventana. No pienso reaccionar. Aunque me tenga que entretener contando plantas de maíz. O de trigo. O vacas. O caballos. Que hable con su abuela, si quiere. Conmigo, nones.

[...]

—¿Y cómo es, entonces? ¿Vos decís que los hilos pueden quedar sueltos, así nomás?

—Yo creo que el único punto donde los extremos de todos los hilos pueden ir a parar es el Señor. ¿Vos leíste el Nuevo Pacto?

—No. ¿Qué es?

—Es parte de la Biblia.

—Ah, no, no lo leí.

—Bueno, hay una parábola, la parábola de la higuera. ¿Nunca te la dijeron?

—No.

—¿Nunca?

—No, en serio. Cómo es.

—Es de Marcos. Dice así: «Y el día siguiente, como salieron de Bethania, tuvo hambre».

—Pará: ¿quién tuvo hambre?

—Jesús.

—Ah.

—Empiezo de nuevo. «Y el día siguiente, como salieron de Bethania, tuvo hambre. Y viendo de lejos una higuera que tenía hojas, se acercó, si quizá hallaría en ella algo: y como vino a ella, nada halló sino hojas; porque no era tiempo de higos. Entonces Jesús respondiendo, dijo a la higuera: Nunca más coma nadie fruto de ti para siempre. Y lo oyeron sus discípulos. Vienen, pues, a Jerusalem; y entrando Jesús en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en el templo; y trastornó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas; y no consentía que alguien llevase vaso por el templo. Y les enseñaba diciendo: ¿No está escrito que mi casa, casa de oración será llamada por todas las gentes? Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Y lo oyeron los escribas y los príncipes de los sacerdotes, y procuraban cómo le matarían; porque le tenían miedo, por cuanto todo el pueblo estaba maravillado de su doctrina. Mas como fue tarde, Jesús salió de la ciudad y pasando por la mañana, vieron que la higuera se había secado desde la raíces. Entonces Pedro acordándose, le dice: Maestro, he aquí la higuera que maldijiste, se ha secado. Y respondiendo Jesús, les dice: Tened fe en Dios. Porque de cierto os digo que cualquiera que dijere a este monte: Quítate, y échate en la mar, y no dudare en su corazón, mas creyere que será hecho lo que dice, lo que dijere le será hecho. Por tanto, os digo que todo lo que orando pidieréis, creed que lo recibiréis, y os vendrá.»

—¿Vos te sabés todo eso de memoria?

—No. Tendría que saberlo. Pero no. Lo estoy leyendo.

—¿Estás ahora leyendo de la Biblia?

—Nuevo Pacto.

—¿Y por qué me leíste todo eso?

—Por lo de la higuera.

—Yo no sé si entendí bien, Eni, pero este Jesús estuvo bastante injusto, por no decir un par de cosas más. ¿Cómo va a matar así un árbol sólo porque no tiene frutos?

—Él quería comer.

—Pero ¿y qué? Ahí dice: no era época de frutos. ¿Qué culpa tenía la higuera, decime?

—No le obedeció al Señor. Él tenía hambre.

—¿Y qué tiene que ver esto conmigo?

—El que tuerce la voluntad de Dios paga las consecuencias.

—¿Y yo qué torcí?

—A lo mejor torciste la voluntad de Dios de que nosotras nunca más volviéramos a vernos ni a hablar.

—Y no será que la voluntad de Dios era que finalmente nos encontráramos, y por eso estamos hablando ahora?

—¿Y entonces por qué dejó que pasara tanto tiempo?

—Sabrá Dios.

—¿De qué Dios me estás hablando, vos, caradura?

—Dios. Qué sé yo. Dios.

—Vos no creés en Dios.

—¿Y cómo sabés?

—Se te nota. Discutís todo. No cambiaste.

—Bueno, no. No creo en Dios. Pero no me digas que eso de la higuera no es más bien propio de un jodido total. Eso no se hace, Eni. Vamos.

—Se trata del Señor. De su voluntad. Y vos ni creés que lo haya hecho. Qué hereje, che.

—Decime los nombres de tus ocho hijos.

—No me cambiés de tema, Alcirita.

—Dale, decime. Decime los nombres.

—María, Carina, Valeria, Daniel, Pablo, Pedro, Nahuel y Hernán.

—¡Qué bárbara! ¿Y te los sabés de memoria?

—No, a eso también lo estoy leyendo. Como que presentía que Alcirita Asami en cualquier momento me hacía un llamadito, así que hice una lista, y la tenía pegada en la heladera, bien visible, para cuando me hicieras la pregunta. Ay, Alcirita... ¿Y tu hija? ¿Cómo se llama?

—Fabiana.

—Fabianita.

—Sí, Fabiana Julia.

—Alcira, nena, qué es todo esto, explicame.

—Nada. Producto de la voluntad.

—Tu voluntad de no dejar las cosas tranquilas, de andar removiendo asuntos viejos.

—Quistes. Futuros tumores.

—Pero si los dejás en paz, calladitos, por ahí ni se despiertan. ¿No te das cuenta, vos, de eso?

—Vos sabés que siempre están activos. Se están tomando una siesta. Pero no están muertos.

—Y vos los despertás para darles batalla.

—Exacto.

—¿Y quién te dijo que les vas a ganar?

—Bueno, es un intento. Necesito tu ayuda.

—¿Y yo qué tengo que hacer, además de aguantarme esa angustia de sentir que estoy haciendo cosas que Dios no decidió que haga?

—Vos a Dios no lo molestes, Eni, que está ahí arriba viendo cómo somos las dos de inteligentes de ayudarnos a sacarnos de adentro toda esta basura que nos metieron a presión. Dios nos quiere valientes, y desprenderse de

tanta porquería, o por lo menos tratar de entenderla, es tener pelotas.

—Vos sos tremenda. Te metés en todo. Por lo menos a Dios dejalo en paz. Con Él no te metas.

—Lo mencionaste vos.

—Yo puedo. Vos callate porque te estás burlando.

—Todo lo que tenés que hacer es no tener miedo.

—No sé, no sé. Es que todo fue siempre tan difícil. Tan lleno de problemas, todo. No puedo creer que me hayas buscado, encontrado, y que me estés llamando desde Norteamérica. Yo tengo una hermana en Nueva York. ¿Te dije?

—¿Y ahora quién está cambiando de tema?

—Terminala, nena. Terminala.

—No, no me habías dicho. ¿En Nueva York? ¿De verdad? ¡Qué cosa! No te puedo creer. ¿Te das cuenta de lo que estoy pensando? Podrías haber sido vos, en lugar de tu hermana. ¿Mirá si eras vos, y vivías en Los Ángeles en lugar de Nueva York, y yo buscándote como loca, y resulta que te encontraba y eras vecina mía?

—Ah, sí, pero no...

—No, ya sé. Pero casi.

—Casi es casi, Alcirita.

—Eni, escuchame: en agosto voy a Argentina.

—No digas.

—Sí. Y quiero verte.

—Bueno.

—No te escucho muy entusiasmada.

—Pasó mucho tiempo, Alcira. Pasaron muchas cosas.

—Por eso mismo.

—Bueno.

—Pero prometeme. No quiero que después me salgas con que no debo torcer los destinos que Dios nos ha impuesto. Porque igual me voy a tu casa, aunque me tires con la higuera del parque de tu barrio.

—Mejor otro árbol.

—Como cuál. Qué otros árboles hay por allí.

—Después me fijo y te digo.

—Te aviso, Eni Furtado, que estoy dispuesta a desafiar al Señor.

—No hay que injuriar.

—Está bien. Pero sí nos vemos en agosto. ¿Sí?

—Está bien.

—Bueno. Se supone que a vos Dios no te permite mentir. Te voy a hacer muchas preguntas, así que preparate. Ya sabés.

—Me imagino.

—Sí.

—Bueno, quedé agotada.

—Hace casi dos horas que estamos hablando.

—Mi hermana hace lo mismo. Llama desde Nueva York y habla por horas y horas. Se ve que desde allá sale barato. Y debe pensar que yo no tengo nada que hacer.

—Y, decile, decile que estás ocupada, cuando te llama.

—No, cómo le voy a decir eso. Llama desde tan lejos, imagínate.

—Bueno, yo no te entretengo más, entonces.

—Sí. Y mi marido y mis hijos están esperando que me sienta a comer. La comida está lista, pero yo, en vez de hambre, ahora lo que tengo son náuseas.

—Te armé un flor de revoltijo. Bueno, te dejo, entonces. Andá y en estos días te llamo de nuevo.

—¿Cuándo? Decime así estoy preparada, nena.

—¿Y cómo te vas a preparar?

—No sé, me tomo un par de valiums. O me voy de casa.

—Andá, chanta. No exageres. No me digas que no es lindo que estemos hablando.

—Y, un poco, sí.

—¿Viste? No sé, como en una semana te vuelvo a llamar.

—Bueno.

—Besos enormes. No sabés la alegría que tengo de haberte encontrado.

—Un besote. Chau, Alciritita.

—Chau, Eni. Chau. Eni, escuchame: te quiero mucho.

—Yo también te quiero mucho. Otro beso. Chau.

—Beso. Chau.

—Chau. Corto, ¿eh?

—Sí, sí, cortá. Chau.

—Chau.

—Chau, chau. Hasta luegoito.

[...]

Y lo que me daba curiosidad era la ropa. La tela. Así que la toqué, y adiviné: se desarmó. Era casi polvo, como te dije. Había pedazos, pero nada muy entero. Después puse la mano sobre ese poquito de pelo, y se movió, se desparramó, se hizo polvillo. Y a lo que te voy a decir ahora te lo digo porque, bueno, no sé, la verdad, por qué te lo digo. Pero, ya que estamos tratando este tema, mejor no mentir ni ocultar, Alciritita. Porque por más que muchos lo nieguen, la cosa es que ocultar es mentir. Algunos quieren que uno crea que ocultar no es mentir, pero a eso no lo cree nadie. Dije: la mano. La mano, qué tentadora. En realidad las dos manos me llamaban la atención. Porque estaban juntas y parecían una sola cosa. Pegué otra ojeada rápida afuera por si ya estaba acercándose el sepulturero, y nada, no, así que metí la mano otra vez en el cajón y la puse sobre las de mi papá. Despacito. Suave, suave. Y bueno, pasó lo que parecía que iba a pasar: casi todos los

pedacitos de dedos, de huesitos de los dedos, se desparramaron y se fueron cayendo a los costados. Quedaron algunos sobre el pecho, que en parte tenía tela carcomida y en parte agujeros. Y por esos agujeros se veían bien las costillas. Sobre la tela, en la parte de abajo de las solapas, había quedado el huesito del dedo meñique de la mano, esperá que pienso, izquierda. Creo. Con algo medio raro que parecía una uña. Yo pienso que debe haber sido otra cosa, por eso de que habían pasado tantos años. Yo dije: éste es mío. Y lo agarré. Y la cosita rara se cayó, y me quedé con el huesito.

Tener en la mano un huesito de la punta de un dedo de una mano de tu papá parece una pavada. Pero no todo lo que parece es verdadero. ¿Te acordás de eso de que las apariencias engañan? Bueno, yo no estaba con la fuerza para convencerme de algo que no era. Tener el huesito de la mano de mi padre no era ninguna pavada. Y menos pavada era tenerlo ahí a todo mi papá, delante de mí.

Lo apreté un poquito con los dedos para ver si se desarmaba, si se hacía polvo, si se quebraba en dos, pero nada de eso pasó. Era blanco, medio gris. Y un poquito áspero en una punta, la que estaba antes unida al otro hueso, el hueso que va unido a otro hueso más. Viste que esas puntas son redonditas. Bueno, era como un poquito más áspera.

El olor seguía. Pensé que venía de los huesos, y entonces me acerqué el huesito a la nariz y lo olí. Una vez, otra vez. Y no. No. Ese huesito no tenía olor a nada. Y estaba limpito, la verdad. Así que pensé: me lo llevo.

Y en eso me dio como un gran, cómo te digo, cariño, unas ganas de abrazarlo a mi papá, pero lo que había de él, si lo abrazaba, se iba a alborotar y desparramar todo. Claro que igual iba a pasar eso cuando lo metiéramos en la bolsa. Pero, mientras estaba ahí, mejor dejarlo en paz. Así que dije: entonces voy a darle un beso al huesito. Y se lo di. Pero antes me pasé el pedacito de dedo por las dos mejillas. Y por los dos párpados. Y por la frente. Y por el cuello. Y después le di un beso. Y como yo ya estaba lagrimeando, el huesito se mojó un poco. Y como vi que mojado y todo no se desarmaba, se me dio por chuparlo. Y cuando estaba chupando un poquito de una punta, te cuento: entró el sepulturero. Y yo, del julepe, para que no me viera chupar el dedo de mi papá, o, bueno, un hueso de mi papá, me lo metí completo en la boca. Ay, Alcirita, no sabés, no sabés. El hombre me mira y me dice: ¿Ya está, señoras? Y yo le dije que sí, con la boca llena. No muy llena, porque el hueso me cabía en un costado, donde uno pone un caramelo duro. Pero, el hombre, como que se dio cuenta de que yo estaba comiendo algo. Me miró, y yo me hice la estúpida. Debe haber pensado que era un chicle. O un caramelo. Y le dije: Sí, ya está. El sepulturero había llegado con una especie de cuchara metálica grande, y con un palo de metal, grueso, se ve que pesado, y había apoyado las dos cosas en el piso, paradas contra la pared. Se dio vuelta para agarrarlas, y yo aproveché para robarme otro pedacito de dedo, un poco más grande, que se había corrido al costado. Y en un segundo me lo metí

en la bota. Como ese día andaba con pollera, fue fácil. El hombre me dijo: Téngame la bolsa abierta. Y la sostuve con las dos manos, y él empezó a sabés a qué: a romper los huesos más largos con el palo de metal, te juro. Y a llenar la palita y a echar en la bolsa todo lo que había adentro del ataúd. Y ahí se fue la cabeza de mi papá, toda quebrada. Y la columna. Y los brazos. Y las piernas, después de los golpes, y los pies, con zapatos y todo.

Yo no sé qué habrá hecho después con el cajón. Pero quedó vacío. También tenía un hilo grueso, el sepulturero, y ató la bolsa, que creo que ya te dije que era negra y de nylon. Yo pensé, cuando vi que iba a cerrarla: ¿escupo el huesito adentro de la bolsa? Pero no, él me estaba viendo, y mejor si pensaba que era un caramelo. Además no sé por qué me hice esa pregunta, porque yo, la verdad, quería quedarme con el hueso. Me dijo: Señoras, ustedes tienen que saber que todos perdemos a nuestros padres. Algunos pierden a los hijos antes de perder a los padres. Pero en la mayoría de los casos los padres se van primero. Ustedes perdieron a sus padres. Mejor si piensan que tienen una ventaja, porque no perdieron a sus hijos. Bueno, no sé, a lo mejor perdieron alguno. A lo mejor estoy hablando de más. Bueno, miren, esta bolsa va abajo, junto con los restos de la señora, que se fueron por allí. ¿Están de acuerdo, señoras? Yo le dije que sí, que se quedaran juntos. Él en la bolsa, ella toda suelta. Viste, Alcirita, que nosotras, las mujeres, siempre andamos sueltas. Si no es por una cosa, es por otra. Pero siempre así. Siempre desparramadas.

Lo vi meter la bolsa por el agujero que iba abajo, le dije que le agradecía la ayuda, y mientras yo le decía eso él ya estaba cerrando las puertas del nicho familiar. Así que yo me fui despacito, y ni se me ocurrió mirar para atrás, nena, porque estaba entretenida chupando. Chupando el dedo de mi padre. Ja, quién diría. Avancé un poco y las vi a mis dos hermanas paradas en la puerta del cementerio, con frío, siempre con las manos en los bolsillos de las camperas, y me miraban. Seguí caminando, hasta que me di cuenta de que rengueaba. Porque el hueso que había puesto adentro de la bota se me había corrido hasta cerca del tobillo, y se me clavaba ahí, en el hueso, hueso contra hueso. Cuando empecé a entretenerme con la renguera, dejé de mover el huesito de adentro de la boca. Y antes de llegar al portón me hice la que miraba para atrás, como despidiéndome del nicho familiar, y me saqué el hueso de la boca y lo eché en un bolsillo de la cartera. Rapidito. Llegué cerca del portón de entrada y Kuki y Tati me seguían mirando, con los ojos clavados en mi pierna. ¿Qué te pasó? ¿Te doblaste el tobillo?, me preguntó Kuki. Y vos sabés, Alcirita, que a veces tenemos fuerzas para hablar de algunas cosas, y a veces para hablar de otras. Y a veces no tenemos fuerzas para hablar de ninguna. Así que les dije que después les contaba. Ellas se quedaron muy calladas. A lo mejor no se sentían muy bien de haberme dejado sola, pero eso fue lo que yo quise. Y Tati hizo lo que ella quiso, y Kuki también. Cada una hizo lo que quiso hacer. Pero quién sabe, quién sabe. La verdad.

Así que, bueno, ya habíamos terminado. Estaba todo hecho. Y lo que quedaba era irnos de allí. Y entonces empezamos a caminar.

Y qué bien que hicimos, la verdad, en ir a Laboulaye. Porque no solamente levantamos las tumbas. O las bajamos, porque al final quedaron todos los restos ahí abajo, donde te dije. También fuimos a una kermés. Pero eso fue después, porque primero, querida, me terminé de enfermar, te cuento. Ah, porque no sé si te había dicho, ya saliendo de Buenos Aires no me sentía bien. Me dolía el estómago, pero no tanto como para no comer. Tenía acidez, pero no tanto como para no tomar café o mates. Y encima, con tanto frío, con tanto viento y tierra suelta, en las calles, en todos lados, el polvo, te imaginás, me dio una alergia horrible. Y para peor me dio una gastroenteritis. No te voy a cansar con esto, pero terminé en el hospital, en el mismo al que te llevaron a vos los Furtado que te ayudaron a encontrarme, y ahí, en la guardia, me pusieron una inyección ya sabés dónde. Andá a saber si no nos tocó el mismo médico y todo. Ay, nena. La cosa es que con la inyección ahí, me mejoré bastante rápido. También debo haber estado cansadísima, porque todo lo de los huesos fue tan difícil, tan raro. Porque nunca, nunca, de chica, yo había tenido alergias. Ni nada, la verdad. Pero ahora ya tengo una colección de operaciones: estoy operada de vesícula, y operada muy mal, te cuento, con complicaciones feas. Porque vos sabés, bueno, no sé si sabés, pero lo que pasa es que si se te tapa la boca biliar, la muerte no te pide permiso, Alciritita. Me tuvieron que poner drenajes, gomas aquí y allá. También tengo la panza con cortes parados, acostados, viste cómo se dice: verticales, horizontales, por varias cesáreas que no hacían ninguna falta. Acá, no sé si te enteraste, te agarran y te hacen cesáreas solamente para cobrarle más dinero a la obra social. Bueno, de ésas tuve varias. Claro que en ese momento no podés decir que no, porque te vienen con que el bebé está en peligro. Una vergüenza. Y ya sé, ya sé, no me lo digas, ya sé que tengo que adelgazar. Tengo que bajar la panza, que no es de las cesáreas sino de todo lo que como. Y bueno, nena, ¿todavía tengo que contarte más? Ah, la kermés. La cosa es que uno de los diez días que pasamos en Laboulaye fuimos a la kermés. Fue un sábado. Yo me divertí, la verdad. Y vos sabés, bah, no sabés, pero yo te lo digo, cuando uno conoce la Palabra de Dios, quiero decir, cuando uno aprende a prestarle atención a Su Palabra, uno entiende que tiene derecho a pasar un tiempo de diversión. Así que lo disfruté. Enferma y todo, lo disfruté. Y chau. Había carrera de sortijas, caballos, un conjunto de música folklórica, y gente bailando zambas y chacareras. Y viste, también, cómo se cansan los músicos, porque cantar no es cualquier pavada. Así que cada tanto se bajaban de la tarima y se comían algo, un choripán, y se tomaban un vino. Entonces, en el tiempo en que ellos no cantaban, pasaban otras músicas: todo el Club del Clan estaba ahí: Leo Dan, Palito, Johnny Tedesco, Violeta Rivas. También pasaban a cada rato *Blanca y radiante va la novia*, y *Bésame mucho*. Béssameeeee... Bueno, ya sabés. Porque ¿quién

no conoce esa canción? Mejor sigo. Vos sos tan loca que sos capaz hasta de ponerme a cantar. Y, te digo, menos mal que no se les dio por el rock nacional, ni ningún rock, porque bueno, no me lo aguanto. Pasaron unos tangos, eso sí. No sé quiénes eran, los cantantes. Ángel Vargas, no era. Pero a mí, todos los tangos, no importa quién los cante, la verdad, me hacen acordar a Ángel Vargas y a tu hermanita. Cuando me tocaba cuidarla yo le ponía ese disco que tanto le gustaba a tu papá. O, también, música árabe. Pero más que nada tangos. A ella le encantaba. Cualquier música le gustaba, la ponía contenta. ¿Te acordás cómo ponía las manos en los brazos del sillón para sostenerse, y se paraba despacito, y quedaba medio parada y medio sentada, y se movía, movía la cola un poquito, y abría la boca de puro contenta y se le caía la saliva? Era dulce, pobrecita, la chiquita de la casa. Pero no sé, la verdad, por qué le ponía a Ángel Vargas. Porque a mí el tango no me gusta, la verdad. Vos seguro que en esto coincidís conmigo. Porque, querida, mucho ritmo, pero al final en las letras nosotras somos todas unas ya sabés qué, unas degeneradas, y los hombres son los héroes que nos salvan, o son las víctimas de la maldad de las mujeres. A mí, la verdad, Alcirita, me da pena por ellos. Los hombres están siempre confundidos. Las letras de los tangos son la única forma de expresarse, de decir lo que sienten, que ellos tienen. Porque como la sociedad les dice que tienen que ser fuertes, siempre andan llorando a escondidas. Y el tango los ayuda, ¿no? Pobres.

Pero me dio alegría que en la kermés hubiera un conjunto folklórico, porque, te cuento, a los chicos, en las escuelas, ya no les enseñan a bailar el folklore de antes, el tradicional, que nos enseñaban a nosotras. Eso está mal. Y la kermés, por suerte, estaba llena de chicos. Yo me acuerdo, Alcirita, cómo me gustaba Cafrune. A este pobre también se cuenta que se lo cargaron los militares. Y Mercedes Sosa. Bueno, todavía me gustan, claro.

[...]

BRUNO REGRESA DESCALZO

Córdoba, Alción Editora, 2015

5

*no hacemos más que perderlos,
extraviarlos entre los arbustos*

Qué vulgar traidora es esta cosa que llamamos consciencia. Qué inútiles son, al final, esos pedazos de flan de clara de huevo que con tanta firmeza llamamos cerebro. Qué inasible y engañosa se presenta esa forma de la rigidez que llamamos libre albedrío. Así no vamos a llegar a ningún lado. Si vemos una cosa, no podemos ver la otra. Si le prestamos atención a esto, no podemos prestarle atención a esto otro. Si pensamos en esto y hacemos el esfuerzo de pensar en algo más, o sea, de pensar en dos asuntos al mismo tiempo, el flan, de un salto grácil y decidido, se nos escapa y se nos queda clavado en el segundo asunto. O rebota y vuelve al primero. Dos pensamientos paralelos, nunca. Tenerlos presentes a los dos al mismo tiempo, ni en sueños. Si vamos de una idea a la otra y vamos y volvemos, y volvemos y vamos demasiado rápido, todo se nos convierte en un revoltijo irreconocible y amorfo. Estoy acordándome de las rejas de la ventanita de la celda y, aunque me deshaga en esfuerzos para bloquearla, se me mete la Consu. No porque haya estado presa sino porque no lo estuvo. Estoy concentrado preguntándome por qué asocio cárcel con Consu por la negativa, y me invaden como un tropel enloquecido y ruidoso las calaveras del Tirol. Agitado como me dejan después de esa entrada triunfal, quiero quedarme un rato allí con las calaveras, de las que no podemos ignorar un aspecto claramente entretenido y, para ayudarme en ese trámite, para mantener un poco la estabilidad, para sostenerme de algo en medio de tanto ventarrón, pego la mirada con fervor, hasta con saña, diría, en la cortina de la ventana, y ahí está, ahí está, ahí está la maldita mancha, la mancha que me secuestra toda la energía

mental, que me consume de pronto toda la fuerza que necesitaría para batir y seguir batiendo las claras de huevo hasta que lleguen a modelarse como un verdadero flan, como uno que se precie.

No sé. Estamos a merced de lo que venga. Todo depende de todo. Y no hay cómo zafar de ese andar rengo, mudo y sordo. La palabra pronunciada en voz alta no vale nada porque no hay quien realmente la escuche. Es probable que todavía haya por ahí alguien dispuesto a leer algo. Por eso yo quería elaborar por escrito un par de ocurrencias, ideas, que podrían interesar a algunos, me imagino. Tanto entusiasmo con que andaba, y ahora estoy más chato que charco de pis que, aunque viene con alguna sustancia interesante como el amoníaco, y con cierta pigmentación, quiero decir: no tan tedioso como la insípida agua pura, al final también se evapora. Qué más te puedo decir, Martincito. Brunito. Bruno.

Hay inquietud en las piernas de Martín. Las estira. Las contrae. Gira los pies como para ejercitar los tobillos. Y más, y otra vez. Logra que le suenen las articulaciones del empeine, del arco. Y va llegándole a esa zona, la que cuando uno está parado soporta el peso de todo el cuerpo, una calma física, que se hace mental, y que puede disfrutar por un momento. Esa necesidad de estirar los músculos, de forzarlos como si fueran de goma, que le surge cada tanto, sin que Martín llegue a reconocerle una característica en común con nada más, ni con un deporte, ni con alguna gimnasia, ni con un baile, característica que busco para integrar los movimientos de las piernas y sus razones a alguna clasificación, para incorporarlos a alguna jerarquía. ¿Por qué, sabiendo con antigua claridad, habiéndolo mascullado hasta el fin de mi paciencia, que las clasificaciones, los encasillamientos, limitan, desvalorizan, sigo sintiéndome más completo y más seguro si a cada idea, a cada concepto, a cada acción le dibujo un trazo, una frontera, un cerco, y le otorgo un lugar en el mundo, le atribuyo un origen, una raíz, una naturaleza, una función y un destino? Por qué. ¿Será que para lograr mantener algún tipo de equilibrio dependo de demasiadas certezas? ¿Será que esas supuestas certezas me confieren el equilibrio del que, cuando chico, la fuerza del agua y aquella inquietante sensación de las formas puntiagudas clavándose en las plantas de mis pies, y que no sabía identificar como dolor, me privaban?

No sé qué más, que no sean certezas, podría hacerme sentir en estado de equilibrio. Además, quiero decir, de mi posición horizontal. Valdría la pena investigar, al menos para evitar un alto porcentaje de aburrimiento. Y en una de esas, de paso, uno se entera de algo nuevo. Hay gente que se siente en armonía con su propia cotidianidad solamente cuando la vida no le ofrece más que la obligación de mantenerse sobre ascuas. Siempre dando saltos de distintas longitudes y de distintas alturas para terminar chamuscado lo menos posible. Ésa sí que es una meta con sentido. Vale la pena invertir la primera mitad de la vida en aprender alguna coreografía que ayude a evitar los constantes fuegos con que nos sorprende el camino. Y durante la segun-

da mitad, dedicarse a menear el esqueleto, carajo. A saltar. A esquivar. A eludir, a soslayar, a sortear. Qué buen plan, joder. Qué buen plan.

No existe el tiempo. No existe la certeza. No existe el equilibrio. No existe la consciencia. No existe el libre albedrío. Para qué tengo que existir yo, entonces.

Y ahí está, ahí está la mancha. No aumenta de tamaño. No se reduce. No se esconde. Se asume a sí misma como necesaria, como parte obvia de este convivir. Enfrenta la mirada plena de fascinación de imbéciles como yo, se interpone entre la curiosidad y la sanidad mental de egos excesivos y precarios como el mío, y se arriesga a algún ataque –improbable– de compulsión higiénica de un obsesivo como este que habla, quiero decir: que piensa (salvo que ni siquiera me entere y esté largando todo en voz alta, y en ese caso qué divertida debe estar mi Consu apoyando la oreja contra el otro lado de la puerta y enterándose de todo), que tanto la odia, y que tanto la ama que no logra deshacerse del hechizo de los símbolos que transmite como rayos de agua congelada, ni del calor intenso que disemina en ondas en el que es tan fácil refugiarse y terminar perdido. Dormido. Perdido. Y visto el panorama completo desde aquí abajo, desde estos subsuelos de la mente, la infeliz manchita aparece como la heroína dominante y todopoderosa, invencible y fatalmente atractiva rival histórica destinada a regir los movimientos y las parálisis de mi escabrosa existencia. Aunque, como bien sabemos todos, las apariencias por momentos no engañan pero por momentos sí.

Y ahí sigue estando. La cortina no se mueve ni se abre porque nada ni nadie la estimula, los pliegues que no parecen –o que no saben– tomar su propia iniciativa se mantienen inactivos, excepto por el hecho de que las sombras que se han instalado entre uno y otro podrían tener cierta vida propia y permitir allí, en sus huecos, una especie de emplazamiento, de instalación en la que cárceles y libertades se combinen en un ir y volver de moléculas actuantes como agentes iniciadores de algo. Y no olvidarse de que, si hay un elemento que realmente existe y que es parte de esta cortina repleta de potencialidades, es ni más ni menos que la mancha que me rige. Es como dice Gustavo, como espero que nunca deje de decir: no hay mal que por bien no venga. Y no inventó nada, mi compañero, mi amigo. Mi rival en amores. Y qué bien que no se le ocurra ni por asomo reclamar la autoría, porque al sabio que lo dijo por primera vez ya le cayeron encima todos los laureles, y no parece haber estado en sus planes compartir ni una mísera ramita con mi amigo del alma. Sabias palabras que funcionan increíblemente bien, en este caso: será una mera mancha en un pliegue de una cortina, pero por lo menos te rige. Y, sí, porque, como algunos consideran necesario, hay que vivir.

El problema con la escritura es serio. Será que no les está dado a todos los habitantes de esta pelota de trapo que lleguen un día a escribir una historia. Cualquier historia: la de otros, la propia, la de nadie, no importa. Tanta

preparación, tanto agitarse y contar los pocos pesos y salir en la búsqueda de papel, de lapiceras de colores, tantos planes para poner en forma esa computadora de los tiempos del pitecantropus, erectus o no erectus, tanto imprimir noticias de los diarios en internet para leer y analizar y sacar conclusiones que terminaran en esas páginas de mi autoría. Supuesta autoría, porque no hay que meditarlo mucho para decidirse a reconocer que nadie es autor de nada. La única idea que no hizo más que repetirse en mi cabeza y bailarme todos los bailes fue la de la botella descorchada, porque sólo nadando en el tintísimo contenido de la de un litro podría, con un poco de suerte, quizá, quién sabe, olvidarme por un rato de toda esa lectura y zafar de la depresión que me provoca. Porque, además, si uno no puede con cierta lectura, ¿de dónde van a brotar las fuerzas para enfrentar esto de escribir sobre el asunto? Bueno, supongo que depende.

Qué. Qué se me dio vuelta. Qué me cambió. Será lo de pelota de trapo que me llevó de pronto a las cabezas envueltas en tela y puestas sobre un almohadón mullido. Terciopelo rojo, escarlata, bordado en hilos plateados y dorados.

Uno siempre está persiguiendo algo. Siguiendo pistas. Tanteando a todo lo largo de los hilos suspendidos en el aire que podrían llevarnos a algún encuentro. A un descubrimiento. A una confirmación. A corroborar un significado. Un signo. Una señal que nos dé alguna pauta de que todavía somos seres vivientes. Tan vivientes como lo fue aquel señor dedicado a gastar su fortuna en el armado de la colección de calaveras de santos. De santos que en algún pliegue de la historia fueron cualquier cosa menos algo sagrado o virginal. Pero sí. Sí estuvieron ocupando un lugar como seres vivientes con sus pulsiones y en su contexto. Qué difícil imaginarlos en acción. Debiera resultarnos más fluido, el experimento. Podríamos aprender. Qué ceguera, la nuestra. Qué difícil de ver, nuestra ceguera.

No tenemos ojos. No tenemos ojos. No tenemos ojos.

Y si alguna vez los tuvimos no hacemos más que perderlos, extraviarlos entre los arbustos, las lianas de las junglas personales, en las que los primates mayores se agitan con mucha más elocuencia cuando la Consu, la rudimentaria Consu, decide no acercarse a averiguar cómo anda todo, y cuando la Pelu, la salvajísima Pelu, decide conformarse con lo que sea que pueda estar aconteciendo en la vida diaria de su amado Martín (y este 'su' incluye a ambas) Pietelli, antiguo nombre de guerra: Bruno.

No puede, Martín, detener los avances, la entrada por la fuerza de las imágenes oscuras y llenas de luz de sus años militantes. No puedo. No encuentro manera de barrerlas. Lloro por el recuerdo de la alegría de las mañanas heladas de agosto camino al volanteo frente a una fábrica, camino a las pintadas en que cada punta de la estrella dibujada a aerosol era un estallido, el estallido de un goce supremo. Cinco goces, cinco ataques de amor. Lloro por el recuerdo de los llantos de las madres y de las compañeras y de los

compañeros por los que iban cayendo. Éramos ese lujo de la Historia. Esa fuerza. Esa flecha múltiple.

Aquella tarde de mayo de 1980 en que decidimos suspender por unos pocos días la propia tortura de las culpas pensando en los que no podrían, por miles de razones, hacer un viajecito corto, que tanto necesitábamos en medio de dolores y alegrías históricos y cotidianos, y salir los dos, Gustavo y yo, en un tren desde Roma hacia un par de lugares, Austria, Francia, a encontrarnos con compañeros y a ver si había alguna posibilidad de darnos el lujo fugaz de respirar hondo una vez o dos, esa tarde, digo, esa rara tarde de mayo, por supuesto nos sentimos más culpables que nunca por tanta osadía. También éste era un tema que había intentado incluir en mis sueños de escritura, más frustrados que los que me habrían estallado en las venas del cerebro si hubiera pretendido entrar como primer bailarín en el Bolshoi. El hasta ese momento no tan mentado tema de las culpas. Con la turbia, maciza carga, para muchos equívoca, para otros incomprensible, de sentir que estábamos cometiendo una falta, una infracción seria, pero con la valentía de haber logrado racionalizarla hasta llegar, sin embargo, hasta la stazione di Roma Termini y pegar un salto y sentarnos uno al lado del otro en un vagón de tren. Ya allí estiramos las piernas y suspiramos para hacernos creer uno al otro que nos tranquilizábamos, que podíamos llegar, con un poco de paciencia, a convencernos de que éste era un viaje merecido y necesario. Lo era. Sabíamos que lo era. Ambas cosas. Merecido. Necesario. Pero ahí estábamos, encerrados en una especie de habitación mental de cuatro paredes, un techo y un piso, cubiertos en su totalidad de imágenes a veces móviles, a veces paralizadas, que se percibían como montañas de cadáveres, como piernas rígidas que se asomaban a través de una puerta semiabierta, como bultos alargados envueltos en una lona de color indefinido, siendo transportados entre varios brazos, como bocas retorciéndose en un gemido o congeladas en el gesto de un insulto. Y estar habitados por tanta oscuridad sucesiva no nos facilitaba creer que fuera necesario salir en lo que veíamos como, en cierto sentido, un paseo.

Pero íbamos. A Francia, con tres reuniones planeadas, una en Toulouse, una en Lyon y una en París, más las que pudieran surgir de éstas. A Austria, a ver a dos amigos de Gustavo. La clásica trenza entre lo previsto y lo fortuito. Íbamos. Poco locuaces. Mirando por la ventanilla el paisaje con la tensión necesaria y bastante atentos al campo visual periférico como para evitar, dentro de lo que resultara posible, que se encontraran las miradas. Habíamos logrado traspasar las barreras de las culpas con la tranquilidad interior de no haber dejado de sentirnos culpables. Un acto de belleza, verdaderamente. Una obra de arte. Y con todo el fardo emocional sobre nuestras espaldas arremetíamos en medio de la batalla, siempre esforzándonos, como gigantes malheridos, por no tropezar, por no caer. Era el exilio. De eso se trataba. Era ese largo y complejo proceso de aprendizaje llevado a cabo,

paso a paso, a través de las brumas más concentradas, a través de las diferentes solidificaciones que puede adquirir, en los amaneceres y durante las caídas del sol, la incertidumbre.

Consu de mi alma, lo que daría porque te acercaras, no te digo a mí, pero aunque fuera a la puerta, si dejaras oír tus pasos del otro lado como para que yo entendiera algo más de la vida, de quién soy, de qué debo hacer con estos días y estas noches, con lo que me va quedando de ellos, de sus idas y venidas entre mi estómago y mi garganta, entre la planta de mi pie y estas ganas de orinar, tan fieles, que siempre vuelven, que otra vez me mantienen tenso y en control.

Ese gling, tic-tic, glin, glin. Aquellas vibraciones de las ventanillas del tren. Ese ruidito a vidrio golpeteando contra algún metal, el metal del marco de la abertura. Tengo apuñalado en la memoria, también, un olor ácido que se expandía cada tanto a lo largo del pasillo, dominando el aire a latigazos, y que se instalaba entre los vectores recorridos por las miraditas furtivas de los que observaban, espaban, a sus desconocidos vecinos de vagón. Qué es ese otro ruidito, menos gentil, menos armónico. El envoltorio casero de la ineludible, irascible, incontestable baguette, o el de algún otro, menos célebre, formato de sándwich, o el papel metálico de un majestuoso chocolate con almendras cuyo dueño no puede, no puede, no puede esperar para descargarle ese mordisco sublime. Me acuerdo de un forcejeo de Gustavo, que terminó rápido y sin resultados, para levantar la ventanilla y probar si abierta dejaba finalmente de vibrar. Recuerdo todo esto y más, pequeñeces que parecían tener la voluntad puesta en lograr un desvío de nuestra atención, insistente y supuestamente volcada a asimilar las variaciones del paisaje. Yo, del lado del pasillo, me bancaba con una paciencia en cierto modo nueva, inaugurada en la cárcel, agregada al largo collar de mis emociones, los carterazos de las señoras más o menos viejas que perdían el equilibrio al ir buscando de vagón en vagón su asiento con el tren en marcha. Pero Gustavo, mi oportuno, proporcionado Gustavo, diluyó un poco las presiones del aire cuando, mirando el pasto verde y tembloroso que se erguía alrededor de un lago que parecía creado por una lluvia abundante y reciente, tomó la decisión de decir: No es que nosotros no debiéramos movilizarnos por Europa sino que todos, hasta el último compañero y la última compañera que están en las cárceles y en los campos de concentración y todos los que ya están bajo tierra, debieran poder hacerlo. De eso, se trata. Nada más que de eso. Vamos, nos reunimos con los compañeros, nos organizamos para hacer una buena colecta, ver cómo funciona lo de las donaciones, y encontrar una forma de que el dinero llegue a Rawson, a Sierra Chica, a Devoto, a Caseros, a donde sea más necesario. Y hacemos los planes para seguir trabajando con Amnesty y con las Naciones Unidas sobre el tema de las denuncias, y para ver cómo sacamos del país a los compañeros que todavía, a esta altura de las cosas, siguen sueltos y en peligro. Los hay. Son demasiadas

las tareas que tenemos, Martín. Y no podemos permitirnos esta historia de la melancolía. No sobra ni un minuto, para eso. Ni medio.

Como tantas otras veces, Gustavo digitaba ese momento en que veía necesario o adecuado producir un derretimiento de las aguas congeladas, después promovía la erupción en torrente de esas aguas, después estimulaba una activación de las circunstancias en juego y, al final, creaba un verdadero calentamiento de la atmósfera, les imprimía su dinámica a las tareas del momento y les inyectaba potencia a las maneras de ir haciéndolo todo. Ése era su rol en el mundo, y yo seguía su huella. No tanto porque me hubiera resultado cómodo como porque sentía que forzar roles, forcejear con las características propias de los elementos que nos formaban o que nos rodeaban desbarataba, corrompía, la naturaleza de esos elementos, y reducía la efectividad a cero. Mi rol era el de tener las pelotas de aguantarme la disciplina. Sin falsos orgullos, sin enconos inexpressados, sin machismos anacrónicos. No estaba recibiendo órdenes, en estas circunstancias. Digo: en el tren. Pero era cierto que yo gozaba de la aureola con que llegábamos al exterior los recientemente liberados presos políticos, y lo otro cierto era que Gustavo gozaba de la energía con la que contaba por no haber pasado por las cárceles de la dictadura. De la energía conservada por haberse ido del país por orden del Partido poco antes de que cayeran el Comandante y el resto de la dirección, y de haber recibido órdenes de no volver. Su exilio se tiñó de los colores y de las formas que la atrocidad adquiere a la distancia, se impregnó del olor a huesos disecándose que los miles de kilómetros reproducían y multiplicaban, y había estado repleto de los fantasmas que sobrevolaban día y noche el Atlántico y que le violentaban el sueño y la vigilia, pero que no le reducían el impulso hacia la acción urgente. Ésas fueron, por decirlo de alguna manera, buenas épocas, para Gustavo. A pesar de todo. A pesar de la confusión y de las sombras. Épocas que le enseñaron la estrategia para extraer todas esas energías, tan naturales y fluidas unos años antes, y ahora incrustadas en los rincones ocultos de la desazón. Pero vivas. Muy vivas.

Se hizo cargo, también, de mi atención política. Algo que a poco de haber salido de la cárcel y recién llegado al exilio lo único que me provocó fue un ataque de chillonas carcajadas, artificiales, efectistas, como emitidas por la boca muy abierta y muy dientuda de un caballo, porque, estaba demás siquiera mencionarlo, a quién se le iba a ocurrir, por favor, que yo pudiera necesitar la mentada atención política por parte de otro compañero, uno que no había pasado por las malditas celdas y que, por lo tanto, no tenía idea de cómo interpretar lo que acontecía en mi cabeza ni en mi cuerpo. Pero tuve la fortuna de que a él en absoluto le interesarán ni mi opinión ni mis declamaciones al respecto.

Muy poco tiempo antes el planteo que la vida nos ponía sobre la mesa había sido: Gustavo suelto por el mundo, con su Pelu en la cárcel. Mi Consu suelta por el mundo, con su Martín en la cárcel. Caminos tan cruzados como

las vías cerebrales. El índice de la mano derecha alargándose y cerrándose al ritmo de los tirones y tironcitos que va dando el hemisferio izquierdo. Nada nuevo sucede con la derecha sin que la izquierda la provoque. La izquierda es la zanahoria perseguida por una derecha que necesita justificar su existencia. Perseguida a muerte para terminar masticada, escupida, vomitada. Las zanahorias atraen la atención de los más ávidos, de los más voraces, cuando comienzan a ser percibidas algunas de sus vibraciones, algunos de sus desplazamientos, de sus impulsos. Es probable que lo que haya que hacer sea mantener una gran, gran lentitud en los ritmos, que parezcamos todos muy quietos, que las acciones indispensables sean muy calladas, muy, muy silenciosas, y que sólo cuando ya no falte ningún detalle, cuando hasta el aspecto más ínfimo esté cubierto, pum. Habría que ser verdaderamente fuertes. Secretísimamente fuertes. Habría que ser una zanahoria de un tamaño desmesurado que, además, no se deje devorar. A la que, más bien, ante cualquier insinuación de ataque, le aparezcan, y le crezcan todo lo necesario, colmillos filosos, agudos, penetrantes, sobre toda la superficie. Y ahí vamos. Zanahoria de Troya. Larguísima. Gruesísima. Anaranjadísima.

Por favor, Martincito. Por favor. En qué dirección vas. Qué te está pasando. Qué es lo que te está haciendo pensar tanto en estas zanahorias gigantes. A ver. A ver. Animate a averiguarlo. A nadie inquieta la dirección en la que se desliza la mente de Martín. Incluso nadie lo cuestionaría si careciera de toda dirección. Porque lo mantiene entretenido. El balanceo, la ausencia de brújula, la modalidad espontánea, aportan toneladas de colores inesperados.

Silenciosos. Como las calaveras envueltas en terciopelo púrpura ubicadas en orden sobre los estantes de la vitrina de aquella iglesia que colecciona reliquias de santos en aquel pueblito del Tirol. Así de discretos. Así de mudos. Y, también como las calaveras, movilizándonos con pasos imperceptibles. Tanto que es difícil de creer. Porque en algún momento esas cabezas van a ser descubiertas, ya lo verán, rodando por alguna de esas limpiísimas calles tirolesas, cuando ya estén en medio de la acción. Aunque llegar les lleve siglos.

A veces habría que tener más pelotas y considerar la vida sin tener en cuenta el tan célebre tiempo, porque ese caballero no se hace visible por ningún lado. No se ve, no se huele, no se degusta. Más fama, más paranoia. Más vivir huyendo de los paparazzi. Pero requiere demasiado esfuerzo, un trabajo minucioso, elevadas dosis de audacia, dar ese salto que lo sitúa a uno del otro lado de las convenciones. Pretender capturar un pequeño esbozo, disfraz, de eso que se hace llamar libertad (que tampoco decide asomar la nariz por ninguna ventana, por ninguna fisura de ninguna pared, otra reina, ésa, siempre inverificable) termina siendo tan costoso que no vale la pena ni siquiera imaginarse la posibilidad. Mejores resultados se obtienen de bajar los párpados y dejar que se nuble la visión hasta ir entrando con suavidad y a buen ritmo por los canales del sueño.

Las vías cruzadas sufrieron una fuerte modificación cuando salí de la cárcel de Caseros y con mi llegada al exilio. En Roma me esperaba Consuelo, junto con Gustavo y otros compañeros. La que seguía en Devoto era Pelusa, la compañera de Gustavo. No había ni un mango cortado por la mitad, pero teníamos que entrar en movimiento, y lo hablamos con la Consu. Y logramos que aceptara quedarse en Roma por esos diez días. Estirándonos hasta el final pudimos comprar dos pasajes de tren, y nos fuimos con los sándwiches preparados por la dulzura de mi compañera. Eso sí: había una botella de Cinzano en un armario de la casa que compartíamos, una especie de casa operativa versión exilio. Así que antes de salir hacia la Roma Termini nos tomamos un par de Cinzanos cada uno. Levantamos y volvimos a levantar los vasos por nuestros compañeros y compañeras, una vez más y como siempre. Eso era para nosotros algo como para los católicos sería, supongo, comulgar.

¿Qué será, en realidad –y tratando de adentrarme con mis flexibilidades en la cabeza de esos creyentes cuando el cura les pone en la boca la hostia blanca y redonda–, lo que circula por su imaginación? Bajan los párpados. Los bajan y los mantienen apretados como si estuvieran en medio de una tarea física agotadora, tratando y tratando, como si pudieran hacer funcionar el cerebro con un estilo de embudo, de concentrarse en pedir que se les cumpla una multitud de deseos. Porque todo es eso, ¿no? Quiero esto, quiero aquello, dame esto, concedeme lo otro, otorgame lo de más allá. Dar, no dan nada. O, también, como si estuvieran indagando en algo muy satisfactorio, a juzgar por la transformación que sufren sus expresiones cuando finalmente deciden abrir los ojos. Deben sentir que reciben dentro de sus cuerpos, de sus órganos, lo más preciado, lo más ansiado de esta existencia que atravesamos. Sea lo que fuere eso que cada uno pretenda o espere, se transfiguran. Nuestros brindis tendrían sus similitudes con esta comunión. No digo que no. Pero no es que el Cinzano a nosotros nos alterara hasta ese punto (o sí, sobre todo que el grado de transfiguración dependería, sin dudas, del diámetro interior y de la profundidad del vaso y de cuántas veces lo llenáramos). Pero brindar repetidamente por nuestra gente querida y en muy serios problemas, y brindar por la prolongación de esa fortaleza casi legendaria tan propia de quienes somos y de cómo éramos percibidos por un muy alto porcentaje de habitantes del planeta, nos mantenía en ese recorrido a través del largo puente que nos unía a todos los exiliados, que nos fusionaba con nuestros compañeros presos y en campos de concentración y, sobre todo, que lograba aferrarnos, muy en la fundación de nuestro ser, a nosotros mismos, a la certeza de ser los mismos que siempre habíamos sido. Tremendo ascenso de la cuesta más empinada y escabrosa con la que nos había enfrentado la vida. Monumental esfuerzo que se veía facilitado, suavizado, o quizá no tanto, pero era bueno creer que sí, por un buen Cabernet Sauvignon, o por un Merlot, o por un Marsala, o por cualquier

vinito dulce que brillara al alcance de nuestros dedos más veloces. Es decir: que brillara en esos tiempos, que brillara ahora, en este mismo instante, y que pudiera brillar en cualquier futuro, cercano o remoto. El problemático presente dentro de este dormitorio reduce mi dilema a prácticamente cero porque, aunque nada les proporcionaría más placer a mi esófago y a las fibras de mis músculos que ese tintillo de mis carísimos anhelos, por él no estoy dispuesto, todavía, a sacrificar mi saludable soledad. Aunque exploten de sed las vísceras con que mi cuerpo llegó al mundo. Aunque el único que estuviera de acuerdo en lo de saludable fuera yo. Porque nadie se imagina lo intoxicantes que pueden llegar a ser para los demás las sombras turbulentas, incestuosas, de la perplejidad. El único que sabe hacer esa lectura es, eventualmente, y a veces ni siquiera, uno mismo.

En París no nos fue nada mal. Digo, a nivel de solidaridad. Porque los repetidos intentos realizados y el fervor y la voluntad puestos para acercarnos a alguna forma de reconstrucción del Partido seguían sin dar los resultados esperados. Algunos dirían que fueron infructuosos. Qué palabra de mierda, ésa. No me gusta para nada esa asociación con fruto, fruta. Lo fructífero, lo no fructífero, lo infructuoso. No me funciona. No llego nunca a aislar el significado de fructífero o de infructuoso de la visión de un fantástico durazno dulce y repleto de jugo, de unas uvas granate con la piel tensa y a punto de abrirse, estallar y salpicar al continente, de unas cerezas deslumbrantes, o de unos madurísimos higos negros, o de unas peras patagónicas amarillas y sensacionalmente perfumadas. Si a la expresión la uso yo, la combinación de angustias partidarias y frutas deliciosas me arruina la existencia. Me malogra la sensación de estar vivo y quedo sumergido en unas aguas grises, dudosas, especie de barro de malestares y de contradicciones internas, incomodidades que me devuelven al ya clásico para qué carajo esto y para qué mierda todo lo demás. Temas que es preferible evitar, supone Martín. Y supone bien. Sobre todo porque, incluso al que menos se enreda en tanto confuso pensamiento, le cuesta encontrar una respuesta que sea la adecuada para esas preguntas: una explicación realista y que, a la vez, sea edificante y contenga una sana cuota de optimismo.

De dónde, me encantaría saber. De dónde me viene todo este acelere. De dónde le viene a Martín todo este acelere, querría él saber.

Muchos compañeros, en París. Muchas palabras. Gran tráfico de miradas. Toneladas de energía, de chispas y de temperaturas. Cada palabra brillaba de generosidad, de significado y de contenido ético. Cada mirada multiplicaba ese valor de las palabras y las ensanchaba y las convertía en miles, y cada una de esas miles se volvía otras mil. El Tano, Susana, el bebé de los dos, Sofía, Patricia, la Pili, Simón, la Pebe, el Tico. La madre del Tico, una luz humana denunciando los maltratos y las amenazas que no iban a frenar la búsqueda de su hijo mayor, del que muchos sabían que estaba muerto. A lo que ella respondía: Mierda. Todo mierda. Mentiras. Está vivo y yo sigo

buscándolo. El viaje que me había complicado de culpas adquiriría todo el sentido de mi existencia.

No me gustó nada haber dejado a mi Consu en Roma. Ésa era una época en la que ella entendía todo. O casi todo. No sé. O quizá no entendiera nada, o no suficiente, y se adecuaba. Las dos posibilidades, grandes méritos de esos días.

No hay manera de que se me cierren los ojos. Ni de que se me clausure el cerebro. Ni de que llegue a dormirar un poco. Ni por unos minutos. Tampoco deja de tentarme la condenada manchita. Ni logro dejar de extrañar con ardor el alféizar de mi ventana, que tiene el poder de formularme, con todo desparpajo, cualquier pregunta imaginable o imprevista, y de dejarme girando como un trompo sin el beneficio de poder darle ni una sola respuesta. Y la Consu, ausente, por supuesto. La Consu, que debe estar roncando como un sapo. Como una rana. Si es que las ranas roncan. La verdad es que nunca escuché a ninguna rana roncar, y ni siquiera las he visto dormir. Que yo sepa se las pasan, estas vivarachas insufribles, saltando, retozando y de lengüetazo en lengüetazo. No vaya a ser, nadie lo permita, que se les escape alguna mosca.

El tren que atravesaba Suiza para llevarnos de París a Viena parecía tener claro —y disfrutarlo—, que ejercía, tanto visto desde afuera como desde su interior, una plateada, gris, intensa presencia de inevitabilidad. Se imponía, se abría paso a través de los suelos del continente europeo sin meditar, sin aspirar a tener alguna idea de las razones que lo impulsaban hacia adelante (o hacia atrás, y eso dependía de la ubicación desde la que se lo estuviera observando), dejando a todo lo largo del recorrido —a los costados del camino a veces tan abarrotados de hierba más amarillenta, más verdosa, más azul, más violácea, a los pequeños poblados dispersos, esparcidos como puñados de semillas en los surcos de un mundo inmensamente más espacioso que el nuestro, a los castillos, visibles o no, con sus pasadizos y sus puentes, siempre flotando por sobre las nubes sangrantes que cubren los cielos de la historia de la humanidad— un clima de sometimiento a las conmociones del aire, a las congestiones y a los ahogos de los átomos en estado de movilidad, de frotaciones y de toqueteos que no ofrecían alternativas y a las que los vagones, que eran los que producían esa violencia, esos vientos, esos inciertos gestos del amor, permanecían indiferentes, ciegos y sin habla. Con eso y todo, más que nunca el tren iba acercándonos a la belleza chocolatada de la ciudad de Viena. Hacía una parada en Zurich, iba a cruzar la frontera con Austria, y seguía hacia Innsbruck. El rato en la Zurich Hauptbahnhof me ubicó frente a la tentación de perseguir con la mirada a los pasajeros que acababan de bajar de cada vagón cargando bolsos chicos y coloridos, bolsos chicos y descoloridos, y que empezaban a circular por el andén, cementoso y áspero, y dejar a Gustavo hablar y hablar, sin molestarme en llenar con tono de diálogo los espacios en los que él habría preferido oír mis comentarios.

Perforé con los ojos a todos esos desconocidos como si en eso se hubieran estado descargando por mis poros todos los litros de sangre, de linfa y de jugos gástricos que me mantenían vivo.

Con su afecto por mí, y sobre todo por la militancia, que era la razón de su vida, me observaba en una variedad de estilos: de frente, de reojo, sin mirarme, hablándome para generar respuestas que después pudiera analizar, o ensayando silencios por si lograba engatusarme con las faltas de aire que ocasionan las situaciones misteriosas. Yo, con mi afecto por él, y sobre todo por la militancia, que era la gran motivación de mi vida, motivación y vida que ahora se habían convertido en una ensalada con los ingredientes cortados en trozos tan minúsculos, y que estaban tan mezclados que era imposible distinguir unos de otros, lo observaba entendiendo sus mecanismos y la puesta en práctica de sus recursos. No había manera, para él, de saber qué pasaba por dentro de mi organismo, aunque ya, en el escaso tiempo que hacía que estaba en Roma, lo había vuelto loco con tantos detalles de lo vivido. No hay minuciosidad que llene los huecos de la no-experiencia. El que no tuvo el cuerpo sumergido en las aguas irritables, irritantes, de algún río hondo y turbio, no tiene ni la más pálida idea de lo que es cagarse mojando. De lo que es ensuciarse. De lo que es ahogarse. Y toda la solidaridad y las intenciones fundadas en las mejores raíces, en las de mayor altura moral, no alcanzan para transmitir lo que nació, se desarrolló y se agigantó con el formato de lo intransferible. Un bajón, la verdad. Porque sería un lujo que no hubiera que toparse con esos límites.

Pero algo, algún síntoma, Gustavo había captado en mi inquietud. Y me dijo que en el vagón comedor vendían de todo, vinos diferentes, cervezas. Andábamos con poco dinero, pero hasta tanto no iban a llegar las privaciones. Nos levantamos y, tambaleando, como correspondía, llegamos al vagón de las esperanzas y encontramos las alternativas de las que él había hablado. O sea: algunas cosas, y otras más, teníamos en común. Es lo que es.

Y, bueno, después de todo, y más que nada porque están bien claros los esfuerzos (y aquí viene bien la infeliz palabra: infructuosos, con durazos o sin) por ponerse en el lugar del otro, los límites de la realidad no interfieren con el cariño ni con la amistad. Y hasta pueden llegar a profundizarlos. Pareciera que la curiosidad, y no solo la distancia, puede instalarse en la mente para construir un puente que, a su vez, afianza lazos y sonrisas y gestos de entendimiento. Giro un poquito en dirección a la silenciosa, terca, inamovible puerta, a ver si así logro bajarle los decibeles a la tentación de clavarle el ojo a la mancha. A ver, apenas un grito leve. Y si doblo la rodilla izquierda y pego la planta del pie contra el piso, rodilla en alto, y si cruzo la pierna derecha sobre la izquierda poniendo la parte de afuera del tobillo derecho sobre la rodilla izquierda con el arco al alcance de mi vista, es decir: más que el arco, los rombos azules y celestes de la media, voy encontrando nuevas variantes para que no me quede el culo tan maltratado, y de paso

evito que las piernas terminen paralizadas por haber estado tanto tiempo en la misma posición. Después puedo, claro, hacer lo mismo invirtiendo la pierna que quede abajo y la que se apoye encima. En cuanto a la visión de la media, mucha variación no puedo ofrecerles, señores. Porque las dos que tengo puestas son iguales.

Una pierna aquí, la otra pierna acá. Un poquito así, un poquito asá. Una pizquita de blanco, una pizquita de negro. Buena manera de lograr, como máximo, algunas escasas modulaciones del gris. Tan patético como la democracia burguesa. Que no hemos logrado desbaratar. Ni siquiera con tantas muertes. Con tanta tortura. Con tanta convicción de nuestra parte. Con tanto orgullo, siempre vigente. Con tanto cuidarnos unos a otros. Con tanta fidelidad al Comandante, a pesar de las miles de dificultades surgidas en el Partido entre las caídas, el avance del enemigo decidido a dejarnos desparrramados en pedazos por el mundo. A pesar de que, cada tanto y gracias a los simpatizantes, los familiares, los colaboradores y a nuestro amor incondicional por la Revolución, y nuestro arrojo y nuestra decisión de dar la vida por nuestro pueblo, si era necesario, esas dificultades llegaban a superarse.

Llegamos a la Wien Westbahnhof después de traquetear Innsbruck, Salzburg y Linz. La gente se había agolpado contra la puerta del vagón, bolsos en mano, para bajar de un brinco ni bien la abrieran. El tren no había terminado de frenar. Gustavo estaba parado, medio agachado, entre su asiento y el de adelante mirando por la ventanilla, y yo seguía sentado en mi lugar trabajando con dedicación en conseguir parecer indiferente. Ahí está el Gordo Ferrando. Miralo, Martín, a ver si te acordás de él. Ya te dije que estaba en la regional, y seguro que lo conociste. Me incliné a mirar, porque hasta ese punto no podía fingir, y lo vi. El Gordo ya había identificado a Gustavo y lo saludaba batiendo manos y lleno de brillos en los ojos. También exploraba hacia adentro para ver al compañero con quien llegaba Gustavo, pero no parecía verme. El tren decidió que había llegado el célebre momento de detenerse. Caminamos hacia la puerta, esperamos a que se bajaran los más desesperados, y Gustavo saltó hacia el andén y lo abrazó al Gordo, que lo recibió con los brazos abiertos como si hubiera sido éste el primer encuentro que habían tenido en muchos años. Pero se habían reunido un mes antes. El tal Gordo había pasado por Roma con la misma intención con que nosotros llegábamos ahora a Viena: reuniones políticas, un poco de afecto, y tratar de ver hasta dónde lográbamos entender esa Europa en la que nadábamos y seguiríamos nadando por quién sabe cuántos días, cuántas noches, cuántas ideas creativas, cuántos intentos, cuántas tristezas, cuántos desalientos, cuántas aceptaciones, cuántos rechazos, y cuánta necesidad de mantenernos vivos.

Se soltaron después de un abrazo apretado, duradero, y el Gordo me exploró mirándome de frente y de arriba abajo. Al final me sonrió con anchura y me dio una palmada en una mejilla con su manota, y con cara de

estar viendo la octava maravilla del mundo me dijo: ¿Bruno? Vos sos Bruno, ¿no? Mi falta de respuesta lo hizo volverse a Gustavo: ¿No es Bruno, el de propaganda? Para dirigirse a Gustavo dio un giro y se puso de perfil, y entonces reconocí la nariz sólida, fuerte, y la frente recta. Lo que me mantenía confundido era una papada obviamente adquirida en los últimos tiempos, sumada a una panza que empezaba a desparramar presencia. Sentí el golpazo. Sentí el golpe de la sangre que me llenó el pecho al ver vivo a ese compañero después de haber sabido de la muerte de tantos, y no pude. No pude reconocer que sabía quién era. Antes necesitaba que el oxígeno que me circulaba por el cuerpo retomara los espacios que le correspondían. Que se diluyera y dejara de mantenerse agolpado en la laringe, explotando entre las cuerdas vocales, y me permitiera, aunque más no fuera, toser. Lo miraba al Gordo sin poder creer que lo tenía delante de mi cara, pero para superar el momento me ayudaba mover la cabeza tratando de expresar: No, de vos no me acuerdo. ¡No jodas! ¿Tan gordo, estoy?, dudó, y se inclinó hacia Gustavo, y se rieron juntos, festejando el encuentro casi como chicos de escuela primaria. Yo necesitaba las cosas en su lugar. La sangre en su lugar, el oxígeno en su lugar. Y estoy convencido de que nunca nada ocupa el espacio que le corresponde porque jamás fui capaz de reconocer ante ninguno de los dos que sabía quién era el Gordo. A Gustavo no lo engaño ni en pintura, y seguramente a él no se le escapa cómo es la cosa, pero sabe bien que a veces me da por emocionarme mal y que no sé cómo manejar la vergüenza que me da. El Gordo debe haber quedado mortificado pensando que las acumulaciones de grasa lo habían desfigurado. Pero el tema nunca más volvió a tocarse. Delicados, los compañeros. Caminaban, y yo caminaba lentamente un par de pasos detrás de ellos. Se detuvieron, me esperaron, me miraban, los alcancé, seguimos los tres al mismo ritmo.

Ahora caminaba a la par de los dos, con Gustavo a mi derecha y el Gordo a la derecha de Gustavo. A esa disposición la había promovido Gustavo con su modo físico pero sutil de dar órdenes para protegerme del momento enrarecido en el que yo solito me había metido, y que él ya parecía tener claro. Ahí iba yo, sin saber cómo moverme en mi nuevo barro, qué estaba haciendo, a dónde me dirigían las piernas de los otros dos. Metía las manos en los bolsillos del pantalón. Las sacaba. Me las pasaba por el pelo. Las metía de nuevo en los bolsillos. Las sacaba. Me las pasaba por la cara, como ahora y por la misma razón que ahora: me picaba la piel de debajo de la barba que se iba abriendo camino a través de unos orificios que le gritaban todos sus desacuerdos. Ellos caminaban charlando, yo caminaba callado, preguntándome cosas de las que no tuve respuestas en ese momento, sobre todo porque estaban fuera de lugar y de tiempo. Ciertas preguntas no obtienen respuesta cuando uno se las formula arrastrándose por un cementoso andén en una estación de trenes de la ciudad de Viena. Lo triste es que en algunos aspectos las cosas no cambian: sigo haciéndome las mismas preguntas,

y ahora que no estoy caminando por ningún andén tampoco han llegado a encontrarse con ninguna respuesta. Me imagino lo duro que debe ser eso de morirse sin haber logrado contestarse aquellas preguntas que, encima, no han hecho más que repertirse.

A ver, volvamos sobre el tema: me toco la cara, me la rasco, vuelvo a rascármela, porque tengo una barba de varios días y pica. Y me surge esto: me rebrotan los pensamientos que parecen perennes, y trato de sobrevivirlos cada vez. Estos pelos que crecen y que por pura paranoia uno decide cortarse al ras, se mueven tan independientes, tan seguros de sí mismos. Ni siquiera se dan por enterados de las neurosis de uno, que no puede zafar de ellos. Las uñas hacen su propio juego, que es similar, al fin y al cabo. Hasta que uno va y se hace cargo del alicate. Esto no es ni más ni menos que una serie de círculos viciosos que todos padecemos, nos guste o no.

La angustia viene por otro lado. No en relación a esa independencia, la de los pelos de la barba, que puede parecer muy loable, pero que también podría ser preocupante porque así es como se inician las invasiones, las intervenciones militares, los golpes de Estado, los estados de sitio, las represiones políticas con abundancia de tortura y asesinato, sino en relación a las faltas, a las ausencias de dolor. Uno busca como un demente ese alicate que debe creerse de oro hasta que por fin lo encuentra en el maldito rincón de un estúpido cajón del mueble de la cocina, se acomoda en un sillón lo más mullido en existencia en el área, también como un loco uno se sacude de aquí para allá tanteando la vida hasta ubicar una posición adecuada, y finalmente se entra en esa acción sublime y satisfactoria de ir cortándose, una a una, y aprovechando la oportunidad para también eliminar pielcitas y durezas sobrantes, las uñas de los pies. Después apoya una mano sobre la mesa (o sobre el brazo del mismo sillón) y se va cortando las uñas de esa mano experimentando esa sensación de alivio y de adquisición de prolijidad y limpieza incomparables. O, en medio de algunos de los cada vez más frecuentes ataques de ansiedad, uno corre a la peluquería y se sienta, firme, porque en el fondo es un valiente, le interese al mundo saberlo o no, observando disimuladamente los gestos que van surgiendo de los músculos faciales del peluquero y se hace tijeretear el pelo, mientras, en las confusas imágenes que ondean dentro del espejo, uno va viendo cómo el volumen de mechones enrulados como los peores truenos, o de mechones lacios como la lluvia de ayer a la tarde, va reduciéndose. Hasta ahí, perfecto. Pero, ¿y el dolor?

No voy a caer en la pavada de las razones anatómicas de por qué ese dolor no existe. La cosa es: ¿no debiera doler? ¿No sería conveniente que doliera? ¿No sería mejor que se produjera un dolor agudo, punzante, en cada pelo, en el exacto lugar en el que está accionando la tijera? ¿No sería más natural que un corte de pelo, o que el corte de cada pelo, fuera físicamente costoso, además del costo emocional que representa verse amputado y desestabili-

zado en términos de la imagen? Tanta gratuidad provoca abusos. Provoca aprovechamientos. Evita que se intente evitar las repeticiones. Evita la memoria. ¿Quién va a recordar un corte de uñas o de pelo que no dolió? ¿Qué trascendencia puede tener lo que no representa un esfuerzo, o un trauma por el esfuerzo realizado? ¿No será que todo debiera doler, no sólo algunas zonas de la vida sino toda sus zonas? Es probable que la falta de dolor promueva malas costumbres. Malos hábitos. Y eso también se paga. Debiera doler. Todo debiera doler. ¿Sería éste un mejor mundo si todo doliera? Si tuviéramos un mecanismo interno constante de dolor y placer que regulara las acciones, estilo: hazlo, no lo hagas, tratá, dejá de hacerlo, podríamos evitar descomunales cantidades de quilombos. Tantos malestares y tantos horrores. Claro que esto es exactamente lo contrario de lo que estaba pensando antes. Con esto sortearíamos lo que antes pensé que era importante tener. Con esto vengo a sumarme a la caterva de esos pelotudos que están nadando en la confusión sobre si algología es el estudio del dolor o el estudio de las algas. Qué de cuarta. Cómo pueden ser tan mediocres. Cómo no pueden crear un nombre para cada cosa. Yo les resuelvo el dilema en un segundo. Para mí la algología no es el estudio del dolor ni el de las algas. Es el estudio de algo. De lo que venga. De lo que a cada uno se le ocurra. De las algas, del dolor, de la fotografía, de la naranja con ombligo, de cómo fue que yo decidí encerrarme aquí por todo el tiempo que se me antoje sin rendirle cuentas al mundo.

Ése es el problema: no hay cómo deshacerse de la locura. De la locura que genera pensamientos como éste, que distorsiona las ideas y la realidad y las retuerce. Sin producir dolor. Sin dejar marca.

¿O será que esto es todo una ilusión, y que en realidad todo duele y todo deja marcas?

Esta barba molesta. Molesta. Qué querrá. Qué será que espera de mí. Por qué tanto interés en llamarme la atención. En morder y tragarse pedacitos de mi tiempo. En sacarme de las casillas. Será que lo que quiere es que le pase la mano. Que la acaricie. Es igual que todo. Lo que sea que se retobe, con unas caricias vuelve a su lugar. Todo demasiado simple. No esperemos originalidades. Una barba creciendo no trae sorpresas. No trae, tampoco, sobresaltos. Ni dolores. Ni pánicos. Ni disturbios. Ni acontecimientos. Ni invasiones. Bueno, aquí pareciera que di toda la vuelta al círculo, porque la idea inicial era que la independencia del crecimiento es el origen de las intervenciones militares, de los golpes de Estado, de la represión y de todas sus ferocidades. Y pareciera que todo es incierto: incierto que después de una vuelta completa se llegue a lo mismo, incierto que después de una vuelta completa se llegue a exactamente lo contrario. Íbamos (qué bueno saberlo) a buscar la manera más rápida de llegar a la casa del Gordo. Claro que no se trataba de buscar nada, porque ésta no era la primera vez que el compañero llegaba a la Wien Westbahnhof a recibir a compañeros exiliados.

El trabajo de solidaridad le venía magnífico, porque seguía con el mismo carácter afable y con toda esa simpatía y su mirada ancha y abierta, pero que también te penetraba hasta el estómago. Probablemente no en tiempos anteriores, pero en ese momento produciendo, además, una intensa quemazón. Un intenso dolor. Necesario. Un intenso dolor necesario, y que yo no tenía prejuicios en agradecer. Eso sí: en voz alta, jamás.

Había bastante viento. Y el sol estaba allí, pero a medias. Todo a medias. Y al final fuimos dejando atrás la estación y sus alrededores. Atrás, pero no en el pasado.

Me parece que sí. Me parece que sí. Es algo como una nube lo que me empuja hacia abajo los párpados. Como si alguien me hubiera tirado en la cara, y yo con los ojos bien abiertos, un puñado de tierra seca.

¿Y eso? ¿Qué fue eso? Fue el ruido de la puerta del dormitorio del amor de mi vida. ¿Qué estará pasando? ¿Le habrá dado hambre, a esta chica? ¿Irá a la cocina? Martín se pregunta: ¿estará, mi Consuelo, yendo de su dormitorio a la cocina?

6

*trataba de encontrarme con los detalles
de las cabezas desde todos los ángulos.*

Eran dos los pájaros de la desesperación: uno, el ápterix, que a los cuatro años me situaba en el blanco de la angustia porque el pobrecito no volaba, y por lo tanto no tenía cómo escaparse de los animales inmensos que se lo tragaban como si fuera un maní. Era tan violento, revulsivo, imaginármelo indefenso. Mirando aquella enciclopedia de la niñez lo descubrí y no lo entendí.

No entendí la ilustración, que era un dibujo o una foto. Parecía monstruoso, como pájaro, y la falta de alas me lo colocaba, probablemente, entre lo que podía ser un perro con pico o un elefante con patas de gallina. Pero el espanto me atacaba por el lado de que, fuera perro o elefante, estaba presente en este mundo con únicamente dos patas. No estaba nada claro si esas dos patas eran las de adelante o las de atrás, y eso hacía el problema mucho, pero mucho más grave. Con el libro a cuestas y con las lágrimas clavadas en los ojos para lograr que no salieran, llegué a la cocina a preguntarle a mi madre qué era, en realidad, qué hacía (algo así como a qué se dedicaba), por qué era como era y qué daños planeaba ocasionarnos a nosotros, específicamente, ese bicho. Ella se calzó los anteojos, miró y me explicó. Pero ésa no había sido la primera vez que me enfrentaba a la misma ilustración. Antes mi padre me había mostrado que tenía unas alas muy chiquitas, y había dicho: Que no le sirven para nada. Así que me lo imaginé murien-

do destrozado por no haber podido volar. Mi madre trató de eliminar esa imagen que dominaba, al menos en ese momento, mi visión del mundo, y los besos que ligué por llorar son y seguirán siendo de los más inolvidables que tuve en suerte recibir en la vida. No te preocupes, hijito, porque ellos se defienden con el pico. Y te aseguro que no se dejan agarrar por nadie, dijo. Tampoco nos van a hacer ningún daño, porque la verdad es que ni siquiera saben que existimos. Esta última parte, al final, me deprimió. Me hizo sentir como un ser insignificante, y eso me llenó de nuevas confusiones que no me hacían falta en absoluto. La cosa era: ¿cómo, cómo este animal no sabe que existo? Si un animal así, con todo lo raro y grande que es, no sabe que yo existo, entonces, ¿quién lo sabe? ¿Quién sabe que existo? ¿Más tranquilo, ahora?, dijo mi madre, porque se me había congelado el llanto para darle espacio al motor enfermo de mi pensamiento. Esas palabras me mostraron: Ah, sí, mi mamá sabe que existo. Me fui, acarreado el libro y con los ojos hincados en la misma imagen, de la cocina al comedor. Encima, en vez de estar cubierto por plumas, el bicho lo que tenía era montones de pelos. Nada sencillo. Nada potable. Nada que me pudiera llegar al estómago más o menos triturado. En la eventualidad de que llegara, caía allí como una roca que había atravesado un abismo. Con toda su fuerza de aceleración. Me imagino que el nombre con que la vida me lo presentó sería el científico porque, y siempre en guerra declarada contra las nostalgias y enfrentando la realidad de que ciertas cosas cambian, trato de aceptar que ahora lo llamen kiwi. Kiwi. Un nombre mucho más adecuado para un pajarito, piensa, siente, Martín. No para uno que puede desafiar a una jungla completa con el pico y salir airoso de todas las batallas. Pero así es. Parece que las grandes fuerzas también desafinan, los rugidos se vuelven chillidos, y las enormes extensiones de hielo dormido un día se despiertan convertidas en apenas un área de clima fresco, más o menos destemplado, más o menos templado. Como todavía se animan a decir algunos pocos: usté / no es ná, / ni chicha ni limoná. El otro era una gallina con las patas cubiertas de plumas hasta el piso. Gallina con botas. Me angustiaba desde la misma enciclopedia que el ápterix, una que tenía muchos más tomos de los que en ese momento de su vida la curiosidad de Martín podía abarcar, y que era la fuente en la que trataba de saciar su glotonería de información y de instancias nuevas, o la que era su preferida, cuando la lluvia atentaba contra mis ya escasas tendencias a explorar áreas abiertas como la vereda o el patio.

Con el ápterix no creo haber soñado. Pero la gallina con botas me sacudió a pesadillas durante una época sin límites, o con límites que solamente ahora puedo establecer. Se esfumó de mi lista de ansiedades esa vez que me desperté agitado en medio de la noche con la enorme gallina de patas emplumadas al lado de mi cama mirándome de frente. La gallina me aterrorizó al punto de que ni siquiera pude gritar para contar con el socorro de mi madre. Era invierno y la estufa eléctrica estaba apagada. Mi madre la

desenchufaba todas las noches cuando yo ya estaba dormido. Tenía los pies como dos barras de hielo. Estaba medio destapado. Eso presentó, siempre creí, el lado positivo de las cosas que por esos días me estaba faltando: la otra cara del largo resfrío del que no me pude salvar. Ese lado beneficioso que de vez en cuando es bueno distinguir entre tanta nube y tiniebla, y tener en cuenta, con la mayor simpleza me llevó a pensar: Ahhhhh, ya sé por qué las botas de plumas: las tienen para que no se les enfríen los pies. Esas gallinas serán rarísimas y feas, pero saben cómo no tener frío. No es que hubiera llegado a desear tener las piernas cubiertas de plumas, no era que Martín aspirara a estar tan abrigado durante todo el año, pero no habría estado mal tener los pies menos congelados en ese momento. De hecho esas gallinas no pasaban por el mismo malestar que yo. Cómo no se me había ocurrido nada de esto antes. El miedo. Es lo que hace el miedo. En un niño y en un adulto. Traba el pensamiento, paraliza el entendimiento de las cosas. Y un momento de conflicto puede cambiar completamente la dirección de la vida de uno. Con esa conexión clara y directa, y sin saberlo, desactivé parte del drama. La parte de las pesadillas. Porque el ápterix y la gallina con botas mantienen un espacio sagrado en un área de mi cerebro, a pesar de los sesenta y cinco años que me persiguen. Un área que no logro identificar. Nunca fueron expulsados de allí, y viven y sobreviven, y engendran y disparan interminables sucesiones de proyectiles diversos, algunos más dañinos que otros, me imagino que derivados de latidos tormentosos, arrítmicos, en la circulación de su sangre, nunca inocuos, aunque los dos pajarracos aparentan mantenerse muy tranquilos y muy pacíficos. La realidad es que siguen empollando. Empollando todo tipo de imágenes y elementos. Todo tipo. Hasta los más difíciles de concebir.

¿Cómo es que los buitres, con todo lo que representan, nunca amedrentaron a Martín? ¿Por qué los buitres nunca me dieron miedo? Creo que, de entrada, y en lugar de empezar con ellos cualquier tipo de relación, los odié. Sin dilaciones. Sin paréntesis ni cláusulas aclaratorias. Creo que cuando supe de su existencia entendí, al mismo tiempo, ese fenómeno de que se alimentaban de carroña. Después llegaron las curiosidades más específicas, como cuál era la diferencia entre comer la carne muerta que había dejado tirada el que había matado al animal que servía de alimento y tener las pelotas de matar al animal para comerlo. Matarlo y comerlo, y después, quiero decir, tener la delicadeza de abandonar lo que quedara para, así, compartir la comida con otros en lugar de enterrar las sobras, por ejemplo, o tirarlas al mar, sobre todo por eso de que con tanta hambre que recorre el mundo no debe ser desperdiciado lo que pueda funcionar como sustento, como comestible. Bueno, esto si yo no tenía en cuenta que, incluso bajo la tierra, son alimento de los gusanos, y en el mar tienen un destino útil en las bocazas de los tiburones.

Uno va juntando pesadillas. Acumulándolas, tirándolas unas encima de las otras, y siempre aparecen más, y más, van cayendo como bollos de papel viejo a una canasta, como pedazos de basura de distintos orígenes que llegan a descomponerse o no, y van empujándose y corriéndose hacia abajo, hacia los costados, llenando huecos, espacios libres o no libres, y lo que se va construyendo es una asquerosa desprolijidad de miedos y de límites. No sé si esas pesadillas van contribuyendo paso a paso al envejecimiento de todo el cuerpo, venciendo las resistencias que el cuerpo activa en muchos de sus rincones. No es fácil saberlo. Lo que digan otros, no importa. Lo que digan otros es el invento de esos otros. O de otros otros, que también son otros.

Cuando espero algo y no estoy seguro de qué es lo que de verdad me está haciendo falta, y cuando consigo barrer de la cabeza los primeros colores que siempre aparecen en mis asociaciones y en mi imaginación como flashes, como flechas infalibles, que son el verde oscuro y el rojo intenso: el verde oscuro de la botella y el rojo intenso del tinto –ja, ¿de qué te creías que se trataban, Martincito, ese verde y ese rojo, eh?, ¿qué te creías que ibas a decir? Nada de obviedades, porque para qué queremos otra vez sopa si ya sabemos que nos da náuseas–, del mismo tinto que en este preciso instante me está siendo negado por mi propia paranoia, o por mi propia necesidad de que nadie me rompa los soberanos cojones por un cierto tiempo, la imaginación se me resbala entre los pies de la Consu acercándose, silenciosos, a la puerta de mi dormitorio desde afuera y las patas de la gallina con botas de plumas. El deseo que en mí sobrevive: la Consu en la tarea de espíarme (primera premisa), más una antigua ansiedad, la de las patas emplumadas, ya destronada como pesadilla (segunda premisa), y que suele terminar en una risa solitaria nacida de la concepción de esa imagen magnífica en la que Consuelo y las patas plumosas se combinaron, y en la que quien se acerca a la puerta para escuchar secretamente mis escasos sonidos es una Consu con patas de gallina emplumada (conclusión). El perfecto silogismo. Ya sé. Todo resuelto: de militante, preso político, exiliado y toda la parafernalia, pasé como un tubo a filósofo. En esas ocasiones la Consu avanza por mi cerebro no con pantalones largos sino con pollera o con bermudas. O con camión. Aunque a ella, una muchacha que siempre ha estado desafiando las tradiciones con sus acercamientos revolucionarios destinados a modificar las prácticas cotidianas, las molestias que ocasionan ciertos obstáculos, los camiones, con rigor sea dicho y pronunciado, mucho goce no le proporcionan.

En Roma compartíamos la casa con otros compañeros, y compartir la casa significaba que todos usábamos la misma cocina y el mismo baño. Vivíamos en un constante ejercicio de discreción, y la Consu tenía a los pies de la cama, prolijamente extendido, un camión que estaba cruzado a lo ancho por rayas delgaditas que variaban entre el rosa y el lila, entre las que se veían algunos puntitos, o unas floritas milimétricas, o unas más

ínfimas manchitas, no sé bien, y que no usaba más que para ir al baño por si se topaba en el pasillo con alguien que avanzaba hacia un destino similar. Por más dormida que estuviera nunca volvió a meterse en la cama sin hábersele sacado antes y sin haber vuelto a extenderlo con todo cuidado sobre el final de la cama. A mí los años de cárcel me habían enseñado a valorar muy profundamente esos momentos en que se producían los regresos de la Consu a la cama. Sobre todo apreciaba ese medio minuto que le tomaba a mi compañera del alma y del cuerpo estirar los brazos hacia lo alto como una pitonisa en sus intentos de alcanzar con las manos ese cielo poblado de misterios y, en el caso de mi amor sagrado, en sus intentos de tironear el camisón y quedarse sin él, y después doblarlo a lo largo y, siempre tan meticulosa, extenderlo a los pies de su lado de la cama. Ese tiempo, bocado exquisito para cualquier vulgar masoquista inclinado a la tortura más precaria, elemental, me ponía en contacto directo con la asombrosa realidad de que todo sufrimiento llega a su fin. No importa bajo qué circunstancias. Ella tardaba en volver a la cama. Ella sabía que tardaba en volver a la cama. Y con esa tardanza me clavaba, cada tanto, el puñal de la posibilidad de que su regreso al hueco que le correspondía entre nuestras sábanas nunca sucediera. El miedo avanzaba hacia cada ángulo de mis venas. Ésa era su sabiduría en aquellos tiempos. Pero volvía. Volvía, la chica. Volvía a sacudir el a medias destartado, romano, imperial colchón, con la maravilla de su peso y de su temperatura.

Por qué oigo pasos de ida pero no de regreso. Esta Consu es inconcebible. Es capaz de hacer cosas que no se le ocurrirían a nadie. Sólo a mí. Está invirtiendo todas sus preciosas energías en tratar de confundirme. Le da hambre y se va a la cocina, pero no vuelve al dormitorio. Y bueno. Pero si piensa que con tanta ida y vuelta, o ida sin vuelta, se va a sacar de encima al amor de su vida despachándolo a un manicomio, que me disculpe porque ahí sí que la confundida es ella. Ni te la chupes, Consu, porque igual no vas a tener cómo tragártela. Ya iremos viendo. Me imagino que iremos viendo.

Así que mis dos pajarracos –es decir: mis dos pajarracos pájaros, porque hay otros que vienen en formato humanoide– aceptaron acompañarme por la no tan extensa pero sí escarpada caminata a lo largo de la vida y (creer no cuesta nada) pasaron conmigo por los numerosos pabellones y las múltiples celdas carcelarias y también abordaron el mismo avión que yo y aterrizamos juntos en Roma. No hubo drama. No fue necesario recaudar fondos para pagar un asiento especial para ellos. Yo sabía que de todos modos iban a mantenerse muy cerca. Y ahí estuvieron, a mis pies, debajo del asiento de adelante, como para que ni se me cruzara por la cabeza olvidarme de que su presencia se alargaba intacta en el tiempo y que el rol que yo les había permitido ejecutar en mis años inocentes seguía siendo indiscutido, representando esas específicas formas del terror sin las que no se sobrevive. Uno no es estúpido. No sé si en este caso se puede hablar de inteligencia, pero al

menos logramos entender que pajarracos como éstos eventualmente llegan a salvarte, porque abandonado, lo que se dice abandonado, no te dejan nunca. Y a eso se supone que habría que agradecerlo. Lo voy a pensar. Tengo que hacer mis cálculos. Habría que ver cuánto beneficio podría obtener de ese agradecimiento concebido en el vientre de la más transparente generosidad, en el seno del más puro altruismo, ambos rasgos peculiares que me caracterizan.

Nada de eso (lo de las idas sin venidas, digo) pasaba en nuestras vidas de exiliados. Mis años de cárcel habían mejorado a lo grande mi imagen ante los ojos azorados de mi compañera, que me vio bajar del avión, un día, y dirigir los pasos hacia el grupo del que ella era parte para abrazar antes que a nadie a Gustavo, después a ella —con, claro, velocidades en la transmisión de las temperaturas en ascenso bastante diferenciadas—, y después a desconocidos que me saludaban como si hubieran sido íntimos amigos, gente de Amnesty International, otros exiliados, no peronistas, peronistas, socialistas, compañeros del Partido, alguno que otro que se mantenía fuera del país desde la dictadura de Lanusse, o desde la de Onganía, que entre todos sumaban no menos de quince. El grupo era multicolor. No sólo desde el punto de vista político sino en cuanto a géneros. Presente estaba, desde ya, el masculino. Pero también producía fuegos artificiales el femenino, con dos casos llamativos y singulares que mejor poner al costado de los recuerdos, sobre todo por lo de los costos. O sea: por lo costosos que terminaron resultándome en esta accidentada historia de amor con mi siempre venerada Consuelo.

Y me dicen que me olvidé, pero parece que entre los que me esperaban en el aeropuerto estaba Toni, el compañero vecino del Gordo, que por esos días andaba por Italia visitando argentinos exiliados en varias ciudades, y que fue el que tuvo, en Viena, la idea de salir un poco de la ciudad capital y llevarnos a algunos lugares más o menos turísticos para que nos aireáramos la mente: palabras de él. Entre esos lugares figuraba la iglesia de las calaveras enmascaradas. Con lo de no acordarme del Gordo, mentí. Totalmente. Pero de haber visto a Toni en el aeropuerto, con toda la honestidad de un mentiroso parcial tengo que decir que no hay manera de que me vuelvan cara, barba, pelo enrulado, nada. De mi propia voz sí me acuerdo, porque representaba el cuchillo que llevaba clavado en varias partes del cuerpo, que decía entre saludo y saludo, entre presentación y abrazo: hilachas, hilachas, está hecho el país. Lo dejaron hecho hilachas. Salí de la cárcel y no encontré a nadie. No hay compañeros. ¿Acá hay muchos? Quiero abrazar compañeros. Toda esa gente me miraba con tal cara de *calma, calma*, que sentía cómo me circulaba la desesperación, una especie de agravio. Y probablemente el culo de la Consu —a eso sí lo recuerdo, y está ahí, sigue indeleble— apretado en esos Levi's que incitaban al canibalismo más bajo, siendo que uno no venía del hambre absoluto pero casi, me absorbía todas las emociones más

categorías. Sí: todas. Lo que no significa que se me hubiera pasado por alto el fulgor de los otros dos detalles. Qué destino, el de uno. Culo tras culo tras culo. Entre varios otros amores irrenunciables. Y en realidad no es que hayan sido, o que sean, tantos. Uno de ellos es ese mural que sigo imaginándome en el que están retratados todos, completamente todos los chicos del planeta, una carita al lado de la otra, todos muertos de risa, divertidísimos, haciendo sacudir el mural aquí y allá por el efecto de las carcajadas. Giran las cabecitas, se miran unos a otros, y la risa de uno se reproduce en la de los que están cerca, sin detenerse nunca. Y si de pronto la mancha de esta cortina insoportable da un salto y por coincidencia aterriza en algún lugar del alegre y multitudinario mural de mis sueños, los chicos de esa área se preparan y actúan en sincronía y le despachan una fenomenal serie de escupidas lo más acatarradas posible que les dé el estado de salud, hasta que el abyecto pedazo de suciedad termina volviendo al pliegue que le corresponde en la cortina de mi ventana, su lugar natural. Y más, y más risas. Con un amor como éste tengo garantizada militancia en todos y cada uno de los frentes hasta el último ronquido de mi vida. No da espacio a treguas de ninguna índole. Y sin embargo estoy acá, añorando el dolor en los codos cuando presionan el alféizar de la ventana, y sin encontrar la manera de llegar hasta allí: y estamos hablando de dos pasitos miserables.

Es más fácil llegar al baño, que está al triple de distancia. Pareciera que resulta más sencillo andar boyando como una piraña desdentada entre el deseo de dolor y la necesidad de mear que dar dos pasos al frente para llegar al ansiado alféizar.

De ahí vienen, pasaron por Innsbruck, le dijo el Gordo. Y qué, si del tren no se bajaron, Gordo. Ahora le pedimos esa combi que le presta la compañía al Bangui para pasear a los turistas y nos vamos a dar una vuelta por Austria. Y lo llevamos al Bangui también, así no puede decir que no. Igual no trabaja todos los días. Le pagamos la nafta y nos llevamos provisiones en una heladerita que tiene la mujer. ¿Cómo lo ven?

Así que a la mañana siguiente, en un día de cielo sin alteraciones y azuladoamente translúcido, partimos.

Salir de Floridsdorf llevó tiempo, me parece que porque al que manejaba, que al final fue el Bangui –que llevaba con él a la mujer, que no era militante ni expresa pero que había llenado la heladerita en forma muy adecuada a las necesidades del viaje– le pareció una indecencia no mostrarnos el Danubio antes de entrar a los caminos que, después de horas, nos llevaron a las calaveras. Durante todo el viaje fui bombardeado a simpáticas preguntas sobre los miles de pormenores de la vida carcelaria: ¿cómo era la comida? ¿Les daban verduras y frutas? ¿Les pegaban mucho? ¿Extrañabas a Consuelo? ¿Tenían miedo de lo que les pudiera pasar o estaban más allá de eso? ¿Qué hacían los guardias para joderlos? Y sobre la situación represiva argentina en general, y sobre cómo me banqué los meses pos-cárcel antes de poder

salir del país. Y qué sentí, qué tipo de emoción experimenté en el momento en que se abrió el portón de la cárcel y nos mandaron a la calle bajo esa lluvia tremenda en medio de la noche. Qué podía decirles. Qué. Menos mal que no me preguntaron si por una de esas coincidencias no tenía conmigo un paraguas. También me empaparon con sus propios detalles, los de los grupos de solidaridad formados por compañeros a lo largo y a lo ancho de Europa, las diferencias, las divergencias, los acuerdos, los límites y las sorprendivas ambigüedades, aunque de eso, a grandes rasgos, Gustavo ya me había puesto al tanto. Y también fuimos devorándonos los sándwiches que nos acompañaban en esta aventura. Lo que no entendí cuando la mujer del Bangui empezó a repartirlos fue qué pasaba que los exiliados en Austria también andaban de aquí para allá con esas largas baguettes. Me salió la pregunta: ¿Ustedes también les dan a las baguettes? Y, sí, contestó el Bangui, no hay forma de sacarnos de encima la herencia francesa que nos persigue a tarascones en el orto. Todos se largaron a reír, muy alegres. Y nunca pude, por más que pensé y busqué, encontrar algo efectivo que me informara sobre la razón de toda esa risa.

Yo, por lo pronto, me comí el sándwich. Y no pude fingir ser muy civilizado y no aceptarle la segunda media baguette a la mujer del Bangui cuando puso en acción el previsible y cariñoso ballotage.

Y entre un asunto y otro llegamos a la meta. Fuimos bajándonos de la combi, y como nadie necesitaba ir al baño porque no hacía mucho habíamos pasado por una estación de servicio para llenar el tanque de nafta, y todos nos habíamos detenido por un minuto en los pulcros baños públicos austríacos —y yo, mientras me aliviaba de los fluidos pesares del alma, iba pensando que, si en vez de ponerle al auto toda esa nafta los seis hubiéramos apuntado los chorros directamente al agujero del tanque, habríamos ahorrado tiempo y dinero, aunque, bueno, sí, la mujer del Bangui habría necesitado una lata como intermediaria (ésa es la clase de creatividad que a la Consu le siguen produciendo alergias por su marido y amante)— enfilamos hacia la puerta de la capilla. Abrimos, entramos. Fuimos caminando hacia el fondo sin mayores interrupciones, o eso es lo que me quedó pegado a la memoria. Y Toni era el primero en la fila. Todos lo seguíamos a él. La gansa y los cinco gansitos. Había sido el de la idea y había buscado y encontrado los medios para ponerla en práctica. Yo no pensaba mucho, pero sí sé que sentía que tanto interés en volver a un lugar en el que ya había estado con la excusa de llevarnos a mí y a Gustavo, más sonaba a fascinación propia que a generosidad turística para con los recién llegados al exilio. De todos modos el interés de él se había hecho contagioso y yo caminaba casi pisándole los talones, perseguido por algunos goteos mentales medio ácidos que me recordaban que la Consu se la estaba perdiendo. Toni iba hacia el fondo de la capilla caminando sobre el ala izquierda. Llegado a un punto se detuvo, casi a la altura del altar, en el ángulo izquierdo. Con actitud física de soldado en

posición de firme, tenso y expectante, señaló las vitrinas frente a las cuales todo el grupo ya estaba parado, no en posición tan de firme como él. Estaban repletas de pelotas de colores oscuros con adornos dorados y plateados. Dijo: Aquí están. Les presento a los santos sin cabeza. O más bien al revés: a las cabezas sin santo. Observen. Y como nos había hecho en el auto un relato breve pero expresivo sobre lo que íbamos a ver, Gustavo y yo no avanzamos con preguntas sino que nos quedamos mirando callados. Gustavo hacía esos gestos leves de asco disimulado que yo le captaba al mirarlo de reojo. Y que en realidad eran, y son, más una manera de comunicarme algo a mí en el código de la vieja amistad. Yo trataba de encontrarme con los detalles de las cabezas desde todos los ángulos, y me movía hacia un lado y el otro, y me agachaba un poco, y me estiraba lo más que podía para alcanzar con la vista las que estaban en los estantes más altos. El Gordo ya las había visto. También a él, al poco tiempo de llegar, lo habían llevado de excursión.

Yo creo que los silencios fueron varios. Paralelos. Y por eso parecían uno. Pero no. Se oía el silencio de Toni, que era alerta, de observación, con el tono de: A ver, ustedes dos, ¿qué tienen para decir frente a este notable fenómeno protagonizado por la dolorosa ingenuidad de nuestra raza humana? El otro silencio era el del Gordo, que parecía surgir de un grito ancestral: Buééé, opinen rápido así salimos de aquí y buscamos un bar para tomarnos unos buenos y bien merecidos vinachos. El ritmo producido por el silencio de Gustavo iba más por el lado de: Ufa. Y el mío resonó interrumpiendo con fuerza todos los demás porque se me ocurrió pedirle a Toni que volviera a contar la historia: ¿Cómo era el asunto? Detrás de mis notas musicales retumbaron las del Gordo y las de Gustavo, que en realidad sí eran una porque estos dos no podían estar más de acuerdo: Huy, no, che, déjense de joder... El Bangui y la chica parecían un poco aburridos. Ella era la única mujer del grupo. Y de todos modos, aunque disfrutaba de la ventaja de la ausencia de elementos rivales, andaba pegada a él como chicle. Se la pasaba clavando los ojos en los ojos de él, como si tuvieran algún secreto que no podían llevar a palabras dichas en voz alta. Y él se quedaba, y daba lástima, enganchado en eso sin poder salir. Parecía un ratón al que ni siquiera se le ocurre que exista una posibilidad de rajarle al gato. O sea que mi único aliado pasó a ser el Toni.

Hay que saber reconocer los fracasos. Hay que saber evaluar la realidad: a veces uno puede quedarse con pocos cómplices, con pocos aliados, o con ninguno, para llevar adelante proyectos y planes, para compartir curiosidades, sueños, ilusiones. Y simular para uno mismo, porque a los demás no los engaña nadie, simular para uno mismo que el mundo es una caravana de adeptos incorruptibles es encaminarse, en profunda soledad, al suicidio. Y uno, digamos, está a favor de la vida. No sé si adherido a la vida, pero sí a su favor.

¿Qué habías dicho que estas pelotas tienen adentro? ¿Calaveras?, le pregunté. Ahá, sí, me tiró el Toni jugándola de distraído. Entendamos que él se

sentía en posesión de todas estas rarezas y en ese instante me tenía sometido a girar siguiendo su órbita. Estaba disfrutando de su rato de dueño de circo. Calaveras: o sea que vos decís que son los huesos de la cabeza de esos santos. Sí, como la de to be or not to be. No me jodas. No, no te jodo. Para qué te voy a joder. Pero no es tan increíble. Era una cuestión de reyes y de los pelotudos que se ponían a su servicio y salían por ahí a pelear para conseguirles pelotudeces que los hicieran quedar bien con el pelotudo del rey. Lo que sí sorprende es tanta pelotudez. ¿Y qué rey era éste? Maximiliano. Pero el tipo, el tal Waldauf, salió a conseguir cachos de esqueletos de santos porque, claro, eran todos más católicos que ellos mismos. Lo eran de verdad o lo eran por cagazo a los poderosos que sí lo eran. ¿Y con esto se consiguió un título de nobleza? Ah, no, tanto no sé. Creo que lo tenía desde antes. Pero seguro que se ganó algún otro beneficio. Por lo menos la salvación de su alma. Así que todo daba vueltas alrededor de lo mismo. Al marxismo todavía le faltaban unos cuantos siglos para aparecer por el área y empezar a poner todo esto en otro lugar. Pero pará, pará: entonces si uno abre la vitrina, saca las pelotas de trapo, las desenvuelve, separa lo que sea, el trapo, la tela, lo que sea, esa especie de cartulina gris que pusieron en lugar de la cara, lo que encuentra adentro son huesos, una calavera. ¿Digamos que sería algo así?

El Gordo y Gustavo ya se habían ido caminando por el costado de la iglesia y se iban acercando a la puerta de salida, como para ir tironeándonos hacia la calle. El Bangui y la mujer estaban parados a mitad de camino entre nosotros y los que iban hacia afuera, hablando en voz baja y mirándose y mirándonos y mirándose entre ellos otra vez. Las cabezas les giraban para un lado y el otro, para el lado de Gustavo y el Gordo, ahora parados del lado de adentro de la puerta principal, y después para el lado de los que estábamos frente a las llamadas reliquias. De qué hablarían. Quién sabe. Yo me había quedado pegado a la visión de esas pelotas acomodadas sobre almohadones de terciopelo bordado, con una especie de corona de rayos de color oro que se asomaban por detrás de cada una, los rayos de la santidad, supongo, y pensaba, a cada segundo con más desesperación, que yo de ahí no podía irme, o que, si me arrancaban de inmediato, iba a tener que volver. Y en poco tiempo. Volver y quedarme mucho más. Algo, algo en el esófago, en los recovecos de los intestinos, me crecía en términos de ansiedad, de desesperación, de imposición llegada desde los líquidos del cuerpo, y ese algo me hacía morirme de ganas de abrir esos paquetes con huesos, meter los dedos, hundirlos en ese polvo, en esos pedazos de esto o de lo otro, cualquier cosa que tuviera que ver con todo el fósforo contenido, encerrado y burbujeante, el fósforo de lo que habría sido, de lo que habría tenido que ser.

Che, Toni, yo me quedo un rato más. Por qué no vas yendo con los otros y yo los alcanzo. Ah, y te quería preguntar, ¿por qué es que le dicen Bangui a este compañero? Es la pregunta de rigor. De esa intriga no se salva na-

die, te cuento. Es así: empezó con que le llamábamos Bandido. Después, jodiendo con eso de hacernos los gangosos, empezamos con Banguingo. Y para ahorrar energías, que nunca sobran, lo dejamos en Bangui. Pero ahora que lo pienso también se combinaba con el asunto de que siempre fue muy fierrero, y lo de bang-bang, tiros, ¿vivo? ¿Le suena conocido, compañero? ¡Ja! Él estuvo preso en la dictadura anterior, pero de la última se salvó. Bueno, claro que no se salvó ni el que tuvo el culo más grande. Salió del país antes de que le dieran con el matamoscas. Ah, mirá vos. Bué, qué suerte. Qué suerte, la verdad. Parece buen tipo. Bueno, entonces dale, andá yendo, que yo me les acerco pronto. No, no jodas, vos te venís conmigo. No, dejá, loco, me quedo un ratito y después voy. ¿Cuál es el problema? Avísenme dónde van a estar y listo. Pero ¿para qué? ¿Qué te dio, ahora? ¿Se te pegaron los zapatos al piso? Si es eso descalzate y seguí en medias. Nada, me pasa. Nada grave. Pero es como una ansiedad. Si pudiera abriría esas cabezas, no sé, me dio mucha curiosidad y un impulso loco de caerle a puñetazos a esta puta vitrina y a lo que mantiene a estas cabezas metidas acá adentro. Ya me imagino. Ya me imagino lo que te pasa, compañero. Ya sé. Pero no, mirá, mejor vamos, porque lo que vos querés ver no son estos huesos, me parece a mí. Éstos no tienen ninguna relación con los que vos necesitás tener cerca. Yo entiendo bien porque nos pasa a todos. Queremos estar cerca de lo que queremos estar cerca, ¿no? Ya sé. Pero ahora vamos. Dale, dale, vamos. En serio, te digo. Salgamos de acá que aquellos dos se están impacientando, y el Bangui y la compañera medio que también, y así vamos y comemos algo y nos tomamos unos tragos, que siempre ayudan a entender las cosas como son, a verlas más claramente, y no a través de la niebla de la realidad, que no hace más que confundir a los pobres sencillitos como nosotros. ¡Ja! Dale, vamos, vamos saliendo.

Sí, muy astuto, este Toni, pero nada de eso me estaba resultando gracioso. Grave error: me había puesto una mano en la espalda como para ir guiándome hacia afuera, entre suave y firme, como a los alterados. O sea: como a los locos. Y yo reaccioné. Le pegué con el brazo un empujón para atrás que lo hizo resbalarse y perder el equilibrio. No se cayó de orto pero le faltó muy poco. Qué te pasa, boludo, dijo con los ojos muy abiertos, mientras trataba de encontrar el balance sin poder apoyarse en nada. Porque estar metido en una iglesia llena de todos los oros del mundo no necesariamente significa que estás rodeado de apoyos, como bien sabemos. Me miraba de arriba abajo, el Toni, con la boca abierta. Esa escena fue pescada del inicio al final por el Bangui y la sandwichera, que enseguida le hicieron una seña a Gustavo, que a grandes zancazos recorrió de nuevo la longitud de la iglesia pero esta vez hacia adentro preguntando qué había pasado. Le dije clarito: Este boludo me está tratando de loco, ¿podés creer? Y el Toni le dibujó la historia a su manera: Quiere que nos vayamos todos y quedarse solo acá para hacer cagar la vitrina a puñetazos, Gustavo. Pero Gustavo sabía que la

versión más realista seguramente era alguna mezcla de los dos relatos, o sea que ni tanto de aquí ni tanto de allá, y le dijo que no, que estaba bien, que yo me quedara y que él volvía a buscarme en media hora. La coyuntura no podría haberme resultado más favorable, así que la aproveché para imponer mis condiciones. Le dije que en media, no: en una. Gustavo frunció el ceño, me clavó una mirada con preguntas que parecían incluir las respuestas, y después de unos segundos aceptó. Así que los vi ir saliendo, paso a paso y en fila india, cada tanto mirando hacia atrás, en mi dirección. Todos se daban vuelta menos Gustavo, que caminaba con la cabeza gacha. Me espían de frente, de reojo, con ojos curiosos, con ojos preocupados, con ojos inquietos, con ojos extrañados, con ojos interrogantes, con ojos desconfiados. Iban, cómo decirlo para que se me entienda, sin ojos. Me pregunto si, de haber estado la Consu con nosotros, yo la habría dejado que se quedara conmigo. No me iba a salvar de que ella lo intentara. Pero no lo sé. Nunca lo supe, y sigo sin tenerlo claro. Los vasos comunicantes entre ella y yo nunca se habían vaciado, pero la cárcel había sido una caja de resonancias para ella desconocidas. Una caja repleta de alaridos, de rumores, de tintineos, de crujidos, de estruendos, de golpeteos, de silencios, de algún sonido que podría hacerla pensar en carcajadas, pero sin poder unirlos a la certeza de las imágenes, que organizan o que vuelven anárquicas todas las emociones. Resonancias que en teoría le sonaban a todo y en la práctica le sonaban a nada. Y eso la poblaba de angustias, de temores, de inseguridades. Nunca la oí decir que habría preferido caer presa que desconocer la experiencia, pero yo sé que las veces que debe haberlo pensado no han sido pocas. De algún modo yo me le había vuelto impenetrable. Y ese bache, esa grieta, es lo que muy probablemente me habría hecho pedirle, en la circunstancia de la capilla y las reliquias, que se fuera con los demás.

Se depende mucho de la situación de soledad. Dicho de otra manera, más exacta: se depende tanto de esa permanencia con uno mismo. Abrazarse al propio pensamiento, a la propia reflexión, al ritmo generado por el músculo propio, por la sincronía entre los órganos internos que nos conforman, se vuelve una urgencia constante, cotidiana, que llena, que obtura cualquier hueco de la respiración. No se está solo. Se está con uno mismo. A los que no lo entienden yo les pregunto: ¿qué me quieren decir?, ¿que yo no existo?, ¿que no soy nadie? Estar con uno mismo, ¿es no estar con nadie? ¿De qué me están hablando? Se está con uno. Se está con la propia soledad, que es un minón. Una mina de ésas que no encontrás dos veces en tu vida, si es que tenés la suerte de encontrarte con una. Con la propia presencia, se está. Como aferrarse a esa rama con la que cada tanto nos encontramos cuando estamos a medio camino de un precipitado viaje montaña abajo.

El pensamiento. La formación de las ideas. La memoria de los hechos. El reflejo de esa memoria en las paredes internas del estómago. El latido percutiendo en la carótida. El movimiento leve de los dedos del pie, que viaja y

aterriza sospechosamente cerca de ese signo de interrogación que sobrevive, parasitario, enterrado en el ángulo más oscuro y huraño del cerebro. El pensamiento. Esa luz. Ese destello acosado por los tantos perfiles entre los que se oculta la obstinada, la siempre reincidente oscuridad.

Vi esfumarse de mi campo visual el último talón del último zapato. Martín observaba atento. Salía un zapato. Una zapatilla. La otra. El último era el del pie derecho del Bangui. Me acuerdo bien: eché una mirada rápida a mi alrededor y no vi a nadie. Había visto a dos o tres personas con tono de turistas regocijándose en las imágenes de la virgen María, pero por suerte ya no estaban. Por lo demás, la iglesia parecía completamente desierta. A las patadas más o menos superé la sensación de que algún oído enfermo iba a estar espíandome, escuchándome, porque me era imperativo tener una comunicación con los huesos de esos santos medio absurdos, y tenía que ser en voz alta.

A ver, ahora me explican: ¿quiénes se creen ustedes que son? ¿Quién los canonizó? ¿Quién decidió que iban a convertirse en santos? ¿Santos ante quién? ¿Hicieron algo por alguien, alguna vez? Sin respuesta. Me metí las dos manos en los bolsillos del pantalón. Y esperé. Pero Gustavo volvía en una hora y el tiempo, aunque no exista, cuando se va no vuelve. Así que no iba a quedarme esperando mucho más. A ver si esto los ayuda: ¿ustedes creen que si compartimos un buen vinito patero se les van a activar un poco esas lenguas reseca que guardan ahí adentro? Bué. Piensen: ¿por qué creen que les han fabricado estas cabezas de trapo, de papel, no sé, y les inventaron esas coronas, esos rayos dorados que les asoman por detrás? No es tan difícil entender las razones. Es que adentro, mis queridas reliquias, no debe haber absolutamente nada. Na-da. Por eso tanto aspaviento de terciopelos y bordados. Porque están vacías. Ni un mísero huesito, hay allí. Huesos no son los de antes sino los de ahora. Los de antes lo habrán sido alguna vez, no digo que no, pero no hay manera de que compitan con los actuales. A ustedes les tienen que inventar esos rayos artificiales. A los huesos actuales no hay que adornarlos con nada porque cuentan con los brillos propios de su naturaleza. La luz que generan nuestros huesos atraviesa los metros y metros de tierra que los tapa en las fosas comunes, y atraviesa las masas de agua de los océanos en que fueron arrojados los cuerpos vivos con los que ahora no cuentan. Y surge, estimados santitos de cuarta, surge como rayos vivientes. Dije vi-vien-tes, reales, inobjtables, iluminando la existencia de la cual unos cuantos torturadores y asesinos quisieron eliminarla. Es una luz que surge como la lava de un volcán activo constante y eterno. Así que olvídense. No hay cómo competir.

Cada vez que se me escapan los ácidos por el lado de la competencia se me aparece la cara del Comandante. Y me está mirando de frente. Y yo empiezo a sentirme ridículo. Pero en la capilla austríaca no se me presentó, la verdad. Para nada. Ahora sí. En mi dormitorio pasa con más facilidad.

Seguramente porque algo me volvió a la realidad del presente. El hambre. Las ganas de mear. O el entumecimiento.

Y sepan que quedan como imbéciles ahí encerrados detrás de esas puertas de vidrio. Parece que estuvieran congelados pero tomando fuerza para de pronto producir algún estallido. Pero no. Eso no va a suceder nunca. Ustedes fueron dominados por el hielo. Parecen monos. Monigotes. Monos sin navaja. Y me gustaría saber, ¿por lo menos hablan, se comunican unos con otros? ¿No les parece que la pregunta es legítima? Tienen el privilegio de estar todos juntos. Debieran aprovechar la chance que tienen de ser solidarios en esta situación en que se encuentran. Planear algo. Ver cómo podrían salir de ésta. Porque están jodidos. La verdad es que están bien jodidos, déjenme decirles. Pero recontra jodidos. Aunque estén en celdas individuales la ventaja es que, dentro de todo, están en el mismo pabellón. Y así, con un poco del célebre ingenio que el preso desarrolla porque no le queda otra posibilidad si es que la idea es sobrevivir, pueden comunicarse y apoyarse. Hagan algo. Canten. Cuéntense películas. No les voy a pedir que borden bolsitas de tela de uniformes carcelarios con hilos de colores sacados de las toallas, como hacen las compañeras, pero hagan algo, carajo. Jueguen al ajedrez imaginario. Pídanles algo a los celadores. Algo. Ni una palabra, van a decir, ¿no? Y bueno. No crean que yo me trago lo que ustedes quieren hacer pensar a los que van visitando esta iglesia medieval. Lo de que esa rigidez es una forma de resistencia. Además, y ustedes bien lo saben, a mí podrían contestarme. Cualquiera se da cuenta de que yo no soy el enemigo. No hay que confundir las cosas. Yo estoy con ustedes, muchachos. Ya sé que no me reconocen como a uno del grupo, pero eso se puede entender. La verdad que sí. Yo todavía tengo el cuerpo y nadie puso mi cabeza sobre un almohadón de terciopelo rojo bordado con hilos plateados. Aunque la realidad es que soy parte. Y si no se les ocurren formas de estar en contacto entre ustedes, yo les puedo dar algunas ideas. En cuanto a eso (no me puedo quejar) tengo bastante autoridad.

Ahora bien, el problema aparece y se hace sentir cuando uno se pierde en alguna acción que viene fluida, sin trabas. Uno le da, le da y le da. Después de haber tenido la leve duda de si hay algo o alguien cerca que pueda jugarla de testigo en contra en alguna eventualidad, después de haber echado una mirada rápida y verificar que no hay nada objetivo que indique que alguien, o algún grupo, pudiera estar conspirando, la necesidad de empezar con la acción para la que uno requiere privacidad es tan pesada que se empieza y punto. ¿Qué suele pasar en esos casos? Lo que me pasó a mí. Por imbécil. Por no haber tenido la cabeza bien acomodada en su lugar. Y por ese pequeño resbalón no pude más que masticarme la lengua cada vez que intenté protestar por lo de la atención política. Yo estaba, sin poder parar, puteando a las calaveras disfrazadas de reliquias, en medio del discurso ése de búsqueda de las razones por las que esos bultos pretenciosos e inmundos me tenían tan

enganchado, cuando siento –digo: físicamente– siento algo sobre mi hombro izquierdo. Y hacia la izquierda giré la cabeza. Y ahí estaba Gustavo. Lo que había sentido en el hombro era la mano de él, que llegaba con un tono similar a la del pelotudo de Toni cuando me había tomado por loco un rato antes. ¿Ya volviste?, le pregunté. Hace una hora que nos fuimos, me dijo. Una hora y cuarto, en realidad. ¿Tanto, pasó? Y, sí: ¿viste eso de que cuando uno se está divirtiendo no se da cuenta del paso del tiempo? Se ve que vos la estás pasando de primera. Me morí de la vergüenza. Ésa fue la última vez que se mencionó el episodio entre Gustavo y yo. Hasta hace un mes. Y estamos hablando de muchos años en el medio. Muchos. Andábamos por Corrientes y nos paramos en una librería de viejo a ver si tenían algo interesante, y estábamos frente a la vidriera, y entre los libros había una cabeza de plástico o de yeso, chica, que se parecía más a la de Geniol, pero sin todo ese claverío. Y ahí Gustavo largó una sonrisita con sonido. Le pregunté qué estaba mirando. Y él con su je-je. Yo, sin entender. Y ahí fue que se tiró al agua: ¿Te acordás de esa vez que te agarré in fraganti dialogando con aquellas calaveras tirolesas? Junto con el recuerdo (que de todos modos nunca se había esfumado) recuperé la espantosa sensación de hachazo interrumpiendo aquella fluidez, aquel discurso que me estaba brotando tan naturalmente y que, para continuar en ese momento, habría tenido que optar por sacrificar mi amistad con Gustavo. Porque la defensa de mis derechos habría llegado de la mano de una piña espectacular. Pero estaba claro que Gustavo no era Toni. Así que me dejé empujar hacia la puerta de la iglesia en un escenario de fracaso personal sin alternativas, y salimos. Con esa idea del significado de los hechos también recuperé la certeza de que, un día u otro, yo iba a buscar hasta encontrar la punta suelta de mi charla con esos santos de trapo. Algo, voluntario o no, iba a restablecer la continuidad de ese intercambio. Una de esas cosas que se perciben como inevitables porque lo son. La diferencia entre todas las veces que había pensado, recordado el episodio, y ésta, estaba solamente en el hecho de que Gustavo había sido lo suficientemente corajudo como para mencionarlo. Así que me reí con él, y lo único que logró atravesar mi garganta fue un Callate, boludo. No me haga acordar.

Seguimos caminando por Corrientes. Silenciosos. En algún momento, y seguramente para disimular la tensión que había quedado como consecuencia del regreso de ese recuerdo, entramos a otra librería, también de libros usados, y nos pusimos a mirar, a curiosear. Gustavo vio un libro de título llamativo que yo no sabía que existía: *Compendio de fugas*. Le pegó una mirada rápida, fue a la caja, lo pagó y me lo dio. Rápido vi que era sobre casos de compañeros fugados de campos de concentración, o de situaciones muy problemáticas. Escasos, pero ahí estaban. Pensé: no quiero ver nada, ahora, sobre las pelotas que otros compañeros tuvieron, que arriesgaron todo por escaparse de donde los tenían destrozados. Se me hacía inevitable que el valor de otros se me acercara y le golpeará la puerta a lo que yo sentía

como mis propias faltas, entre ellas los mentados sentimientos culposos. Yo, siempre fiel a mí mismo, sin posibilidad de zafar de esas ansiedades.

La caminata seguía moviéndonos hacia adelante. A veces uno de los dos intentaba detenerse, pero aunque estuviéramos sentados en un cine, o en una pizzería, donde fuera, no había manera de desacelerar el ritmo. No dejábamos de caminar, incluso mientras dormíamos.

Llegamos hasta la calle Uruguay. Entramos en La Giralda. Había que tomarse un café, algo. O comer algo dulce, como hacen las mujeres cuando están con la menstruación y le dan al chocolate sin piedad. Había que cambiar la dirección del pensamiento. De la mirada. Y en esas circunstancias, en la transición entre el desenchufe de un estado mental y la llegada al próximo, es que uno nota parte de lo que lo rodea. Nosotros notamos a dos pibas, bueno, no tan pibas, que parloteaban en una mesa que estaba bastante cerca de la nuestra. Los dos les clavamos los ojos a las dos. Un poco a ésta, otro poco a la otra. Con Gustavo hemos compartido tanto que no era cuestión de ponerse exclusivista ni excluyente. Una se dio por advertida y se lo comunicó a la otra, y en un segundo las dos nos estaban observando con bastante atención. Parecían curiosas. No había señales de que estuvieran considerando avanzar sobre nada, o permitirnos avanzar a nosotros, pero eran muy simpáticas. Se sonreían mirándonos mientras continuaban con su charla que, muy probablemente, no nos estaba incluyendo a nosotros como tema. Les seguimos los movimientos hasta corroborar que no se habían sentido molestadas ni interrumpidas, pero que estaban en lo suyo, y que así terminaría el asunto. Con total transparencia.

Y menos mal. Siempre algo hace que le repiquen a uno en la cabeza las campanas de la realidad. Uno lleva a la rastra, también, sus propias cargas, que no son fáciles de reconocer en una primera ojeada, pero de pronto se hace clarísimo que hay lugares en los que uno ha estado y de los que nunca se ha salido, de los que nunca se va a salir. Lugares en los que no estuvieron estas pibas y que nunca van a llegar a conocer.

Y estuvimos callados, mascullando quién sabe qué y en qué idiomas, con la esperanza de que ese murmullo mental nos ayudara a entender algo de la vida, hasta que llegó el mozo. Dos cafés dobles y cuatro medialunas de grasa. No sorprendería a nadie saber que los pensamientos que nos entretenían estuvieran recorriendo los mismos caminos. Gustavo habló primero: ¿En qué andarán la Pelu y Consuelo, che? Me salió contestarle que tarde o temprano íbamos a tener que enterarnos, ya que el peor castigo para un ser humano no necesariamente son los calabozos carcelarios sino tener que atravesar sus días y sus noches nadando en una inmundicia ceguera, en las duras tinieblas, en la torpe ignorancia. Gustavo me observó sonriente, como si hubiera acabado de ganar una pulseada. No estaba en mi intención competir por nada. Pero algo de lo que yo acababa de decir lo había colocado en un espacio de goce.

Volvió el mozo con la bandeja y su contenido, y mientras iba poniendo las tazas en la mesa vimos que las chicas empezaban a levantarse. Gustavo me echó una mirada nostálgica, resignada, de quien no se toma ciertos pequeños fracasos que nos impone la vida con el mejor sentido del humor. Pero las chicas, sorprendentemente, decidieron correr el riesgo, y una se acercó a nuestra mesa. Me habló a mí: ¿Usted no es mi tío Bruno? Y pasó del usted al tuteo ahí mismo, en la segunda oración: Sí, vos sos mi tío Bruno. No estás igual, pero casi-casi. Ya sé que a mí no me vas a reconocer. Yo tenía cinco años. Mi papá me llevaba a tu casa. Le decían Piero, ¿te acordás? Se lo llevaron un tiempo, unos meses, creo, después de que te detuvieron a vos. Pero no volvió. Todavía lo estamos buscando. A mi mamá se la llevaron con él pero después de pasar por varios lugares, una historia larga, terminó en la cárcel de Villa Devoto. A mí me dejaron sola en casa. Unos vecinos me sacaron de allí y me cuidaron hasta que aparecieron mis abuelos y me llevaron con ellos. Yo ya estaba mareado de la emoción, y mejor decirlo que tragármelo de puro macho. Me salió mal, con tono ronco, oblicuo: ¿Vos sos la Pelotita? ¡No me digas que vos sos la Pelotita de ping-pong! No me digas que sos aquella chiquitita. No te lo puedo creer. ¿Y cómo me reconociste? ¿Te acordás de que te decíamos la Pelotita porque saltabas de un lado a otro sin parar? ¿Sí? ¿Te acordás? ¿Viste que te acordás? Chicas, por favor, no se vayan. Siéntense un rato. Siéntense. Yo sé de lo de tus viejos, pero contámelo vos. ¿Cómo anda tu mamá? No te lo puedo creer, no te lo puedo creer. Contame, contame.

Con tanto revuelo me había olvidado de que ahí estaba Gustavo. Le eché una mirada. Estaba serio. Los labios rígidos. Parecía pálido. Traté de observarle un poco los ojos para ver si lograba entender, captar un poco más, y ésa era, justamente, el área problemática: estaba apretando los párpados. Trataba de evitar que quedáramos inundados por el torrente de todo lo que tantos teníamos acumulado. Todo eso a lo que todavía, de la misma manera que a nosotros mismos, no le permitíamos salir en libertad.

La Pelotita y la amiga, que habían ocupado las dos sillas vacías de nuestra mesa, mostraban diferentes semblantes. La amiga tenía una mirada un poco remota con respecto al diálogo que se estaba dando y un poco reconcentrada en sí misma. Como pesarosa. Creo que le preocupaba una cierta incapacidad propia para comprenderlo todo. La Pelotita no dejaba de hablar. Y yo no atinaba a cortarle a la hija de nuestros compañeros la catarata de verbosidad, la ansiedad y la alegría manifiesta por haber recuperado a un compañero de sus padres. A aquel tío de su niñez. Aquel entre tantos.

Y ahora se iban. Estaba atardeciendo. Las esperaban los novios, que eran arquitectos y socios. La Pelotita me dejó su teléfono y el de la madre anotados en una servilleta. Nosotros nos levantamos. Ya habíamos pagado en medio de la sorpresa y de la charla. Salimos los cuatro juntos. En la vereda nos despedimos. Besos. Abrazos. Digamos: lo que salva. Lo que tiene la in-

tención de proteger de un dolor que no deja que se le escape la presa.

Las vimos irse. La Pelotita se dio vuelta cuando estaban ya a bastante distancia y saludó con la mano. Ahí mismo se subieron a un taxi.

Nosotros retomamos la caminata, ahora más lenta, por Corrientes. Y a veces uno no puede evitar mirar hacia arriba y ver el cielo. O mirar hacia abajo y ver el cielo. Y descubrirle los rojos, los púrpuras, los amarillos, los grises: hilachas de la luz que va quedando despedazada pero viva.

Para qué se me habrá ocurrido decir lo que pensé en ese momento: Mirá, dije. Mirá, el cielo está como enloquecido. Está como si le hubiera dado un ataque de locura.

Gustavo otra vez me miró con cara de haberme ganado una pulseada y con una sonrisa que no necesitaba palabras. Pero dijo, casi en un grito y dándome un empujón: Ojo, poeta, cuidado. O se mira el cielo enloquecido o se cruza la calle, compañero. Prestá más atención a la vida cotidiana si no querés pasar a la otra vida. Íbamos cruzando la calle en la esquina y un auto que doblaba a la izquierda había pasado a centímetros de mi pierna. Pusimos los pies sobre la vereda de enfrente y tuve una nueva oportunidad de levantar la cabeza y echarle un vistazo a ese cielo al que los rojos ya se le estaban apagando.

CUENTOS Y RELATOS

ACUMULACIÓN

Ofrenda de propia piel, Córdoba, Alción Editora, 2004

*A mis compañeras, a mis compañeros.
A mi hija Sara Julia, que no deja
de salvarme, cada día.*

Esto de enhebrar cuentas sueltas (que si son enhebrables es porque nunca han estado sueltas) suena a recuento. Recuento es lo que, dos veces al día, con cada cambio de guardia, en las cárceles, llevan a cabo los celadores para asegurarse de que nadie se fugó, se burló de ellos, logró trasponer los mandatos impuestos. Y para asegurarse, también, de que la guardia que se va no deja a la que llega con un problema adicional y del cual no es responsable.

Uno es recuento por otros.

Uno se recuenta. Cada tanto uno se recuenta y se revisa. Uno se enhebra. Se pone un orden. Se da un orden. Una orden. Varias. Y se mira, con un poco de suerte y siempre y cuando se haya hecho un respetable esfuerzo, en una posición más o menos frontal: he aquí el collar que soy. Las cuentas de las que estoy hecho. De las que me confecciono.

Llega la hora del día que grita que se ha andado suficiente y uno se saca ese collar que supone ser y lo apoya sobre algo: la mesa de luz, la cómoda, una cajita para collares, anillos. O, a veces, por indolencia o por cansancio, incluso el piso. Uno se tira sobre la cama y, antes del terror a quedarse dormido, le echa una mirada al collar: lo pispea. Y aquel orden dado se ha vuelto a complicar. Ahora lo que soy es una acumulación de cuentas un tanto susceptible. Vulnerable. En dudoso estado de equilibrio.

La exigencia brota, entre una cuenta y la que le sigue, con el garbo de un retador a duelo: ¿y mi ofrenda?

Uno dice: quiero mejores cuentas para mi sucesión. Para esta ristra que soy. Para este registro. Quiero más cuentas. Quiero ésa que tiene forma de brillo, esa fosforescencia que veo cerca de la puerta, ésa que parece centellear,

leve, con el inconfeso propósito de inquietar mis escasas serenidades. Quiero que ese brillo sea una cuenta, y quiero atrapar esa cuenta y enhebrarla.

Uno ordena y acumula lo propio.

Uno produce la propia acumulación.

A veces antes del terror a quedarse dormido. A veces sólo un rato después.

A.K., Los Ángeles, 31 de diciembre de 2003

CONSAGRACIONES
BOSQUEJO DE ALTURAS

«Hispanamérica. Revista de literatura» 67, 1994

*A aquel Rubén Aizcorbe,
el que caminaba por las calles
de Rosario, todavía vivo,
en el invierno de 1975.*

Fulgores, estallidos, activados en zonas ocultas. Nada de intentar encontrarlos en un cielo azul, ni siquiera combinados con rojos o púrpuras de ciertos atardeceres. Sólo en sótanos. En espacios donde el aire es oscuro, y tan espeso que transmite las ondas de los crujidos, las pisadas de los borceguíes. De los grandes zapatos que golpean contra el piso superior. Sobre las cabezas aquí, sobre las cabezas allá, las cabezas y los extremos de los dedos. Que echan luz.

Tantos dedos y cabezas en movimientos desaparejos, muchas veces apenas perceptibles, intercambian fulgores. Fabrican desde sus lóbulos y circunvoluciones cerebrales, y dejan salir a través de su cuero cabelludo y de sus uñas, una forma de claridad que las va iluminando y las retroalimenta en el silencio.

Por lo menos treinta cabezas. Y todas sin desórdenes genéticos. Seiscientos dedos. Trescientos de manos y trescientos de pies. Los formatos de todas las cabezas, sus pelos, responden a características femeninas. O sea: treinta mujeres vibrando y comunicándose, debatiéndose en una estrechez de espacio intransgredible, como glóbulos a lo largo de un vaso sanguíneo.

Y ciento veinte extremidades. Sesenta brazos y sesenta piernas. Nadie con un brazo demás, nadie con cola. Pielés más oscuras o más claras. No es posible captar diferencias. En realidad no hay diferencias. O no importan. Nadie puede sobrepasar límites, nadie puede expresar más de lo que las expresiones de las otras permiten. Hay medidas impuestas por las circunstancias externas, y proporciones determinadas en acuerdos mutuos. Hay que cuidar la condición que las hace una: la de estar vivas.

Hay fulgores. Son las miradas que se cruzan en el espacio. Son algunas palabras. De entendimientos. De desacuerdos. Se rozan, se frotan en el aire. Producen luz. Las pupilas se dilatan y pueden verse unas a otras. Se ven y se descubren intentando moverse, mirarse. Les da risa el movimiento. A los fulgores se agregan sonidos. Se ríen, ahogan las carcajadas, las desatan. Recuerdan los límites. Se callan.

El aire es una masa de pensamientos que irrumpe por todos los orificios de todos los cuerpos, y los obtura.

Hay superficies ásperas. Cementos. El cemento del calabozo del fondo. Perfecto para limar hueso. Raspar y raspar. El polvo blanco que va quedando se volatiliza, cree desaparecer. Pero por dónde. Por dónde. El pedazo entero que la mano sostiene y todavía frota y frota inflamada y caliente, se transforma hasta ser un anillo. Un llavero, un colgante. Una aguja y saliva, el ácido de la saliva y el movimiento de la aguja para darles forma a los pétalos de la flor, al pico del ínfimo pájaro tratando de arrancarse en vuelo desde el anillo, a las manos entrecruzadas que juntas no alcanzan a medir medio centímetro. Para una con dedos delgados. Como Chana.

Hay superficies ásperas. El cemento del calabozo. O la piel. La piel como se pone en los sótanos.

El ruido del metal. Las rejas golpeando contra la pared húmeda. La celadora enclavando todos sus ángulos, su nariz y sus dientes, a la entrada del pabellón, para largar el alarido: *Está prohibido raspar huesos en el cemento, y ustedes ya lo saben.*

Y otra vez el ruido del metal. Y del candado.

Susana está parada frente a la reja y no emite sonidos. Sólo eleva el lado izquierdo del labio superior y entrecierra los párpados. Gira y camina hacia el calabozo. Con el hueso en la mano raspa y raspa. La piel de los dedos se le va desprendiendo mezclada con el polvo blanco que llena el aire.

Las pieles. La epidermis y todos esos orificios. Para que entre qué. Para que no entre qué. Treinta pieles. Treinta texturas. Y de muchos orificios salen pelos.

Tantos pelos por todos lados. Y sólo una pinza de depilar, que se mantiene con los demás tesoros: la radio a transistores, el reloj pulsera, los tres tanques de biromes y las dos agujas de coser, debajo de la baldosa suelta

del baño. Que les ocupó el trabajo de más de un mes levantar y ahuecar en el concreto. Hay brillos. No son las agujas, que están bajo las baldosas. Son algunas palabras que corren entre bocas y oídos. Sesenta oídos, treinta bocas. Que van de uno a otro. Sonidos significando *Susana, hacé menos ruido*.

Brillos que pueden ser palabras, o la energía de una cucaracha en su recorrido hacia la cueva.

O el sonido de la respiración de Maura que sin embargo es tan sana con toda su vejez y su mal humor. Sus carnes duras, tensas. Su pelo grueso, tenso, sus iris gruesos, tensos. Sus ceniceros, platos, hechos de arroz blanco amasado, de ese arroz que les repartieron a modo de almuerzo más o menos tres meses atrás cuando todavía les daban alguna comida, y cuyas sobras ella aprovechó para entretenerse, crearse una tarea, una tarea gruesa. Tensa. Los ceniceros blancos, secos, acumulados bajo su cama.

Brillos que pueden ser la energía de una cucaracha tratando de llegar a su cueva, o el sonido de la respiración de Maura.

Maura respira. Y respira Griselda al concentrar en un punto del espacio, de la oscuridad del espacio, los diversos formatos de imaginación y de memoria que le permiten reconstruir las páginas de *Grande Sertao: Veredas*, los episodios, las metáforas –tanto que todas necesitan la metáfora– para la reunión de mañana a las dos.

Mañana le toca a Griselda reconstruir una novela leída en libertad, para las demás. Y Andrea, si la información que dé Griselda es suficiente, tiene que escribirla en cinco papelitos de armar cigarrillos, con letra milimétrica, usando uno de los tanques de birome del tesoro. Y hay destinados veinte al *Anti-Düring*. Trabajo de Dora. Quedan menos y menos papelitos, pero la biblioteca crece.

Y Liliana, especializada, ya, después de tantos, armará el vaginal. Impermeable, envuelto en capas de polietileno de alguna bolsa entrada en épocas en que todavía se les permitía depositarles alguna comida. Sellado con brasa de cigarrillo. Y adentro. Con o sin menstruación. Hasta ahora han logrado evitar que en las requisas les metan los dedos. Todo lo que se ha estado guardando vía vagina, se ha venido salvando. Y la biblioteca es indispensable. Contiene sus pensamientos. Su caudal intelectual. Su aprendizaje. La enseñanza de unas a otras. El intercambio. La justificación de resistir. La biblioteca confirma la existencia de todas. De cada una.

Es tan sana Maura con sus sesenta y cinco años. Y tan dura.

Fulgores. Hay ciertos estallidos.

Los de los ojos de veintiocho de las treinta cabezas. Disminuyendo. Amainando. Hasta el día siguiente. Dos, alertas. Dos cada dos horas. Hay que velar por el descanso de la mayoría. Hay que tratar de captar los movimientos en el piso superior. Entra gente. Sale gente. Emergen sonidos.

Gritos de dolor. Carcajadas. Música. Insultos. Hay que tratar de enterarse con cierta anticipación de lo que sea que los que caminan por arriba decidan sobre sus cuerpos. Hay que vigilar a los que las vigilan.

Después, largo, el silencio. Berta y Mónica en el rincón de las guardias, esperando. Y nada. Nada para interpretar. En los últimos cuarenta minutos, nada que sea necesario descifrar para el resto.

Y ahora un crujido. Un chillido metálico. Sus dos cabezas femeninas giran en la búsqueda. Y es adentro. Es Beatriz que mueve los elásticos de tejido de metal con su esfuerzo para incorporarse desde ese pozo que es la cucheta superior. Y pega el salto. Beatriz, que va a orinar.

Con sus pasos cortos. Lentos. Para no desatar una reacción de los policías que las apuntan desde arriba, desde afuera, con los caños de los fusiles, a través de las rejas de las ventanitas del sótano. Entreabre la puerta. Se mete en el baño. Regresa rápido. Mueve una mano para Berta y Mónica, que mueven sus manos para ella. Nada nuevo. Apoya su pie en el borde de la cucheta inferior. Sin querer despierta a Silvia. Salta. Y se hunde en el pozo de metal tejido.

Silvia gira hacia un lado y hacia el otro en su propio hundimiento. Siente la presión de la vejiga. El balanceo de su cama por el regreso de Beatriz, siente, y la presión de la vejiga. Asoma los pies. Camina lento y a pasos largos, apoyando los dedos más que los talones. Entreabre la puerta del baño. Sale muy pronto. Enfoca a Berta y a Mónica con los ojos muy abiertos. Ellas niegan con la cabeza. Llega a su cucheta. Se apoya en el borde, entra y se tapa. Sacude un poco a Beatriz.

Dónde la alegría. Dónde. La alegría.

Un reflejo. Como de luz. De espejo. Que pasa a velocidades suprahumanas. Que cruza recto por los espacios que todavía quedan entre unas y otras. Por las distancias que encuentran entre unos sonidos, palabras, y otros, entre un gesto y una expresión que lo completa. Un reflejo. Como de luz. En el que ellas ven sus propias caras, sus propias pestañas protegiendo los ojos, sus propios dientes. Pasar. Sus propios párpados y frentes circulan a velocidades sin registro. Pero están entrenadas en la rapidez de acción, y alcanzan a saludarse y sonreírse. Y a saludarse una vez más.

Se ven, se hablan, arman conversaciones hilvanadas. O se desconocen a sí mismas. O se interrogan y se dan una respuesta. O sólo se observan extasiadas por todo el tiempo que dure la alegría.

Pero no esperan nada. La alegría es parte de lo que va a venir sin esperar-lo. Tiene que estar allí. Tiene que haber.

La sábana se va extendiendo. Cuatro manos, dos de cada extremo, la estiran y van sosteniéndola de los bordes de las cuchetas, apretándolas entre el colchón y el metal. Eso va a ser el telón, el fondo del escenario.

Más de veinte cabezas se esfuerzan hacia arriba, para tratar de entender

los movimientos preparatorios. El grito *No espíen* vibra y provoca risas. Y más risas.

Que quedan girando sobre su propio eje, en ronda, metiéndose en los huecos, como humo, esperando la llegada de las próximas.

Unos dedos apareciendo por detrás del telón anuncian el comienzo y mientras las voces, ruidos, no paran, un guardia pretoriano se mete por debajo de la sábana imponiendo el silencio.

Las cabezas se envían reflejos, los ojos se abren y se cierran en la excitación, cómo lo hicieron, de dónde sacaron tanto papel plateado, cómo armaron las sandalias, y el guardia pretoriano blandiendo la escoba como lanza y respondiendo *De los paquetes de cigarrillos que quedaron del año pasado. Pero si el grupo teatral que debuta el viernes próximo ya está planeando utilizar el mismo recurso, va muerto: los usamos a todos.* Y los gritos del público *Callate, pretoriano, que te vamos a expropiar el papel plateado ahora mismo. ¡Que empiece de una vez!*

Y Cleopatra. Asomando medio cuerpo y rodando dentro de las toallas que hacen de alfombra, surgiendo desde el enredo y recostando su cuerpo sobre el piso de baldosas negras y descascaradas, cubierta por algún camisón posiblemente de Maura por lo inmenso. Levantando las cejas y frunciendo el labio Cleopatra, mirando al público instalado a su alrededor y sentado con las piernas colgando de las cuchetas superiores, echándole esas miradas seguro muy similares a las que la faraona lanzaba, arrogante, sobre sus súbditos. Por supuesto. Y carcajadas. Y Julio César envuelto en otra sábana irrumpiendo a los gritos, llamando *Cleo, Cleo, la luz de tus ojos violetas...* y desde el público *La de los ojos violetas es Liz Taylor, idiota, y otra Bueno, si es lo mismo.* Y carcajadas. Y Julio César contestando desde el escenario *Cómo que es lo mismo, por favor no insulten a mi reina,* y la reina, asumiendo su papel, arqueando la ceja izquierda, señal a la que el guardia pretoriano responde poniendo la lanza cabeza abajo y barriendo el piso.

Julio César es un viejo verde, que salga Marco Antonio, ¿no tienen un Marco Antonio ahí atrás?, viva Marco, Marquito, y Marco Antonio emergiendo entre bambalinas, envuelto en otra sábana y con los brazos en alto hacia el pueblo que lo aclama, y las carcajadas incrustándose en los espacios que dejan entre unas y otras las palabras *Éste es mi pueblo, el pueblo por el que lucho, el que me justifica,* mientras Cleopatra no logra contener las lágrimas arrancadas a la risa que se le atasca en la garganta, y el público desde las cuchetas *Eso, eso, dale, Cleo, decidite por Marquito,* y Cleopatra: *Pero lo de la alfombra era una atención para Julio, y éste está acá de puro metido,* y risas, y la reja metálica del pabellón abriéndose, de pronto.

Se abre, y tres fusiles automáticos livianos entran apuntando a la locuacidad de Cleopatra y Marco Antonio, en manos de tres policías uniformados,

con dos celadoras como escoltas, todos ellos gritando *Entreguen la sábana*, y el silencio cortando el aire. Julio César preguntando *¿Cuál de las tres?, ¿la mía, la de Marco Antonio o la del telón?* Y las carcajadas otra vez, y las mujeres del público *Celadora, ¿para qué quieren la sábana?* El policía balbuceando *Señoras, no se olviden de que ustedes son presas. Y saben muy bien que está prohibido el teatro aquí abajo. Entreguen la sábana.* Cleopatra aventurando *Si la quieren sáquenla ustedes.* Y los caños de los fusiles enganchando el lienzo blanco, tironeándolo y arrancándolo. Y los policías con sus escoltas retrocediendo y apuntando, retrocediendo y saliendo, cargando y enarbolando su trofeo, su estandarte. Haciendo mutis por el foro. Y el ruido del candado. Y Andrea desde el fondo del pabellón desarmando su cama y atravesando las flechas de luz de tantos ojos, *Aquí va otra sábana*, las manos estirándola, volviendo a construir el escenario.

La pared y la humedad de la pared, los cables eléctricos atravesándola desde quién sabe cuántos años, triturados, transmitiendo la corriente hasta los hombros que se apoyan, las cabezas. Las cabezas iluminando el muro con los ojos, que se desplazan, buscando el origen de cada movimiento. Del sonido.

Es Flor. Que se rasca. Flor que se irrita la psoriasis de las piernas con las uñas cortas y rellenas de piel volátil. Blanca.

No te rasques, la voz aguda, *te estás arrancando los pedazos.* Verónica explora los movimientos de la mano de Flor, repite el tono profesional, *Frotate con la palma, o echate agua.* Flor se da vuelta con pómulos indiferentes y obedece. Se frota con la palma. Camina lenta hasta el baño y se echa agua.

Claudia asoma los brazos desde las cuchetas del fondo del pabellón, desde el rincón de las noticias, y llama. Todas las frentes tensas giran hacia ella. Van dos y vuelven, a informar al resto. «Tres delincuentes subversivos fueron abatidos por fuerzas combinadas del ejército y de la policía en un operativo regular llevado a cabo en horas de la madrugada de ayer. Cuando los efectivos del orden intentaron reducir a los ocupantes de la vivienda ubicada en el número 126 de la calle Uriarte, uno de ellos una mujer joven con varios meses de embarazo, éstos resistieron provocando un tiroteo en el cual los tres terroristas resultaron muertos. Hasta el momento sólo se conoce la identidad de la mujer, de nombre Marisa Elsa Sierra, oriunda de Los Ralos, provincia de Buenos Aires.»

Claudia a cargo de mantener informadas a las treinta cabezas. Sacude los brazos y el flequillo negro y lacio que le bailotea sobre las cejas italianas, en ángulo. Desde detrás de la cucheta de Maura, oculta por el cúmulo de ceniceros de arroz y las pilas de elementos misteriosos que atesora la vieja. Claudia transmite lo que suda y lo que escucha. Por los poros del cuello y de las palmas larga un líquido que es casi orina. *Dicen que resistieron.* De alguna

boca sale *Marisa no tenía armas ni nunca las tuvo*. Y lo espeso. Lo espeso del aire se solidifica inmovilizando brazos y cabezas por un momento.

Cuidado, escondan la radio. Viene la comida. Berta girando hacia atrás su rostro y captando sonidos metálicos de olla y cucharón como un radar, de llaves y de pies contra los pisos de baldosas, *La celadora*, y abre la reja, la celadora, rubia de rulos adheridos al cuero cabelludo, con un tic que le hace cerrar el ojo derecho cada cuarto de minuto, y la otra pálida y ojerosa y de pelo negro y lacio, recogido con una hebilla plateada en la nuca. La ojerosa con la gran olla en las manos, con expresión de agarren esto, y Olga extendiendo los brazos todavía inmóviles, automáticos, Olga encargada de recibir y distribuir la comida de hoy, junto con Telma. Mañana Sara con Teresa. Los ojos de Olga aproximándose al interior del contenido líquido y grisáceo. Pronuncia *Sopa otra vez* mientras las celadoras cierran las rejas y se van.

Y la rubia de rulos se vuelve hacia la reja, asoma su nariz entre dos barras de hierro, pega los pómulos y aclara *Desde hoy, sopa sin huesos. Prohibido fabricar anillos en los calabozos de cemento*. Y esboza una sonrisa de dientes abiertos y amarillos. Como huesos. Como los mejores caracúes, los más duros, los que pueden usarse también para pendientes delicados.

Olga hace bajar los ojos al fondo de la olla y corrobora la ausencia.

Y varias cabezas de las treinta se inclinan hacia el líquido opaco, lo estudian y deciden que antes de que se enfríe, hay que tomarlo. El largo mesón de madera astillada y sin pintura recibe el sonido de los platos de metal y lo absorbe, lo acalla, lo hace neutro. Los platos de metal reciben el sonido del líquido cayéndoles, y lo absorben, lo acallan, lo hacen neutro. El líquido ahoga el ruido de cucharas buscando alguna solidez, pedazo de algo, y lo convierte en un movimiento ansioso y continuado. Una cadena de manos dándole forma al aire, moldeando el recorrido vertical hacia las bocas. Hacia las gargantas, que permiten el paso de la historia arrastrada por los líquidos salados sin origen, con origen en vegetales pálidos y secos. Hacia atrás y hacia adentro, a circular por treinta esófagos tensos, a la espera. Atrás y adentro, la historia, a ser digerida y transformada en quién sabe qué, en cuántas cataratas internas, silenciosas. En qué formatos de lagos y espesuras, en qué esplendor de rincones. En qué coros. En qué conjuntos de voces mañaneras. En qué gritos.

Telma termina el líquido y levanta de la mesa el plato y la cuchara, y del banco los muslos y los glúteos anchos, levanta, ablandados. Y camina. Y los demás pies caminan. Y las cabezas se van trasladando una tras otra, y los platos son transportados por las manos. Y apilados dentro del lavatorio del baño. Olga lava.

Fulgores, estallidos, activados en zonas ocultas por la potencia del hambre.

Los cuerpos livianos, somnolientos, acomodan sus células a las ondulaciones de las camas. Los párpados cayendo sobre toda la cara. Sobre toda la piel. Sobre los hechos.

Hay fulgores. Son el frotamiento de las moléculas que conforman los músculos y las paredes del estómago. Salen por los ombligos, por las bocas, se encuentran en el aire, chocan, producen luz. Llamen la atención de las cabezas, se levantan los párpados, se cruzan las miradas, se reconocen, se hablan, Carla dice *Les cuento una película. Las que quieran escuchar Butch Cassidy que se acerquen*. Y treinta estómagos se ubican rodeando la cama de Carla, sobre el piso, colgando de las cuquetas altas, sentándose en las bajas. Y se abren. Se abren para deglutir los gestos, las miradas, las palabras que Carla pronuncia letra a letra, los colores. Los sepías, los caballos, la bicicleta mágica. La música, los trenes. Los marrones del sol. Los ojos de Paul Newman. Los disparos. El movimiento de sombreros.

El polvo y el sudor adhiriendo los cuerpos al camino. Los vestidos frondosos de la amiga. Las maletas. La luz de los desiertos. Los miedos transmisibles. La agonía detenida en el brillo del cielo azul. La muerte suspendida en el aire caliente, boliviano.

Las cabezas, los brazos, los pies, tratan de olvidarse de las vísceras. Sara flexiona con insistencia los dedos de su pie derecho, los aprieta, los abre. Los estira. Desde su extremo opuesto los observa, los mide, los calcula. De su boca semiabierta sale *Debe estar por llover: me duelen los juanetes*. Las cabezas se levantan contra el aire oscurecido y los ojos atraviesan el tejido de alambre y las rejas de las ventanas altas, imposibles. Por el espacio de medio metro de abertura, allá arriba, pueden darse una idea del estado del cielo. Tratan de investigar, se movilizan, recuestan sus cuerpos contra las paredes, los alargan. Se deslizan. Toman distintos ángulos. Sólo logran un gris como de plomo, que tanto puede ser un cielo de tormenta como un atardecer filtrado por las sombras.

Segundos, gestos, minutos, ademanes. Liliana, Elizabeth y Telma aumentan, se duplican, son su propio discurso, sus clases de anatomía, de francés y de historia. Los tres grupos se chistan, *Bajen la voz, no dejan trabajar al resto*, coinciden en la forma de expresarse, cada una es, a veces, espejo de las otras. Se ríen. *Yo no estoy gritando, sos vos, Liliana*, grita Telma, y Elizabeth las mira incrédula y les grita *Cállense que mi grupo se distrae*. Y avanzan las tres clases en silencio. Y el tiempo avanza a saltos y en silencio. Hasta que Andrea y Celia, desde sus puestos de guardia, agitan brazos, músculos de las caras, muestran dientes, señalan hacia las rejas de la puerta, *Dispérsense, alguien viene*. Las integrantes de los tres grupos se separan, se mueven, se tensan hacia el frente del pabellón. El ruido de candados. Las rejas abriéndose. Dos celadoras, una con todas las llaves en la mano, la

otra con el gran recipiente metálico balanceándose y despidiendo vapores de quién sabe qué, pero caliente. Susana ve a la celadora de las llaves mirar hacia las zonas donde se habían estado dando los cursos, le sigue la mirada, revisa si no han quedado apuntes, papeles en las camas. Gloria también se alerta, se moviliza con las treinta cucharas, haciéndolas sonar, hacia la larga mesa de madera, desvía la atención de la celadora, o trata. *Qué estaban haciendo, señoras, ya saben que aquí no se dan clases ni se canta, esto no es la universidad, ni se reúnen en grupos de más de tres, así que cuidado le sale a la celadora de la boca abierta. Esta comida es muy poca* contesta Olga. *No alcanza.* Y el ruido del candado. La ojerosa de pelo negro se vuelve, aclara *Tenemos orden de darles esa cantidad, señoras. Eso es lo que nos traen para todas.* Y sale, con su hebilla plateada incrustada en la nuca. Y la rubia: *Y agradezcan que hay algo. Y que están vivas.* Y se aleja con pies de policía. Silvia mira la cara de Claudia, Claudia observa a Susana, Susana presta atención a Elvira, Elvira investiga a Dora y a Leticia. Telma distribuye polenta, saca de un plato para completar otro, mide, calcula y raspa el fondo de la olla.

Acérquense al faisán, princesas grita Olga, y algunas risas, sonrisas lentas, se dan lugar alrededor de la mesa de madera.

Llueve sentencia Sara, y algunas detienen sus cucharas, observan el hilo de agua que está filtrándose por alguna brecha entre el alambre tejido y las ventanas. Las otras comen. Se observan entre sí comiendo, y comen.

Olga recoge los platos de la mesa. Telma lava.

Otra vez los candados, las rejas que se abren, las dos celadoras y dos más, del turno de la noche, gritan *Recuento, señoras*, las cabezas se forman en hilera, *Las manos atrás* grita la rubia, y cuentan, se ponen tensas, *Dónde está la que falta*, vuelven a contar, *Contesten* dice la ojerosa, *Se escapó por el techo* se ríe por lo bajo Sonia, *Se calla señora y me contesta*, y aparece Telma desde el baño con las manos chorreando espuma y a los gritos, *Una rata en el tarro de basura, celadora*, y todas las caras risueñas y asustadas. *Señora, póngase en la fila y en silencio. Están todas sancionadas* pronuncia con los dientes una del turno nuevo, y Sonia *Y con qué nos van a castigar si ni comida tenemos, celadora*, y escuchan las rejas golpeando contra el marco de metal, y el candado estridente, y las cuatro mujeres de uniforme yéndose, y algunas risas, insultos, quedan movilizándose en el aire oscuro, girando, rotando, disminuyendo la energía. Vuelve la ojerosa y se asoma y deja salir *Ustedes que son tan creativas debieran saber que siempre hay alguna forma nueva, diferente.* Y Sara: *Parece que usted es más creativa que nosotras, celadora.* Y treinta gargantas tragan saliva, y más saliva.

Casi todas se aproximan a Estela, Estela es el atractivo, el imán de la noche. Estela preparándose en una de las camas, haciendo girar sus dedos entrenados, armando cigarrillos, administrando el tabaco, *Se va acabando* comenta, *compartamos estos seis entre las treinta.* Estela asoma la lengua, hu-

medece el papel, los va pegando. *Mojalos menos, que se rompen sale de la boca de Berta, y Estela Callate y fumá, que de estos privilegios quedan pocos.* Se miran entre sí. Y succionan el humo hasta el estómago.

Cada cigarrillo recién armado pasa de boca en boca, se termina. Las luces que se apagan, las cabezas, las mentes se acomodan al sueño. Emiten sonidos, palabras, risas de una cama a la otra, se hacen bromas, las de abajo meten los dedos a través de los orificios de los elásticos de las camas de arriba, las que se acuestan arriba insultan, con sus almohadas pegan a las de abajo, más bromas, más risas ahogadas. Pasos desde detrás de las rejas, una celadora que se asoma, *Señoras, basta de risas, es hora de dormir,* y se queda allí, callada, pispeando movimientos. Hada y Julieta están haciendo las dos primeras horas de guardia de la noche. Se mantienen calladas, ocultas en un rincón entre el piso y la última cucheta, donde el foco de seguridad casi no ilumina.

Débora se mueve. Se la oye. Su colchón puede oírse, el chillido opaco, detenido en el aire. La respiración altibajante y hueca. El reacomodamiento de sus huesos. El roce del pelo lacio y duro contra el tejido rugoso de las sábanas. Hada abre los poros, presta atención desde su puesto. Débora gira todo su cuerpo, emite sonidos por la boca entreabierta, vuelve a su posición original, se agita, tironea las mantas casi con las uñas. Se tapa la boca con una de las manos, se incorpora, se sienta en la oscuridad como impulsada por un resorte contra la larga espalda, rígida, ojos abiertos, negros. Y lanza un alarido.

Las demás se despiertan. Se van sentando. Los *Qué pasa* dan vueltas, giran, se debaten, pueblan todos los huecos en el aire.

Débora contesta perfeccionando el grito, refinando el sonido, puliendo los acordes. Los cuerpos saltando de las camas, rodeando la cucheta de Débora, emanando agruras de miedo por los poros, soltando temperaturas de afecto y de silencio.

Pasos desde detrás de las rejas. Aproximándose y creciendo. La celadora con la nariz abierta *Qué pasa, señoras*, la voz de Mecha tocándole a Débora el hombro más cercano, el borde del cuello, de la nuca, *Qué es lo que te pasa*, y Débora, su encía enrojecida, calentada *Me duele esta muela*, se aprieta la sien izquierda con los dedos, *Le duele una muela, celadora*, y la celadora *Que deje de gritar, la detenida. Que se calle.* Y Débora *Necesito un dentista, un calmante, me estoy volviendo loca, celadora, manden al enfermero.* Y la celadora *Baje la voz que esto no es un hotel de lujo, y si no se calla no llamo a nadie.* Y Débora *Necesito un dentista, un calmante*, aumenta decibeles, hace explotar los ojos de las cuencas, se le moja la cara, se mezcla la saliva con las lágrimas, *No aguanto el dolor despide, no lo aguanto*, y la voz de la celadora desde la sala de guardia *Ya le dije, si grita no hay calmante.* Yéndose, la celadora saliéndose

del campo visual de Débora y de todas.

Una voz más, dos voces, *Celadora, por favor llame al enfermero, sin respuesta*. Y Débora hundiéndose en las oscuridades de su boca. En los orificios permeables de sus caries.

Se mueven. Regresan a sus camas. No vuelven a dormirse. Las luces de la noche exterior se mezclan con los reflejos de la noche interior. Se agitan entre sí. Unos a otros se gastan. Se consumen.

Débora no deja de emitir sus sonidos. Los treinta pares de ojos permanecen abiertos, pestañeando al ritmo de los insultos de Débora. Hasta que llega el día.

Y llega el recuento, la hora de la ducha fría, y el momento de lo que las celadoras llaman desayuno. Y después de haber tragado el líquido verdoso, las maneras distintas del silencio. O del ruido.

Andrea trata de concentrarse en el repetido y siempre cambiado relato del secuestro de Berta —*lo único que importa es la esencia, porque las interpretaciones pueden ser infinitas, éstos son hechos complejos* se justifica Berta al ver sonrisas irónicas flotando—, pero hay pequeños sonidos que la absorben. Que reconoce y la atraen. Y suceden afuera. Andrea se olvida de Berta. Lo que siente está sucediendo sobre la pared del sótano que habitan. Son golpes secos y seguidos contra la calle interna que rodea el edificio de la Alcaldía donde están y respiran. Va detrás del sonido con los ojos, busca el movimiento conocido, la vibración, el eco. Y persigue las ventanas. Y se trepa de un salto a la mesa apoyada contra la pared descascarada y fría, y espía por la ranura, entre la hoja y el marco de la ventana, y ve. Ve los zapatos, altos, marrones, lustrosos, de su madre. *Mi mamá dice, y está con otras madres*. Y los cuerpos se van desprendiendo de las cuchetas, se van alargando, parecen chicles estirándose en brazos y cuellos y ojos desorbitados, ávidos, hasta que ya no hay lugar sobre la mesa, *Vienen a dejar paquetes de algo* dice Silvia, y Andrea se resbala y cae al piso, y dos desde arriba la ayudan a recuperar sus diez centímetros cuadrados, se reincorpora al grupo, sube, aprieta el cuerpo contra la pared, la garganta contra el borde de madera, los labios redondos contra el alambre tejido, y los separa, y dice *Mamá* en voz baja, y disminuyen los ruidos y los chistidos en el sótano, los músculos se tensan, los tendones inmovilizan dedos y palabras. *Mamá repite, da un paso atrás sin que te vean, eso, da otro, otro más, cómo está papá, no digas nada, no mires para abajo que se van a dar cuenta. Te reconocí por los zapatos. Escuchame, grabate este número de teléfono, 252977, es de la familia de Débora Glosky. No los busques ahora aquí, llámalos después, desde tu casa. Deciles que presionen por un dentista, que Débora ya no aguanta los dolores. Mamá, comprate zapatos nuevos. Éstos son de principios de siglo. Qué traen, por qué vinieron tantas madres. No me contestes. Nosotras estamos bien, pero no nos dan comida. Pidan por un*

dentista para Débora. Y los zapatos marrones que se alejan un paso, dos, tres pasos más hacia adelante.

Los músculos en tensión se aflojan, los pies descalzos sobre la madera del mesón se mueven y hacen ruido, y van saltando hacia el piso de baldosas.

Da vueltas la pregunta *Qué estará pasando* de cabeza a cabeza, suspendida en el aire del sótano, golpeando contra una frente y otra, rebotando. Y disolviendo las miradas, la voz de Elizabeth *Andrea, tu mamá se está yendo*, y Andrea *Chau, mamá*, y la voz entrando a través del alambre tejido y de las rejas *Mataron a Juan Carlos*, y Andrea *¿Cuál Juan Carlos, mi primo o tu vecino?* Y la madre *Tu primo. Me voy a llamar al padre de Débora. Decile que se calme*. Y los zapatos no se detienen, no dejan de hacer su ritmo pegado a las ventanas del sótano. Y se pierden.

Andrea se sienta en la cucheta, los dedos descalzos contra el piso, los talones suspendidos, las rodillas abiertas, los codos clavándose en los muslos, las manos cubriéndole la cara. Dice *Por qué Juan Carlos*, Silvia se le aproxima: *¿El abogado?* Andrea quiere decir que sí, pero sólo mueve la cabeza.

Débora lanza un suspiro y después un grito, grita *Celadora, necesito un calmante* y se oyen pasos, desde detrás de la reja vienen, y es otra celadora, la del turno de día. *Tengo orden de no llamar al enfermero si grita*, mira curiosa, Liliana se acerca a la reja y le pregunta *Celadora, por qué había tantas madres afuera*, la celadora mira hacia atrás, hacia el área de la guardia policial, verifica que nadie está escuchando a sus espaldas, *Las han autorizado a traer paquetes una vez al mes, con algodón, dentífrico y papel higiénico, porque ya no va a haber visitas este año, ni el próximo* pronuncia, masticando las letras, triturando en la lengua las vocales. *Si hay alguna que no esté vestida se viste, señoras, que viene personal masculino*.

Olga y Elizabeth se acercan y preguntan *Qué van a hacer, celadora*, y *No sé* contesta, y da la espalda a la reja, se asoma a la guardia y grita *¿Ya llegaron?*, y la otra celadora dice *Sí, están esperando*. Y entran. Entran dos policías de uniforme con dos pistolas soldadoras y cascos protectores, y una plancha de metal cuadrada y gruesa. Y la apoyan contra las rejas de la puerta.

Treinta cabezas, sesenta brazos van moviéndose con la velocidad de las incertidumbres, van acercándose, van acumulándose en la zona, van intentando preguntar *Qué sueldan*, sospechando la respuesta.

Y ven las chispas saltar tocando el techo del sótano y cayendo, los colores, desparramarse en esa luz efímera y abierta, los ojos concentrados, casi en trance, viendo derretirse los tonos en el aire cada vez más espeso, aunque el tabaco se haya terminado.

Una, Elizabeth, Liliana, Berta, desde el fondo del sótano deja salir *Están tapiándonos*.

La plancha de metal cubre las rejas desde el piso hasta casi el techo, y deja una abertura de diez centímetros, arriba. *Si no tapan esa franja todavía vamos a poder espiar a las celadoras desde la cucheta más alta* dice Dora apretando la

frente, los oídos, tratando de no oír el ruido de las máquinas, de no sentir el olor del metal recalentado, de no ver los colores del fuego en desparramo.

Fulgores, estallidos, activados en zonas ocultas. Nada de intentar encontrarlos en un cielo azul, ni siquiera combinado con rojos o púrpuras de ciertos atardeceres. Sólo en sótanos. En espacios donde el aire es oscuro, y tan espeso que transmite las ondas de los crujidos, las pisadas de los borceguíes. De los grandes zapatos que golpean contra el piso superior. Sobre las cabezas aquí, sobre las cabezas allá, las cabezas y los extremos de los dedos. Que echan luz.

Somos este sótano, este nudo apretado de la historia, somos la fuerza y el ingenio con que nos desatamos. Somos la soldadura y cada chispa. El cuerpo de todas, somos. El gran cuerpo completo. Todo el cuerpo. Su sangre, somos, y los huesos. La piel y la respiración. Y la vagina del mundo, somos. La gran vagina. Somos la orina producida por toda la especie humana. La orina de la vida. Y somos el origen de la orina: el alimento. Y cada carcajada. Las distintas maneras de morir y de estallar en risas. Somos la destrucción del escenario y las infinitas opciones para reconstruirlo. Somos el lienzo blanco. Y esa parálisis del aire. Somos la comezón de la psoriasis. La gran psoriasis de la historia del mundo, somos. El tic nervioso activo durante las horas de sueño más profundo. El cuerpo, somos. Y el hambre de ese cuerpo. Somos la sopa dentro de la olla. Somos el hambre y lo que puede y no puede hacerse por saciarla. Somos el alarido en medio de la noche. Somos las dos muelas que faltan. Y sobre todo somos los caninos que han permanecido. El grito de dolor, las caries. Los calmantes. Los tobillos. Somos los tobillos de nuestras madres sosteniendo su cuerpo, su cansancio. Los músculos, somos. Somos esa gran máquina de soldar. Esa gran chispa. Y somos la armadura. El ristre cómodo. La lanza. La ropa que nos cubre. Siempre puesta.

A.K., Los Ángeles, 3 de marzo de 1992

DOS DÍAS EN LA RELACIÓN DE MI CUÑADA INÉS CON ESTE MUNDO PERENTORIO

«Confluencia. Revista Hispánica de Cultura y Literatura» 11.1, 1995

*En cada rincón de este mundo, a los
protagonistas del exilio.
A la Sudamérica imaginada y futura.*

Jueves 3 de abril

Vamos, Inés. Tengo una propuesta: date una ducha, lavate el pelo, con mucho champú, enjuagate hasta el último rastro de espuma, sacate el olor a quemado, cambiate esta ropa por otra que no esté impregnada de humo, y que sea cómoda, y vámonos. Salgamos. No sé, a caminar. Fuera de la casa. Hay tantas formas de estallar contra lo que toca vivir. No puedo creer que hayas optado por ésta.

Mis sonidos, que producen esferas que se alargan y se aumentan entre los orificios de la piel, llenos de silencios y de rupturas y de silencios, y de escalonamientos y de mayorías y de minorías, y de mordeduras y de respiraciones. Mis sonidos que surgen de la combinación y del contraste de temperaturas y de movimientos perceptibles sólo a veces. Eso es. Cambios, alteraciones que se transmiten desde mis pupilas, que acaban de captar el negro de los mares, pasando por el cerebro, que comanda la acción sobre mi epidermis, con toda esta falta de control que me manipula ahora. Eso me recorre.

El dedo gordo del pie se hunde contra la punta interna de la zapatilla china. Presiona y se clava. El acelerador cede, el auto también cede, y pierdo la visión de lo que me altera. Ya no lo veo, pero me mastica el esófago.

La esquina es la misma esquina, la de todos los días, y es más que nunca la misma. Pero me entra por los ojos desfigurada, movida por el atardecer y tantas de sus distorsiones.

Negro. Era negro. Canastas alrededor, y una mesa y unos sillones que no me parecieron modernos.

El sol está bajando en rojos agudos.

Los bordes de las alturas medianas de cemento. Las orillas paralelas de las ventanas en hileras, la angostez entre la arista de cemento y el marco de las ventanas. El contacto endurecido de la construcción contra la liviandad del cielo, de un lado casi blanco.

El semáforo rojo.

Es decir, sí puedo creerlo. Pero no entiendo qué es lo que te sorprende y te debilita tanto de este mundo. Ser sensible, O.K. Magnífico. En eso tenés una hermana. Pero me preocupa lo que le damos de diversión a este adversario empecinado cuando se nos quiebra una vena y se nos escapa la sangre. Se ríen, ¿sabés? Se sientan en grupos enormes, de a miles, a disfrutar del resultado de sus esfuerzos. A las carcajadas. Y no es justo, Inés. No tienen derecho. Es un deber no entregarles el espectáculo servido en bandeja. No entregárselo. Es un deber metérnoslo entre las piernas. Donde sea. No importa. Porque es nuestro. Íntimamente nuestro. Porque, decime, quiénes son ellos para que nosotras, exiliadas políticas argentinas –no exiliadas históricas como pretende la arrogancia de los que nos ganaron una batalla– les permitamos siquiera reaccionar ante lo que somos o lo que manifestamos ser. Quiénes carajo son. Y vos, ¿por qué no pensás en esos detaillecitos? ¿Por qué tengo que ser yo la que esté siempre repitiendo lo mismo, para que lo olvides y yo tenga que reconstruirlo en palabras que tampoco van a ser escuchadas?

Ojos verdes como arvejas los del adolescente con trenza castaña y aros de filigrana de plata conduciendo su Audi negro a mi derecha.

Era negro, el mar. Necesito que sea negro. Para que se establezca la diferencia. Para que garantice mi sobrevivencia. Para que cumpla con mis reglas. Las reglas de mi juego. Para poder considerarlo parte de mí. Mío. Para poder tenerlo y mirarlo. Y hacerlo girar. Y recorrerlo. Y ejercer sobre él toda la fuerza de mi necesidad.

Verde, el semáforo, y los ojos del chico se reducen para darle lugar a la luz, que me permite acelerar y desaparecer.

Volver dos cuadras, tratar de ver otra vez la negrura, el estado de intensa oscuridad de ese mar, para convencerme. Mejor no. No me alcanza el tiempo.

No es cuestión de olvidarse, Inés. Inés, la sorpresa es un signo del olvido. La inadvertencia es una manifestación de la dejadez. La negligencia es un detalle de ciertas agonías irreversibles. Y no queremos agonizar. Yo no quiero agonizar. Vos, no sé. Es decir, sí sé. Quizá no lo hayas elegido, pero hay que admitir que estás en esa especie de agonía. En la que cada alfiler te pincha, cada aguja te traspasa. Y te deja un virus. Un proceso infeccioso. Que cada día que pasa percibo más

como irreversible. Quisiera yo, creeme, entender los cimientos, la estructura sobre la que se fue construyendo tu cerebro, para entender por qué tu inclinación a la muerte. No a morir, pero a todo lo que se acerca a la desintegración. Los militares mataron a tu marido, que era mi hermano y el padre de tu hija. Pero, Inés, Inesita, podrías volver a enamorarte. Como cuñada y amiga, te lo digo. Y como compañera de militancia. En vez de ocupar el tiempo en odiar el espacio en el que sobrevivís, dedícate a encontrar una persona sobre la que puedas volcar tus energías amorosas. Por favor. Vos sabés, el que busca –discretamente– encuentra. O sea, el que está bien predispuesto.

Y la punta de mi pie derecho presionando hacia abajo para arrancarme del área de absorción, de la fuerza centrípeta de la imagen. Los árboles a los dos costados de la calle. Algunos vacíos, las ramas blancas. Otros resistiendo y manteniéndose poblados y verdes como si hubieran nacido y pensarán morir siempre en verano, sin acceder a otras temperaturas, a ninguna otra versión del aire que los envuelve y se les enreda. Verdes.

¿Qué somos, Inés, sino las marcas del miedo, del miedo del adversario a nuestra resistencia accidentada y potente? ¿Qué nos rige sino estos pies que nos transportaron el cuerpo casi embalsamado a través de corredores carcelarios y calles conminatorias, alarmantes, los mismos que se ejercitan ahora, día a día, en los carteles luminosos de otras ciudades del mismo mundo, los que nos impulsan por lo que nos queda de la vida, los que nos absuelven del temor a lo que falta?

¿Era negro el mar de ese globo terráqueo? Eso fue una pregunta. Raro. No había preguntas. Hace mucho que todo era sin preguntas. Y sin respuestas, porque nadie las solicitaba. Estaban ahí, adentro, parte del estómago, de la propia producción de jugos gástricos. Las preguntas. Las respuestas. En esa cierta latencia. Esta vez aparecen pero no se justifican. De dónde surgen los interrogantes si no existen las dudas. Nacidos del vicio, son. Del hambre desaforada y permanente. La pregunta es una más entre las varias perversiones humanas. Seduce, desenfrena, corrompe. Era negro. Era más negro que la más introspectiva, la más desconcertante, la más escrupulosa, la más ortodoxa de las noches.

¿Por qué abrir todos los orificios del cuerpo, infinitos, a la entrada de la desdicha, si la desdicha es sólo esa nube, esa nube plomiza y amorfa, indefinida y solitaria, ínfima, casi inexistente, derrotable, que se debate entre el sollozo y el suicidio, preparada para la desaparición? Inés, no somos eso. No debemos ser eso.

La moto que se ubica delante de mí. Y me perturba. Tan desamparado este idiota, tan vulnerable sentado sobre su motorcito y sus dos ruedas, tan ridículos, ellos, tan poco elegantes, tan indefensos.

Ciertos riesgos, el beneficio de otros, la alegría de los desequilibrios, el temblor de la indecisión, la incertidumbre, la desconfianza. El enorme goce de la entrega a algo que quizá algún día lleguemos a comprender. Pero éste, no. Éste es un idiota. La muerte le llega sin siquiera el corto disfrute, sin

la oportunidad de la transición. El que no es capaz de disfrutar su propia muerte, no la merece. Que se la deje a otro.

Se entiende. Porque para vos la muerte debe ser una ceremonia. Un ritual que despida de la vida. Que contribuya a hacer sentir que se está llevando a cabo el tránsito a un estado más interesante que el que estamos dejando atrás. Hay que disfrutar los pequeños pasos que se van dando hacia el fin, los pequeños impulsos en una dirección o en otra, esas cansadas formas de resistencia. Y el encauzamiento final. De ojos cerrados. De pupilas ya adiestradas, invertidas, enfocadas hacia los surcos del cerebelo que, por la determinación de esa mirada, se ha desbalanceado, le ha destruido el equilibrio al cuerpo, y ya se desorienta por las últimas estrategias de la oscuridad.

Y la luz filtrándose a la tierra por la estrechez de las separaciones entre los edificios, y el día siendo succionado, deglutido hasta las últimas consecuencias.

Rojo, el semáforo, otra esquina, a la izquierda los que vienen en dirección contraria. Delante de mí otra moto. Detrás un ómnibus con turistas. A mi derecha una pareja pálida, los pelos muy negros ella, muy azules él, en un auto desvencijado y muy antiguo y muy amarillo.

Nadie mira tanto en esta ciudad, pero yo los penetro a todos. Los escruto. Ella me sonrío leve, él me sonrío con más pesadez en los ángulos de los labios. Ambos pares de ojos tan transparentes.

Negro, era. Era negro y todo lo que quiero es volver.

Los tobillos me pican. La piel de las piernas.

Es que hoy me molesta la atmósfera. La condición del aire me impacienta. La hora me disgusta. El momento. Y en eso está la trascendencia: en el escozor.

La pared con azulejos brillantes y multicolor a mi izquierda, los enormes rasgos negros y rusos sobre la amplitud de la puerta, el mostrador con panes, dulces y frutas cerca de la entrada, las letras azules de un shalom estirado y con dos o tres modificaciones producto del desgaste, de las humedades que se le aproximan y se le instalan a esa puerta, en cada ángulo. Fairfax Ave. La gente movilizándose. Atravesando las puertas. Entrando. Saliendo. Yo en mi desconcierto. Dentro de este auto.

Me molesta el instante.

O será sólo la sequedad de la atmósfera de Los Ángeles. El efecto de ese aire atravesado por infinitos cables eléctricos. En la piel. Enredándose en la epidermis.

Esa delgadez del aire. La fibrosidad que entra por los orificios de la cara y se atasca en alguna zona del recorrido.

Dos perros rojizos y anchos, las correas, los hocicos. Los zapatos de la dueña. Negros. En punta. Los pantaloncitos cortos de tela de vaquero y el cinturón de cuero negro. Las tetas abundantes embutidas en una camisa blanca. El pecho y el cuello blancos y muy visibles. El pelo corto, lacio y zañahoria, como el de los perros.

Las dimensiones me alteran, hoy. Lo proporcionado. Lo que rima.

La armonía me mortifica. Me fastidia. Necesito comérmela, incorporarla a mi organismo para que deje de irritarme desde afuera.

Volver, quiero. Negro, era el mar, y sobre ese fondo los colores.

De qué más podrás estar careciendo, además de desesperarte esa cierta falta de paz en las áreas más suspicaces de tu mente. Qué más te urge, Inés. No puedo olvidarme de aquellas discusiones bizantinas con tu hija en esos momentos en que el tiempo acuciaba y los mapas para la clase de geografía no estaban hechos y vos te disponías a ayudarla entre náuseas y sacrificios. Vos y el horror a los mapas. Tu aversión hacia las circunstancias espaciales, los lugares en el mundo. Hacia el sitio en el que estabas —estás— físicamente ubicada. Hacia tu posición en la vida. Y tu hija intuía las inquietudes que se solapaban detrás de tus propias sombras, y peleaba con vos, y discutía los detalles, yo sé que imaginándose a los fantasmas del suicidio huir disminuidos por los gritos. Y me recuerdo a mí misma cuestionándola, No grites tanto, no alteres a tu madre, y ella repentinamente serena, calma, contestándome mientras construía una delicada sonrisa: Necesito mantenerla activa. Esta mujer necesita ser estimulada, no importa con veneno de qué calidad. Si no, se me duerme. Se me duerme, tía Sara.

La luz, me decías, hija, me sorprende, me ataca en la mañana, yo todavía convencida de que acaban de dar las dos de la madrugada, ese desorden de imágenes a mi alrededor y de intentos por cumplir con las tareas para los profesores del colegio, por supuesto todos frustrados, mis esfuerzos. Llegar a clase con los deberes hechos, la peor de las humillaciones. Y vos: Qué audaz. Y yo: Sí soy audaz. «La vida es más que eso.» «Más que un mapa.» «Claro.» «Y más que tu audacia.» «Más que tu dejadez.» «Más que tu fobia por las distancias reducidas a papel.» «No es fobia. Es vértigo.» «No hay diferencia.» «No sé qué estamos discutiendo, realmente. Soy tu madre, y me estoy ofreciendo a sacarte de un problema en la clase de Geografía de mañana.» «A costa de tu santísimo sacrificio.» «A costa de tragarme los vértigos.» Y vos: Te será retribuido con creces, madrecita. Hacerlos. Y yo: Y la peor de las humillaciones, preciosa, ¿dónde quedó?

Dos semáforos verdes seguidos. Estoy demasiado lejos para volver.

El cielo oscurecido, enfermo, atropellando el ánimo de los sanos, como todos los enfermos, como yo, como mi entendimiento desviado, metiéndose, forcejeando por entre las líneas rígidas y su continuación de solidez en cemento. La placa del de adelante, LLLLL6, quién sabe, y también a quién le importa.

Los carteles luminosos, insisten los azules, los violetas. Cuando vuelva ya va a estar cerrado.

Dormir, quisiera. Estar durmiendo.

A qué velocidad suceden las cosas. No es a la velocidad del tiempo. No es al ritmo en que el tiempo transcurre. No sé cuál es esa medida. No está en la mente ni en las emociones. Está fuera de mí. Lo veo pasar, veo al tiempo trasladarse, es una línea ancha, una cinta dibujada, y debajo de las figuras,

las letras, las palabras que tratan de explicar, de justificar tantas imágenes.

Pero estoy despierta. Algo, una solución semiamarga que atraviesa el fondo de mi garganta me da un indicio de que estoy despierta. Aunque quién me lo garantiza. Qué.

Tan negro y tan redondo y liso al tacto.

Vos siempre en ese balance entre considerarte fuera de lugar y los esfuerzos por sentirte adecuada. Nunca más allá de eso. Siempre en el intento de producir el contrapeso, en la desesperación por configurar los márgenes para tus emociones.

Me irrita la luz yéndose y me irrita la certeza de que mañana va a reaparecer, tan obediente, tan sistemática, tan poco creativa.

Que no volviera. Que mañana sonaran los despertadores de todo el hemisferio, los de las seis y media de la mañana, los de los que se levantan cada mañana y entreabren las persianas que dan al patio o a la calle, y vean la oscuridad total en tiempos de primavera avanzada y se preocupen formalmente, después vuelvan los ojos a la mesa de luz y se aseguren de que sí son las seis y media, al menos en el reloj, que vuelvan a la ventana y corroboren, y que se hagan las siete y no cambie el cielo, y las ocho y las nueve y el mediodía y nada cambie, como el mar que me tiembla en los tobillos y me pica en las piernas hoy.

Negro, inasible. El mar.

Y que tengan que desconcertarse primero y después angustiarse y después sentir la satisfacción de que la realidad pueda cambiar. Aunque sea así. A la fuerza.

Volver.

Pero ya estoy donde se supone que debo estar. Tus formas contra la oscuridad, tus señas para que te vea, yo levantando el seguro, vos abriendo la puerta a mi derecha, vos subiendo con tu pelo rubio volátil, yo preguntándote, bromeando con las reminiscencias, «¿Hay deberes para mañana?» Y vos completa y resuelta: «Mapas. Mapas, mamá. Papas, mapá. Pamas, pamá. ¿Cómo te sentís para un hidrográfico de Suiza y un político de España?» Y mi respuesta: «Esta noche prefiero un francés hidrodinámico, si no te incomoda».

Y tu risa, a pesar de los años que hace de que te reís del mismo chiste.

Y tu incapacidad para crear bromas nuevas, alguna, Inés, alguna que no haga referencia a tu inconmensurable malestar, que no aluda, que no avive la señal en la parte de tu angustia que le toca a tu hija. Pero no.

Todo el regreso visto desde la nitidez del cielo nocturno, en contraste con el ejército de luces rojas de frenos delante de mí, y blancas de frente en sentido contrario. Y los detalles de tu clase de danzas, y los que avanzan a pie tratando de cruzar de una vereda a otra, y mi ojo derecho atento a tu perfil y a tu elocuencia y el izquierdo dedicado a detectar esa vidriera, la de los sillones antiguos y las canastas de mimbre amontonadas. La de los mares negros.

Más adelante. Era después de Wilshire.

Y mi dedo gordo ahora apretando el freno y los autos de atrás reaccionando a bocinazos, miradas de sorpresa e insultos. Y vos «Qué pasa, a dónde querés ir», y yo «Nada, sólo estoy mirando algo». Y no te lo digo porque soy yo la de las fobias y los vértigos, y vos un día te lo tomás a risa y otro día jugamos con el tema, y otro como que me lo entendés, pero sé que sólo hasta allí no más, y cuando tus ensoñaciones te sacaban del ritmo que los profesores intentaban imprimir en mentes como la tuya, vos aceptabas mi ayuda sabiendo que los mapas y el parto con el que te largué al mundo representaban gritos casi equivalentes. No te lo digo. Es mía, la náusea. «Estoy mirando, ya te dije.» «Mirando qué. Nos van a chocar», girás tu frente nerviosa hacia atrás, y yo estirando el cuello y mi cabeza entera fuera de la ventanilla, en el espejo retrovisor mis rulos sacudiéndose, algo veo, manchas, han apagado las luces adentro, tus labios apretados de enojo y desagrado, no voy a explicarte, entenderías si quisieras, los autos pasando a mi costado, mejor no los miro, mejor me hago la opa.

Nada, se ve, no lo veo, negro y con los países resaltando, saltando y golpeándose, debatiéndose en la asfixia entre mi calavera y mi masa encefálica.

La punta de mi pie suelta el freno y aprieta el acelerador y vos «Qué pasa», y yo «Nada. Basta. Dije que nada». Y un movimiento altivo de tus pupilas, con fulgores de displicencia, ojalá melancólicas, pero no: furiosas, casi. Discrepantes.

Viernes 4 de abril

Ya deben haber abierto.

Las puertas se abren, las puertas de los negocios, de las viviendas, de la indignación, de la confianza, de la mente, de la ira, las puertas de la existencia se abren cuando respiran, huelen, perciben el impulso de los que están pensando en entrar. Quieren darles entrada, quieren cerrarse detrás de sus espaldas y quieren sepultarlos.

Y me succionan, esos huecos. Me doblegan.

No me voy a bañar. No puedo sentir agua corriendo por encima de mis superficies ni metiéndose por entre mis pliegues. No es momento. Necesito, quiero la humedad de mi piel, el sudor nocturno. No puedo despojarme de mi olor: no voy al paraíso. Necesito protección.

Ya debe estar abierto.

Y quién te saca de tu demencia, cuñada. Quién. No precisamente los vientos que te soplan contra la espalda y te impulsan hacia adelante a convulsiones. Ni los que te obligan a retroceder cuando arremeten de frente, enfurecidos. Ni los que se esfuerzan por mantenerte en pie, tan solidarios, cuando te atacan por los dos costados al mismo tiempo. No son estos disturbios del aire, estas ambigüedades

de la atmósfera que te sitia lo que te va a rescatar del desvarío. Y no sé qué, para hacerle honor a la verdad. Ni quién. Quizá, cuñada, hasta disfrutes este estado. Estas tribulaciones. Te veo reírte, a veces, y no sé si las sonoras carcajadas surgen de la Inés protagonista de la angustia o de la Inés espectadora. La otra Inés: la misma Inés. La otra.

Y la zapatilla china presiona el acelerador, y el acelerador empuja el auto hacia adelante, y el auto circula por entre otros autos y motos y alguna bicicleta, y va, sin notar la existencia de ningún otro conductor en auto o en moto, con aros de filigrana o sin ellos. Y se aproxima al espacio de la locura y el mareo, y los dedos dentro de la zapatilla presionan el freno y el auto detiene la marcha y estaciona con dificultad en un espacio estrecho sobre Fairfax Ave., con parquímetro, y la mano derecha introduce la moneda que, antes de hacerse devorar por el orificio, por su puerta de succión, se cae dos veces; y las rodillas entran por el espacio de aire oscurecido, que es la abertura hacia la oportunidad de sosegar el vértigo.

Aquí está todavía. Nadie lo compró, nadie se lo llevó, nadie me lo ha quitado.

La mujer en el teléfono, la dueña, la que todavía tiene el poder sobre mi globo terráqueo, prestándole atención a una voz que va surgiendo por el alambre; y yo, dos cosas: el ritmo africano saliéndose de los baffles en dos rincones entre el techo y las paredes del negocio y vibrando en mi globo terráqueo y en la corteza de mi cerebro, y regodeándose quién sabe a qué profundidades, y el globo con sus países en colores y sus mares en negro, y su pie metálico y oxidado. Y uno de mis dedos, o varios y ahora todos, haciéndolo girar hacia un lado, hacia el otro, otra vez en la dirección anterior hasta elegir una, decido por la izquierda, empujo, los colores son una pincelada de velocidad, ahora, y se me desintegran, se me doblan en dos, en seis, en veinticuatro, se me acomodan en pilas. Se alargan con movimientos de gusano, se pliegan como acordeón, desaparecen. Y vuelven a ser visibles y sonrían, muestran los dientes, se los afilan contra el pie de metal, limpian los mares negros con la lengua. Los miles de colores. Y saltan desde el globo terráqueo hasta mis hombros, se aposentán allí como pacíficos, conformes con el espacio que se les ha otorgado en los altos de mi cuerpo. Los colores, los reyes, los que hacen de un mundo el mundo. Desconcertantes traidores. Y desde mis hombros giran alrededor de mi cuello y lo rodean, recorren órbitas completas y eficaces, y deciden hacerme correr la suerte de Isadora. Isadora la asmática final, definitiva. Y la dueña de mi globo avanzando hacia mi fobia, con sonrisa y pelo de dueña, a parar mi aturdimiento, ella con sus propias fobias, y oigo «¿Te gusta?» Y regreso a la música africana. Me entrebro, absorbo a medias y me pregunto si le entiendo. Por alguna razón ella repite las palabras.

Y yo: Cuánto cuesta.

Y ella: Ochenta dólares. Edición de la Enciclopedia Británica.

—Es viejo.

—Sólo vendemos cosas de la década de los cincuenta. Año cincuentaidós. ¿Estás bien? ¿Por qué tanta ansiedad?

—Por nada. Me lo llevo. Pago con un cheque. ¿No hay problema?

—Claro que no. Sólo necesito tu licencia de conducir.

Trató de explicarme qué pasó. Qué te pasó por la excéntrica médula espinal que te mantiene en pie a puro movimiento enardecido de neuronas. Describe el proceso de vaciamiento interior. Íntimo. Muéstreme las ausencias que tuviste que llenar con cenizas y humos espesos para sentirte compensada, habitada y, digamos, lista para ir recorriendo el camino hacia, no sé cómo decirlo, una cierta normalidad. Sin exagerar en eso de lo normal o lo anormal, porque por lo visto no hay parámetros. Además, dadas las circunstancias, no quiero sonar irónica. Porque sos loca, pero nadie dijo que tenés tendencias a comer vidrio.

El globo girando sobre sí mismo por el roce del aire, va hacia el auto. Entra y se apoya en el asiento delantero derecho, balanceándose y dejando ver alternativamente África o América del Sur.

La zapatilla china presiona el acelerador, y el acelerador empuja el auto hacia adelante, y el auto circula por entre otros autos y motos y alguna bicicleta, y va, y empieza a aproximarse al desahogo de la locura y el mareo.

No son las once de la mañana; la luz, el despliegue de luz sobre esta zona de Los Ángeles me abre los ojos, me los colma de visión y entendimiento. Veo ahora una pareja de ancianos caminando con cierta firmeza y bastante lentitud, y cruzando de una esquina a la de enfrente. El semáforo está verde para mí, pero ellos todavía están en la mitad de su trayecto. Espero. Miro a mi globo terráqueo que, en el asiento a mi derecha, balancea su cuerpo total y acabado. No hay dudas de que se mueve para mí. Para mi goce. Para mi satisfacción y mi agonía. Creo que le delinee una sonrisa. Al menos lo miro y se me dilatan los agujeros de la nariz. Eso casi con seguridad.

Los viejos ya están del otro lado. Pero el semáforo se puso rojo y todos seguimos esperando.

Quiero que el Acura que vibra a mi derecha me dé lugar para cambiarme de carril. Lo conduce un hombre mayor de cuarenta. Delgado. Me mira. Con los ojos entrecerrados. Le hago un ademán con mis dedos pidiéndole el espacio. Asiente con la cabeza y sonrío. Leve.

No sé, por lo menos ahora te sentís cebada pero viva. Con ganas de más. De más humo ennegrecido y engordado por los significados múltiples de las señales que envían las aberraciones de tu mente.

La temperatura del aire es mediana y mi piel está distendida. La hora cercana al mediodía me completa el estado de equilibrio.

Avanzo, cambio de carril, me acerco a casa. Estaciono y abro la puerta con mi globo terráqueo en brazos. Mi globo bebé. Mi hijo brotado de la flexibilidad de mi cuerpo y de la rigidez perpleja de mi mente. Mi hijo. Mi tierno, mi no alegórico hijo incestuoso y varón. Mi primogénito. Mi escaso

de magnitudes, mi sofocado hijo de destinos inciertos. Mi empequeñecido. Mi intolerante. Mi asustadizo y terco. Mi inmutable. Mi estancado en los tronos de la furia y el desaliento. Mi irresponsable. Mi esquizofrénico desprotegido y pálido. Mi tan indiferente. Mi injusto. Mi esclavo y mi tirano. Mi ignominiosa representación de la existencia.

Sos uno de los tantos errores de la historia. De todos esos mapas, de todos esos globos terráqueos sos alguna colina, algún islote en la búsqueda desorientada de una geografía, de una dimensión para tu existencia. De una permanencia y de una justificación.

Abro la puerta y el aire interior me succiona. Como no fumo, no tengo fósforos en la cartera. Los recojo de la canasta de mimbre en la cocina. Atravieso la sala y salgo por la puerta de atrás.

Mi patio. Cómo me conmueve mi patio. Tanto verde y rojo y fucsia de flores. Tanta quietud. Tanto silencio contenido entre sus paredes cubiertas de enredaderas y la medianera blanca y ocre, que me siento libre para hacer aquí todo lo que nadie hace en presencia de otros.

Apoyo mi globo terráqueo de mares negros en el piso de baldosas de mi patio con verdes y rojos. Los colores coinciden. Los geranios con algunos países de África, las hojas de la palmera con zonas de América y de Asia. Mirándolos me siento en armonía. Ahora sí.

Es posible que necesite abrir un pozo. No es ancha la franja de tierra, pero es suficiente. Con qué. Una cuchara. De sopa. O la espumadera.

Más. Más ancho. Más redondo. Más.

Entra bien. Ramas debajo. Hojas secas. Separo por la base el fósforo de su caja. Raspo la cabeza azul contra la lija marrón.

Se resiste. Pero nada más, se resiste. Por mi parte, repito el intento. Se enciende el fósforo y separo los dedos y lo dejo caer.

Qué verde la hiedra. Y ese musgo de hojas microscópicas y espumosas; casi azul. Y las anémonas en ese conglomerado.

Los países desdibujándose, la negrura de ese mar amarrándose en el calor. La luz agrandándose desde el fondo del pozo.

¿Qué más, Inés? ¿Qué más te queda en este mundo?

Los mapas. Claro. Los mapas. Los viejos. Y los nuevos también. Todos. Corro al dormitorio, abro el cajón de las carpetas llenas de mapas hechas con mi dolor y mi vértigo, ubico las páginas del dolor y las arranco. No vas a enojarte, hija, espero. Son más mías que tuyas. Vos las disfrutaste, pero yo las padecí. Con creces. Las separo del lomo a los tirones. Camino hacia el patio y en el trayecto recuerdo los atlas de la biblioteca y los saco y me los llevo, y antes de atravesar la salida al patio veo el cuadro en el que una reproducción de un mapamundi del siglo XVI, regalo de un alumno, se luce amplia y dominante en la pared, y salgo, llego al pozo y voy metiendo todo alrededor del globo terráqueo de mar que fue negro, antes de que se desvanezcan las llamas.

Y en todo caso vivo, existo, poblada de preguntas, y cada día que pasa, a cada nuevo párrafo crece mi convicción de que escribo solamente para contestármelas, para otorgarme esa prerrogativa de la respuesta que representa, pero que en realidad nunca es, el alivio tan escaso y por la consecución del cual se opta por seguir con vida. En todo caso, digo, entre tantos interrogantes suele acosarme uno, éste, en relación con cómo se desplaza tu locura, y es, decime, me gustaría saber, si es que en realidad sos la persona más apta para contestarme, ¿qué te ha persuadido de que debías optar por exterminar todo mapa, todo globo terráqueo circulante, o cualquier representación de este mundo, de este espacio que nos ha tocado en suerte en lugar de algún otro pedacito de tierra en cualquier otra galaxia, en vez de exterminarte a vos misma? ¿Qué te pasa? ¿Por qué me mirás con esa cara de incendiaria? ¿No es una buena pregunta?

Y cuando se intensificó y volvió a crepitar la fuerza de la luz en su profundidad, regreso a la sala con la espumadera, y con el mango hago estallar el vidrio que contiene la reproducción y levanto un pedazo triangular enorme, y los demás van cayendo, tironeo del mapa un poco adherido al paspartú y sale, sale, y pisoteando esquirlas transparentes llego al pozo obra de mi esfuerzo y de mi dedicación y agrego el mapamundi, que necesita un poco de espacio para caber entre las llamas y el esqueleto consumido de mi globo terráqueo. Y hago lugar, empujo las tapas de los atlas hacia un costado con la zapatilla china que está calzada, revelando hasta la última de sus deformaciones, en mi pie derecho.

Quiero decir, yo escribo para investigar, para entender, para inventar, para proporcionarme respuestas; y parece que una vez más te mortifico preguntándote lo que no estás resuelta a contestarme. Digo, por este silencio. Pero no te desveles, mi querida. No te agites tanto en este esfuerzo por ayudarme a comprender. No vaya a ser que te dé una embolia. Ya voy a encontrar la respuesta. Ya me va a salir. Antes de que empieces a imaginarme cremada en vida ocupando un rinconcito en el pozo reciente de tu patio. Porque en cualquiera de tus brotes podés encontrarme cara de mapa: uno más entre los infinitos peligros de no tener quince años. Pero bueno, tendría que inventarme un sistema más o menos como ése de los teléfonos, en que apretando un botón vuelve a discarse automáticamente el último número marcado. Yo lo necesito para lo que sigue. Para los signos de interrogación. Decime: ¿en qué momento del recorrido de tus incertidumbres a través de tu sistema nervioso o circulatorio se definen tus intenciones? Si se tratara del sistema digestivo, ¿antes o después del estómago? ¿Tenés intenciones, realmente, o el descontrol de vos misma es tan abarcador que a estas alturas ya no hay nada que puedas desear? ¿Es la idea de la irreversibilidad de lo contingente lo que te permite llevar a cabo cualquier extravagancia que te aflore desde los instintos? Si en tu casa aparece algún inesperado olorcito a humo, ¿en vez de buscar las razones para evitar un incendio vas a dar por sentado que se trata de un acto de exterminio reciente (de tu autoría, por supuesto)? ¿Por ejemplo llevado a cabo en estado de sonambulismo? ¿No hay nada de todo lo que existe a tu alrededor que

tengas ganas de conservar? ¿Pero nada, nada? Cuando hayas incinerado todo lo que tiene relación con el lugar del mundo donde te encontrás, ¿qué vas a hacer con vos misma? Quiero decir, ¿te vas a buscar otro lugar? ¿Qué tal las Bahamas, por ejemplo? ¿O Jamaica? También me pregunto qué se hace con las cenizas. Sobre todo cuando se acumulan en cantidades tan exorbitantes. Digo, por lo de la polución, la calidad del aire, y por las crecientes ineficacias de los aparatos respiratorios humanos de finales de este siglo. Inés, a ver si podés explicármelo. Y si es que estás tan resuelta a no hablar, quizá aceptes escribirlo. Para que yo lo lea. Incluso la forma escrita hasta podría darte más tiempo para pensar, para construir una buena respuesta. Me gustaría tener la capacidad de imaginarlo. En colores muy vivos, o en pasteles, o en blanco y negro, o en sepias. No importa. Me gustaría armar el espectáculo completo para poder saciar el hambre de imágenes que me enferma la mente. Quisiera tener la habilidad de preverlo, de contener la forma, el movimiento, el ritmo, las pulsaciones inherentes, íntimas, de la acción. Explicame, Inés. Ahora que la ducha y la caminata contribuyeron a sacarte el humo impregnado en la ropa y en el pelo; después de que hayas tomado una decisión definitiva sobre qué vas a hacer en relación con tu propio destino, y una vez que hayas eliminado totalmente el desorden de vibraciones en expansión alrededor de tus movimientos compulsivos y encendidos, decime, Inés, ¿qué creés que vas a hacer con todas y cada una de las tantas, las tan volátiles, insasibles, cenizas?

A.K., Los Ángeles, invierno de 1994/95

CÁRCELES COMPLEMENTARIAS

MUNGOS MUNGO

Ofrenda de propia piel, Córdoba, Alción Editora, 2004

A Edith, a David: musicólogos.

Afuera, quiero decir: del otro lado de las dos hojas de la ventana que mantengo muy apretadas una contra la otra, de manera de absolutamente evitar el más mínimo resquicio de aire o de luz, o de sombra, interviniendo en la dinámica de este espacio alternativo, desafiante, interior, afuera, se desata y se desparrama la claridad del día. Y por qué no, si el verano está cerca de sus comienzos, si el verano esculpe con fluidez las formas amplias del cielo en que todo cabe, caben las temperaturas que convierten la existencia en un infierno, cabe alguna nube flaqueando en su abandono, en su letargo, y cabe el agotamiento de las horas en esa longitud, en esa duración de la luz que ofrece una resistencia terminal a las estrellas, que no llegan nunca. Afuera se complacen los calores, las anchuras, las longitudes, las extensiones temporales, en decidir sus dimensiones y sus juegos. De hecho, toman ventaja. Todo queda sujeto a sus caprichos. La actividad del mundo se estrecha o florece de acuerdo a la histeria o a la repentina timidez con que baila, se revuelca, hace sus ejercicios de estiramiento o se repliega la época del año.

Por mi parte, nada. Ni me asomo. No saco nada en limpio del color de los árboles, de la velocidad con que se van poblando las ramas de hojas y de telarañas. Me mantengo aquí, en contacto con las más sólidas y las más acuciantes zonas de mí mismo. Con las, también, menos palpables, más debilitadas, más desintegradas formas de la personalidad que se expresa en el cuerpo, en el cuerpo que me otorga presencia en este mundo.

Veo aquí adentro, aunque no al mismo ritmo que afuera, ni con las mismas señales, desde aquí adentro, veo desgranarse los penúltimos vestigios

de este desparramo primaveral que no escapa del todo a las perversiones del sol, a la morbosidad de este sol bajo cuyos púrpuras muere algo, algo muere bajo su tortura, siempre, con cada final de cada día.

Nada es apacible. No afuera, no adentro. A la inquietud del exterior se agregan los ruidos flagrantes y callejeros, las ilusiones vanas de los que corren a ganarse un peso y en la corrida se enredan en una baldosa floja y se rompen una pierna, los llantos de los bebés y los ladridos de los perros, que se multiplican piramidalmente por entre las ramas de los árboles (de los cuales ya dije que no me interesan el color ni la trama), en las que las hojas vibran como cuerdas, cuerdas de una guitarra, de un bajo, cuerdas vocales, todos sonidos del vacío, de la estupidez. De la insoslayable ingenuidad.

Nada es apacible. Ya no busco, como a los dieciocho años, los rincones de mi propia existencia en los que las burbujas de esa juventud pudieran apaciguarse, de a ratos, en una especie de ensoñación deseada. Ya no. No hay esperanzas. No hay paz posible. Ya no investigo.

Y a la inquietud de este espacio interior se suman, gravemente, las presiones de los muebles contra el aire encerrado, la ansiedad de la multitud de libros por ser abiertos alguna vez, alguna mañana, la rigidez de mis glúteos ajustados contra el asiento y el respaldo del perpetuo sillón. Y se suma la avidez que el silencio despliega, la angustia de ser habitado por algún suspiro, algún murmullo, alguna, quizá, forma de respiración. Paz, no: nada.

Así que, no habiendo más que lo que hay, no contando con más que lo existente, sigo mi lento camino.

Y a veces me interrogo en cuanto a las velocidades. ¿Lento? No sé. Lento sería si los movimientos que interesan a mi vida, a mis días, a su diseño en secuencias, fueran esbozando, al menos, un ritmo de desacelerado recuento cinematográfico. Pero sé, y ni siquiera tendría que confesárselo a nadie, ni a nada, que no hay ritmo. No hay movimiento ni existe, entre estas paredes, lo que usualmente se denomina paso del tiempo. Tampoco puedo decir que el estatismo es completo. Porque ha de transcurrir algo, ha de cumplimentarse alguna forma de movilización entre, por ejemplo, el momento en que puse a hervir agua fría para el té y el momento en que la encuentro en ebullición. Entre el instante en que me abro la bragueta y el momento en que cayó en el inodoro la última gota de orina. Algo tiene que haber en el medio. Yo no sé si es tiempo. Yo no sé si es tiempo lo que cuenta el reloj.

En realidad todo está algo así como establecido. Nadie cuestiona la naturaleza de los hechos ni sus transcurso. Nadie se pregunta qué es un reloj, qué finalidad tiene la insistencia circular de las agujas barriendo la superficie sin manchas, y la verdad es que nadie se cuestiona ni eso ni nada.

Disquisiciones que pierden atención y existencia frente al hecho de que no percibo a mis alrededores, no he percibido, interés alguno en la opinión de nadie en cuanto a este o ningún otro tópico.

Por eso no abro las ventanas. Acá, desde acá, me hago todas las pregun-

tas y me doy el regalo de las respuestas, cuando las encuentro. Cuando no, nada. Cuando no aparece esa satisfacción, me imagino que queda pendiente para un después que no sé cuál ni cuándo será, por lo mismo que no sé qué cruza qué entre el instante en que surge la pregunta y se dibuja (o se borra) la respuesta.

Así que el sol, acá, tiene vedado el acceso. Con esa claridad vacua, snob, que trasmite, como si todo fuera tan definido, incuestionable. Transparente, sin efectos secundarios. Tangible y límpido. Tanta mentira me repugna. El sol, fuera de aquí. Nadie necesita sus engaños, sus trampas tristes y baratas.

Shhhh. Quieta. Quieta. Inquietarse no vale la pena. Pero, linda, cómo vas a saberlo. Te digo: exaltarse ante cualquier posibilidad, es inútil. No sé si siempre, pero en este caso particular lo es. Tranquila, preciosa. No pierdas los estribos.

¿No quedaban pochoclos? Cuándo traje los últimos paquetes. Eran diez cajas de una docena. Debe haber un paquete o dos, todavía. Qué lujo. Qué privilegio verlo inflarse a través de la puertita de vidrio del microondas. Inflarse, inflamarse, despedir ese olor. Olor a pelo frito en manteca. Oír el castañeteo, castañueo de los granos de maíz estallando blancamente y floreciendo reiterados, y haciendo resonar el papel que los contiene, rígido, tirante como el vientre de un gato que ha estado muerto por dos semanas. Qué más plenitud que ésta. Qué mayor goce que el de sentirse vivo y presentirse muerto dentro de cada explosión, dentro de cada concentración de calor, dentro de cada grano transformado en el ínfimo, temporario esplendor de su propia danza, armada de desórdenes y alaridos, de saludos irrepetibles, finales.

En este espectáculo de los granos transformándose escandalosamente en pochoclos dentro de su bolsa está apretujada toda mi existencia. Toda la existencia humana. En el final rudimentario de la consumición, de ser consumido, reside el propósito de todo. Con tanta similitud entre el micromundo de los pochoclos y la realidad que acontece del otro lado de estas ventanas, y, además, condensada en forma tan exquisitamente sencilla, ¿qué podría tentarme del mundo exterior?

Luz no es la del sol. Luz es la legítima y natural claridad o tiniebla con que entendemos la existencia. De manera que me basto y me sobro en este estar alejado de todo, de casi todo, en este permanecer fiel a mí mismo sin alterar los ritmos que me mantienen en mi propio orden con intercambios, reacciones y efectos: los incordiosos despliegues y movimientos humanos dentro de una, de esta, sociedad. Mezquinos. Ínfimos intereses individuales. Rutinarios.

Los sueños. Que ni siquiera llegan a pesadilla. Esa niñita de pocos años, de tres, de cuatro, de cinco, de la mano de su madre, detenidas las dos frente a la quietud de un área tan atravesable como una nube negra, imprevisiblemente espesa, la niña con los grandes ojos oscuros rebasando intuición, in-

teligencia, oscureciéndose, acelerando el oscurecimiento hasta borrar en una ceguera visible, sólo dos enormes manchas negras, los ojos, pronunciando, adulta, grave, percibiendo terrores futuros, diciendo entre temblores, sin palabras previas, sin palabras ni sonidos posteriores, sin decirlo, *¿Qué mundo es éste? Tengo miedo.*

Sueños que no alcanzan a despertarme, como me arrancaría hacia la realidad el brutal dominio de una pesadilla auténtica. Pero que genera repeticiones, abominables regresos, esa infinidad de niñas que de pronto entienden que quizá habría otros mundos, y que el que enfrentan no es el que buscan.

Todo es adverso. Cada partícula que flota en el aire lo es. La visión de lo que me rodea: la madera de los escasos (por momentos abundantes) muebles; el ruido escabroso del agua saliendo despedida por la canilla; el color transparente del vaso que va siendo llenado, son lo opuesto de la empatía, son lo que brilla, haciéndome arder los ojos, desde el otro lado del placer. Pero tanta adversidad no es suficiente para llegar a extremos de suicidio. Ni para salir, por ejemplo, a matar. A producir la muerte. No, al menos, con mis propios dedos.

¿Y vos? Asustada no estás, porque se supone que cumplir con el deber no debiera asustar a nadie. Y si asusta, no debiera ser puesta en evidencia tal flaqueza. Sobre todo tratándose de tu especie, antigua, antiguamente venerada, hinchada de egipcia prosapia. Así que no sé de dónde surge ese temblor que ni vos debés estar percibiendo, de tan leve, de tan profundo y ancestral. Y no sos una niña enfrentada a una nube negra. O sí. O sí sos una niña puesta al encuentro de la tiniebla, estimulante tiniebla que suele ser la lucha por la sobrevivencia. De la confusa alegría de ser un sobreviviente. De la desconcertante posibilidad de llegar a no serlo.

Los pochoclos. Aquí están. Todavía tengo para esta vez y para una más. Y después, a la calle a buscar más provisiones. Doloroso. Pero no va a ser más de una hora, máximo una hora y quince minutos, sin prolongaciones, sin extensiones, sin dilaciones. Para resolver el asunto supermercado, más que suficiente.

Ya empiezan a estallar. Ya invaden el espacio con el alboroto de la despedida. Modalidad que revela que hasta un pochoclo es capaz de presentir, incluso desde el interior de un horno microonda, su final frente a la forma hueca e inquietante que no es ni más ni menos que la boca ambiciosa de un hombre.

Huelen. Cómo huelen. Mmmm.

Y vos vení acá, con tu amiga, a la pecera impecable, recién acondicionada y transparente y permisiva y condescendiente y contenedora del espectáculo de mi vida y de mi muerte. Del visible, observable espectáculo.

Este sillón empieza a perder estabilidad. Demasiados años aguantando mi presión. Mis presiones encontradas. Disímiles. La oposición de mis in-

tensidades simultáneas y veloces. Pero aguanta. Aguanta. Siempre termina aguantando una vez más. Y cada tanto siento que he repetido estas mismas palabras una infinidad de veces. Siempre algo así como el grisáceo miedo de quedarme sin sillón, y sin embargo el cambio no sucede, no se expresa.

Tan desprovisto de todo, se está. Se vive, se está, tan como si no se viviera. Tan como si se fuera flotando entre nebulosas de barro. De una negrura masiva y homogénea y virtual. Tan despojados de todo, estamos, permanecemos. Y no es que abunden en el mundo que habito los sillones amplios y resistentes: éste que me ha venido aguantando es el único que hay a mis alrededores.

A veces cruje.

Y no sé, no sé, por momentos pienso que podría salvarme fácilmente de este disfrute cuádruple, infinito, efímero y, como todo, repetible, pero no encuentro una razón valedera, justificatoria, que me decida a afrontar el cambio. Sobre todo que en algunos casos todo se desarrolla y se resuelve con tanta velocidad, que se siente como si nunca hubiera existido. Entonces no queda otra alternativa que la reincidencia, que en mi caso nunca produce redundancia ni queda asociada a ninguna de esas antipatías. Al menos no desata malestar. Más bien reconozcamos que todo lo contrario.

Y así vamos aproximándonos a los hechos, siempre sin exaltarnos. Siempre tratando de no exaltarnos.

Activando, pochoclos en mano, las incalculables potencias de *Smoke on the Water*, los golpes de electricidad de esa guitarra contra la atmósfera que se concentra como tormentas precipitándose contra las paredes de este living-room, la mangosta y la cobra dentro de mi pecera sin peces y sin agua ni algas de diferentes verdes plásticos ni diminutas piedritas que simulen, azules, el fondo de un océano, no peces, no piedritas, no hipocampos de goma anaranjada. Pero sí este sillón de pana, tornasolado en verdes, que resiste. Que aguanta mis desaires y todos mis sacrilegios confiscados al horror esencial, y todos los perturbados ejercicios de mis ritos. Míticas ceremonias. Pero sí pochoclos blancos que huelen a manteca y a insistencia. Y a temperaturas y a fervores.

Lo que podría ser música irrumpe por los orificios de mis oídos y se impone en mi cerebro, lo impacta, estalla y se desgrana allí adentro, domina y marca el próximo deslizamiento de mi mano derecha en dirección a mi entrepierna, baja el cierre del pantalón con un sonido imperceptible, de tonos bajos, perdido entre los golpeteos de los platillos metálicos de la batería y de la voz rotunda anunciando incendios en un cielo que desde los orígenes es agobiante y ambiguo. Misericordia del ritmo sincopado, golpes de electricidad, argucias de la reiteración, ritmo de la vida, reflejos celestiales de los rojos de la vida, humos, olas de la propia, privada satisfacción, fuerza de voluntad para alcanzar la meta, la plenitud, el grito. Arabescos de los finales, ecos y recovecos del fin. Mientras la calidez de la bolsa de papel

que sostengo con la otra mano e inclino sobre mi boca, que se inunda de maíz enterneado, me da la señal aquiescente para el ejercicio de la acción, y mientras la romboidal cabeza enclavada en el extremo del largo y definido cuerpo de la cobra se yergue y genera la automática versión alerta de la mangosta, que la observa, ahora olvidada del detonante caoba de su propia piel y del sentido de estar viva.

Se moviliza, mi mano, se abstiene y se moviliza a un ritmo impensado, floreciente por momentos y alternando con indecisiones pasajeras que más evocan el intento de repetir, recuperar algún ignoto goce, enterrado quién sabe en cuál desarreglo de mi propia historia, que un esbozo de arrepentimiento.

Ágil el cúmulo de pochoclos entre el paladar y la lengua un poco asqueada ya, ágil, la mangosta, la rojiza Mungos mungo de mi audacia, de la suya propia, ágiles los escalofríos de la cobra, escalofríos que yo presiento pero sólo ella percibe. Ágil mi mano derecha y ágil la voz elegante que transmite el reflejo del incendio sobre el lago Geneva en el arreglo musical que mueve mi mano cada vez más ordenadamente, apretadamente, mientras no me entran más pochoclos en la boca ni en el esófago ni en el estómago ni en los intestinos y mientras todas mis contenciones internas invaden el aire de este cuarto de ventanas clausuradas y la mangosta decide y lleva a cabo el salto que tritura, a puro mordiscón, el cráneo de la cobra, que suena, suena sobre los acordes finales de las guitarras, ahora distendiéndose, ahora distendidos, con mis muslos pesando, ahora pesando sobre la pana en verdes del sofá que, otra vez, una vez más, ya debiera estar limpiando con la esponja húmeda del baño, aunque la de la cocina está más cerca pero no debemos escandalizar demasiado a los que pudieran estar espionando, así que mejor la del baño, que siento, de pronto, tan distante. Distante como la bolsa de pochoclos mantecosos y tibios abarcando las extensiones del piso y del sofá, distante como el colorido inusitado y finalmente dormido de la cobra, distante como los ojos diminutos de la mangosta siempre alerta, como el temblequeo de su cola que parece preguntar y ahora qué: así de distante.

Alejado, todo alejado, todo tan diseminado en direcciones diferentes, como desde la cola de un pavo real y hacia el infinito, hacia las zonas más inalcanzables de lo que se supone que existe. Y todo esto cuando en realidad el deseo de uno se concentra en el otro extremo de las cosas, en el área del nacimiento de las plumas, allí donde se insertan al final de su cuerpo.

Es necesario concentrarse en los puntos de partida. Porque, de otro modo, dónde y de qué manera va a producirse el encuentro entre los elementos, el encuentro que nos devuelva a los orígenes, que nos reinstale en lo que somos, en lo que creemos ser. Sobre qué bases históricas, sobre qué formatos de la continuidad vamos a convencer al mundo de que discurrir sobre elementos de lo que precede al instante que vivimos es arrastrar esos elementos al presente, y los inserta en el camino hacia el futuro, cuando la condición esencial

del encuentro es el desencuentro, cuando sabemos que no hay espacio lleno sin espacio vacío, cuando nadie duda de que para poder atosigar el aparato digestivo de pochoclos hay que contar con el lugar en el cual acumularlos.

Y qué más puede uno decir. Pochoclos en exceso, música apropiada y que llena el pecho de los sonidos de la vida que se elige, en una pecera de reducido tamaño la posibilidad del triunfo, de la celebración de la victoria y, por si todo esto fuera casi nada, la experiencia de la propia mano, que permite demostrar que no hay mejor amor que el propio por uno mismo, que es decir amor por los demás. Todo lo necesario para producir lo que muchos identificarían como magia. Para edificar la sinfonía de múltiples bonanzas después de cuya simultánea culminación es admisible la muerte, y hasta deseable. Aunque no necesaria, sobre todo porque hay ciertas repeticiones que nunca aburren. ¿O me equivoco? De modo que no vamos a cometer el sacrilegio de, como si nada fuera, reclamar la muerte como forma de celebración de lo que acabamos de vivir. De disfrutar. En consecuencia, lo que sigue, de acuerdo a la lógica y a los modelos habituales, es salir brevemente a la caza de provisiones: alimentos, más pochoclos, más cobras, y eso sería todo, me parece, porque la música y el resto, incluyendo prominentes áreas de mi cuerpo, no parecen sufrir ningún proceso de erosión ni desgaste.

Y a volver a asegurar las ventanas. Y la puerta. Y a volver a rellenar con chicle previamente mascado por algunos minutos las delgadas brechas de las persianas que dan al edificio de al lado.

Afuera se desata la claridad del día.

Adentro intervienen las multitudinarias tensiones que producen la acritud de la gloria. El tiempo no acontece y la lengua se aprieta levemente contra la resbaladiza firmeza de un paladar que ha vuelto a pasar por la experiencia de los pochoclos rociados con manteca. Qué más, anímense a decirme, se puede pedir. Qué otro beneficio se puede esperar de lo posible.

Y ahora a desocupar la pecera de animales vivos y muertos. A recoger los huidizos pochoclos y a frotar el sofá con la esponja. Con la esponja del baño.

Yo, ni me asomo. No saco nada en limpio de la diferencia entre el silencio invernal de las siete de la tarde que se apura por debajo de los automóviles estacionados y se infiltra en los negocios todavía abiertos y se mezcla con la atmósfera respirable, audible, del final del día, y el audible alboroto solar y todas las florescencias y los florecimientos de este verano que salta y se entusiasma como una pobre víctima humana que empieza su proceso de inserción en las diversas torturas de la vida. Nada. No presto atención a la detallada disciplina de la naturaleza que volvió a cumplir con sus propios mandatos y significados al permitirles a los seis fetos de la gata de los vecinos aparecer, estúpidos, saludables y simpáticos, a enfrentarse con la luz creciente de dos madrugadas atrás. No me intereso por los aullidos gatunos, de dolor, y humanos, de alborozo, que me obligaron a llevar la cuenta de tanta futilidad. Lo siento, pero no.

Aquí me quedo, entre mis privilegios. Aquí sustento mi estar. Porque, ¿hay alguien, señoras, señores, ancianos, niños del mundo entero, jóvenes llenos de vitalidad, llenos de impulsos renovadores, público presente, público potencial, que se sienta capacitado, que esté dispuesto a acercar alguna idea superadora, alguna más tentadora, más iluminada sugerencia?

Yo, aquí me quedo. Entre la tozudez de mis parámetros, me quedo, y la amplitud de mi imaginación. Entre los rojos crudos del gran bisonte de Altamira y los más recientes del encuentro entre la última cobra y mi decidida mangosta. Entre el irrisorio uso del tiempo que hacen los apurados de este mundo y la diminuta suciedad que se me junta entre los dedos de los pies. Entre la Salomé de Moreau y mi a veces temblorosa, a veces firme, mano derecha. Entre el disciplinado goteo de la canilla del baño, que no logra hacer estallar mi neurosis, y la disponibilidad de la navaja con la que no me afeito. Entre los casi incongruentes azules de Filippino Lippi y los de mis propios vómitos. Entre la finalización de mi día y el comienzo de mi noche.

Aquí me quedo.

A.K., Los Ángeles, enero de 2002

POESÍA

MANO EN VUELO

Córdoba, Alción Editora, 2009

Parte II

(La mano, en vuelo, testigo del testigo):

No me miren
ustedes, todos, no me miren, no
miren lo que soy, no claven la mirada en lo que he sido
no me sustituyan por las notas de mi propia música
no me dediquen interrogantes ni
encrespadas respuestas
ni me reivindiquen
ni me comprendan, ni me otorguen las posibles calamidades
como premio por haber llegado al mundo del que acabo de desaparecer,
ni le adjudiquen a la vieja vitalidad de mis dedos sin tiempo
los poderes y las detonaciones que iluminan los fondos
tormentosos de la aurora.

No me miren. No me
reconstruyan. No intenten reunirme con
las velocidades de la mañana
esparcida y a merced de las cadencias de la Historia.

No voy a ningún lugar.
Me ven en vuelo y sin embargo
no me desplazo,
espejismos de los desiertos abruptos,
no me desplazo en ninguna dirección, no obturo

orificios ni me debato con las sombras, no soy
una de las tantas elevaciones que produce el aire
no me curo de los males del silencio, no adquiero
nuevos males
ni me preocupan las arenas
que no habito, que ya no me predicen ni me festejan,
que no abren sus oros a mi necesidad de castillos
piramidales, prismas
que quiebran
y vuelven a quebrar
mi figura en vuelo.

Ya no vuelo
nadie me ve volar
nadie me vea volar, no soy
apta para los despegues, no soy apta
para los recorridos verticales ni para
los miedos sin los que no sobrevive
mi pregunta.

No me hago preguntas.
Nada de mí pregunta
qué se celebra. Qué se celebra
al pie del cúmulo de pájaros terrestres
que mi caída
construye.
No vuelvo.
No vuelvo. No me reúno con la vena.
Con el hueso. Con el peregrinaje de la voluntad
humana.
No veo. No veo nada más que
lo que me ve
y nada me ve, nada
ve el tendón que se asoma, el músculo contraído que va desprendiéndose
de lo que no se adhiere, ya, más que al pensamiento.
No hay qué se sobreponga a la mezcla de oro y
sol, de soles y de las turbulentas
variaciones de lo visible.

Nada sé de lo visible. Nada se ve.
No canto.
El cuerpo que tuve no baila
y yo bailo

de sobresalto en sobresalto
entre una capa de aire
y la que se le superpone
convocada a los alaridos por los revoloteos
del simún.

Bailo
hasta que dejo
de bailar.

No me iluminen.
No me despierten, que mi palma
sin huellas elige el temblor imperceptible que la sangre
quieta
aquietada
mantiene y alimenta.

No me provean de alimento.
No me provoquen.
No me cierren ni me abran las puertas de un cielo que no veo:
los granos de oro que corrieron por entre mis dedos cuando todavía
existían las preguntas cubrirán las paredes del hueco
en el que desaparezcan mi forma y mi sustancia.

No me despierten: no duermo.
No duermo, no sueño. No articulo imágenes.

No me provoquen.
No dispongan la mesa, que
no como.

No baila
no baila el cuerpo al que pertenecí.
No orina, no
ensucia pañales, no se alegra
de descubrir en el espejo con bordes de piedras coloridas
los extremos asombrosos, cabeza movediza
cubierta de dos círculos oscuros intranquilos como
los del muñeco de trapo y plástico que no duerme junto al cuerpo
que tuve, cubierta del agujero a través del que ese cuerpo
gritó necesidades humanas,
ínfimo pene ignorado hacia el futuro
pies todavía sin arcos que acaban de burlar la ley, que han abandonado
el peso atávico, la labor de sustentar el paso, el recorrido

a través de los tiempos que se nos acercan, que se nos avecinan
abusivos, impunes.

Sepamos que nada es provisorio,
que nada es eterno, que nada
es efímero, que nada es
totalmente mortal.

No es eterno
no es efímero el goteo sin sonidos
del orín agotando los últimos líquidos del cuerpo
al que estuve unida,
no son provisorias ni mortales
las paredes de los intestinos que contuvieron las heces
que alguna vez exploré
con transparentes uñas que aún
se mantienen aferradas a esta extremidad, y
no perciben, ya, pulsaciones
los muros elásticos, tubulares
que contuvieron la carga
que ahora tiñe de pardo
las doradas audacias de las dunas.

No baila, ya no baila, el cuerpo al que pertencí.

La inutilidad de este brillo de sol,
la presencia de este sol que abrasa y que no
cicatrizas las abiertas preguntas
me enseña
temprano
demasiado tarde
las parsimonias del odio, me da pie
a la lentitud con que se nutre la agudeza de la mirada,
del párpado entrecerrado,
ese prisma que quiebra
a cada instante
mi vuelo.

No corran con las mantas,
nada hay, ya, que pueda ser envuelto, protegido, calmado.
No hay manera de que la calma enfrente
las agucias del sol y sus hervores. La calma
ha venido arrastrando a muerte

el color de sus banderas.

No corran. No hay manta sobre estas superficies
que abrigue del helado fragor
de este estallido.

No me llamen.
No me llamen, no griten, que no hay eco.
El sonido que manotea y manotea arrebatado por las transparencias del aire
no se filtra entre los poros del músculo que
se fue de mí y no me asiste.

No me llamen. No malgasten palabra, rugido, resonancia.
Tanto despilfarro será castigado un día con
la permanencia del silencio.
No incurran en el agravio del silencio. El descaro
en el grito reinstaura el eco y produce su ebullición y su estallido.
Su concierto, su acción y su belleza.
No me presentan, no me reprochen, no me impulsen, no esperen
por mí, no congestionen mis caminos
no abonen las arenas con la borra acumulada en las arterias que
sostuvieron el volumen mínimo que fui ni el que
habría sido, y no
abran sus bocas enormes, no bostecen
frente al excesivo resplandor de la caja de asperezas, de la caja
de madera y asperezas que irá moldeando
magnitudes, la siempre, nunca final magnitud
de mi acrobacia final.

No desplacen hacia las arideces del mundo cascadas, cataratas
no trasladen arroyos, totorales, musgos, cantimploras, no dispongan
el escenario, no reclamen para el desierto
de mis amores, para el desierto de mi cuna y de mi maldita brevedad
el paraíso, el oasis que contenga la placidez
la efervescencia de mis funerales.
No habrá funerales ni llantos ni manos hacia el cielo
ni reverencias al gran soberano de los médanos
imperecederos, porque
no he muerto. Ni habré muerto
en este futuro ni en otro,
porque no hay muerte que me abarque
no hay muerte en la que quepan mis cinco dedos de miniatura
mis cinco uñas translúcidas apenas acaecidas

mi palma abierta como estrella fijada
en el guiño inicial.

No hay muerte.
Límpiese el rimel, ya, todos, ahora,
límpiense las sombras extendidas
a lo largo del nacimiento de las pestañas
los brillos púrpura de los labios
sáquense los pantalones para días especiales, para noches
especiales, desháganse de esos zapatos de tacos altísimos y finos
no entienden, no entienden que
esto es arena,
que esto es la arena de los tiempos, y
los tacos como agujas sólo se clavan, se hunden, desaparecen
en las blanduras del silencio
posterior
en el vacío que se tensa
entre estertores y suspiros.

No hay estertor y no hay suspiro
y no hay
más que lo que hubo ni lo que habrá.

Y no hay otro punto, no hay
otro punto en la existencia desde el que
todo pueda ser percibido en su versión más diáfana, con mayor esplendor,
con el esplendor, digo, de la verdad viva,
no hay mejor punto de visión
que éste que habito, del que de pronto he quedado suspendida
y desde el que me apropio de una visibilidad
de naufrago que
no ha conocido embarcación.

Esta ciega que me guía percibe los finales
las últimas pulsiones
los fríos que llegan corriendo, demenciales, detrás de los
desorbitados calores, mi ciega
conoce los detalles
el desparramo de color y
miedo inútil, presente
el desprejuicio del sonido abierto
el desborde de líquidos, el derrame de
todo lo que hemos sido

y que no hay quien pueda decidir que
dejemos de ser.
Las chispas, los pies moviéndose
en la huida, los pies
inmovilizados, adheridos a la estruendosa modalidad
de la mañana, al
estallido, ve, mi ceguera,
los rastros de los pies hundidos
en las arenas blandas
de los inicios del día, ve,
y ve el viento que se agita y arrastra
las capas de polvo y las acumula, deshaciéndose
de la marca, del
llamado.

Ve desde este plano superior
que me atrapa
la terquedad de las distancias que
las esquivas alcanzan en su viaje de iniciación,
rito de furias,
percibe, mi ceguera,
cada partícula de aire conmovido, alterado en su química
cada molécula desprendida de las morenas
epidermis de los hombres que fueron
el padre del cuerpo que ha mandado sobre mí, mi cuerpo,
el que me pertenecía, soberano
y sometido al descanso.

¿Qué más se hace posible ver desde esta altura?

No escuchen, no estén atentos a lo que digo
a lo que intento volver sonoro y parpadeante
para distorsionar el camino de tanto pensamiento.

No oigan
no dejen de oír, de percibir cada temblor del aire
que acarree signos y señales
presten a mi reiteración, a mi mensaje nuevo y repetido
toda la atención humana y la que resta
y cuelga de todos los silencios y los gritos.

No veo, no veo pasar la sombra con sus brillos.
No la veo. No la vean. No la busquen. No

dejen de buscarla. No dejen nunca
de buscarla.

Quiero oír
alguien tendrá que explicarme
qué ha sido de mi sombra, esa
pequeña oscuridad temblorosa que corría
tras de mí cuando el niño
del que fui parte hasta hace
un minuto y medio
anticipaba la ansiedad de la chorreante
teta materna
sacudiéndome al ritmo del
despotismo agudo de su llanto.

Desde estas alturas
no la veo.

No, no la veo, la busco y no la veo.

No hay, no hay, y no miento,
no hay llanto ni sombra.
No habrá sombra
ni llanto ni aire donde agitarme
ni almohada en la que apoyar mi dorso durante
el tiempo de descanso, ni dedo adulto
ni dedo cálido, adulto, al cual
aferrarme, del cual sostenerme, al cual enroscarme para
contrarrestar los terrores
para salvarme de las soledades, de las eternidades
de este vuelo.

Bajen, bajen los párpados, ahora. Bájenlos.
Bajen las cabezas: voy cayendo. Voy
sucumbiendo a la tentación tibia
al rumor tibio, oscuro, incontestable, de la energía
que convoca desde
el confín de lo que ha habido
y ya no hay.

Cierren, cierren esos ojos.
No persigan mi trayecto. No lo iluminen
con sus pupilas multicolores apuntando a lo alto.
Cierren esos ojos,
protéjanlos con la blancura de los párpados

cúbranlos con sus manos, sus manos que no vuelan, que se mantienen todavía tan aferradas a los cuerpos con los que llegaron a este mundo, cúbranlos que voy cayendo, que voy dibujando el arco de caída que no puedo calcular, que no sé, no sé cuál es el punto de destino no conozco el recorrido que me espera, protéjanse los ojos, les digo, que voy cayendo, protéjanse que un golpe inesperado de mano diminuta con tendones abiertos por la historia, de uñas invisibles, de dedos rígidos, azules, podría dejarlos ciegos y girando como trompos en la desolación de la búsqueda sin forma, jamás interrumpida.

Protéjanse del impacto, que el desamparo no perdona. Que el abandono no perdona ni olvida.

Y de mí, ¿qué habrá sido?
¿En qué dirección se habrá ido extendiendo mi trayecto, mi sorda travesía? ¿Por cuáles caminos desviados de mí misma todavía transito?
¿Qué desafío de color, qué desmesura en los tonos, qué extremos del espectro de este sol en pugna por el dominio completo de sus feudos me guía hacia cuáles confines?

¿Quién pone en orden mis ladrillos?
¿Quién apila mis ladrillos uno a uno sujetándolos por lo que resta de los tiempos con sustancias derramadas oscurecidas, condensadas en cristales inalterables, refractarios espesadas por las capacidades fortuitas de esa lluvia que no llega, que no termina de llegar, edificando el muro más firme, más

denso, más impasible
del que se haya sabido nunca?

¿Quién construye mi casa, quién se agita en
la construcción de mi palacio, quién complica sus ritmos
vitales en el trance de darle forma a mi refugio, quién
no entiende que ya basta, ya basta,
basta, porque
en este gigantesco edificio sin paredes
el único cuarto visible se clausura sin puertas
y no son necesarios los vidrios, los cristales, no hay imágenes, no
hay cómo concebir imágenes que sea posible acomodar, gráciles, esbeltas
frente a la continuidad de los espejos?

¿Qué magnitud de la intención humana me ha
instalado entre la puerta faltante de mi casa recién edificada
y el espejo que no ha subsistido
a través del que me exploro a mí misma
uña a uña,
dedo a dedo
yemas antes y para siempre sin marcas dactilares, dedos
que ya no suman células, átomos
ni polvo de los vientos del desierto,
que ya no producen reflejos, lumbres en los iris
de madre alguna ni
expresan búsqueda ni contento
mis cinco dedos de cerámica, vidrio, mi palma
de yeso, tiza azuzada
por la constancia, por el goteo tenaz
por el deleite de ese goteo tenaz que ocupa
sus fuerzas y sus voluntades
en el advenimiento del próximo
capricho, de la próxima ocurrencia
de la historia?

¿Y aquel pájaro? Digo: el pájaro
que me encontró a medio camino, que me cruzó
en aquella inestable ilusión de las alturas,
el pájaro que supo
que no había pluma que me cubriera, que pudiera ocultarme
de la mirada azorada del distraído, del inválido,
del tenue sin remedio. ¿Habrá logrado
continuar el vuelo?

¿Y el otro pájaro, el de la tierra?
¿Y el pájaro de la tierra al que el testigo, el impedido
temió, al que el lisiado que se anunció observador puro
y objetivo de los hechos, el gran
lisiado histórico temió y
reconoció en medio de todos los fragores?

El pájaro de la tierra
nada ha hecho. Nada más que
alcanzarme y alimentarse de mí. Nutrirse
de mi forma difusa, de mi
silueta desleída, abierta
a la tormenta, de mis contornos despejados al paso
de toda variedad imaginable de tormenta.
Abyecto
pájaro de la tierra.

No miro. Créanlo
de una vez: no miro. No veo ni
percibo, no miro los rastros azules,
los rastros que deja clavados la distancia.

Nadie me obliga a ser lo que no habría sido, ni seré
lo que estaba dispuesta a ser.

No hagan el esfuerzo de vislumbrar las sombras
que no proyecta mi antigua permanencia.

No hay longitudes que no sepan de mi liviandad
ni de la incertidumbre, desatino que me ataca, que me fatiga
hasta el sueño.

Y ¿cómo ha de ser dormir?

¿Cómo ha de ser dormir durmiendo, quiero decir,
dormir una palabra, dormir un cúmulo entero de palabras
un verdadero sueño de esplendores nocturnos
nunca y en nada conocidos?

No. No me reconstruyan.
No me sustituyan por las notas de mi propia música, las variaciones
de mis propios compases, de mi ritmo
siempre escandaloso y fugaz.

Nada de mí ha intentado preguntar qué se celebra, qué se celebra al pie de mi caída. Qué estuvo celebrándose sobre el ripio de mi aterrizaje, sobre el escombros en el que fue bosquejado el trazo de mi accidente y mi aventura.

Ya no hay demencia ni esplendor, ni el enredo de sonidos que la rareza humana puede, en un instante sin medida, otorgarle a la luz. No hay sueño en este sueño. No hay sueño y no habrá perdón. No hay cómo perdonar tanto exceso de sol, tanto color ilimitado, tanta pregunta simultánea tanto bronquio en asedio, tanto hervor ni tanto desabrigo.

Ni siquiera el testigo, ni su voz inmutada, ni su voz malograda por los repetidos vientos del desierto gozarán de la tregua, de la muelle aquiescencia de la tregua.

No contesto preguntas ni pregunto.

No existe brote verde, rojo, ni gota de azúcar, ni pluma de platino líquido ni letra dibujada en tintas de sonidos, ni aire pleno ni mirada que vigile a otra mirada, ni mano viva, vital que pueda sustituir mi baile quebrantado.

No recibo señales. No interpreto la última señal. No suda, mi palma. No respondo. Que responda el testigo. Que responda el lisiado, que tanto dice saber. Que tanto sabe. Que ha visto. Que ha complicado sus propios ojos en demarcar el trayecto, que los ha puesto en la tarea obsecuente, en la demarcación inútil del trayecto, en el trazo del arco, en el trazo del abierto dibujo de mi vuelo. Que responda. Que responda sin llantos. Con toda la certidumbre, que responda.

Que responda al grito de la que fue la boca del cuerpo que fue mío.

Que diga. Que sepa qué decir. Que explique cada línea del libreto, cada

línea que toma forma en las tablas
del pisoteado escenario.

Porque yo, mano que fue de hueso y vena
y carne y epidermis, soy ahora
de sal y transparencia.
Y como grano de sal, como translúcido temblor del aire,
como gota de lo que dejó de ser sobre la arena blanca y cruda,
como brote de humo perseguido por un grito en el viento,
como sinuosidades sin camino
que recorrer, como
sonido falto de nota musical, de melodía,
como mirada enfurecida que se orienta
hacia la luz
blanca y cruda
de la luna, como la confusión
y el escalofrío que han dejado inmóvil, estupidizado
al testigo, al que
tuvo que presenciar esa décima de instante
durante la que la imbecilidad humana me arrancó
de aquel cuerpo
que había sido mío y me
condujo por los aires y me dejó
libre y en el desamparo de un parpadeo, en el desamparo
de un relámpago que acaba de desfallecer,
como átomo bastardo, sin
frotación, sin fusiones, sin recorrido ni
órbita, eslabón abierto,
como eslabón quebrado, suelto
pedazo de algo, y
desde la libertad a la que
nunca aspiró mi conciencia
clausurada voy
agotándome. Me agoto.
Voy consumiéndome.
Juro que
me consumo.

Me consumo.

A.K., Los Ángeles, 13 de junio de 2006

ORIENTACIONES PEDAGÓGICAS DE LECTURA

ORIENTACIONES DE LECTURA

Proponemos una serie de orientaciones para encuadrar los posibles análisis de cada uno de los textos, que no tienen, por supuesto, ninguna pretensión de contemplar todas las posibilidades, pero que seguramente permitirán poner en evidencia la coherencia interna de la obra. Por ello recomendamos, sea cual sea el texto sobre el que se trabaje, que se lo sitúe en relación con el conjunto de la producción narrativa y poética de la autora, y que en ese marco más amplio se reflexione sobre las configuraciones que construye en cada caso, sus evoluciones, variaciones y constantes.

PASOS BAJO EL AGUA

- Analizar e interpretar el juego de las temporalidades.
- Analizar las personas narrativas. ¿Sería pertinente hablar de polifonía? Sujeto individual y sujeto colectivo.
- Montaje de los capítulos. Variaciones y constantes.
- Las imágenes de movimiento: ritmos, saltos, interrupciones.
- Indagar las relaciones entre literatura, subjetividad, cuerpo y resistencia.
- Trabajo de la conciencia.
- Los límites de la libertad y la libertad a pesar de los límites.
- Abordaje de lo político.
- Posibles lecturas de género, tratamiento del cuerpo.
- Los adentros y el afuera.
- Símbolos y obsesiones.
- Importancia y sentido de las redes metafóricas.

PATAS DE AVESTRUZ

- Tratamiento del tiempo, relación, confrontación/superposición del pasado y el presente.
- Procedimientos de actualización de las vivencias de la infancia.
- Dialéctica entre la conciencia infantil y la conciencia adulta: cómo se ‘reconstruyen’ los estados de conciencia gracias a la relectura o interpretación.
- Los lenguajes: lenguajes corporales, lenguajes individuales, lenguajes imperfectos, lenguajes imaginarios. Discurso y Doxa: el uso social del lenguaje.
- Construcción de lo real a través de la escritura, fusión de la representación y lo representado.
- Las fallas: del decir o del habla, del moverse, del hacer. Los gestos, palabras o actos esbozados, inconclusos, fallidos, incompletos, imposibles. El lenguaje de Mariana.
- ¿Cuáles serían los tres ejes estructurales del texto? ¿Por qué?
- Percepción –construcción– de los miembros de la familia y de la familia como dispositivo de control social. Diversas percepciones del encierro, lógicas internas. El Orden familiar y la violencia.
- La condición de la/las mujer(es). El rol del padre. Las primicias del erotismo, los peligros de la sexualidad.
- Lugar y funcionalidad de Mariana en la configuración familiar, lingüística y simbólica.

259 SALTOS, UNO INMORTAL

- Signos y consecuencias de la desterritorialización. Los fantasmas: sentido y presencia.
- Estrategias de adaptación al exilio.
- Bifurcación del yo: la propia existencia antes y ahora. Indagar el pasado buscando las claves del presente, redescubrir un mundo material otro. Extrañamiento, reflexión, recreación, del mundo.
- Relación entre la desterritorialización y la escritura. Funciones del cuerpo.
- La escritura como escena del duelo entre olvido y memoria. La memoria como estrategia para colmar huecos y reapropiarse del mundo modelando una nueva identidad. ¿Cuáles son los procedimientos diegéticos y escriturales que convergen hacia ese objetivo?
- Subjetividad mutante y múltiple: constitución y signos.
- Disociaciones múltiples. Discurso como espejo de la fragmentación.
- Importancia simbólica de la figura del mapa.

BASSE DANSE

- Tensiones entre lo uno y lo múltiple.
- La dualidad interdependiente: mandatos, requerimientos, insinuaciones, expectativas, frustraciones.
- Voces desdobladas: tensión entre lo proferido y lo silenciado, lo dicho y lo no dicho.
- Dispositivo de proliferación y puesta en abismo, capas superpuestas y polémicas de dobles.
- Tensión entre pulsión de vida y pulsión de muerte. El cuerpo compartido y los dramas de la existencia.
- Individualización en la unidad, confirmación de las subjetividades.
- Teatralización de las relaciones entre la consciencia y el subconsciente; verbalización y censura. Ámbitos de aplicación, mecanismos, equilibrios eventuales.
- El texto como escena dramática.
- Fragmentación de las historias inventadas y a menudo inacabadas *vs* ‘encadenamiento’ –*continuum*– de los diálogos: ¿qué refleja ese diseño estructural?

NATATIO AETERNA

- Analizar la deliberada complejidad que suma voces y subjetividades entrelazadas y encadenadas.
- Juego dialéctico entre las voces individuales y su integración en dispositivos colectivos, tensión entre la fragmentación y la unidad.
- Función de los ‘objetos-símbolo migrantes’. Individualidades polémicas y búsquedas –deseos– convergentes.
- ¿En qué consisten los ‘encierros’ de los personajes? ¿Cómo se buscan o se logran los equilibrios necesarios para la afirmación de las subjetividades?
- Tensión entre el deber colectivo y el deber ‘se’ individual: explicitar, explicar.
- Sentido de la libertad, fuerza del deseo, límites de la identidad: ¿qué significa ‘ser lo que soy’?
- Esclavitud de las palabras: cómo quebrarla y para qué.
- El cuerpo como sede última de un compromiso radical con la libertad. Analizar cada caso, definir diferencias y coincidencias.
- Lo ominoso en lo cotidiano, potencia de los objetos, alteración de la percepción. Necesidad de ‘pensarlos otra vez’.
- Vocación de verdad: ¿cómo se manifiesta?

ENI FURTADO NO HA DEJADO DE CORRER

- Subjetividades femeninas instrumentalizadas y cuerpos abusados: ¿cuál es la lógica subyacente?
- ‘Trabajar’ los núcleos traumáticos –«los nudos de las cosas que nos han pasado en la vida»–. ¿Cómo? ¿Para qué?
- Género, encierros, esclavitudes.
- Los roles sociales, los preconceptos o los estereotipos.
- Tensión miedo/verdad.
- Construcción textual del cuerpo –de los cuerpos– sea en el plano de lo real o del imaginario.
- Construcción y dinámica de dobles estructurales.
- *Tri-alogía*. Diálogos reales y diálogos fantasmales.
- Genealogías materialmente o fantasmáticamente recuperadas: analizar, explicar.
- Cuerpos individuales, cuerpos familiares, cuerpos sociales: fragmentación y recomposición.

BOSQUEJO DE ALTURAS

- Cuerpo colectivo y cuerpo individual.
- Estrategias de resistencia.
- Discursos: superposición, contradicción, amalgama.
- Supervivencia y subjetividad: disociación, fragmentación, afirmación.
- Funciones y objetivos de la puesta en discurso del trauma.
- Función, objetivos y resultados de la verbalización del trauma a través de la escritura.

MANO EN VUELO

- Sistema de enunciación, diálogo y contrapunto. Puesta en abismo de las perspectivas.
- La función testimonial.
- Las gamas de la negación: las formas de la no representabilidad. Exhortación, orden negativa, conjuro.
- Metáfora y metonimia, fragmentación y totalidad sublimada, destrucción y reconstrucción.
- Retórica del desmembramiento, la elevación, la caída.
- Constelación de imágenes. La palabra del cuerpo.
- Individuación y universalización. Las formas de la trascendencia.

BRUNO REGRESA DESCALZO

- Tensiones temporales, usos y lecturas del pasado en el presente.
- Tensión entre heroización y retrospección.
- Dialéctica entre memoria y conciencia.
- Construcción y deconstrucción de la imagen del militante.
- Las cuestiones de género: cómo abordan el pasado y el presente los hombres y las mujeres.
- Las culpas y los mandatos: modelos sacrificiales y modelos de resistencia.
- Imágenes de la militancia: evoluciones y mitologías.
- Construcciones subjetivas: entre ideología y afectos, entre historia y política.
- Paradigma de la amistad: de la empatía a la crítica.
- La construcción de la(s) verdad(es).
- Genealogías simbólicas.

TITOLI DELLA COLLANA

| 1 |

Liana Nissim
Vieillir selon Flaubert

| 2 |

Simone Cattaneo
La 'cultura X'. Mercato, pop e tradizione.
Juan Bonilla, Ray Loriga e Juan Manuel de Prada

| 3 |

Oleg Rummyantsev and Giovanna Brogi Bercoff (eds.)
The Battle of Konotop 1659: Exploring Alternatives in East European History

| 4 |

Irina Bajini, Luisa Campuzano y Emilia Perassi (eds.)
Mujeres y emancipación de la América Latina y el Caribe en los siglos XIX y XX

| 5 |

Claire Davison, Béatrice Laurent,
Caroline Patey and Nathalie Vanfasse (eds.)
Provence and the British Imagination

| 6 |

Vincenzo Russo (a cura di)
Tabucchi o Del Novecento

| 7 |

Lidia De Michelis, Giuliana Iannaccaro e Alessandro Vescovi (a cura di)
Il fascino inquieto dell'utopia.
Percorsi storici e letterari in onore di Marialuisa Bignami

| 8 |

Marco Castellari (a cura di)
Formula e metafora.
Figure di scienziati nelle letterature e culture contemporanee

| 9 |

Damiano Rebecchini and Raffaella Vassena (eds.)
Reading in Russia. Practices of reading and literary communication, 1760-1930

| 10 |

Marco Modenesi, Maria Benedetta Collini,
Francesca Paraboschi (a cura di)
La grâce de montrer son âme dans le vêtement.
Scrivere di tessuti, abiti, accessori. Studi in onore di Liana Nissim (Tomo I)

| 11 |

Marco Modenesi, Maria Benedetta Collini,
Francesca Paraboschi (a cura di)
La grâce de montrer son âme dans le vêtement.
Scrivere di tessuti, abiti, accessori. Studi in onore di Liana Nissim (Tomo II)

| 12 |

Marco Modenesi, Maria Benedetta Collini,
Francesca Paraboschi (a cura di)
La grâce de montrer son âme dans le vêtement.
Scrivere di tessuti, abiti, accessori. Studi in onore di Liana Nissim (Tomo III)

| 13 |

Nicoletta Brazzelli
L'Antartide nell'immaginario inglese.
Spazio geografico e rappresentazione letteraria

| 14 |

Valerio Bini, Marina Vitale Ney (eds.)
Alimentazione, cultura e società in Africa. Crisi globali, risorse locali

| 15 |

Andrea Meregalli, Camilla Storskog (eds.)
Bridges to Scandinavia

| 16 |

Paolo Caponi, Mariacristina Cavecchi, Margaret Rose (eds.)
ExpoShakespeare.
Il Sommo gourmet, il cibo e i cannibali

| 17 |

Giuliana Calabrese
La conseguenza di una metamorfosi
Topoi postmoderni nella poesia di Luis García Montero

| 18 |

Anna Pasolini
Bodies That Bleed
Metamorphosis in Angela Carter's Fairy Tales

| 19 |

Fabio Rodríguez Amaya
La Política de la mirada.
Felisberto Hernández hoy

| 20 |

Elisabetta Lonati
Communicating Medicine.
British Medical Discourse in Eighteenth-Century Reference Works

| 21 |

Marzia Rosti y Valentina Paleari (eds.)
Donde no habite el olvido.
Herencia y transmisión del testimonio. Perspectivas socio-jurídicas

| 22 |

Ana María González Luna y Ana Sagi-Vela (eds.)
Donde no habite el olvido.
Herencia y transmisión del testimonio en México y Centroamérica

| 23 |

Laura Scarabelli y Serena Cappellini (eds.)
Donde no habite el olvido.
Herencia y transmisión del testimonio en Chile

| 24 |

Emilia Perassi y Giuliana Calabrese (eds.)
Donde no habite el Olvido.
Herencia y transmisión del testimonio en Argentina

| 25 |

Camilla Storskog
Literary Impressionisms.
Resonances of Impressionism in Swedish and Finland-Swedish Prose 1880-1900

| 26 |

Maurizio Pirro (a cura di)
«*La densità meravigliosa del sapere*»
Cultura tedesca in Italia fra Settecento e Novecento

| 27 |

Marina Cometta, Elena Di Venosa,
Andrea Meregalli, Paola Spazzali (a cura di)
La tradizione gnomica nelle letterature germaniche medievali

| 28 |

María A. Semilla Durán (ed.)
Alicia Kozameh. Antología personal

